

ROBIN BENWAY

EL
ESPLENDOR
DE LAS
RAÍCES

FAR FROM THE TREE

CUANDO FAMILIA SIGNIFICA VERDAD

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Caer

Grace

Maya

Joaquin

Aterrizar

Maya

Joaquin

Grace

Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Esta no es una historia sobre la adopción aunque los tres protagonistas sean adoptados. Va de identidad, pertenencia y aceptación. Va de emociones que no permitimos que afloren. Va de sentirse diferente y de estar solo. Pero abrirse cuesta demasiado cuando te has esforzado por labrarte una coraza... Y no basta una terapia porque las emociones no admiten pautas. Quizá la pregunta sea, la del poeta Pablo Neruda, en El libro de las preguntas: ¿Por qué los árboles esconden EL ESPLENDOR DE SUS RAÍCES?

Una montaña rusa emocional. Sonrisas y lágrimas desbocadas. Debería incluir un aviso: abstenerse los espíritus sensibles y los que saben y sienten las relaciones entre hermanos.

ROBIN BENWAY

**EL
ESPLENDOR
DE LAS
RAÍCES**

FAR FROM THE TREE



*Para mi hermano.
Gracias por ser mi compañero de puenting.*

Caer

Grace

Grace no había pensado demasiado en el baile de otoño.

Pero sabía que iría. Imaginaba que ella y su mejor amiga, Janie, se vestirían juntas, se peinarían juntas. Sabía que su madre haría lo posible por tomárselo todo con mucha calma y no emocionarse, pero que igualmente obligaría a su padre a cargar la cámara cara y sofisticada —no el iPhone—, y luego Grace se haría fotos con Max, su novio desde hacía poco más de un año.

Él estaría genial con esmoquin —alquilado, por supuesto, porque ¿para qué necesitaba Max un esmoquin colgado en el armario?—, y Grace no sabía si bailarían una canción lenta o solo hablarían con la gente, o qué harían. El asunto era que no daba nada por sentado. Creía que sucedería y que sería genial.

Así pensaba Grace sobre todas las cosas en su vida. El baile de otoño era algo a lo que sabía que asistiría. Ni siquiera se lo cuestionaba.

Y por eso fue tan sorprendente que no pasara la noche del baile de otoño con un vestido elegante, ni tomando sorbos de la petaca de Max, ni bailando con Janie mientras se hacían fotos cursis, sino en el ala de maternidad del hospital de Saint Catherine, con los pies metidos en los estribos de la camilla de partos en lugar de tacones, dando a luz a su hija.

Grace tardó un tiempo en darse cuenta de que estaba embarazada. Solía ver esos *realities* en la televisión por cable y gritarle a la pantalla: «¿Cómo no vas a saber que estás embarazada?!», mientras los protagonistas representaban las escenas más inverosímiles. El karma le había jugado una mala pasada, pensó Grace después. Pero su regla siempre había sido irregular, y eso no la ayudó. Empezó a experimentar las náuseas matutinas al mismo tiempo que una gripe se había apoderado de la escuela, así que ese fue el segundo aviso. No fue sino hasta la semana doce (en ese momento no sabía que fuera la semana

doce) cuando notó que sus tejanos favoritos le apretaban y comenzó a sospechar que algo no iba bien. Y no fue sino hasta la semana trece (véase el comentario anterior sobre la semana doce) que obligó a su novio, Max, a conducir veinte minutos hasta una farmacia donde no pudieran encontrarse a ningún conocido, para comprar dos pruebas de embarazo.

Resultó que las pruebas de embarazo salían caras. Tan caras, que Max tuvo que comprobar el saldo de su cuenta por teléfono mientras estaban en la cola, solo para asegurarse de tener suficiente dinero.

Cuando Grace finalmente tuvo la certeza de lo que había pasado, estaba en el quinto día de su segundo trimestre.

El bebé tenía el tamaño de un melocotón. Grace lo buscó en Google. Después de ese día, Grace supo que no se quedaría con Peach. Sabía que simplemente no podía hacerlo. Trabajaba media jornada después de la escuela en una boutique de ropa donde atendía principalmente a mujeres cuarenta años mayores que ella y que la llamaban «mi vida». No ganaba suficiente dinero para criar a un bebé.

No era que los bebés lloraran, o que olieran mal o que vomitaran ni nada por el estilo, eso no le parecía tan terrible. Era que te necesitaban. Peach necesitaría tanto a Grace que ella no la podría ayudar. De noche se sentaba en su cuarto, se ponía las manos sobre el vientre, ya redondo, y decía: «Lo siento, lo siento, lo siento», a modo de plegaria y de penitencia, porque Grace era la primera persona a la que Peach necesitaría, y Grace sentía como si la estuviera decepcionando incluso desde antes de nacer.



El abogado de adopciones mandó un voluminoso *dossier* con posibles familias interesadas en adoptar, y cada una parecía más emocionada que la anterior. Grace y su madre las revisaron juntas, como si estuvieran comprando por catálogo.

Nadie era lo suficientemente bueno para Peach. Ni el padre en potencia que parecía un hámster, ni la madre que no había cambiado de corte de cabello desde 1992. Grace descartó a una familia porque tenían un pequeño con apariencia de morder todo lo que se le pusiera por delante, y a otra porque

nunca habían viajado más al este de Colorado. No importaba que tampoco ella hubiera viajado más allá de Colorado, pero Peach merecía algo mejor. Merecía más. Merecía montañeros, viajeros internacionales, gente que fuera por todo el mundo en busca de lo mejor, porque eso era Peach. Grace quería exploradores intrépidos que extrajeran oro... y acabaran enriqueciéndose.

Catalina era originaria de España, y hablaba francés tan bien como español. Trabajaba en una empresa de márketing en línea, pero también tenía un blog de alimentación y, algún día, quería publicar un libro de cocina. Daniel era diseñador de páginas web y trabajaba en casa. Él sería quien se quedaría con el bebé durante los primeros tres meses, cosa que a Grace le pareció ideal. Tenían una perra labrador llamada *Dolly* que parecía tan cariñosa como tonta.

Grace los eligió a ellos.



Nunca se sintió avergonzada, no con Peach dentro de ella. Eran como un pequeño equipo. Caminaban, dormían y comían juntas, y todo lo que Grace hacía afectaba a Peach. Veían mucha tele en el portátil, y Grace le hablaba de los programas, de Catalina y Daniel, y de que con ellos tendría un buen hogar.

En realidad, Peach era la única persona con la que Grace hablaba. Todos sus amigos habían ido desapareciendo. Podía verlo en sus miradas, su incertidumbre sobre qué decir acerca de su vientre en rápida expansión, su alivio de que fuera Grace quien estuviera embarazada y no ellas. Al principio, sus compañeras del equipo de atletismo trataron de mantenerla al día, le hablaban de los partidos y acerca de los otros equipos, pero Grace no lograba lidiar con la manera en que los celos le crecían por dentro de la piel hasta hacerla sentir que explotaría. Al cabo de un tiempo se volvió difícil incluso asentir en silencio, y cuando dejó de responder, ellas dejaron de llamar.

A veces, cuando estaba casi dormida, cuando Peach empujaba contra sus costillas como si fuera un lugar pequeño y seguro para ella, Grace podía sentir a su madre de pie en la puerta de su cuarto, mirándola. Fingía no saber que estaba ahí, y después de un rato su madre se marchaba.

Pero su padre... Él apenas si podía mirar a Grace. Sabía que lo había decepcionado y que, aunque todavía la quería, nunca volvería a ser la misma para él. Debió de haber sentido que le habían cambiado a su hija por un nuevo modelo (¡ahora con bebé dentro!): una Grace 2.0.

Grace lo sabía porque ella sentía lo mismo.



Grace llevaba cuarenta semanas y tres días de embarazo cuando llegó el baile de otoño. Janie no había dejado de pedirle que fuera, diciéndole que podrían ir con un grupo de amigas o algo así, lo que probablemente era la cosa más tonta y más tierna que jamás le hubiera dicho. Sus palabras tenían un dejo de disculpa, como si supiera que estaba diciendo lo incorrecto, pero no pudiera evitarlo. «¡Será divertido!», le escribió a Grace, pero ella no respondió.

Ese año, después de que comenzaran las clases, Grace no había vuelto al instituto con todos los demás. Estaba demasiado embarazada, demasiado gorda, demasiado agotada. Además, existía el riesgo de dar a luz cualquier día, en mitad de la clase de Química avanzada, y traumatizar a todos los de la clase del penúltimo año de instituto. No estaba exactamente decepcionada por haber tomado esa decisión. Cuando llegaron las vacaciones de verano estaba cansada de sentirse como un fenómeno de circo, con la gente dejándole tanto espacio en los pasillos que no podía recordar cuál había sido la última vez que alguien la había tocado, ni siquiera por accidente.

Peach nació a las 21.03 de la noche del baile de otoño, justo cuando a Max le estaban colocando la corona de Rey del Baile, porque, reflexionó Grace con amargura, los chicos que dejaban embarazadas a las chicas eran héroes, y las chicas que se quedaban embarazadas eran zorras. Pero llegó Peach para eclipsar a Max. Fue lo primero que hizo la hija de Grace, y fue genial. Estaba muy orgullosa. Era como si Peach supiera que era la heredera al trono y hubiera llegado para exigir su corona.

Peach salió de ella como una llama, como si le hubieran prendido fuego. La oxitocina sintética y el ardiente dolor calcinaban la columna, las costillas y las caderas de Grace y las transformaban en escombros. Su madre le sujetaba la mano y le apartaba el cabello de la frente sudada, y no le molestaba que

Grace la llamara «mami», como si tuviera cuatro años. Peach se retorció y se abrió paso a empujones, como si supiera que Grace era tan solo un recipiente para ella y que sus padres de verdad, Daniel y Catalina, estaban esperando fuera, listos para llevársela a casa, a su vida real.

Peach tenía cosas que hacer, y ya había terminado con Grace.

A veces, cuando ya era noche cerrada y Grace se dejaba flotar hacia un lugar oscuro de su cerebro, pensaba que estaría bien si no hubiera cogido entre sus brazos a Peach, si no hubiera sentido su piel y olido su cabecita y visto que tenía la nariz de Max y el cabello oscuro de ella. Pero la enfermera le había preguntado si quería hacerlo, y Grace ignoró la mirada preocupada de su madre, quien se mordía el labio con inquietud. Extendió los brazos y cogió a Peach, y no sabía de qué otro modo explicarlo más que diciendo que la pequeña encajaba, encajaba en sus brazos como había encajado bajo sus costillas, acurrucada entre ellos de forma suave y segura, y aunque el cuerpo de Grace parecía estar hecho de hollín y cenizas, sentía la cabeza como si se la hubieran lavado por primera vez en diez meses.

Peach era perfecta. Grace no lo era.

Peach merecía la perfección.



Catalina y Daniel no le pusieron de nombre Peach, por supuesto. Nadie conocía aquel apodo más que Grace. Y Peach. Le pusieron Amelia Marie. Milly como diminutivo.

Siempre dijeron que podría ser una adopción abierta. Querían que fuera así, en especial Catalina. En privado, Grace pensaba que Catalina se sentía un poco culpable de que Peach fuera ahora su bebé.

—Podemos organizarnos para que puedas verla —le dijo Catalina una vez, cuando se reunieron en la oficina del consejero de adopción—. O enviarte fotos. Lo que te haga sentir más cómoda, Grace.

Pero después de que naciera Peach —Milly—, Grace no confiaba en sí misma. No podía imaginar verla de nuevo y no quedársela. Justo después de su nacimiento, Grace se sentía volar con el tipo de adrenalina que, imaginaba, solo podrían experimentar los atletas olímpicos, y estaba casi lista para pegar

un brinco, meterse a Peach bajo el brazo y correr como un delantero hacia la portería contraria para meter un gol. Podría haber corrido un maratón con ella, y lo que la asustaba era saber que no habría podido traerse a Peach de vuelta.



Grace no recordaba haber puesto a Peach —a Milly— en brazos de Daniel y Catalina. Tenía a su hija con ella y un segundo después ya no estaba, se iba con desconocidos, era la hija de otras personas, perdida por siempre para ella.

Pero su cuerpo la recordaba. Había traído a Peach al mundo, la había llorado al volver a casa del hospital. Cerró la puerta de su cuarto con llave y se retorció rota de dolor, con una de las mantas para bebé de Peach apretada en el puño mientras enterraba la cara en ella, con sollozos que le oprimían el pecho, el corazón, que aplastaban todo su interior. Ya no quería a su madre a su lado: este no era un dolor que le pudieran atenuar ni ella ni los médicos. El cuerpo de Grace se retorcía en la cama de una manera en que no lo había hecho durante el parto, como si estuviera confundido acerca de adónde se había ido Peach; los dedos de los pies se le agarrotaban y abría y cerraba las manos con desesperación. Grace había tenido a Peach, pero ahora sentía como si verdaderamente la hubiera abandonado. Estaba flotando a la deriva.

Se quedó en su habitación durante un tiempo. A los diez días dejó de contar.

Después de dos semanas de permanecer en la oscuridad, bajó e interrumpió el desayuno de sus padres. Los dos se la quedaron mirando como si nunca antes la hubieran visto, y en cierto modo así era. Grace 3.0 (¡ahora sin bebé!) había llegado para quedarse.

Y entonces dijo las palabras que sus padres habían temido oír durante los últimos dieciséis años, desde que Grace había nacido. No eran «estoy embarazada», ni tampoco «ha habido un accidente».

Grace bajó con el estómago vacío y el cabello desaliñado y les dijo a sus padres:

—Quiero encontrar a mi madre biológica.



Grace siempre supo que era adoptada. Sus padres nunca se lo ocultaron. En realidad, tampoco hablaban de ello. Simplemente era así.

Ahora, en la mesa del desayuno, Grace vio como su madre abrió y cerraba inconscientemente la tapa del frasco de crema de cacahuete. Después de la tercera vez, el padre de Grace extendió la mano y le quitó el tarro.

—Deberíamos programar una reunión familiar —dijo él, mientras las manos de su madre se movían hacia su servilleta de papel.

La última vez que habían tenido una reunión familiar, Grace les había dicho que estaba embarazada. Tal como iban las cosas, lo más seguro es que sus padres no quisieran volver a tener una reunión familiar.

—Está bien —asintió Grace—. Hoy.

—Mañana. —Su madre finalmente había recuperado la voz—. Hoy tengo una reunión y deberíamos... —le lanzó una mirada a su marido—, deberíamos ir a recoger unos documentos para ti. Están en la caja de seguridad.

Siempre hubo un acuerdo tácito entre Grace y sus padres. Le contarían todo lo que sabían de su familia biológica, pero solo si ella lo preguntaba. Había tenido curiosidad unas cuantas veces —como cuando estudiaron el ADN en Biología de primer año de secundaria; o en segundo de primaria, cuando descubrió que Alex Peterson tenía dos mamás y Grace se preguntó si ella también podría tener dos mamás—, pero ahora era distinto. Sabía que en alguna parte del mundo había una mujer a la que quizá le había dolido (y quizá todavía le dolía) como a Grace le dolía ahora. Reunirse con ella no le devolvería a Peach, ni llenaría las grietas que amenazaban con romperla en pedazos, pero serviría de algo.

Grace necesitaba estar vinculada a alguien otra vez.



Sus padres sabían muy poco sobre su madre biológica. A Grace no le parecía extraño. Había sido una adopción privada, por medio de abogados y juzgados. El nombre de su madre era Melissa Taylor. Los padres de Grace nunca la conocieron. Melissa no había querido conocerlos.

No había ni una sola foto de Melissa, ni huellas digitales, ni una nota o recuerdo; solo un documento del juzgado con su firma. El nombre era lo suficientemente común para que Grace sospechara que podría buscarlo en internet durante horas sin encontrar nada. Parecía que Melissa no quería que la encontrarán.

—Le mandamos una carta por medio del abogado —dijo su madre, y le pasó un sobre delgado—. Justo después de que nacieras, cuando le dijimos lo agradecidos que estábamos, pero nos la devolvieron.

No era necesario decirlo. Se podía ver el sello rojo de «Devolver al remitente» que cruzaba el papel blanco.

Y justo cuando empezaba a sentir la desesperanza nueva y distinta (aunque no peor) de que no hubiera una mujer que la quisiera, que ansiara tenerla del mismo modo que ella ansiaba tener a Peach, que se hubiera retorcido de dolor y lamentado lo hecho, que hubiese querido saber cualquier cosa de ella, sus padres mencionaron algo que de inmediato cerró el agujero negro que amenazaba con engullirla.

—Grace —dijo su padre con suavidad, como si su voz pudiera activar una bomba y destrozarlos a todos—, tienes hermanos.



Tan pronto como terminó de vomitar en el baño de invitados de la planta baja, Grace fue por un vaso de agua y volvió a la mesa. La mirada de ansiedad en el rostro de su madre la hizo crispase.

Le presentaron la historia con palabras cuidadosas y obviamente ensayadas: Joaquin era su hermano. Cuando Grace nació, él solo tenía un año, y había ingresado en un hogar de acogida unos cuantos días después de que sus padres se llevaran a Grace a casa.

—Nos preguntaron si queríamos adoptarlo —explicó su madre, e incluso ahora, dieciséis años después, Grace podía ver las líneas de arrepentimiento que Joaquin había trazado en su rostro—. Pero tú acababas de llegar, y nosotros... no estábamos preparados para eso, para dos bebés. Y a tu abuela le habían diagnosticado...

Conocía esa parte de la historia. A su abuela, Gloria Grace, la mujer con quien ella compartía el nombre, le habían diagnosticado un cáncer de páncreas en fase 4 un mes antes de que ella naciera, y falleció después del primer cumpleaños de Grace. «El mejor y el peor año» era como lo describía su madre en las raras ocasiones en que hablaba del tema. Ella sabía que no debía hacer demasiadas preguntas.

—Joaquin —dijo Grace, e hizo rodar el nombre por la boca. Se dio cuenta de que nunca antes había conocido a un Joaquin, que nunca antes había pronunciado ese nombre.

—Nos dijeron que lo habían entregado a una familia de acogida que había empezado los trámites para quedárselo —le dijo su padre—. Pero es lo único que sabemos de él. Tratamos de seguirle la pista, pero es un... sistema complicado.

Grace asintió mientras digería la historia. Si su vida hubiera sido una película, este hubiese sido el momento en que la música de fondo hubiera sonado con más fuerza.

—¿Habéis dicho «hermanos»? ¿En plural?

Su madre asintió.

—Justo después de que Gloria Grace —nadie la llamaba de ninguna otra forma— muriera, recibimos una llamada del mismo abogado que nos ayudó a adoptarte. Había otro bebé, una niña, pero no podíamos... —Miró de nuevo a su marido, buscando a alguien que la ayudara a cerrar el vacío entre las palabras—. No pudimos, Grace —dijo al fin, y le tembló la voz antes de aclararse la garganta—. La adoptó una familia que vive a unos veinte minutos de aquí. Tenemos sus datos. Quedamos en que nos avisaríamos cuando alguna de vosotras quisiera contactar con la otra.

Deslizaron por encima de la mesa una dirección de correo electrónico.

—Se llama Maya —dijo su padre—. Tiene quince años. Hablamos con sus padres anoche, y ellos hablaron con ella. Si le quieres mandar un e-mail, está esperando saber de ti.



Esa noche, Grace se sentó frente al portátil, con el cursor parpadeando mientras intentaba pensar qué escribirle a Maya.

~~Querida Maya, soy tu hermana y~~

No. Demasiado familiar.

~~Hola, Maya: mis padres acaban de hablarme de ti, y ¡guau!~~

Grace se hubiera abofeteado después de leer esa frase.

~~Hola, Maya: ¿qué hay? Siempre quise una hermana y ahora tengo una~~

Grace hubiera querido contratar a un escritor.

Finalmente, después de casi treinta minutos de teclear, borrar y volver a teclear, se le ocurrió algo que parecía razonable:

Hola, Maya:

Me llamo Grace y hace poco he descubierto que tú y yo tenemos la misma madre biológica. Mis padres me han hablado hoy de ti, y debo admitir que estoy medio impactada, pero también emocionada. Dijeron que tú ya sabías de mí, así que espero que no te sorprenda demasiado recibir este e-mail. Tampoco sé si tus padres te han hablado de Joaquin. Podría ser nuestro hermano. Sería bonito intentar buscarlo juntas, ¿no te parece?

Mis padres me han dicho que vives a media hora de aquí, así que quizá podamos quedar para tomar un café o algo así. Me gustaría conocerte, si estás de acuerdo. Pero no hay ninguna presión, sé que esto puede ser superextraño.

Espero saber de ti pronto.

GRACE

Lo leyó tres veces y luego clicó «enviar».

Ahora solo le quedaba esperar.

Maya

Cuando Maya era pequeña, su película favorita era la versión de Disney de *Alicia en el país de las maravillas*. Le encantaba la idea de caer por la madriguera, de precipitarse en algo inesperado y, por supuesto, que un conejo blanco pudiera llevar un diminuto chaleco y gafas.

Pero su parte preferida, sin duda, era cuando Alicia se volvía demasiado grande para caber en la casa del conejo blanco. Sus piernas y sus brazos salían por las ventanas rompiendo los cristales, y su cabeza se estrellaba contra el techo mientras la gente gritaba a su alrededor. A Maya le encantaba esa parte. Solía pedir a sus padres que se la pusieran una y otra vez, y reía hasta que le dolía la barriga ante la idea de un techo que se desmontaba y volvía a montarse.

Ahora, cuando sus padres se peleaban y las paredes de su casa le parecían demasiado pequeñas, y deseaba poder romper las ventanas de cristal y escapar, la idea de una casa que se rompía en pedazos no le parecía tan chistosa.

En realidad, Maya no recordaba a sus padres sin estar peleando. Cuando su hermana Lauren y ella eran más pequeñas, lo hacían detrás de puertas cerradas, para amortiguar los gritos, y a la mañana siguiente bajaban a desayunar esbozando una sonrisa forzada. Sin embargo, con el paso de los años, las palabras al principio murmuradas se volvieron más fuertes. Luego vinieron los gritos, y, finalmente, los alaridos.

Estos eran lo peor, agudos y estridentes, el tipo de ruido que hacía que te dieran ganas de taparte las orejas y responder también a gritos.

O correr a esconderte.

Maya y Lauren elegían esto último. Maya era trece meses mayor que Lauren, así que se sentía responsable. Se levantaba de un salto a coger el mando y subía el volumen del televisor hasta que era imposible saber qué sonaba más fuerte, quién tenía más ganas de ganar la batalla del ruido. «¡¿Puedes bajar la tele?!», había gritado su padre más de una vez, y a ella le parecía muy injusto. Solo habían subido el volumen, porque, para empezar, había demasiado ruido y no podían oír nada.

Maya y Lauren ya tenían quince y catorce años.

Las peleas eran más fuertes que nunca.

Había peleas todo el tiempo.

—¡Siempre estás trabajando! Siempre estás trabajando y no...

—¡Por ti! ¡Por las niñas! ¡Por nuestra familia! Cielos, lo quieres todo, pero cuando trato de dártelo...

Maya era suficientemente mayor para saber que muchas de esas palabras tenían que ver con el vino: una copa antes de cenar, dos o tres durante la cena, y una quinta cuando el padre de Maya se marchaba de viaje de negocios. Maya nunca veía botellas vacías tiradas en el cubo de reciclaje, y las repisas de la despensa siempre parecían estar repletas de botellas sin abrir, y se preguntaba a quién pretendía engañar su madre: a sus hijas, a su marido o a ella misma.

Por otro lado, habría dejado que su madre se bebiera tres botellas cada noche si la hubieran mantenido calmada, complaciente. Incluso adormilada.

Pero el vino solo servía para acelerar a sus padres como coches antes de una carrera, cada uno con el pie en el acelerador antes de que alguien diera la señal con una bandera y, ¡bruum!, salieran disparados. Para entonces, Maya y Lauren habían aprendido a salir de en medio; subían arriba, a sus habitaciones, o iban a casa de alguna amiga, o incluso decían que estaban en casa de alguna amiga mientras se escondían en el patio trasero hasta poder entrar sin ser vistas. No era que las peleas de sus padres se pusieran violentas ni nada por el estilo: las palabras podían despedazar con más dureza que un vaso estampado contra la pared, o doler más que un puñetazo en los dientes.

Era fácil seguir su esquema. Maya estaba bastante segura de que hasta podría escribirles los diálogos. Una vez que comenzaban los gritos, siempre pasaban unos quince minutos antes de que su madre acusara a su padre de tener una aventura. Maya no sabía si era cierto o no y, sinceramente, ni

siquiera le importaba. Que dejara que la tuviera, si eso lo hacía feliz. Maya sospechaba que su madre estaría encantada de la vida si fuera cierto. Como si finalmente hubiera ganado una carrera que llevaba décadas corriendo.

—¿Te haría daño llegar a casa antes de las ocho de la noche? ¿En serio? ¿Te haría daño?

—Ah, bueno, vuélveme a recordar quién quería remodelar la cocina. ¿Crees que se paga sola?

Un golpe en la puerta hizo que levantara la vista. Casi esperaba que fuera Claire, aunque sabía que era imposible. Llevaba cinco meses saliendo con Claire, y estar en sus brazos era más seguro y mejor que todos los escondites de cualquier patio trasero del mundo. Claire significaba seguridad. Claire, pensaba a veces, le daba la sensación de hogar.

Pero era Lauren quien llamaba a la puerta.

—Hola —dijo cuando Maya abrió—. ¿Puedo pasar un rato contigo?

—Claro —asintió Maya.

En algún momento —Maya no estaba segura de cuándo—, sus conversaciones habían pasado de las carcajadas desenfrenadas a los secretos susurrados, después a las frases breves y luego a las respuestas de solo una o dos palabras. La diferencia de trece meses entre las dos las había separado como un abismo que no hacía más que crecer con el paso del tiempo.

Maya siempre supo que era adoptada. En una familia de pelirrojos, ese hecho era bastante obvio. De noche, cuando era pequeña, para hacer que se durmiera, su madre le contaba la historia de cómo la habían traído a casa desde el hospital. La había oído miles de veces, claro, pero siempre quería que volvieran a contársela. Su madre era buena para contar cuentos (en la universidad había sido locutora de radio), y siempre los dramatizaba y hacía todo tipo de gestos exagerados sobre el miedo que les daba meter a Maya en el asiento para bebés por primera vez, y de cómo habían comprado prácticamente cada botella de gel para manos que encontraron en el supermercado.

Pero la parte favorita de Maya siempre era el final. «Y luego —solía decir su madre, mientras la arrojaba y estiraba las mantas sobre ella— viniste a casa con nosotros. Este es tu lugar.»

Al principio no parecía importante que ella fuera adoptada y Lauren no. Eran hermanas, y eso era todo. Pero luego otros chicos de su edad se lo habían explicado.

Esos otros chicos podían ser unos verdaderos cabrones.

—Probablemente no te habrían adoptado si Lauren hubiera nacido antes —le había dicho un día durante el almuerzo Emily Whitmore, la mejor amiga de Maya en tercero de primaria—. Lauren es biológica —pronunció la palabra como si alguien se la hubiera enseñado— y tú no. Así son las cosas, simplemente.

Maya aún podía recordar el rostro de Emily mientras se lo explicaba; todavía recordaba cómo había querido aplastar su puño de ocho años contra la carita engreída de Emily, razón por la cual probablemente ahora, que estaban en segundo de secundaria, no tenía muchos amigos. Su rostro seguía siendo engreído. Y Maya todavía quería darle un puñetazo.

Sin embargo, Emily tenía razón en una cosa: tres meses después de que los padres de Maya la llevaran del hospital a casa, su madre había descubierto que estaba embarazada de Lauren. Durante casi diez años habían intentado tener al menos un bebé, y ahora tendrían dos.

A veces la gente les preguntaba a ella y a Lauren: «¿Cuál de las dos es la adoptada?», y ellas simplemente los miraban con los ojos entornados. Al principio no habían entendido la broma, pero Maya la captó mucho antes que Lauren. Tenía que hacerlo. Era la única que sobresalía, la única que no era pálida y pecosa y de cabello pelirrojo con tonos ámbar, la única mancha castaño oscuro en cada uno de los retratos de la familia que cubrían las paredes de la escalera.

A veces, cuando sus padres se peleaban, Maya se imaginaba que incendiaba la casa. Siempre pensaba que le gustaría ver arder esos retratos de familia de la escalera.

Al cumplir cinco años, Maya ya entendía que era diferente. Cuando le tocó ser la Estrella de la Semana en el parvulario, todos los niños le preguntaron por qué la habían adoptado, dónde estaba su «mami de verdad», si la habían regalado porque era una niña mala. Ninguno de ellos le preguntó nada sobre su mascota, la tortuga *Scooch*, ni sobre su manta favorita, tejida por su bisabuela Nonie. Después había llorado sin poder explicar por qué.

Pero quería a sus padres con una desesperación que a veces la asustaba.

Maya a veces soñaba con los padres que la habían dado en adopción, y se despertaba escapando de personas de cabello castaño y sin rostro que extendían los brazos hacia ella mientras ella sudaba por el esfuerzo que le exigía la huida. Sus padres —aparte del vino, las peleas, la sofocante discusión de las remodelaciones de la cocina y los pagos de la hipoteca— eran buenas personas. Muy buenas personas. Y la amaban profunda y completamente. Pero Maya se dio cuenta de que los libros que leían sobre criar a los hijos tenían que ver con hijos adoptados, y no biológicos. Pasaban tanto tiempo tratando de normalizar su vida que Maya a veces sentía que era todo menos normal.

Hizo un sitio en la cama para Lauren.

—¿Qué haces?

—Los deberes de Matemáticas —dijo Lauren. Se le daban muy mal las matemáticas, al menos comparada con su hermana. Solo se llevaban un año, pero Maya iba adelantada tres años en las clases de Matemáticas—. ¿Y tú qué haces?

Maya hizo un ademán en dirección a su portátil.

—Un ensayo.

—Oh.

En honor a la verdad, Maya realmente estaba escribiendo un ensayo. Solo que no lo hacía justo en ese momento. Llevaba una semana dedicada a ello y la fecha de entrega había pasado hacía tres días. Pero sabía que su maestra se lo perdonaría. Los maestros querían a Maya. Estaban contentos con ella, y al final le ponían unas notas excelentes sin siquiera tener que hacer el trabajo. Y, además, ni que el mundo necesitara otro ensayo sobre la importancia de las caracterizaciones en la *Antología de Spoon River*.

Lo cierto era que estaba chateando con Claire.

Claire había empezado a ir a su escuela en el mes de marzo. Maya todavía podía recordarla el primer día, caminando por el jardín de enfrente, con la mochila colgada de un hombro y no como la llevaban los demás en el colegio.

A Maya le gustó de inmediato.

Le gustaba que siempre, siempre, llevaba el pintañas descascarillado, pero su pelo nunca tenía las puntas abiertas. Le gustaba que los calcetines de Claire nunca combinaran, y consideraba que llevaba unos zapatos geniales. (Maya codiciaba sus Doc Martens y maldecía el hecho de tener los pies dos tallas más grandes que los de su amiga.)

Le gustaba sentir la mano de Claire en la suya, que su piel fuese la cosa más suave y eléctrica que hubiera tocado jamás. Adoraba su risa (era profunda, aunque, francamente, sonaba como si estuvieran asesinando a un ganso) y su boca, y la manera en que le acariciaba el cabello como si Maya fuera algo dulce y precioso.

Le gustaba la manera en que había pasado toda la vida tratando de entender dónde encajaba, solo para que Claire ocupara su lugar junto a ella, como si hubieran esperado todo ese tiempo para encontrarse.

A los padres de Maya, como no eran dinosaurios anticuados, no les importaba que fuera homosexual. Es más, no era solo que no tuvieran problema con eso. Estaban orgullosos. Su padre incluso pegó una calcomanía del arcoíris en el coche, cosa que escandalizó un poco al vecindario, hasta que Maya le explicó que llevar una calcomanía del arcoíris en el coche normalmente significaba que tú eras el gay, y que quizá los vecinos se habían hecho una idea equivocada.

De todos modos fue un gesto muy tierno. Donaron dinero a la Asociación de Padres, Familias y Amigos de Lesbianas y Gays, y ella y su padre corrieron juntos una carrera de diez kilómetros. Maya tenía todo el apoyo que necesitaba en ese aspecto, y estaba agradecida por ello. Únicamente deseaba que a veces sus padres pusieran atención a su propia relación en lugar de concentrarse en la de ella.

Una puerta se cerró de golpe y Lauren se asustó. No mucho, pero lo suficiente para que Maya lo notara.

—¿Ni siquiera te importa ver a tus hijas?

—¡Cómo te atreves a decirme algo así!

—Ni siquiera le preguntaste a Maya por...

Las dos chicas se miraron la una a la otra.

—¿Todavía no te ha llegado nada de esa chica? —le preguntó Lauren después de una pausa.

Maya negó con la cabeza.

—No.

La noche anterior, los padres de Maya le habían pedido que se sentara — la primera vez en meses que Maya los había visto juntos en casa sin que estuvieran como el perro y el gato— y le habían hablado de una chica llamada Grace. Era medio hermana de Maya, y vivía con sus padres a veinte minutos de su casa. Según parecía, por primera vez en la vida, Grace había preguntado por su familia biológica. Había un chico también, un supuesto medio hermano llamado Joaquin, pero nadie parecía saber dónde estaba, como si fuera un juego de llaves que alguien hubiera perdido.

—¿Te parece bien si le damos tu correo electrónico a Grace? —le preguntó su padre.

Maya se encogió de hombros.

—Sí, claro.

No le parecía bien, en realidad, pero ya no creía que sus padres tuvieran la fuerza suficiente para ella. Si apenas podían mantener la calma cuando estaban juntos..., ¿qué clase de energía les quedaba para ella? No tenía el menor deseo de echarse a llorar frente a ellos, ni de hacer preguntas, ni de mostrarles el menor atisbo de lo que sentía. No podía confiarles sus pensamientos, no cuando se comportaban como dos toros encerrados en una tienda de porcelana. Tendría que mantenerse a distancia..., a salvo de ese tipo de daños.

La noche anterior se había despertado con una pesadilla horrible: gente alta y de cabello oscuro extendía las manos hacia ella y trataba de sacarla por la ventana de su cuarto. Se despertó jadeando, las manos le temblaban tanto que ni siquiera pudo mandarle un mensaje a Claire. No estaba segura de qué le había dado más miedo: que los extraños trataran de llevársela o no estar segura de querer que sus raptos fracasaran.

No logró volver a dormirse.

—Ya conoces a Maya. No te cuenta las cosas, ¡le tienes que preguntar! ¡No es como Lauren! Si pasaras un poco de tiempo con ellas...

No era que a Maya le emocionara ser adoptada, pero en momentos como ese se sentía medio contenta de que sus padres no estuvieran relacionados biológicamente con ella. («Qué horrible ser tú, Laur», pensaba a veces,

cuando las peleas se volvían demasiado ruidosas, demasiado cercanas.) Era más fácil imaginar un mundo de posibilidades, un mundo en el que literalmente cualquiera pudiera estar relacionado con ella. Pero a veces eso solo hacía que este pareciera demasiado grande y Maya comenzaba a sentirse a la deriva, como si pudiera irse flotando; entonces cogía la mano de Claire y se aferraba a ella con ganas, como intentando volver a la tierra.

—¿Crees que se van a divorciar? —le había preguntado Lauren hacía unas semanas, cuando su padre salió de casa hecho una furia y su madre ni siquiera subió a verlas. Las chicas compartieron cama esa noche, algo que no habían vuelto a hacer desde pequeñas.

—No seas tonta —le había dicho Maya, pero luego la idea no la dejó dormir en toda la noche. Si sus padres se separaban, ¿a cuál de ellos elegirían? Tal como había subrayado Emily Whitmore, Lauren era biológica y Maya, no.

Era una idea ridícula, obviamente.

Y aun así...

Esa noche, después de que todos subieran al segundo piso, después de que Lauren volviera a su habitación y cerrara la puerta tras ella, y de que Maya le hubiera escrito a Claire mucho más tarde de la hora en la que se suponía que ya no debía usar el teléfono (mis padres se van a divorciar lol), y nadie viniera a impedir que lo hiciera, Maya se quedó despierta en la cama.

Todo parecía más terrible a las tres de la madrugada. Era un hecho.

Su teléfono sonó de repente. Era una notificación de correo, y lo abrió. Había leído en alguna parte que por cada minuto que pasabas con el teléfono en la cama perdías una hora de sueño. Siempre había creído que era falso, pero ahora le pareció posible.

«¿Hermana?», decía la línea de asunto del correo.

No era de Lauren.

Maya lo abrió.

Joaquin

A Joaquin siempre le habían gustado más las primeras horas de la mañana.

Le agradaba el cielo rosado que lentamente se tornaba amarillo y luego azul en los días despejados. Cuando no era así, le gustaba la neblina que se extendía sobre la ciudad como una manta y se enrollaba sobre las colinas y autopistas, tan espesa que a veces Joaquin creía poder tocarla.

Le gustaba el silencio de esas mañanas, la manera en que podía bajar en monopatín por la calle sin preocuparse por tener que evitar a los turistas lentos o a algún niño que se separara repentinamente de sus padres. Le gustaba caminar solo, sin nadie alrededor. De esa manera, sentía la soledad como algo elegido por él. Era más fácil que sentirse solo mientras estaba rodeado de mucha gente, como ocurría una vez que empezaba a despertar el resto del mundo, antes de que la realidad hiciera acto de presencia y el sol derritiera la capa de neblina.

Joaquin inclinó el cuerpo hacia la izquierda mientras bajaba muy deprisa por la colina hacia el Centro de las Artes. Las ruedas del monopatín eran nuevas, un regalo que su decimoctava pareja de padres adoptivos le regaló simplemente porque sí.

Mark y Linda eran buenas personas; habían sido sus padres durante casi dos años, y a Joaquin le gustaban. Linda le había enseñado a conducir en su viejísima camioneta e ignoró la pequeña abolladura que Joaquin le hizo a la puerta trasera del lado de los pasajeros. Mark lo había llevado a seis partidos de béisbol el verano pasado; se sentaron juntos y miraron el juego en silencio, asintiendo cada vez que el árbitro hacía lo correcto y estaban de acuerdo.

—Qué agradable ver a un padre y su hijo juntos en el béisbol —les había dicho un señor mayor al final de un partido, y cuando Mark sonrió ampliamente y pasó el brazo alrededor de los hombros de Joaquin, él se

sonrojó tan profundamente que casi creyó tener fiebre.

Conocía algunos datos básicos del principio de su vida, pero no demasiados. Cuando tenía un año, su madre lo había dejado en manos de los servicios sociales. Como alguna vez había visto el acta de nacimiento, sabía que ella se llamaba Melissa Taylor y que el apellido de su padre era Gutiérrez, pero eso había pasado unos diez trabajadores sociales atrás, y los derechos de maternidad de Melissa se habían extinguido hacía tiempo. No se había presentado a ninguna de las visitas cuando él era bebé. A veces, Joaquin se preguntaba si tal vez había sido el peor niño del mundo, pues ni siquiera su propia madre quería ir a verlo.

No sabía nada de su padre biológico, más allá de su apellido y del hecho de que solo tenía que mirarse al espejo para saber que su misterioso padre no era blanco.

—Pareces mexicano —le había dicho alguna vez un hermano de acogida, después de que Joaquin le explicara que no sabía de dónde era. Nadie le había dicho nada que negara tal afirmación, así que eso era todo. Joaquin era mexicano.

En términos de padres y hogares de acogida, le habían tocado buenos y malos. Estaba la madre que una vez perdió los estribos y golpeó a Joaquin en la nuca con un cepillo de madera, cosa que hizo que se sintiera como si fuese uno de esos personajes de las caricaturas que literalmente veían estrellas; la pareja mayor que, por razones que Joaquin nunca entendió, le ataban la mano izquierda obligándolo a usar la derecha (no funcionó: Joaquin seguía siendo zurdo); el padre a quien le gustaba apretarle la nuca haciendo que las vértebras le rechinaran de un modo que Joaquin no había podido olvidar; los padres que guardaban la comida de los niños acogidos aparte, en una repisa separada de la cocina, con los productos de marca blanca alineados justo debajo de la comida de marca para los hijos biológicos.

Pero luego también había estado Juanita, que le acariciaba el cabello y lo llamaba «cariño» un invierno en que se puso enfermo del estómago; Evelyn, quien organizaba peleas de globos con agua en el patio de atrás y solía cantarle por las noches una canción sobre tres pollitos que se acurrucaban bajo el ala de su madre y se quedaban dormidos, y Rick, el padre que una vez le compró un juego completo de pinturas al óleo porque pensaba que tenía

«bastante talento». (Seis meses más tarde, Rick bebió demasiado y acabó a puñetazos con el vecino de al lado. Eso obligó a Joaquin a dejar ese hogar de acogida y también sus pinturas al óleo. Todavía no se había recuperado de la pérdida.)

Mark y Linda eran los padres más recientes, y querían adoptarlo.

Se lo habían preguntado la noche anterior, cuando estaba sentado a la mesa de la cocina colocándole las ruedas nuevas al monopatín. Se sentaron frente a él, cogidos de la mano, y Joaquin supo de inmediato que iban a pedirle que se fuera. Le había pasado diecisiete veces antes, así que conocía las señales. Habría pretextos, disculpas, quizá hasta lágrimas (nunca las suyas), pero siempre terminaba del mismo modo: Joaquin guardaba sus pocas pertenencias en una bolsa de basura y esperaba a que el trabajador social lo recogiera y lo llevara a algún otro lugar. (Una vez, una trabajadora social le había llevado una maleta de verdad, pero se le estropeó en la siguiente casa, cuando dos de los otros chicos empezaron a pelearse. Joaquin prefería las bolsas de basura. Así no tenía nada que perder.)

—Joaquin —comenzó a decir Linda, pero Joaquin la interrumpió. Le gustaba Linda, y no quería que uno de sus últimos recuerdos de ella estuviera lleno de pretextos trémulos y palabras de consuelo.

—Vale, vale —dijo—. Lo entiendo, no pasa nada. Solo que... ¿Es por lo de la puerta del coche? Porque podría arreglarla. —Joaquin no estaba seguro de cómo hacerlo: no era que su trabajo en el Centro de las Artes lo estuviera volviendo millonario que digamos, y no tenía nociones de cómo arreglar la abolladura de un coche él solo, pero bueno, YouTube estaba para eso, ¿no?

—Espera, ¿qué estás diciendo? —replicó Linda, y Mark acercó su silla a la de Joaquin, lo que hizo que este se echara un poco para atrás—. No te preocupes por el coche, cariño, no es de eso de lo que queremos hablarte.

Joaquin casi nunca se sentía desorientado. Era bueno prediciendo lo que haría la gente, cómo reaccionaría, y si no lograba predecir su comportamiento, sabía cómo provocarlo. La terapeuta que Mark y Linda le obligaban a visitar lo llamaba un «mecanismo de defensa», y a Joaquin se le ocurrió que eso sonaba exactamente a algo que diría alguien que nunca necesitaba un «mecanismo de defensa».

Pero Linda no estaba siguiendo las líneas del guion que Joaquin ya se sabía de memoria.

Entonces Mark se inclinó un poco hacia delante, puso la mano en el antebrazo de Joaquin y se lo apretó un poco. Eso no lo molestó: sabía que Mark nunca le haría daño, y aunque lo intentara, Joaquin era unos ocho centímetros más alto y pesaba quince kilos más que él, así que sería una pelea corta. Por el contrario, no podía evitar sentir que Mark intentaba tranquilizarlo.

—Oye —le dijo Mark—. Tu ma..., esto..., Linda y yo queremos hablar contigo de algo importante: si te parece bien, nos gustaría adoptarte.

Los ojos de Linda brillaban mientras asentía al escuchar las palabras de Mark.

—Te queremos tanto, Joaquin... —dijo—. Realmente te sentimos como nuestro hijo; no podemos imaginar que no sea algo permanente.

El zumbido en la cabeza de Joaquin casi lo mareó, y cuando bajó la mirada a las ruedas del monopatín que tenía en las manos se dio cuenta de que solo había experimentado algo así una vez, cuando Mark y Linda le habían dicho que, si quería, podía llamarlos mamá y papá.

—Solo si tú quieres, claro —insistió Linda, y aunque no veía su cara en ese momento, Joaquin pudo notar el temblor en su voz.

—Es tu decisión —agregó Mark desde la isla de la cocina, donde tenía la vista fija sobre el portátil. Pero Joaquin se dio cuenta de que no estaba navegando, sino que se desplazaba hacia arriba y hacia abajo en la misma página.

—Está bien —dijo Joaquin, y fingió ignorar sus rostros de decepción esa noche a la hora de la cena cuando la llamó «Linda», como si no hubiera pasado nada esa mañana.

Joaquin nunca había llamado mamá o papá a nadie. Usaba los nombres propios o, en algunos de los hogares más estrictos, señor y señora fulano o zutano. No tenía abuelos, ni tías, ni tíos, ni primos, como algunos otros hijos adoptivos.

Y la verdad era que quería llamar a Linda y a Mark mamá y papá. Tenía tantas ganas de hacerlo, que podía sentir que las palabras sin decir le quemaban la garganta. Sería tan fácil decirlo... para hacerlos felices, para

finalmente ser el chico con una madre y un padre que se quedaban con él.

No eran solo palabras. Joaquin sabía que, si decía esas dos palabras, lo cambiarían. Si alguna vez salían de su boca, tendría que ser capaz de decirlas durante el resto de su vida, y había aprendido del modo más duro que la gente podía cambiar, que podían decir una cosa y luego hacer otra. No creía que Mark y Linda fueran a hacerle eso, pero tampoco quería tener que descubrirlo. Una vez se había atrevido a llamar «mamá» a su maestra de segundo grado en la clase de Matemáticas, solo para ver cómo se sentía al decirlo, cómo sonaba en sus oídos, pero había sido tanta la vergüenza que le hicieron pasar los otros chicos, que todavía se sonrojaba cuando lo recordaba años después.

Eso había sido solo un error. Llamar a Linda y a Mark mamá y papá a propósito significaría que el corazón de Joaquin se convertiría en algo mucho más frágil, algo imposible de pegar si se quebraba, y no quería que eso volviera a ocurrirle. Todavía no había logrado recoger todos los trozos, y quedaban uno o dos huecos en su corazón que dejaban que el aire frío se colara por ellos.

Ahora Mark y Linda querían adoptarlo, y Joaquin sintió que las ruedas del monopatín rugían bajo sus pies mientras daba un giro brusco a la derecha después de pasar la biblioteca. Mark y Linda serían su mamá y su papá, los llamara así o no. Él sabía que no podían tener hijos («¡Estéril como el desierto!», le había dicho Linda una vez de esa manera superalegre que usaba la gente para esconder su peor dolor), y Joaquin se preguntaba si él era su última oportunidad de conseguir lo que querían, si era solo un medio para alcanzar un fin.

Mientras pasaba a toda velocidad frente a la biblioteca, vio que en una de las ventanas había un letrero que decía: «¡Hora del cuento para mami, papi y para mí!».

Joaquin había superado hacía mucho no tener padres. No era tan tonto como de pequeño, cuando había intentado ser simpático y divertido como esos niños que veía en las series de televisión, los que tenían esas estúpidas risas enlatadas y padres que solo suspiraban cuando sus hijos hacían alguna idiotez como atravesar la pared de la cocina con el coche. A los cinco años, llegó a cambiar tantas veces de hogares de acogida que asistió a cinco escuelas diferentes, lo que significó que logró esquivar la maldición de tener que ser la

Estrella de la Semana, cuando los chicos hablaban de sus casas, familias y mascotas. Todas esas cosas que, dolorosamente, Joaquin era consciente de no tener.

Una vez, en la clase de Lengua, tuvo que escribir un ensayo sobre adónde iría si pudiera volver atrás en el tiempo. Explicó que le gustaría regresar para ver a los dinosaurios, lo que probablemente fue la mayor mentira que jamás había dicho en su vida. En realidad, si Joaquin hubiera podido volver atrás en el tiempo, habría regresado hasta encontrar su versión de doce años, lo habría sacudido hasta que los dientes le hubiesen castañeteado, y le hubiera siseado: «Lo estás jodiendo absolutamente todo». En esa época fue realmente malo, dejándose vencer por una furia que le hervía debajo de la piel. Se revolcaba y gritaba y aullaba hasta que el monstruo se iba, saciado por el momento, y dejaba a Joaquin exprimido y exhausto, más allá del consuelo, más allá del castigo. Nadie quería a un hijo así, ya lo sabía, y en especial no querían a uno que mojaba la cama casi todas las noches.

Para cuando cumplió los ocho años, ya conocía el juego. Los dientes de leche tan perfectos habían dejado su lugar a otros de conejo y varios huecos; las mejillas regordetas habían adelgazado ante su adolescencia inminente. Ya no era un bebé adorable, y seguramente los futuros padres querrían bebés.

Entendía que probablemente no iría nadie a las reuniones de padres y profesores en su escuela, nadie que escuchara mientras la maestra contaba lo buen artista que era. No habría nadie que le hiciera una foto de pie, bajo el lazo azul de condecoración a su dibujo, en la exposición de arte de la escuela, en cuarto; ni que lo llevara en coche a esa fiesta que había al otro lado de la ciudad, en quinto. Algunos de sus padres se habían esforzado, claro, pero no había dinero ni tiempo de sobra, y Joaquin comprendió con el tiempo que, si no tenía la esperanza de que alguien lo quisiera, entonces no se sentiría nunca desilusionado.

Todavía tenía ese lazo azul. Lo guardaba enterrado en el fondo del cajón de los calcetines, con los bordes deshilachados por los dieciocho meses durante los que Joaquin durmió con él bajo la almohada.

No había tenido muchos golpes de suerte en la vida, pero sabía que era afortunado al no tener hermanos. Había visto lo que les hacían a otros niños, con cuántas ganas luchaban por permanecer juntos y lo destrozados que

quedaban cuando inevitablemente los separaban. Había visto a hermanos mayores intentar con desesperación que los adoptaran familias que solo querían a las hermanas menores; había visto a hermanas mayores arrancadas de sus hermanos menores porque no había suficiente espacio para tres chicos en un hogar de acogida, y los servicios sociales a veces separaban a los hermanos por género. Para Joaquin ya era de por sí difícil no derrumbarse, mantener a flote el corazón y la mente sobre una marea que lo quería ahogar. Tampoco habría podido mantener a alguien más a flote a su lado. Estaba contento de no tener que hacerlo, de no tener ataduras, aunque a veces sospechaba que, sin eso, podría simplemente irse flotando y nadie sabría siquiera que se había ido, nadie volvería a buscarlo.

Mark y Linda probablemente lo buscarían, se dijo Joaquin mientras aparecía a la vista el Centro de las Artes y el sol irrumpía entre las nubes. Pero ya lo había decidido: no lo adoptarían.

A Joaquin ya lo habían adoptado una vez.

Y nunca dejaría que volviera a ocurrir.

Grace

Después de que los padres de Grace se enteraran de que su hija estaba embarazada, se reunieron con los padres de Max.

—Es solo una conversación —había dicho su padre—. Solo queremos hablar de nuestras opciones.

Pero embarazada de catorce semanas, Grace sabía que no había muchas opciones sobre la mesa.

Los padres de Max no querían «hablar de opciones». Estaban todos reunidos en una habitación que casi nunca usaban, porque la tele no estaba ahí, sino en la sala. Sin embargo, allí se sentaron Max y Grace, uno frente al otro, como lo estaban cuando se conocieron frente a la maqueta de las Naciones Unidas. Grace no dejaba de pensar en broma que ella y Max se habían unido y se habían vuelto un solo país, pero nunca lo dijo. No creía que a los padres de nadie —y tampoco al propio Max— les hiciera gracia. Y seguramente ni siquiera era tan chistoso.

El padre de Max estaba tan enfadado que temblaba. Aunque fuera sábado por la tarde, vestía americana y camisa, y nunca le quitó la mano de encima del hombro a Max, pero no lo hacía a modo de apoyo. Más bien era una forma de decir «Te sentarás aquí bajo mis órdenes». Max odiaba a su padre. Siempre decía a sus espaldas que era un cabrón.

—No sé qué le habrá hecho su hija a mi hijo...

—No me parece que echar la culpa a nadie sea... —comenzó a decir la madre de Grace, que ahora también había puesto la mano en el hombro de Grace. Pero estaba tibia, demasiado tibia, y Grace ya se sentía lo suficientemente saturada con Peach, que seguía creciendo dentro de ella. Se la sacudió de encima. No quería que nadie la tocara, ni siquiera Max.

En especial Max.

—Max tiene un futuro —dijo el padre, mientras la madre permanecía sentada en silencio—. Irá a la UCLA. Esto no forma parte de sus planes.

Los padres de Grace no dijeron nada. Ella planeaba solicitar plaza en Berkeley al año siguiente, pero no estaban discutiendo la posibilidad de acudir a hacer un recorrido por el campus. Además, Grace sabía que Max había hecho trampa en su examen de francés avanzado, pero tampoco mencionó nada de eso.

—Grace también tiene un futuro —intervino entonces su padre, alzando la voz por encima de la del padre de Max. Parecían dos jugadores de hockey a punto de empezar una pelea en la pista de hielo—. Y tanto ella como Max son responsables...

—No sé qué hizo su hija para meter al mío en esta situación, pero si creen que me van a sacar algo de dinero... —La voz del padre de Max se fue apagando. Se le estaban dilatando las fosas nasales. Max mostraba ese mismo rasgo cuando estaba enfadado. A veces Grace lo llamaba «Puff, el dragón mágico», pero solo en su cabeza, y únicamente cuando estaba muy enfadada con él.

—Tiene que ver con el bebé —lo interrumpió la madre de Grace—. Y con Grace y Max.

—No hay un Max y Grace —replicó el padre del chico. La madre, por el contrario, no decía nada. Era escalofriante. Grace supuso que no se llegaba a conocer a la familia de alguien hasta que su hijo te dejaba embarazada—. Max está saliendo con una buena chica.

«Una buena chica.» Las palabras quedaron suspendidas en el aire mientras Grace se volvía para mirar a Max, pero este tenía los ojos clavados en el suelo.

—¿Max? —preguntó ella.

Él no se movió para mirarla. Ni tampoco a Peach.

Stephanie era la buena chica en cuestión, por supuesto. Grace no tenía la menor idea de si era una buena persona o no, pero era obvio que para el padre de Max «buena chica» equivalía a «persona cuyo vientre está desocupado por el momento». Así que, si usaban su definición, entonces Stephanie era 99,99 por ciento buena. Grace no lo era al cien por cien.

Y así, en resumidas cuentas, fue como terminaron Grace y su novio.

Max y Grace habían salido durante casi un año, que, si se ponía a pensarlo, fue más o menos la misma cantidad de tiempo que después le llevó a Grace dejar crecer a Peach. Pero no podía pensar así en eso, en absoluto. No podía pensar en Peach sin sentir un dolor que la perforaba, partiéndola en dos como lo hizo en esa sala de partos. Grace pensaba que no podía haber nada peor que esa noche, con su madre, que le apretaba la mano, y las enfermeras, que la exhortaban a que empujara, pero ese dolor sí lo era.

Janie decía que Max era un «chico de película», y estaba en lo cierto: jugaba al fútbol, tenía los dientes blancos y derechos, era amigo de todos... pero más amigo de algunos. Grace no se dio cuenta al principio, pero él le gustó solo porque ella le gustaba a él, y ese árbol no era lo suficientemente firme como para sostenerse cuando llegara la tormenta. Eso lo sabía ahora, claro, porque tanto Max como Peach se habían ido y ella tenía las manos vacías, heridas por tratar de aferrarse demasiado a algo que, para empezar, nunca debió haber abrazado.



—Estás inquieta —le dijo su madre.

—No estoy inquieta. Tú estás inquieta —respondió ella.

—Las dos estáis inquietas —terció su padre—. Tranquilas.

—Tienes una pelusa en la... —lo interrumpió su madre, y acercó la mano a su camisa. Él le dio un manotazo juguetón para alejarla.

—Estáis inquietas —repitió.

Los tres estaban esperando de pie en un porche de piedra, muy juntos, aunque había bastante espacio para que Grace hiciera una pirueta sin tocar a ninguno de sus padres, probablemente. Tan grande era el porche.

Y no era cualquier porche. Era el porche de Maya. O, más precisamente, el porche de los padres de Maya. Una semana después de que las dos intercambiaran mensajes, los padres de Maya habían invitado a su familia a cenar, y ellos habían aceptado porque ¿cómo se podía rechazar esa invitación?

Maya y Grace habían hablado unas cuantas veces, comenzando con la respuesta de Maya al primer correo de Grace: «Bueno, pues ya era hora». Había sido breve y conciso, y Grace empezaba a darse cuenta de que ese era

el modo usual de responder de Maya. Y tampoco usaba emojis ni caritas felices hechas de puntos y comas y paréntesis. Grace empezaba a preguntarse si en realidad su hermana era un robot sin sentido del humor, pero supuso que hasta los robots sabían cómo enviar el emoji del guiño, por ejemplo. Quizá fuera que Maya solo era superseria cuando se trataba de tecnología. O quizá era una de esas personas que coleccionaban máquinas de escribir y añoraban tener un teléfono fijo como los que se usaban hacía treinta años.

Grace tenía muchas preguntas para (y sobre) Maya, y no estaba segura de cómo plantearlas.

Cuando aparcaron delante de la casa, el padre de Grace soltó un suave silbido y su madre dijo:

—Ay, Dios mío, ya sabía que tenías que ponerte traje.

«Papá odia ponerse traje» es lo que habría dicho Grace si no hubiera estado ocupada mirando la casa fijamente. Era una especie de mansión de piedra... Solo le faltaba una torre para parecer un edificio salido de una película de Disney.

Y ahí era donde vivía Maya.

—Odio ponerme traje —respondió su padre.

Los tres estaban sentados todavía en el coche. El aliento de Grace empañaba el cristal, de tan cerca como estaba de la ventanilla. Bajaron del coche, y tardaron unos cuantos minutos más hasta llegar al impresionante porche principal, y cuando su madre tocó el timbre, las campanas chinas de dentro de la casa tocaron la *Oda a la alegría*.

—¿Acaso nos hemos equivocado y vamos a misa? —susurró Grace.

—¿Estás bien? —le preguntó su padre, y se dio la vuelta para mirarla mientras el timbre seguía sonando.

—Sí, perfecto.

—¿Segura?

—Vuelve a preguntármelo dentro de una hora —susurró Grace justo cuando de golpe se abrió la puerta y los recibió una sonriente pareja. Los dos eran pelirrojos. El hombre llevaba traje.

Grace oyó a su madre maldecir en voz baja detrás de ella.

—Bueno, ¡habéis encontrado la casa! —exclamó la mujer—. ¡Pasad, pasad!

Era excesiva, como solía decir Janie. (Como probablemente todavía decía. Grace no había hablado con Janie en... mucho tiempo.)

—¡Un placer conoceros! —dijo la mujer—. Yo soy Diane, él es Bob.

Los dos sonreían a Grace como si se la quisieran comer.

Grace les devolvió la sonrisa.

Siguió a sus padres al interior de la casa, que brillaba y tenía aires de mausoleo por todo el mármol. Había una escalinata de doble espiral que serpenteaba hasta un rellano en el segundo piso, también de mármol, y a lo largo de la escalera Grace vio un gran muro cubierto de retratos enmarcados con elegancia.

No había una sola mota de polvo a la vista.

—Qué casa tan bonita —dijo la madre de Grace, quien leía *Architectural Digest* como..., bueno, Grace nunca había conocido a nadie que consumiera nada tanto como su madre leía esa revista. En fin, estaba impactada. Grace la veía arrancar mentalmente la alfombra de su propia sala, añadir un segundo piso, y hasta posiblemente abandonarlos a Grace y a su padre para venirse a vivir a esa casa—. Es simplemente majestuosa.

Grace nunca había oído a su madre usar esa palabra.

Su padre empezó a hablar.

—Sí, muchas gracias por invitarnos. Grace tenía muchas ganas de venir.

Grace las había tenido, en cierto modo, como podría tener ganas de subirse a una montaña rusa. Solo que no estaba segura de si los cinturones de seguridad eran lo suficientemente buenos para ese viaje, ni cuándo había sido la última vez que hicieron una inspección de seguridad a los raíles.

Por suerte, sus modales entraron en acción, avanzó un paso y le ofreció la mano a Diane.

—Hola, soy Grace —dijo—. Mucho gusto en conocerla.

Los ojos de Diane parecieron humedecerse cuando le tendió la mano.

—Grace —dijo, y su voz se quebró un poquito—. Es tan tan bonito conocerte. Sé que Maya también tiene muchas ganas. Creo que le hará muchísimo bien.

«¿Le hará muchísimo bien?» Grace ya veía los problemas a la vuelta de la esquina.

—Eres igualita que ella —dijo Bob—. ¿No te parece raro, Di?

Grace volvió a sonreír, sin estar segura de qué decir. No tenía ni idea de si era cierto o no. Ella y Maya todavía no se habían enviado fotos y había tenido miedo de buscarla en las redes sociales. No estaba segura de por qué.

Justo entonces, una chica, también pelirroja, dio la vuelta a la esquina. Grace soltó un profundo suspiro sin darse cuenta. ¿Acaso Maya era pelirroja? ¿Era ella? Bob había dicho que eran iguales, pero esa chica y Grace no podrían haber sido más distintas.

—Ah, esta es nuestra hija Lauren —dijo Diane, extendiendo un brazo hacia la chica y estrechándola contra ella—. Es la hermana de Maya.

Lauren sonrió, y Grace le correspondió. Lauren era tan obviamente biológica que aquello le pareció absurdo. Grace se preguntó cómo era vivir en una casa donde los otros tres habitantes no se parecían en nada a ti, como si estuvieras en un eterno juego de «Una de estas cosas no es como las otras».

—Pensé que Maya ya estaba bajando —dijo Diane, luego dio un paso hacia la escalera, todavía acompañada de Lauren—. ¡Maya! ¡Ya han llegado Grace y sus padres!

Al cabo de un momento, Maya apareció en el rellano superior de la escalera. Llevaba puestos unos shorts de mezclilla y una camiseta de tirantes holgada, y se había recogido el cabello en uno de esos moños que Grace había tratado de hacerse muchas veces sin lograrlo, porque no tenía el cabello lo suficientemente largo. Era como si alguien hubiera dejado caer a Maya en medio de esos tres pelirrojos desconocidos y bien vestidos.

Y en cierto modo, se dio cuenta Grace, así había sido.

—Hola —dijo saludándola con la mano—. Soy Grace.

—Hola —respondió Maya. Tenía la voz extrañamente inexpresiva, pero quizá únicamente trataba de hacer como si nada.

Una vez que llegó al pie de la escalera, las dos se quedaron mirándose la una a la otra. Grace podía oír los silenciosos resoplidos de los cuatro padres detrás de ellas mientras observaban a sus dos hijas conocerse. Maya se parecía a Grace, sin duda. Color de ojos, color de cabello, hasta esa extraña nariz que parecía una pista para esquiar. Era un poco más baja que Grace, unas pecas más o menos... En fin..., era como mirarse al espejo.

Y Grace no sintió absolutamente nada.

—Hola —volvió a decir—. Lo siento, no sé qué decir.

Soltó una risita nerviosa, cosa que hizo que se odiara a sí misma, pero todo empezaba a ser muy extraño. ¡Estaban en una casa que parecía el castillo de una princesa! Tenía una hermana biológica que la miraba fijamente y ¡que era igualita a ella! ¡Su padre vestía traje!

Maya se quedó mirando a Grace, luego se volvió hacia su padre.

—¿Por qué llevas traje?

—Porque tenemos invitados —respondió cogiéndola de los hombros y llevándola hacia la sala.

Grace tuvo la sensación de que estaba acostumbrado a alejar a Maya de las cosas, como una técnica de distracción que la gente usaba con los niños. Reorientación, así la llamaban. Grace lo había leído una vez que se atrevió a abrir un libro sobre padres e hijos en una librería a veinticinco kilómetros de distancia, donde nadie podía reconocerla.

—¡Vamos para allá! —dijo Diane, y gesticuló hacia los padres de Grace mientras dejaba un brazo alrededor de los hombros de Lauren.

Grace notó que ninguna de las hermanas parecía darse cuenta de que estaba ahí la otra. Como hija única, siempre había estudiado las interacciones entre los hermanos. Era como mirar uno de esos programas de la tele sobre el medio ambiente que mostraban especies animales estafalarias con las que su padre siempre se obsesionaba.

—Después de vosotros —dijo la madre de Grace, y los siguió hasta la sala de estar (también blanca, también perfecta)—. Vamos —le dijo a Grace, y se situó entre ella y su padre.

Este se agachó para susurrarle al oído mientras caminaban.

—Si me lo pides —murmuró— traigo el coche y nos largamos de este lugar.

Grace sonrió y trató de darle un manotazo antes de que su madre lo oyera.



La cena fue una agonía.

La comida estaba perfecta, por supuesto; tampoco fue que sirvieran lechecillas ni nada por el estilo. (Grace había probado las mollejas solo una vez, y se dio cuenta de que la peor palabra para describir ese extraño tipo de

comida era el diminutivo de «leche».)

Pero básicamente eran siete desconocidos sentados en un comedor más elegante que cualquier restaurante en el que Grace hubiera puesto un pie en su vida, y dos de ellos eran parientes y se acababan de conocer veinte minutos antes. Peor aún, la habitación tenía techos altos y parecía que el silencio reverberara a su alrededor, y los tenedores que raspaban contra los platos sonaban como si alguien rozara la aguja de un tocadiscos una y otra vez.

—Qué bonito que las dos podáis conoceros —dijo Diane, hablando un poco más alto de lo necesario.

La madre de Grace le siguió la corriente, como a menudo hacen las madres.

—¡Sí, es verdad! —exclamó, y les sonrió a Maya y a Grace—. Y, además, las dos os parecéis tanto... Sé que Grace siempre quiso tener una hermana.

Grace la miró y arqueó ligeramente una ceja. ¿Desde cuándo? Pero luego vio que Maya le lanzaba una mirada y rápidamente cambió la expresión.

—Si te apetece una hermana, ¿puedo hacer una sugerencia? —intervino Maya, y luego gesticuló hacia Lauren—. Y además incluye un juego de cuchillos de cocina, pero llame ya. Las teleoperadoras lo están esperando.

Lauren fulminó a Maya con la mirada, y aunque Bob y Diane se rieron, Grace podía ver que no les faltaban ganas de asesinarla con los ojos. Pero de todos modos se unió a sus risas. No pudo evitarlo. Ahora sabía por qué Maya nunca escribía correos electrónicos ni mensajes de texto como un ser humano normal: su sentido del humor era demasiado negro.

—Maya y Lauren son las mejores amigas o las peores enemigas —terció Diane. Levantó su copa y luego la bajó mientras Maya comía un trozo de pollo—. En realidad, descubrimos que yo estaba embarazada de Lauren tres meses después de traer a Maya a casa. Intentamos tener un hijo durante casi diez años, ¿y luego?: ¡dos milagros en tres meses! No podíamos creerlo.

Grace vio que su padre miraba a Maya y luego a Lauren, y se preguntó si estaba pensando lo mismo que ella: que esas dos estaban a punto de lanzarse una al cuello de la otra. Diane estaba alucinando, o más bien trataba de evitar que sus hijas echaran a perder la cena.

—¿Y qué se siente al ser hija única, Grace? —le preguntó Lauren—. ¿Es maravilloso? Parece maravilloso.

La madre de Maya se aclaró la garganta y dio un largo trago de vino.

—Eh... —Grace miró el plato durante un segundo, y luego de nuevo a Lauren—. Es... ¿tranquilo?

Todos los adultos en la mesa se rieron, y Grace sonrió.

—No está mal, supongo. No sé... está bien.

Maya la miró a ella, pero se dirigió a los padres de ambas.

—¿Nos podéis disculpar a Grace y a mí? —preguntó—. Tenemos que recuperar como quince años de vínculos afectivos.

—Claro, por supuesto que sí —dijo su madre—. Pero llévate la comida, ¿no? No comes lo suficiente.

—Sabes que esa frase ha salido directamente del manual de *Cómo crearle a tu hija un desorden alimenticio*, ¿verdad? —replicó Maya, pero ya estaba empujando la silla para atrás, cogía el plato y gesticulaba hacia Grace para que la siguiera.

Ella miró a su madre mientras subía por los raíles de la montaña rusa.

—Claro, adelante —dijo ella.

Grace dejó su plato y subió corriendo por la escalera detrás de Maya, resbalando un poco en el mármol.

La pared llena de retratos que había visto Grace nada más entrar en la casa era más impactante de cerca, y se dio cuenta de que caminaba más lentamente mientras miraba las fotos. Eran retratos informales y profesionales del pasar de los años, desde que Maya y Lauren eran bebés hasta lo que parecía ser la foto más reciente, tomada la última Navidad. Maya destacaba en cada foto, la única morena en una familia de pelirrojos, con una sonrisa que, con el pasar de los años, se iba volviendo menos plena.

En el instante en el que entraron en su cuarto, Maya cerró la puerta y soltó un enorme suspiro.

—Ay, Dios mío, lo siento de verdad —se disculpó mientras se desenredaba el cabello para soltar el moño. Grace se dio cuenta de que tenía el pelo mucho más largo que el suyo, y se preguntó si quizá debería dejárselo crecer—. Ah... así está mejor.

Grace miró la habitación y vio los lazos azules que Maya había ganado por... algo deportivo, probablemente.

—Tus padres parecen agradables.

Maya le lanzó una mirada a través del espejo.

—Sabes que esos lazos solo son premios por participar, ¿verdad?

—Oh —dijo Grace.

Maya se colocó el cabello sobre un hombro y luego volvió a echarlo para atrás.

—Les dije a mis padres como un millón de veces que no hicieran una cena elegante, que encargáramos simplemente unas pizzas o algo así, que no hicieran que todo pareciera extraño. ¿Y qué es lo que hacen?: consiguen que todo parezca raro.

—A mí no me parece tan raro.

—Mi padre lleva traje, Grace.

—Bueno, eso sí es un poquito raro —admitió.

El cuarto de Maya, a diferencia del resto de la casa, parecía el resultado de una explosión en una fábrica de colores. Una pared era color azul oscuro; otra, amarillo pálido, y luego había dos blancas. Tenía pósteres colgados en todas las paredes, principalmente de grupos musicales, además de docenas de fotos pegadas con cinta azul brillante.

—¿Las has hecho tú? —preguntó Grace, acercándose para ver una de Maya rodeando a una chica con los brazos y besándole la mejilla mientras la chica sonreía con los ojos cerrados.

Maya le lanzó una mirada.

—Sí —le dijo—. Es mi chica, Claire.

—Es guapa —dijo Grace—. Se parece a Campanilla.

Maya hizo una pausa.

—Sabes a qué me refiero cuando digo que es mi chica, ¿verdad? No es, digamos, simplemente una chica cualquiera y ya. Ni tampoco una amiga y ya.

Grace asintió.

—Sí, ya lo he entendido. —Sospechaba que Maya la estaba poniendo a prueba para ver si su recién descubierta pariente era o no una pesadilla homofóbica—. Tu novia. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Casi seis meses —respondió Maya, y por primera vez pareció casi relajada y no una rata de laboratorio enjaulada a la espera de ver qué sucedería después—. Es increíble. Nos conocimos en la escuela católica.

—¿Eres católica?

—Nop. —Maya se echó en la cama, apoyó el pulgar contra el rostro de Claire y le apretó la nariz—. Solo que es la mejor escuela privada de la zona, así que mis padres nos mandaron a Lauren y a mí ahí de todos modos. Nuestro paso por la escuela es básicamente un pecado tras otro. Es genial.

Grace se sentó en el borde de la cama, con la mirada puesta todavía en las fotos que había hecho Maya. Había tomas sobreexpuestas de unas rosas, unas manos unidas para rezar, más selfies de Maya y de Claire juntas.

—Entonces, tú y Lauren, ¿qué? ¿Os odiáis la una a la otra?

—¿Te refieres a la hija pelirroja de oro?

Grace supuso que ya sabía la respuesta.

Maya rodó hacia un lado para mirar a Grace al revés.

—Así que no tienes hermanos, ¿eh?

—No —dijo Grace. El edredón de Maya se notaba suave contra su pierna, y el tejido desgastado le recordaba todos los días y noches que había pasado en su propia cama después de lo de Peach, acurrucada entre sábanas y mantas como si pudiera protegerse con ellas.

—¿Por qué estás tan triste? —Maya ladeó la cabeza hacia ella. Desde ese ángulo, tenía cierto parecido a un periquito.

—Eh, solo porque... ha sido difícil crecer como hija única —mintió Grace.

Maya gimió y se echó al otro lado de la cama.

—¿No quieres a mi hermana? —le preguntó—. ¿Una promoción de dos por una?

—Es la segunda vez que me la ofreces. ¿Tan terrible es? —repuso Grace. Se dio cuenta de que, a pesar de la cantidad de fotos colgadas en la pared de la habitación, no había ninguna de su familia.

—No es terrible, solo un incordio —respondió Maya—. Ya sabes, la chica lista de la clase que siempre se sabe las respuestas y la maestra la nombra responsable cada vez que tiene que salir un minuto. —Maya arqueó la espalda para volver a mirar a Grace—. Esa es Lauren.

—Qué divertido vivir así —dijo Grace.

Maya sonrió.

—Así que las dos heredamos el gen del sarcasmo. Perfecto. —Luego suspiró y se sentó de nuevo—. Mis padres en realidad no entienden cuando soy sarcástica. Les complica las cosas.

—Ah, hablando de heredar —dijo Grace, y Maya se dio la vuelta para mirarla, de repente quieta como un venado—. Bueno, no hablo de dinero ni nada por el estilo. Simplemente estoy tratando de encontrar a nuestra madre biológica.

Maya soltó un enorme suspiro y volvió a desplomarse en la cama.

—Uf. Que te lo pases bien.

—¿Tú no quieres?

Maya se volvió de nuevo para quedar cara a cara con ella. Tenía mucha energía, y de repente Grace se preguntó si su hermana estaba nerviosa.

—Mira —replicó—, sé que aquí estamos en el mismo barco, así que haz lo que quieras, pero ella nos regaló. Nos abandonó. Como si hubiera dicho: «¡A volar, pajaritos!». ¿Por qué querría encontrar a una mujer que me dio a luz y ni siquiera me quiso?

—Pero ¿eso no lo sabes! —dijo Grace con más intensidad de la que era su intención. De repente, pareció subir la temperatura de la habitación—. ¿Qué tal si era muy joven o estaba asustada? ¿Y si sus padres la obligaron a que nos diera en adopción?

—Bueno, entonces ¿cómo es que después no se ha preocupado por encontrarnos? —preguntó Maya, y por su tono Grace supo que no esperaba una respuesta—. Punto final para mí.

—Quizá no nos quiere crear ninguna complicación, o....

—Grace, mira, si quieres ir a buscarla, hazlo. Pero no cuentes conmigo. Solo quiero graduarme, irme a Nueva York con Claire y empezar mi vida. No me interesa volver atrás, ¿de acuerdo?

En ese momento, Grace supo que Maya estaba enfadada... con su madre biológica. Y que por eso nunca podría hablarle acerca de Peach.

—Pero estaría bien si pasamos algún tiempo juntas —agregó Maya, y Grace se preguntó qué expresión tendría en el rostro para que Maya hubiera sentido la necesidad de agregar esas palabras—. Pareces agradable, tus

padres me gustan, y, ya sabes, si alguna vez llegara a necesitar un riñón o una transfusión de sangre, no estaría mal tenerte entre mis contactos. —Sonrió un poco—. Y viceversa, claro, aunque tiendo a desmayarme cuando hay jeringuillas de por medio.

Grace asintió. ¿Qué podía hacer? ¿Obligar a esta nueva persona a acompañarla en una misión imposible?

—Está bien —le dijo—. Si es lo que quieres...

—¿En serio? —Maya levantó la almohada y la abrazó contra su pecho—. Dios, qué fácil. Lauren se pondría a gimotear y gimotear hasta que finalmente le dijera que sí.

—Bueno, pues es un asunto de hermanas. Dame un poco de tiempo... Estoy segura de que puedo practicar.

—Aunque quizá me interesaría encontrar a nuestro hermano —apuntó Maya.

Grace asintió. No se lo había dicho a nadie —y tampoco tenía planes de hacerlo—, pero tenía pesadillas sobre los nuevos padres de Peach, en las que la daban en adopción y de repente era como si hubiera vuelto a desaparecer, perdida en el sistema que había atrapado a Joaquin. Pero en lugar de decir nada de eso, sacó el teléfono de su bolsillo.

—Hablé con la trabajadora social que lo lleva la semana pasada. Mis padres me ayudaron a buscar sus datos, y ella me dijo que podíamos enviarle un correo electrónico.

—¿Eso dijo? —Maya bajó la almohada y se inclinó hacia delante—. ¿Por qué una trabajadora social?

—Porque él estaba, pues... —Grace se retorció un poco, y el edredón ya no le parecía tan cómodo—. Porque no lo adoptaron. Es decir, nunca. Está viviendo con una familia como a una hora de aquí, pero antes de eso estuvo en un montón de casas distintas.

Maya la miró con los ojos muy abiertos, y Grace finalmente le vio el potencial de hermana pequeña. Podía imaginar a Maya gateando tras ella, incordiándola, tirándole del pelo y cogiéndole la ropa prestada sin su permiso. No le habló a Maya de toda la gente con la que había tenido que hablar por teléfono mientras trataba de seguir un rastro de migas de pan dejado en el transcurso de diecisiete años, casi todas llevadas por el viento y a Joaquin con

ellas. No mencionó que algunas de esas personas habían sido groseras, que otras fueron tan amables que a Grace se le había encogido el corazón, que el árbol familiar de Joaquin parecía tener demasiadas ramas y no suficientes raíces, por lo menos el tipo de raíces que podrías necesitar cuando arreciara la tormenta.

—¡Deberíamos mandarle un correo, en serio! —exclamó Maya, y luego le lanzó la almohada a Grace llevada por la emoción—. Pero hazlo tú. Te salen muy bien esos correos de «¡Hola! ¡Creo que somos parientes!».

—Fue mi materia optativa en el primer año de preparatoria —dijo Grace, y sonrió cuando Maya se rio de su chiste.

Así fue como Grace terminó escribiendo un nuevo correo para un hermano al que nunca había conocido.

Hola, Joaquin:

No me conoces, pero creo que compartimos parte de la familia. Tu trabajadora social mencionó que te podíamos escribir. Una chica llamada Maya y yo descubrimos hace poco que somos hermanas biológicas. A las dos nos adoptaron, acabamos de conocernos y, después de investigar un poco, descubrimos que podrías ser nuestro hermano.

¿Te interesaría reunirse con nosotras? Vivimos como a una hora de tu casa, así que podríamos vernos en cualquier parte que te vaya bien.

Con nuestros mejores deseos,

GRACE & MAYA

—¿«Nuestros mejores deseos»? —exclamó Maya cuando vio el correo—. ¿En serio?

—Es cálido sin ser personal —explicó Grace encogiéndose de hombros.

—¿«Cálido sin ser personal»? —repitió Maya—. Vale, pues bueno.

—Y ¿qué tal es lo de pertenecer a una familia de pelirrojos? —preguntó Grace, solo para cambiar de tema.

Maya soltó una carcajada con un resoplido.

—¿Has visto la exposición de fotos allá fuera? —replicó, y luego cantó—: «Una de estas cosas no es como las otras...».

—¿Tus padres no tienen problema con que seas lesbiana?

De repente, Grace se sintió extrañamente protectora con ella, como le había sucedido con Peach.

—¿Estás bromeando? Prácticamente son famosos por eso. Ya eran miembros de la Asociación de Padres, Familias y Amigos de Lesbianas y Gays casi desde antes de que pudiera terminar de decirles que era lesbiana. No vas a creerlo, pero mi padre quería acompañarme a una marcha del orgullo gay.

Grace no pudo evitar reírse, y sintió un extraño alivio de que Maya no estuviera en un hogar horrendo y opresivo.

—Bueno, pues eso está bien, ¿no? —apuntó—. Que te apoyen, quiero decir.

—Sí, desde luego. Solo que... —Maya parecía haberse quedado sin palabras por primera vez desde que subieron al piso de arriba—. Está bien —dijo finalmente, y Grace decidió no insistir más.

Intercambiaron números de teléfono y escucharon música (de Maya) y hablaron de Claire. Por suerte Grace no quería decirle nada a Maya de Peach ni de Max, porque casi ni la dejaba abrir la boca. Cuando finalmente ella y sus padres se fueron, saboreó el relativo silencio de su Toyota Camry (con la excepción de los frenos chillones).

—¡Muy bien! —dijo su padre después de un minuto, dando una palmada—. ¡Altos y bajos!

Grace soltó un gemido. Sus padres solían hacer eso de los «puntos altos y bajos» por la noche, después del trabajo y la escuela, cuando cada uno de ellos tenía que hablar de lo bueno y lo malo que le había ocurrido durante el día. Ese juego prácticamente se había acabado cuando Grace anunció que estaba embarazada (punto bajo).

—Papá, por favor...

—¡Yo empiezo! —declaró él—. Mi punto alto fue verte conocer a Maya, Grace. Eso fue..., bueno, fue muy importante para mí, como tu padre.

—Papá, por favor, ya no puedo llorar más este mes. Estoy agotada.

—Bueno, bueno, perfecto. Pero mi punto bajo fue cuando me di cuenta de que quizá tenga que ponerme un esmoquin cada vez que nos reunamos con su familia —suspiró—. Cuando nos sentamos a comer me sentí como un granjero.

Grace le dio una palmada en el hombro desde el asiento de atrás.

—Te sacrificaste por el equipo, papá.

Él le respondió con una caricia en la mano.

—Bueno, me toca, me toca —exclamó su madre desde el asiento del conductor—. Mi punto alto fue oírte hablar y reír con Maya cuando estabais arriba. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te oímos reír, Gracie.

—Quizá solo sea porque ya no eres tan graciosa como antes —dijo Grace, pero sabía que su madre entendería que bromeaba. No creía que fuera a ofenderse.

—Y mi punto bajo fue cuando se me salió el pollo del plato al cortarlo. Me quería morir. —El padre de Grace soltó una carcajada—. ¡En serio, Steve! Toda esa casa parecía un mausoleo...

—¡Eso pensé yo también! —exclamó Grace.

—¿Y quién fue la primera en ensuciar el mantel? Yo. — Soltó un gemido—. Pero Diane fue muy cortés al respecto.

—¿Y qué pasa con nuestro mantel? —preguntó Grace—. ¿Por casualidad tenemos uno?

—No desde que tu padre lo quemó por accidente el Día de Acción Gracias.

—Ah, es verdad.

Esa fiesta en particular había tenido puntos altos y bajos intensos. Y ahumados.

—Está bien, te toca—dijo su madre, lanzándole una mirada por el espejo retrovisor.

—Bueno, supongo que el punto alto fue conocer a Maya. Y que sea normal. Quiero decir que al menos no es una asesina ni nada por el estilo.

—¿Y el bajo? —preguntó su padre después de un minuto.

—Pues, es un poco irritante —respondió Grace. Ni siquiera se había dado cuenta de que eso fuera cierto hasta que lo dijo—. No dejaba de interrumpirme, solo hablaba de ella misma, y además es un poco grosera, la verdad.

—Bienvenida al club, cariño —dijo su madre entonces—. De eso va tener una hermana.

Maya

Joaquin tardó casi una semana en responder al correo.

A Maya no le hizo gracia.

Finalmente, llegó su respuesta cuando ella estaba en casa. Hacía unos días que no se movía de allí, desde que la habían castigado por salir a escondidas para ver a Claire una noche en que su padre estaba fuera de la ciudad por trabajo y ella pensó que su madre estaba dormida. Pero resultó que no estaba ni dormida ni inconsciente cuando Maya trató de entrar sin hacer ruido a las dos de la madrugada. Solo se habían mirado la una a la otra cuando su madre la apuntó con el dedo y le dijo: «Castigada. Una semana», y luego subió a su cuarto. Maya sospechaba que, de haber estado saliendo con un chico, el escándalo habría sido mucho mayor, e incluiría gritos y amenazas y algo sobre encontrarla muerta en alguna cuneta quién sabe dónde y estadísticas sobre el embarazo juvenil. Ni que ella fuera tan tonta como para quedarse embarazada.

Decidió que sus padres se sentían mucho menos amenazados por el hecho de que saliera con una chica.

Suerte para ella.

Abrió el correo de Joaquin.

Hola, Grace y Maya:

Claro, suena bien. ¿Nos vemos el fin de semana que viene? Ese día trabajo en el Centro de las Artes, pero estoy libre después de la una.

—¿Eso es todo? —dijo Maya tan pronto como Grace se puso al teléfono. Estaba usando el teléfono fijo de sus padres. Parte de su castigo consistía en que le habían quitado el móvil. Se sentía como si estuviera en una película de los ochenta. Era humillante—. ¿Estaría bien vernos? ¿Qué se cree que es, una cita?

—Dios, espero que no —respondió Grace. Sonaba como si estuviera haciendo algo mientras hablaba, cosa que fastidió a Maya. Solo había visto a Grace una vez y nunca a Joaquin, y ambos ya la estaban irritando. Típico de hermanos.

—Si cree que es una cita, entonces tenemos un problema —agregó Grace—. Oye, ¿por qué me estás llamando en lugar de enviarme un mensaje?

—¿Qué, no puedo llamarte y que hablemos? ¿Tener una conexión humana?

—Buena excusa. ¿Te han castigado?

—Sip. Mis padres me han quitado el móvil, y solo puedo usar el ordenador para cosas de la escuela. —Maya soltó un fuerte suspiro mientras su madre pasaba frente a la cocina, y luego otro más por si acaso—. Mis carceleros me dejan usar el teléfono fijo solamente cinco minutos. El maldito teléfono fijo. Como si estuviera en el videojuego de los años cincuenta o algo así. Les he dicho que tenía una duda sobre los deberes.

—Entonces ¿cómo te llegó el correo de...? ¿Sabes qué?, olvídalo. No quiero saberlo. Bueno, ¿quieres conocerlo?

— Sí, claro que quiero conocerlo. —Maya se enroscó el cable del teléfono en un dedo. Curiosamente, poder hacer eso era algo que tranquilizaba. Se le empezó a poner roja la punta del dedo y aflojó un poco el cable, y luego volvió a enroscarlo—. Pero tienes que conducir —le dijo a Grace—. Me pido delante.

—Pero si ni siquiera va a haber nadie más en el coche. ¿Por qué tienes que pedir...?

A veces Maya se sentía mal por Grace. Imagínate que te criaran sin hermanos y no entendieras la importancia de gritar «¡Yo primero!» cada vez que pudieras. Hay que ver lo que se estaba perdiendo Grace. Maya se preguntó cómo se lo hacía para jugar cuando viajaban en coche.

Esta vez, la madre de Maya entró en la cocina y ella de inmediato puso su expresión más inocente. (La había practicado frente al espejo. Le era necesaria cada vez que salía a escondidas.)

—Ah, ¿hablas de una ecuación de segundo grado? —La voz de Maya se transformó de golpe en una imitación dulce y gangosa de sí misma—. Vale, eso tiene sentido. Está bien.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Te está dando una apoplejía matemática?

La dulce, inocente e ingenua de Grace. Maya tendría que curtirla, sin duda.

La madre de Maya la miró con los ojos muy abiertos y señaló con el dedo su reloj. «Un minuto», articuló Maya con la boca.

—Ya sé, ya sé —dijo Maya, y su madre le lanzó una mirada de advertencia antes de salir de la cocina.

—¿No quieres contarme por qué te castigaron?

Maya podía oír a Grace teclear en su ordenador al otro lado de la línea. ¿Cómo se atrevía?

—Me escapé la semana pasada para ensayar unos rituales satánicos con unos chicos a los que conocí en un maizal. —Ahora envolvió con el cable del teléfono todo el puño—. No son ideales para conversar, pero son bastante agradables una vez que acabas con todos los sacrificios rituales.

Esta vez Grace soltó una carcajada, lo que alegró a Maya. Su familia estaba tan acostumbrada a su estilo de humor tan estrafalario que habían dejado de notarlo hacía mucho tiempo. Oír la risa de Grace hizo que Maya se sintiera como la comediente que finalmente ha encontrado a su público perfecto.

—Bueno, te dejo —se despidió Grace—. Te recogeré el sábado a mediodía. No llegues tarde. Suerte con el sacrificio ritual.

Maya sintió una oleada de cariño al oír a Grace decirle que no llegara tarde. Sentía como si llevara toda la vida cuidando a Lauren, acompañándola de un sitio a otro, diciéndole que se diera prisa. Era bonito tener a alguien más que tomara las riendas, aunque esa persona todavía fuera básicamente una total desconocida.

—Les hablaré bien de ti a los niños del maizal —dijo, y colgó antes de que Grace pudiera responder.



No les contó mucho a sus padres sobre lo de ir a conocer a Joaquin, principalmente porque no quería responder preguntas sobre el tema. A sus padres les encantaba discutirlo todo. Eso hacía que se sintiera ansiosa, por la manera en que esperaban que expresara sus emociones, como si fuera tan fácil. Lauren era buena para eso, podía decir lo que pensaba de manera que la gente lo entendiera, pero para Maya era como describir los colores: los rojos y rosas crepusculares del primer amor, los tormentosos azules que le nublaban la mente cuando se sentía herida o enfadada.

Claire siempre parecía ver la paleta de colores de su cerebro. Había logrado leerlos como a través de un prisma para entender cómo se sentía Maya sin que tuviera que decir una sola palabra. La noche en que la pillaron saliendo a escondidas, se había encontrado con Claire en el parque para fumarse un porro que Claire le había robado a su hermano mayor, Caleb. (También tenían dos hermanos menores, Cassandra y Christian. Sus padres se llamaban Cara y Craig, pero Craig se había largado hacía cinco años, así que él no contaba. Era la primera vez que las aliteraciones le daban ganas de vomitar a Maya.)

Habían fumado en silencio durante un rato, una de las actividades favoritas de Maya.

Después se habían tendido sobre la hierba húmeda, la cabeza de Maya apoyada sobre el abdomen de Claire.

—Creo que se están moviendo las estrellas —le dijo a su amiga. Su propia voz le sonó a jarabe, como si pudiera derramarla.

—Nos estamos moviendo nosotros, no las estrellas —le aclaró Claire. Maya notaba la suavidad de su mano en el cabello—. Así funciona el mundo.

—¿Crees que Joaquin querrá conocernos a Grace y a mí?

—No lo sé —dijo Claire—. Él es el único que puede responder a eso.

—Yo no querría conocerme a mí —repuso—. Me odiaría si fuera él.

—Me alegra que no seas él, entonces —dijo Claire, y luego se inclinó para besarla, lo que hizo que le brillaran destellos amarillos en los ojos.

Los padres de Maya siempre querían hablar de su adopción, en especial cuando era más pequeña. Ella sospechaba que estaban haciendo mucho trabajo de prevención para asegurarse de no haberla traumatizado demasiado. Para que si algún día enloquecía y masacraba a un montón de gente pudieran levantar las manos y decir: «Lo intentamos, de verdad que lo hicimos». Había acudido a terapeutas, a sesiones grupales con otros chicos adoptados, a discusiones guiadas de tú a tú con sus padres cuando Lauren iba a casa de otros amigos. «¿Piensas en tu madre biológica?», le preguntaban, y Maya decía que sí porque pensaba que era la respuesta correcta. Pero la verdad era mucho más profunda: cada uno de los colores en el espectro del arcoíris, y Maya no tenía las palabras para decir lo que sentía.

De modo que no decía nada. Simplemente era más fácil así.



Grace la recogió el sábado justo antes del mediodía. El plan era verse a las once y media, pero Maya se había dormido, y cuando finalmente bajó se sintió como un tornado malhumorado, un remolino de grises. (Estaba bastante segura de que por ahí había alguna broma sobre *Cincuenta sombras*, pero estaba demasiado cansada para hacerla.)

—Starbucks —le dijo a Grace, con los ojos ya ocultos tras unas Ray-Ban, aunque todavía estaban dentro de la casa.

—Vale —asintió Grace. Estaba bastante segura de haber accedido porque su propio estado descafeinado la asustaba demasiado como para ponerse a discutir.

—Entonces ¿tienes novio? —le preguntó Maya, una vez que se sentaron en el coche, con un *frappuccino* gigante en la mano.

—No —respondió Grace, de modo medio entrecortado. Había algo que oprimía sus palabras, pero Maya no podía descifrar qué era.

—¿Novia, entonces? —insistió—. ¿Has heredado el mismo gen que tu hermanita?

Grace sonrió.

- No. Ese es todo tuyo.
—Bueno, ¿y entonces?
—Entonces ¿qué?
—¿Has tenido novio? O novia.
—Sí. Y no.

Maya se preguntó si Grace estaba mintiendo. Parecía el tipo de chica que esperaría toda la vida para poder perder la virginidad en su noche de bodas, de las que leían artículos de *Cosmo* sobre «¡Cómo hacerle la mejor mamada de toda su vida!», pero sin decir jamás la palabra «mamada». Y no había el menor problema con eso —Maya no estaba por la labor de decirle a nadie qué debería hacer con su cuerpo ni nada por el estilo—, pero estar junto a alguien tan perfecto solo hacía que quisiera ser más desordenada, sucia, ruidosa.

«Por el amor de Dios —pensó—, hasta cuando conduce tiene la postura perfecta.»

- Pero ¿no quieres hablar de ese novio? —insistió.
—¿Quién ha dicho que no quiera hablar de él?
—Bueno, es que me respondes como si fuera una declaración ante un juez.
—Bueno, es que me estás interrogando como si fueras un abogado.
—Ay, qué sensible —masculló mientras se subía las gafas por la nariz—. ¿Una ruptura fea?
—Se podría decir así. —Volvió a reír—. Definitivamente podrías decirlo así.

Maya asintió con la cabeza.

—Sí, también yo tuve una ruptura fea antes de conocer a Claire. Había una chica, Julia. Uf, era de lo peor. No sé qué pude ver en ella.

—Mmm —dijo Grace, que era lo que la madre de Maya normalmente le decía a su padre cada vez que este hablaba de algo que no le interesaba.

—Quiero decir, sí sé lo que le veía —continuó Maya mientras bajaba la ventanilla—. Solo es que eran las cosas equivocadas, ¿sabes?

Grace le lanzó una mirada.

- ¿Una chica ardiente?
—Una chica ardiente —confirmó Maya—. Oye, hablando de eso, ¿puedes poner el aire? Conduces como mi madre.

—Me parece que no es un cumplido.

—Y tendrías razón.

Grace suspiró y extendió la mano para poner el aire.

—¿Alguna otra petición?

—¿Podemos cambiar la emisora? —Maya empezó a apretar botones en el salpicadero—. No sé si te has dado cuenta, pero no tengo cincuenta y cinco años. No tengo ganas de escuchar ningún programa cultural, abuelita.

Maya no tenía ni idea de por qué no lograba dejar de hablar. Le gustaba Grace. No tenía el menor problema con ella. No había hecho otra cosa más que llevarla a conocer a su hermano y comprarle un café de Starbucks en el camino. Pero Maya había hecho lo mismo cuando ella y Grace se conocieron en casa de Maya, con palabras que salían como disparos veloces mientras hablaba y hablaba y se burlaba de Lauren y de sus padres, sin dejar que Grace pudiera decir ni pío. «Por favor, quiero gustarte», era lo que quería decir. «Por favor, sé mi amiga.»

No tenía muchas amigas. Conocía a algunas chicas de la escuela, pero en general solo se saludaban en los pasillos, y a veces hablaban antes de que comenzara la clase y llegara la maestra. Su antigua escuela cubría desde infantil hasta octavo grado, y eso era en la época en que ella y Lauren eran inseparables, hasta el punto de vestirse igual cuando eran muy pequeñas. No había necesitado muchos amigos porque tenía a Lauren.

Eso cambió el primer día de noveno grado, cuando de repente iban a dos escuelas distintas, y Maya se sintió fuera de lugar, rodeada de chicas que llevaban desde preescolar yendo a clase juntas.

Y tener una madre que bebía hacía difícil llevarlas a casa después de la escuela, o invitarlas a hacer fiestas junto a la piscina o que se quedaran a dormir. Maya no había llevado a una amiga a casa en años. Claire era la excepción, pero incluso ella rara vez iba por ahí.

Había tomado muchos almuerzos sola esos primeros meses. Oír a las otras chicas riéndose hacía que el cabello de la nuca se le erizara. «¿Se burlan de mí?», se preguntaba.

Resultó que no era la única chica lesbiana de la escuela, y nunca la acosaron ni la molestaron..., pero descubrió que no sabía cómo ser cariñosa con sus amigas. ¿Pensarían que estaba coqueteando con ellas si simplemente

las abrazaba para saludarlas? ¿Se volvería todo extraño solo por ser como era? No había importado con Lauren, pero en su nueva escuela Maya descubrió que se reprimía, que usaba el sarcasmo como una forma de cariño hasta que se volvió una costumbre, hasta que se volvió parte de ella.

—¿Siempre eres así? —dijo Grace, interrumpiendo sus pensamientos—. En serio, ¿lo eres? Porque te juro que, si es así, pararé y te meteré en el maletero.

Maya simplemente tomó un sorbo de su bebida. Si Grace pensaba que era la primera persona que la amenazaba con meterla en el maletero por ser una malcriada durante un viaje en coche, no sabía lo que le esperaba.

—¿Que si soy cómo?

—Irritante —le soltó Grace.

Maya se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia la ventana.

—Sí.

—Quizá deberías tomar menos cafeína.

—Simplemente no estás acostumbrada a tener una hermana —replicó Maya, y luego se echó para atrás en el asiento y puso los pies sobre el salpicadero.

Grace se los bajó de un manotazo.

—¿Has oído lo que has dicho? —dijo—. Te acabas de referir a mí como tu hermana.

Maya fingió un suspiro de felicidad.

—Y en un abrir y cerrar de ojos estaremos yendo juntas a Sephora y hablando de chicos..., bueno, al menos tú lo harás..., y compartiendo ropa. Será como una película.

Volvió a tomar un sorbo. Su bebida estaba adquiriendo la perfecta consistencia, cuando el azúcar y la cafeína se juntaban en una gloriosa espiral de adrenalina. Otros cinco minutos y Maya podría salir disparada hasta la luna.

—¿Estás hablando en serio? —dijo Grace.

—¿Sobre compartir la ropa? No. Solo estaba exagerando. —Sus ojos pasaron de los zapatos de Grace (chanclas de Target; Maya tenía unas iguales pero en azul) a sus tejanos (demasiado grandes, ¿por qué?) y luego a su jersey

(el color más beige de todos los beige que Maya hubiera visto jamás)—. Pero si alguna vez quieres ir de compras, te puedo ayudar. Ayudé a Lauren. Le cambié la vida.

—Tienes que parar de hablar.

—Solo estoy diciendo...

—Al maletero —la cortó.

Maya levantó las manos.

—Está bien, está bien. Me quedaré aquí sentada. Callada. Sin hablar. Nada. Quizá hasta aprenda algo de ese programa cultural. Ah, espera...

—¡Cinco minutos! —exclamó Grace—. ¡Es lo único que pido!

—Pero...

—Maya, te juro por Dios...

Maya señaló por la ventana.

—Es nuestra salida.

—¿Qué? ¡Ay, mierda! —Grace atravesó de un volantazo los cuatro carriles, girando para adelantar dos coches y exactamente cero policías. Maya se agarró donde pudo mientras se lanzaban a toda velocidad por la rampa de salida, pero cuando se miró en el espejo lateral, tenía una sonrisa de loca en el rostro.

—¡Ahora sí! —exclamó—. ¡Movimientos aprendidos directamente de *Fast & Furious!*

Grace la miró.

—Ya me callo —dijo, y luego fingió poner un candado a sus labios y tirar la llave.



Como era sábado, la playa estaba llena, y avanzaron a velocidad de tortuga a medida que se acercaban al Centro de las Artes.

—Uf, qué tránsito —empezó a protestar Maya, Grace le lanzó una mirada y de inmediato se volvió a callar. Hasta ahora nadie la había encerrado realmente en el maletero, y todavía no conocía lo suficiente los límites de Grace como para llevarla al extremo. Sin duda, el silencio era oro.

Ya casi era la una cuando aparcaron, y Maya soltó un gemido mientras salía arrastrándose del coche.

—Ni siquiera hemos tardado una hora y media —dijo Grace mientras entrecerraba los ojos por el sol. Maya no tenía la menor idea de por qué no se compraba unas gafas de sol.

—Soy joven, todavía estoy creciendo. Espero. —Para Maya, ser baja era un aspecto bastante sensible. (Bueno, más baja.) Miró alrededor—. Sip. Mucho arte.

—Entonces el hecho de que lo llamen el Centro de las Artes no es simplemente un eufemismo.

—Oye, el sarcasmo es cosa mía —dijo Maya, lanzándose el bolso sobre el hombro mientras Grace le daba un empujón a la puerta y se aseguraba de cerrar el coche con llave.

—¿Qué sarcasmo? Solo estoy... —empezó a decir Grace.

Maya se bajó las gafas el tiempo suficiente para mirarla.

Grace suspiró.

—Solo estoy estresada.

—Me lo imaginé cuando amenazaste con encerrarme en el maletero —se burló Maya.

—Es... —Grace inspiró profundamente y sacudió los brazos—. En serio, ¿no estás ni un poquito nerviosa de conocerlo?

Maya se encogió de hombros y lanzó el vaso vacío de Starbucks a un contenedor de reciclaje. No estaba segura de qué era lo que sentía, pero era naranja brillante, como una advertencia.

—En realidad, no. Tal como lo veo, si es extremadamente raro o si es un asesino psicópata o algo así, entonces simplemente le podemos decir: «Ups, lo sentimos, el laboratorio se equivocó con los resultados del ADN. ¡Adiós!». Y luego bloqueamos sus llamadas y correos. Ay, mira, ¡han hecho una ballena con envoltorios de chicle! Está genial.

Grace siguió la mirada de Maya para comprobar que, en efecto, alguien había construido una ballena con envoltorios de chicle.

—Así que estás lista para dejar plantado a nuestro hermano biológico. ¿Ibas a hacer lo mismo conmigo?

—Bueno, sí, pero solo si resultabas ser una loca que alternaba entre conducir como una abuelita y como un extra de *Fast & Furious*, y que además escuchara una cadena cultural. —El rostro de Grace permaneció igual, y Maya se preguntó si el interés de su hermana por su sentido del humor había sido algo casual—. ¡Solo estaba bromeando! —dijo finalmente—. Vamos, ¡que comience la reunión familiar!

Pagaron la entrada («¿Tienen descuento para amigos y familia?», le preguntó Maya a la mujer de la taquilla), y luego enfilaron hacia el interior del Centro. Hacía calor y estaba lleno de gente, y tardaron unos minutos en encontrar el mostrador de información.

—Hola —dijo Maya, avanzando furtivamente hasta la ventanilla y colocándose las gafas en la frente—. ¿Por casualidad conoces a Joaquin?

—Ah, sí —respondió el tipo—. Está en la carpa de cerámica.

—Cerámica. Uuuy. Es tan real... —dijo Maya, y luego miró a Grace—. Debe de parecerse a mí.

Grace se movió rápidamente para apartar a Maya de la ventanilla de información.

—¿Y dónde está la carpa de cerámica?

El tipo indicó por encima de la cabeza de Grace hacia el centro del evento.

—Seguid la fila de niños —dijo—. Es imposible no verla.

—Gracias —repuso Maya—. Eres un sol.

—¡Eh, esperad! ¿Sois sus hermanas?

Maya se abrió paso a empujones hasta la ventanilla.

—Puede ser —respondió—. ¿Qué te ha contado?

El hombre sonrió.

—Solo dijo que hoy venían sus dos hermanas a verlo.

Maya metió la cabeza por la ventanilla.

—¡Hola! Soy Maya. Ella es Grace.

—Hola —dijo Grace, pero solo después de que Maya le diera un codazo en el costado.

—Soy Gus —se presentó el hombre—. Qué suertudas sois de tener a Joaquin como hermano. Sí, está trabajando en el puesto de cerámica.

—¿Dirías que tiene habilidades artísticas? —le preguntó Maya a Gus—. En una escala que va desde lo normal hasta la familia Manson, ¿cómo calificarías su...?

—Muchísimas gracias —la interrumpió Grace, y volvió a empujar a Maya a un lado de la ventana—. Ahora mismo lo iremos a buscar. —Tomó el brazo de Maya y la alejó unos cuantos metros antes de sacudírsela de encima—. ¿Sabes?, quizá no debas compartir tus preocupaciones de que Joaquin sea un psicópata con gente que acabamos de conocer.

—Como quieras. Gus parece enrollado. Podríamos llevarnos bien con él. —Maya se reajustó las gafas y luego miró alrededor—. Y nunca se sabe, es posible que, en el fondo, el objetivo de conocer a Joaquin sea para que podamos ser amigas de Gus. Tienes que ver la imagen completa, Grace. Y, ahora, ¿dónde están modelando las macetas?

Finalmente, encontraron la carpa, y Gus no se había equivocado: había una enorme fila de chicos que serpenteaba alrededor, y todos ellos miraban hacia donde dos voluntarios, cada uno con un niño, hacían girar el barro con cuidado sobre el torno de cerámica. Una de ellos parecía mayor, casi una abuela, y el otro voluntario tenía el cabello oscuro y recogido en una cola de caballo corta. Aunque estaba sentado, Maya podía ver que era alto.

Cuando levantó la mirada hacia Maya y Grace, las dos soltaron un pequeño grito ahogado.

Era Joaquin.

—Se parece a ti —dijeron las dos al mismo tiempo, y Maya supo que ninguna de las dos se equivocaba.

Los tres se quedaron quietos mirándose durante un largo minuto, mientras entre ellos se entrecruzaban niños y padres llevando macetas de barro. Joaquin definitivamente no era blanco como sus hermanas, eso era obvio, pero tenía los ojos de color café de Maya y el cabello oscuro y rizado, y la mandíbula tensa y firme de Grace, y Maya sintió que algo se le apretaba entre las costillas, como un músculo que nunca antes había usado. Su sensación era verde, como la hierba, como una semilla que se eleva desde la tierra, creciendo hacia el sol.

Maya le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Tenían los mismos dientes irregulares de delante, con un incisivo ligeramente superpuesto en el otro. Bueno, Joaquin todavía lo conservaba, pero los padres de Maya la habían hecho pasar por dos años de ortodoncia para corregirlos. Se arrepintió de que la hubieran obligado a hacerlo. Quería parecerse a la gente que compartía su sangre. Quería que la gente la parara en la calle y le dijera: «Seguro que sois parientes». Quería pertenecer a ellos, quería que ellos le pertenecieran como nadie más en el mundo.

Grace estaba llorando junto a ella.

—¿En serio? —le susurró Maya mientras Joaquin hacía el gesto internacional de «dadme un minuto y voy para allá»—. ¿De verdad necesitamos que abras la llave justo ahora?

—Cállate —murmuró Grace mientras se enjugaba los ojos—. Tengo la regla.

—¿Ya se están sincronizando nuestros ciclos? —exclamó Maya, y abrió mucho los ojos—. Porque yo voy a empezar mi periodo más o menos mañana, y...

—Hola —dijo alguien. Maya se volvió y levantó mucho la mirada, mientras se hacían añicos sus esperanzas de ser alta al menos en una de sus familias, para ver a Joaquin justo detrás de ellas.

—Hola, soy Joaq.

Lo pronunció como «wok».

Maya trató de esconder el hecho de que le temblaba la mano cuando se la dio. No estaba acostumbrada a tocar a chicos, y se preguntó si siempre tenían tan secas las manos. Junto a ella, Grace seguía enjugándose los ojos, y cuando Joaquin se volvió, ella extendió los brazos y lo abrazó por la cintura.

—¡Hola! —dijo—. ¡Encantada de conocerte!

Joaquin parecía un animal que se acababa de dar cuenta de que era la presa y no el cazador, pero logró esconderlo muy bien.

—Hey —dijo, y le acarició el hombro con un gesto incómodo.

—¿Por qué no lloraste cuando me conociste a mí? —exclamó Maya, poniéndose las manos en las caderas y dándose la vuelta de nuevo hacia Joaquin—. No se le escapó ni una lagrimita. Deberías sentirte afortunado.

—¡Claro que sí! Quiero decir, ¡por supuesto! Claro que sí —repitió mientras seguía dándole palmaditas a Grace en el hombro. Finalmente, Maya se la arrancó de encima.

—Lo estás asustando —susurró—. Contrólate, en serio.

—¿Podemos ir a buscar algo de comer? —preguntó Joaquin, y señaló la salida—. Ya he terminado por hoy, así que puedo ir a almorzar o.... —dejó la pregunta suspendida en el aire, como si no estuviera seguro si era la pregunta correcta que había que hacer.

—No, sí, genial —dijo Grace—. Vamos.

Y Maya miró cómo sus tres sombras se volvían al unísono y se encaminaban en una misma dirección.

Joaquin

Joaquin sabía que serían blancas incluso antes de conocerlas.

Su trabajadora social, Allison, se había reunido con él, Mark y Linda para hablar de ese tema hacía algunas semanas. Se sentaron en la isla de la cocina y comieron tortillas de maíz con salsa mientras ella les explicaba la situación: que Joaquin no tenía una sino dos hermanas, que todos tenían la misma madre, que a las niñas las habían adoptado al nacer, pero acababan de enterarse de su existencia y buscaban ponerse en contacto.

Fue entonces cuando Joaquin lo supo.

No era un ingenuo cuando se trataba de entender cómo funcionaba el mundo. Sabía que las bebés blancas eran las que ocupaban el primer lugar en la lista de los niños a los que le gustaba adoptar a la mayoría de la gente. También sabía que el coste de la adopción era superior, que la gente pagaba casi diez mil dólares más en honorarios de abogados por tener bebés blancos, así que daba por sentado que los padres adoptivos de estas chicas tenían algo de dinero. Bueno, pues mejor para ellas. Joaquin no podía guardarles resentimiento por eso.

Sus hermanas.

Mierda.

Joaquin se había quedado muy quieto mientras Mark y Linda asentían y Allison seguía hablando.

«Sí, está bien», dijo cuando Allison le preguntó si Grace y Maya podían escribirle un correo electrónico, y luego dijo que tenía trabajo, subió a su cuarto, escuchó música y se puso a trabajar con un poco de carboncillo en su nuevo cuaderno de dibujo; no hizo los deberes y definitivamente no pensó en

que había al menos dos personas en el mundo que estaban relacionadas con él, y que uno de sus mayores temores se había vuelto realidad, no una sino dos veces.

Mark y Linda sabían que no debían presionarlo. Y cuando Joaquin recibió el correo, lo leyó tres veces antes de archivarlo, luego lo leyó dos veces más y lo guardó de nuevo. No estaba seguro de si debía responder. Si establecía un vínculo con esas chicas, podría bajarlas del cielo y de su perfecta órbita elíptica y provocar un desequilibrio.

—¿Has sabido algo de Grace y Maya? —le preguntó Linda una noche mientras ponían el lavavajillas.

Joaquin se dio cuenta de que ella y Mark habían ensayado esa conversación, pero eso no le molestaba. Le gustaba que practicaran las cosas por él, que quisieran hacerlo correctamente en su beneficio. Era un bonito gesto. A veces, cuando Mark y Linda hacían eso, se sentía como si fuera el padre de alguien en alguna presentación de la escuela, como si debiera darles el visto bueno mientras susurraba: «¡Buen trabajo!», como había visto que hacían otros padres con sus hijos.

—Sí —dijo Joaquin, y luego puso en marcha el triturador de basura. Cuando ya no encontró ninguna excusa para dejarlo encendido durante más tiempo, lo apagó.

Linda todavía seguía allí.

—¿Y tú les has escrito? —preguntó Linda.

Joaquin la miró.

—Está bien, de acuerdo, me has pillado —dijo, luego le dio un golpecito cariñoso en el hombro con su guante de hule. (Había hecho lo mismo la primera semana que Joaquin estuvo viviendo con ellos, y casi se le salió el corazón por la boca)—. Solo es que Mark y yo teníamos curiosidad.

—Parecen agradables —dijo Joaquin mientras le pasaba unas cucharas—. Muy chicas.

—Bueno, a veces las chicas son chicas —replicó Linda—. No tiene nada de malo.

—¿Crees que quieren conocerme?

Linda hizo una pausa.

—Estoy bastante segura de que cuando alguien te manda un correo electrónico para pedir que os conozcáis, es buena señal.

Joaquin negó con la cabeza.

—No, quiero decir, como... conocerme a mí.

Linda lo miró y habló, y había gentileza en sus palabras.

—Creo que mucha gente quiere conocerte —dijo, y luego le colocó una mano tibia y enjabonada en el hombro—. Solo que todavía no lo sabes.

Así que les contestó.

Trató de mantener un tono despreocupado, como si tuviera toneladas de práctica mandando correos a sus hermanos biológicos para conocerse. Se preguntó si lo habría logrado, y ellas contestaron al día siguiente (Grace parecía ser la portavoz, así que Joaquin adivinó que era la mayor de las dos) y dijeron que les encantaría conocerlo el sábado en el Centro de las Artes.

Bueno, pues. Fin de la discusión.

A Joaquin le costó trabajo dormirse la noche antes. No las había buscado en las redes sociales, no quería saber quiénes eran hasta que en realidad las conociera, pero eso dejó su cerebro con demasiado espacio vacío, así que sintió como si flotara en lugar de dormir. A las tres de la madrugada bajó a comer cereales, porque eso era lo que siempre hacía Mark cuando no podía dormir, y fue ahí donde Mark lo encontró quince minutos después.

—¿Todavía quedan? —fue lo único que preguntó, y Joaquin le pasó la caja—. ¿No puedes dormir?

—Nop. —Joaquin negó con la cabeza mientras empujaba la leche hacia Mark.

Cabe decir a su favor que este logró comerse la mitad del tazón antes de hacer otra pregunta.

—¿Estás nervioso por conocer a Grace y a Maya?

Dos años atrás, Joaquin habría contestado que no, pero ahora era diferente.

—¿Y si no les gusto? —preguntó, antes de meterse una enorme cucharada de cereales en la boca.

Mark asintió pensativo.

—Bueno, si no les gustas, entonces será un hecho desafortunado que tus parientes sean idiotas. Lo lamento. Pero a muchos nos pasa. Estás en buena compañía.

Joaquin trató de esconder su sonrisa llevándose de nuevo la cuchara a la boca, pero Mark se dio cuenta.

—En serio —dijo—. Salir con gente por primera vez es difícil. Pero ellas son tus..., bueno, son tus parientes. Todos merecéis conocerlos. Al menos reúnete con ellas primero, y luego decide quién le gusta a quién.

Joaquin arrugó la nariz.

—No en ese sentido, pervertido. —Mark cogió la caja de cereales otra vez. Luego lo miró extrañado—. ¿Ya te has acabado la caja?

—¡Buenas noches! —dijo Joaquin, puso el tazón en el fregadero y subió los peldaños de la escalera de dos en dos.



Al día siguiente estuvo tan ocupado en el puesto de cerámica que se olvidó de Maya y Grace durante unos cuantos minutos. Estaba trabajando con Bryson, un niño que se negaba a hacer cualquier cosa que no fueran floreros, que, a medida que avanzaban, se convertían en guardalápices, pero sus padres parecían maravillados con cada uno de ellos. Joaquin se preguntó si tendrían un cuarto entero de la casa dedicado a guardalápices, y justo cuando se imaginaba cómo sería eso, levantó la mirada y vio a dos chicas que lo miraban fijamente. Una de ellas con los ojos llenos de lágrimas, y la otra, quizá, solo asustada.

Era la primera vez que Joaquin veía a alguien emparentado con él.

Eran blancas —en eso tenía razón—, pero la más bajita tenía rizos muy parecidos a los suyos y una nariz que se inclinaba a la izquierda, como la de él. La más alta intentaba desesperadamente disimular que tenía su misma mandíbula firme. Con solo mirarla, Joaquin se dio cuenta de que guardaba un secreto. Tenía una postura demasiado rígida. Pues bien por ella. Joaquin también guardaba secretos. Quizá respetarían su privacidad mutuamente y no andarían por ahí tratando de escarbar en la vida del otro.

Fue él quien propuso que fueran a comer, y se arrepintió de sus palabras tan pronto como las pronunció. Pero Maya, la más joven y bajita, no parecía arrepentirse de ninguna de las palabras que le salían de la boca. Y desde luego que eran muchas.

—Entonces, al principio, estaba completamente alterada —decía Maya mientras caminaban, ella entre Joaquin y Grace, que todavía no había dicho mucho más allá de su estallido inicial—. Porque ya tengo una hermana, Lauren. Es como su bebé milagro, la tuvieron justo después de adoptarme, oh, felicidad, y a veces es absurdamente irritante, y yo pensaba: «¿Otra? No estoy segura». Pero luego me hablaron de ti, también. Y entonces dije: «¡No-pueder!». Es como una familia instantánea, ¿no? Solo hay que agregar agua. Como el Nescafé.

Joaquin asintió. Era como oír hablar a un personaje de los dibujos animados mientras inhalaba helio, y eso que en realidad solo oyó una de cada tres palabras: «bebé», «milagro», «familia instantánea».

—Maya —dijo Grace.

—Disculpa, me pongo a hablar cuando estoy nerviosa —respondió. Se metió las manos en los bolsillos de la sudadera.

—No pasa nada —dijo Joaquin, y luego señaló más adelante—. Hay un puesto de hamburguesas justo pasando esa colina. Las patatas están bastante bien. A menos que alguna de vosotras no coma carne. O patatas fritas.

—Que traigan la vaca —exclamó Maya.

—Las patatas están bien —dijo Grace, y le sonrió. Al hacerlo, se le arrugó la nariz. Joaquin sabía que él hacía lo mismo porque a su novia, Birdie, le encantaba eso de él.

Un momento. Exnovia. Siempre olvidaba esa parte.

Cosa que era extraña, porque había sido él quien había terminado con ella.



Joaquin supo quién era Birdie ciento veintisiete días antes de que ni siquiera hablaran. No estaba acostumbrado a conocer a otros chicos de su edad durante tanto tiempo, ya que se mudaba mucho, pero Mark y Linda habían logrado

inscribirlo en una escuela preparatoria especializada para su segundo año, y el primer día Birdie apareció en su clase de Matemáticas. Claro, ella sabía quién era él.

Ese año, justo antes de empezar las vacaciones de Navidad, la asistente del profesor de Historia de Estados Unidos lo había llamado y le había entregado un billete de veinte dólares.

—Oye, Joaquin —le dijo sonriendo. Se llamaba Kirsty y siempre había sido bastante amable con él. Joaquin tenía una especie de debilidad por la gente que era amable con él. Era su perdición—. Me estaba preguntando si podría comprar unos tamales a tu familia esta Navidad.

Al principio Joaquin no dijo nada. Mark y Linda eran lo más parecido a tener una familia. Mark era judío y no comía carne de cerdo, y Linda acudía una vez al mes a un círculo de percusiones en la playa durante la luna llena. Ninguno de ellos podría haber hecho tamales, ni aunque hubiera tenido un tutorial sacado de YouTube y un asistente de chef a su lado.

Y luego Joaquin se dio cuenta de que Kirsty no sabía que él era adoptado. Pensaba que tenía una gran familia mexicana que preparaba tamales en Nochebuena.

No se molestó en corregirla. No se atrevió a decirle la verdad.

Al día siguiente, se sentó frente al ordenador, investigando los mejores lugares de tamales, y en Nochebuena se fue a hacer cola con un montón de gente, con el billete de veinte dólares de Kirsty cuidadosamente guardado en el bolsillo de la sudadera. El tipo de la caja le habló en español, y Joaquin tuvo que decir «no español», cosa que se había acostumbrado a decir cada vez que alguien lo saludaba así.

—Eres demasiado y no lo suficiente —le había dicho una vez Eva, una de sus antiguas hermanas en un hogar de acogida—. Los blancos siempre te verán como mexicano, pero ni siquiera hablas español. —Por su tono de voz, quedaba claro que a su modo de ver era una gran mancha negra en su historial.

Joaquin no había podido disentir.

Finalmente, llevó los tamales a casa, luego los guardó en el fondo del congelador, donde sabía que Mark y Linda nunca los verían. Cuando los llevó a la escuela el lunes después de las vacaciones, Kirsty estaba encantada..., y Joaquin la odió, la odió por haberlo obligado a hacerlo.

Y fue entonces cuando Birdie le habló.

—¿Haces tamales? —le preguntó tan pronto como desapareció Kirsty para irse a la sala de profesores. Joaquin había entrado en esa sala solo una vez, y había sido una decepción terrible.

—No —respondió Joaquin. Ni siquiera se había dado cuenta de que Birdie estuviera detrás de él. Estaba tan callada como un halcón en una rama, observando, y de repente él se sintió como un ratón pequeñísimo—. Solo se los compré.

—Eres muy amable —dijo Birdie, y luego le sonrió—. Feliz Año Nuevo, Joaquin.

Estuvieron juntos los siguientes doscientos sesenta y tres días.

Fueron los más felices que Joaquin hubiera vivido jamás.

A Birdie le gustaba la gente, sobre todo cuando hacían cosas que les daban vergüenza, como hablar demasiado cuando estaban nerviosos, o cuando se comportaban con timidez porque no sabían cómo disimularlo. Se reía mucho, pero nunca de forma cruel, y a veces, si no dormía lo suficiente, se volvía realmente brusca y malhumorada, cosa que hacía que a Joaquin le gustara más.

Este no se había dado cuenta de cuánto añoraba que le gustara algo, lo que fuera. Se había insensibilizado, según Ana, la terapeuta a la que lo llevaron Mark y Linda, para no sentir ningún dolor en el futuro. Pero cuando llegó Birdie, Joaquin se percató de que también había dejado de sentir la felicidad, que esos pequeños aros de calor que envolvían su columna cuando ella le sonreía lo quemaban y lo hacían sentir bien al mismo tiempo. Como cuando tenía un trozo de hielo en la mano y dejaba que se derritiera sobre su piel. Joaquin no estaba acostumbrado a eso.

Se enamoró de Birdie poco a poco, saltando de piedra en piedra, hasta que llegó sano y salvo a la ribera de sus brazos, y pensó que quizá ahora podría entender a qué se refería la gente cuando decían que un hogar era una persona y no un lugar. Birdie era cuatro paredes y un techo, y Joaquin nunca tendría que irse.

Pero Birdie quería cosas, cosas que Joaquin no podía darle. Dijo que se mudaría a Nueva York para trabajar en finanzas. Haría un máster en Administración de Empresas en Wharton. Quería aprender italiano y vivir en

Roma al menos un año. Le dijo todas estas cosas como si estuviera segura de que ocurrirían, y que él estaría ahí, junto a ella, cuando pasaran. Pero cuando Joaquin miraba al futuro, casi no podía ver nada.

Una noche fue a cenar a casa de los padres de Birdie. Los dos siempre eran superagradables con él, y Joaquin se dirigía a ellos como «señor y señora Brown», aunque siempre le decían que los llamara Judy y David. Después de la cena, la señora Brown sacó unos álbumes de fotos, y aunque Birdie no paraba de protestar, «Ay, Dios mío, mamá», era obvio que estaba contenta.

Joaquin vio cada foto de bebé, cada primer día de clase, cada mañana de Navidad, cada Halloween. Birdie sin los dos dientes de arriba, disfrazada de animadora un año, de científica al siguiente. Birdie, cuya sonrisa nunca parecía falsa, quien nunca se preguntaba si llegaría alguien a su nivel académico, quien nunca despertaba en una casa para luego irse a dormir a otra.

Y Joaquin tenía la espantosa y terrible sensación de que jamás podría darle ese tipo de vida. No había nadie que pudiera contarle a ella nada de él, nadie que compartiera historias íntimas sobre él y que le encantarían a Birdie, ni que le mostrara sus fotos de bebé. Mark y Linda tenían fotos por toda la casa, claro, pero no era lo mismo. Birdie quería —no, más bien necesitaba— el mundo entero. Estaba acostumbrada a eso. Esas fotos eran su guía, y Joaquin supo entonces que él estaba sin timón, que no sabía cómo llevarla por el camino correcto.

Sabía bien cómo era que te retuvieran.

Quería demasiado a Birdie para hacerle eso.

Al día siguiente terminó con ella.

Fue terrible. Al principio Birdie pensó que bromeaba, luego lloró y gritó, y Joaquin ni siquiera dijo «Lo lamento», porque sintió que disculparse quería decir que había hecho algo malo, y él sabía que no se equivocaba. Había intentado abrazarla, pero ella le dio un puñetazo en el brazo. Se sintió mal como ninguna otra vez en la vida, y cuando llegó a casa, se fue directamente a su habitación y ocultó la cabeza bajo las mantas.

Mark y Linda subieron más tarde, y se sentaron uno a cada lado de su cama, como sujetalibros que evitaran que él se cayera.

—Acaba de llamar Judy Brown —dijo Mark en voz baja—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo Joaquin, sin molestarse en asomar la cabeza. Deseaba que se fueran, porque no había nada peor que que alguien quisiera hablar contigo cuando nadie había inventado todavía las palabras que necesitabas oír. Y después de un rato lo dejaron solo, lo que de algún modo hizo que se sintiera aún más solo, pero al menos esa sensación era familiar. Reconfortante, casi.

Veía a Birdie en la escuela, por supuesto, pero ella solo lo fulminaba con la mirada cuando se cruzaban en los pasillos, furiosa y con los ojos hinchados.

—Eres un verdadero cabrón, ¿lo sabías? —le dijo la mejor amiga de Birdie, Marjorie, una mañana cuando él estaba guardando algo en su taquilla.

Y cuando Joaquin respondió «Lo sé», ella puso cara de sorpresa y se alejó hecha una furia.

Al día siguiente, fue a verlo su trabajadora social, Allison, y le contó que tenía dos hermanas que querían conocerlo.

Dos ramas vacías donde antes había un pajarito.



—Qué raro es esto, ¿no?

Ahora Grace estaba sentada junto a Joaquin, y Maya esperaba en la caja mientras les preparaban el pedido.

—O sea, acabamos de conocernos y ya estamos juntos comiendo hamburguesas como si fuera lo más normal del mundo.

Joaquin irguió un poco más la espalda. La postura de Grace lo estaba haciendo sentirse desgarbado.

—¿No quieres hamburguesa? —le preguntó—. Venden burritos al otro lado de la calle, o...

—No, no, no me refería a eso —repuso. La sonrisa de Grace tenía algo acerado, como si la hubieran forjado con fuego. Joaquin podía entenderlo. También sabía que no debía preguntar sobre ello.

—Solo quería decir que es extraño, eso es todo —prosiguió ella, mientras Maya volvía con las servilletas bajo el brazo y, en las manos, un montón de diminutos cuencos de papel rellenos de condimentos—. Siento como si debiera saber qué decir, pero no lo consigo.

—Lo sé —asintió Joaquin.

Maya se dejó caer junto a él con un suspiro y luego se sentó sobre una pierna.

—Yo... hasta lo busqué en Google —continuó él.

—¿En serio que lo hiciste? —Maya soltó una risita—. Yo también.

Joaquin estaba bastante seguro de que sus búsquedas en Google eran algo distintas, pero no dijo nada.

«¿Cómo es tener hermanas?»

«¿Me van a odiar mis hermanas?»

«¿Odiaré a mis hermanas?»

«¿Qué se siente cuando alguien es tu hermana?»

«¿Por qué alguien quiso adoptar a mis hermanas y no a mí?»

«¿Cómo hablas con tus hermanas para gustarles?»

—Sí, aunque Google resultó bastante inútil en ese sentido —dijo Maya mientras dejaba condimentos en la mesa frente a ella.

—Oye —dijo Joaquin, y señaló los pequeños recipientes—, has traído mayonesa. De hecho, has traído dos.

—Ay, lo sé, es asqueroso —asintió Maya—. Toda mi familia se burla siempre de mí por eso, pero me encanta poner mayonesa a las patatas. Es raro, porque odio la mayonesa en todo lo demás, pero...

—No, no lo es... A mí también me gusta poner mayonesa a las patatas —dijo Joaquin. Era difícil interrumpir a Maya. Era como si estuviera diciendo una oración sin pausas.

—¡No puede ser! —exclamó Maya.

—A mí también —soltó entonces Grace—. Mi favorito. A mis padres les parece asqueroso.

Después de eso hubo un pequeño silencio mientras los tres se miraban y Maya esbozaba una enorme sonrisa.

—¡Estamos creando lazos! —afirmó—. ¡A través de la mayonesa!

—Es un comienzo —contestó Joaquin, y Grace se levantó para traer más mayonesa para todos.

Fue más sencillo una vez que llegó la comida y se dedicaron a comer en lugar de hablar. Joaquin todavía no tenía idea de qué decir, pero era fácil escucharlas mientras hablaban de sus familias y sus escuelas. Él se limitaba a asentir.

—Uf, tengo que volver a la escuela el lunes —comentó Grace mientras usaba dos patatas fritas como palillos chinos para coger un trozo de pepinillo.

—¿Estabas de vacaciones o algo así? —preguntó Joaquin. También era muy bueno en las preguntas abiertas, eso hacía que los demás hablaran de ellos mismos y evitaba que él tuviera que decir nada sobre su persona. Su terapeuta decía que era una habilidad para sobrellevar las cosas. Pero Joaquin consideraba que no era más que una cuestión de amabilidad. Aceptaron sus diferencias de opinión en ese tema.

El rostro de Grace se transformó en un enorme «¡Oh, no!», como si algo hubiera logrado atravesar el puente levadizo del castillo, pero luego se le desarrugó la frente.

—No he podido ir durante más de un mes —dijo—. Mononucleosis.

—Qué suerte —dijo Maya—. Mataría por poder estar un mes sin ir a la escuela.

—Sí, supersuertuda —asintió Grace—. Casi como ir a Hawái.

Maya puso los ojos en blanco. Joaquin no podía creer lo sencillo que ya era para ellas. Era como si ya hubieran adquirido un ritmo. ¿Quizá porque eran chicas? O quizá era porque había algo en él que no estaba bien, algo que todos podían ver menos él y...

Su terapeuta decía que eso era pensar negativamente. A Joaquin le parecía que ese término era bastante obvio.

—Bueno, de todos modos, mataría por no ir un mes a la escuela. —Maya se encogió de hombros—. La escuela es lo peor. Lo único que me salva es que mi novia también estudia allí.

Joaquin supo que esa era su entrada.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? —preguntó. Se dio cuenta de que Maya estaba lista para meterse en una pelea, pero él no se la iba a proporcionar.

—Alrededor de seis meses —dijo encogiéndose un poco de hombros mientras se le sonrojaban las mejillas.

—¿Y tus padres están...? —Joaquin movió en círculos lo que le quedaba de refresco en el vaso—. Ya sabes, ¿lo llevan bien?

Maya se enderezó un poco más.

—Ah, sí, están totalmente de acuerdo con eso. Son los padres más enrollados del barrio.

—Una de mis hermanas de acogida favoritas era lesbiana —explicó Joaquin—. Pasamos juntos unos seis meses, pero luego nuestra madre lo descubrió, así que la llevó de vuelta a la agencia.

Maya pareció encogerse en su asiento.

—¿Porque era homosexual?

Joaquin asintió, de repente consciente de que quizá había elegido la anécdota equivocada para contarle a Maya.

—Pero ella era genial —dijo—. Todavía la echo de menos. Se llamaba Meeka. Se dejó el iPod, y aún lo escucho a veces. Muy buenas canciones. Quería ser DJ.

Maya asintió, con los ojos muy abiertos.

—Oh. Genial.

—Cuéntale a Joaquin cómo os conocisteis tú y Claire —dijo Grace, y Joaquin volvió a su refresco.

Vio cómo se le sonrojaban las mejillas mientras hablaba de Claire, la manera en que se mordía el labio y sonreía casi para sí, aunque el restaurante estuviera repleto de gente y Joaquin y Grace estuvieran sentados ahí mismo. Joaquin se preguntó si él parecía igual de bobo, igual de cursi, cuando hablaba de Birdie. «Vaya, te ha pegado fuerte», le había dicho Mark la noche después de que él y Birdie tuvieron su primera cita oficial (fueron al cine y luego a tomar helado de yogur), y Joaquin se preguntó cómo lo sabía Mark, porque ni siquiera le había dicho nada.

Ahora, mientras miraba a Maya hablar de Claire, entendió a qué se refería su amigo.

Y le dolió tanto que deseó no haber dejado que se derritiera ese maravilloso iceberg.



No fue hasta que terminaron de comer (con las tres guarniciones de mayonesa) que llegó la pregunta. Habían bajado a la playa. Joaquin sabía que era inevitable. Por eso no le contaba a la gente que vivía en hogares de acogida.

Se dejaban llevar por la curiosidad y hacían que él se sintiera como un experimento científico.

—¿Y cómo es estar en hogares de acogida? —le preguntó Maya mientras caminaban. Ella y Grace habían dejado los zapatos junto a los escalones, pero Joaquin llevaba los suyos en la mano. No tenía muchas cosas, y no tenía la costumbre de dejarlos por ahí para que otra gente se los llevara.

—Maya —gimió Grace.

—No está mal —respondió Joaquin, encogiéndose un poco de hombros. Sabía que eso era lo que querían que dijera, que no era tan malo como siempre parecía en las noticias, que nadie le había pegado ni hecho daño jamás, que él tampoco había golpeado ni lastimado a nadie. La gente siempre parecía querer saber los detalles sórdidos, pensaba Joaquin, hasta que realmente los conocían.

—Me gustan los padres que tengo ahora, Mark y Linda. Son bastante enrollados.

Al menos esa parte era cierta.

Maya levantó los ojos llenos de preocupación.

—Me disgusta que no te adoptaran —admitió. Tenía abierta la cámara en su teléfono y tomaba fotos de vez en cuando mientras caminaban—. ¿Te sabe mal que lo diga? Porque es lo que siento.

—No, no, para nada —dijo él, y realmente era así. En realidad, nadie le había dicho eso antes—. Casi me adoptaron cuando era bebé. Me asignaron a una familia justo después de que entrara en el sistema, pero antes de que se completaran los trámites de adopción, ella se quedó embarazada, y solo querían un niño, así que...

Joaquin volvió a encogerse de hombros. En realidad, no se acordaba de los Russo, pues no era más que un bebé, pero había visto el expediente del caso.

En cambio, Maya parecía horrorizada.

—Pero ¿no eras prácticamente su hijo llegados a ese punto?

—Biológico mata a adoptivo —le dijo Joaquin. En un mundo en el que las reglas no dejaban de cambiar de casa en casa, había una que estaba escrita en piedra. Joaquin todavía podía recordar el hogar de acogida en el que el hijo

biólogo mayor le daba la bienvenida a cada chico nuevo diciendo: «Yo decido si te quedas o te vas». Y tampoco los engañaba. Joaquin solo duró un mes ahí.

Pero Maya no parecía en absoluto reconfortada.

—Bueno, eso es... buf.

Joaquin no estaba del todo seguro de cuándo había cruzado esa línea invisible de dar demasiada información, pero por lo visto lo había hecho.

—En realidad, esa solo fue una casa. Hubo otras. En general, estuvieron bien.

—Entonces ¿por qué no te adoptaron? Eres muy buen tío.

Joaquin tomó la decisión de mentirles. No se consideraba un mentiroso, pero sabía cuándo no soltar toda la información.

—No lo sé —dijo—. Probablemente ya era demasiado mayor. Casi todo el mundo quiere bebés. O niñas.

—Como nosotras —murmuró Grace.

—Parece ser que sí —asintió Joaquin—. Pero vosotras estáis bien, ¿verdad? Quiero decir, ¿la gente es buena con vosotras y todo eso?

Joaquin no se dio cuenta hasta que lo dijo, pero pensó que, si alguna vez alguien hubiera hecho daño a cualquiera de esas dos chicas, saberlo lo habría hecho polvo.

—Oh, estamos bien, estamos bien —afirmó Grace, y Maya asintió desde el otro lado—. Nuestros padres son buena gente.

—Bueno, los míos probablemente se van a divorciar —dijo Maya mientras pateaba un poco de arena mojada—. Pero, aun así, son bastante buenos. Cuando salí del armario, mi padre hasta le pegó una calcomanía del arcoíris al coche durante unos cuantos días. Todo el barrio pensó que él era el gay, hasta que se lo expliqué.

Joaquin no podía ni imaginarse cómo sería poder columpiarse sabiendo que tenías debajo ese tipo de red que te esperaba por si caías. Volvió a pensar en su hermana adoptiva. Había llorado cuando la echaron de la casa, había suplicado que la dejaran quedarse. A nadie le gustaba que los enviaran de vuelta a la agencia, claro, y volver a entrar en la ruleta rusa de un hogar completamente nuevo. Maya había tenido muchísima suerte, pero Joaquin no iba a decírselo. A veces es mejor no saber lo afortunado que eres.

—Qué bien —fue todo lo que dijo—. Qué bien.

—¿Puedo...? Esto... ¿recuerdas a nuestra madre? —preguntó Grace—. ¿O no la recuerdas en absoluto?

Joaquin dejó de caminar, no por la pregunta, sino porque habían llegado al final del sendero. Tenían que volver, o escalar un montón de piedras de aspecto resbaladizo. Maya y Grace también se detuvieron, y los tres miraron por encima del agua un momento. Habían dejado atrás a los turistas y a los bañistas, y el mar estaba muy tranquilo, así que no había muchos surfistas, solo un chico y una chica con sus tablas, muy lejos. La chica se reía de algo, pero Joaquin no podía oír qué decían.

—Más o menos recuerdo a nuestra madre —dijo finalmente—. Sobre todo su presencia. No tanto a ella.

—¿Recuerdas qué aspecto tenía? —preguntó Grace. Sonaba tan esperanzada que Joaquin no la podía decepcionar.

—Tenía el cabello castaño —dijo—. Rizado, como el nuestro. Y sonreía mucho.

Joaquin se lo estaba inventando, pero se imaginaba esas facciones cada vez que pensaba en su madre. Soñaba con ella, con esa mujer que le sonreía.

—¿Alguna vez la viste después de...?

—Lo puedes decir —dijo Joaquin—. Después de que me entregara.

—Sí —asintió Grace—. Eso.

—Nos programaron algunas visitas antes de que perdiera sus derechos.

Lo que Joaquin no les contó fue que ella jamás apareció en ninguna de esas visitas. Joaquin recordaba que se paseaba por un cuarto, buscando a esa persona a quien probablemente no habría reconocido. Su madre adoptiva en esa época había tratado de tranquilizarlo comprándole golosinas de la máquina expendedora, pero él simplemente se metía bajo la mesa a llorar hasta que ella lo sacaba a rastras y regresaban a casa.

Joaquin todavía odiaba las golosinas. Y las máquinas expendedoras.

—Era hermosa —dijo entonces—. Realmente hermosa.



Para cuando volvieron al Centro de las Artes, donde habían dejado el coche, Joaquin podía sentir la piel quemada de la nariz y la brea de la playa pegada a las plantas de los pies. Tendría que quitársela antes de ir a casa. A Linda le encantaba su caro suelo de parquet y no quería echárselo a perder.

—Pues, yo quería decir algo —soltó Grace de repente, y Maya se volvió a mirarla.

Joaquin ya sabía lo que iba a decir. Lo supo desde el minuto en que mencionó a su madre biológica, y deseaba que no lo hiciera.

—Creo que deberíamos buscar a nuestra madre biológica —dijo. Se retorció las manos frente a ella mientras lo decía.

Joaquin había leído que había gente que hacía eso, pero nunca había visto a alguien hacerlo en persona. Parecía doloroso.

Junto a él, Maya estaba callada. Joaquin estaba bastante seguro de que el silencio no era buena señal. Le parecía estar clavado en el instante que hay entre ver que se dispara una pistola y oír el tiro.

Él tenía razón. Normalmente la tenía.

—Es una estupidez —contestó Maya—. ¿Y por qué queríamos encontrarla? Se libró de nosotros. Entregó a Joaquin a unos desconocidos.

—Pero eso fue hace casi dieciocho años —protestó Grace—. Básicamente tenía mi edad, ¿no? ¿O la edad de Joaquin? ¡Solo era una niña! Quizá quiera saber cómo estamos. Quiero decir... —Hizo una pausa antes de agregar—: Estoy segura de que todavía nos quiere.

Joaquin soltó una carcajada. No lo pudo evitar. Envidiaba la fe que tenía Grace pensando que su madre aún debía de preguntarse por ella.

—Lo lamento —dijo cuando las dos chicas lo miraron—. Es solo que... que no la quiero buscar. Vosotras podéis hacerlo si queréis, pero yo no me apunto.

—Yo tampoco —lo secundó Maya.

Parecía como si Grace fuera a echarse a llorar, y Joaquin sintió un pequeño pozo de pánico que le crecía en el pecho. Luego ella parpadeó y su rostro se tensó como si se revistiera de acero.

—Vale —dijo—. No tenéis que hacerlo. Pero yo la buscaré por mi cuenta.

—Haz lo que creas que tienes que hacer —dijo Maya.

—Me parece perfecto —contestó Joaquin.

—De acuerdo —dijo Grace.

El día terminó con una sensación extraña después de eso. No estaban seguros de si abrazarse, darse la mano o solo despedirse con un ademán, así que terminó siendo una combinación incómoda de las tres cosas.

Joaquin no era muy bueno abrazando, pero hizo el intento.

Grace

Tardó un rato en decidir qué ponerse para regresar a clase el lunes por la mañana.

Principalmente porque todo lo que tenía era superancho, de embarazada, o le quedaba demasiado apretado. Su vientre todavía estaba un poco..., bueno, flojo era la única forma real de describirlo. Le hubiera gustado llevar pantalones de pijama, pero estaba bastante segura de que, por más bebés que tuviera, su madre no la dejaría ir a la escuela con pijama de franela a cuadros.

Al final se puso un par de tejanos holgados y una camisa café que encontró en el fondo del armario. El café combinaba con la urticaria de estrés que le empezaba a aparecer en el pecho y el cuello.

Su madre, por supuesto, se dio cuenta.

—¿Estás segura de que quieres volver? —dijo con un termo de café y las llaves del coche en la mano—. Sé que ha sido una semana ocupada, eso de conocer a Maya y a Joaquin y todo eso.

—Voy a volver —respondió ella levantando la mochila, que le parecía demasiado ligera—. Ya no puedo quedarme en casa, y Maya y Joaquin no tienen nada que ver en eso.

Grace apenas si podía mencionar sus nombres sin hacer una mueca de dolor. Les había mentado a los dos. No estuvo con Joaquin más que una hora y ya le había mentado. Lo peor, que se creyeron lo de la mononucleosis. Fueron solidarios.

Grace se preguntó si podía renunciar a sus deberes de hermana o si alguien podría simplemente venir a quitárselos, como cuando descubren a la ganadora de un concurso de belleza en un escándalo de *sexting*.

Su madre puso la radio todo el camino a la escuela, riéndose por alguna broma que hacía el locutor, luego lanzando una mirada hacia Grace para ver si también le parecía gracioso. No se lo parecía (el locutor era un nefasto misógino, y nunca lo había considerado simpático), pero le devolvió la sonrisa a su madre, su sonrisa tan cuidadosamente ensayada de «Soy una persona normal y esta es mi sonrisa normal». Definitivamente, no era la sonrisa de alguien que acabara de tener un bebé hacía solo cuatro semanas.

—Cariño —le dijo su madre cuando llegaron a la escuela—, ¿quieres que entre contigo?

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Grace—. No. Por Dios, no.

—Pero...

—Mamá —la interrumpió Grace—, en algún momento tendré que ir a clase de nuevo. Solo tienes que dejarme.

Grace lo decía en el sentido literal, pero le quedó bastante claro por la expresión de su madre que se lo había tomado metafóricamente, y Grace pudo ver que los ojos se le llenaban de lágrimas detrás de las gafas de sol, incluso mientras se acercaba a ella para despedirse con un beso.

—Está bien —murmuró su madre, y luego se aclaró la garganta—. Está bien. Tienes razón. Tu padre me dijo que no llorara hoy, y heme aquí, llorando a moco tendido. —Se rio sola—. Llámame si me necesitas, ¿de acuerdo?

—Está bien —dijo Grace, aunque sabía que no lo haría. Ella realmente no conocía la de cosas que le habían dicho los chicos de la escuela cuando estaba embarazada: «zorra», «bebé», «mami», «ballena»... Y la lista seguía. Grace no se lo contó porque sabía que su madre se lo diría al director, y luego se meterían con ella de forma todavía más brutal, pero también porque sabía que su madre se sentiría mal por ella.

La lástima no daba fuerzas, y a Grace ya le estaba costando suficiente trabajo no perder la cabeza. No quería que sus padres se desmoronaran con ella; por lo menos no al mismo tiempo.

Bajó con cuidado del coche, se colgó la mochila vacía al hombro y se dirigió hacia la clase de Lengua, la primera del día. Sentía como si se estuviera dirigiendo a un pelotón de fusilamiento, o peor, porque sabía que en lugar de morir tendría que seguir viva durante todo el día. Y el siguiente... y el otro.

Inevitablemente pensó, al ver el primer par de ojos que la miraban fijamente, que quizá habría sido preferible un pelotón de fusilamiento.

A Grace le habían permitido no hacer todos los trabajos: solo tenía que ponerse al día antes de final de curso. Perfecto... pero mientras pasaba junto a los otros estudiantes, podía ver los rotuladores fluorescentes, las fichas de trabajo, todas las cosas que normalmente usaba durante sus desquiciadas sesiones de estudio. Su mejor amiga, Janie, solía burlarse de ella por todos sus dispositivos de nemotecnia.

—Y ahora veamos —solía decir Janie, imitando a Grace mientras estudiaban para el examen final de Historia europea—: Napoleón era bajito, lo que me recuerda a un pulpo. Y un pulpo es morado, y ese es el color del sofá de casa, y ese sofá lo compramos en un almacén junto a la tienda de pretzels, y los pretzels son alemanes, y los alemanes... —Grace se reía y se reía, apretándose el vientre, entonces todavía plano.

—Grace.

Se paró en seco interrumpiendo su recuerdo.

—Janie —dijo—. Hola.

No la había visto desde que su amiga la había visitado dos días después del nacimiento de Milly. Grace no recordaba mucho de esa visita, más allá de que vieron *Friends* en Netflix. Estaba destrozada por el dolor abrumador de la pérdida. Para ser sincera, los detalles eran borrosos.

—Hola —contestó Janie, con la cabeza inclinada hacia un lado.

Grace tuvo la clara sensación de haber hecho algo mal, algo que quebrantaba el código de las amigas, pero no sabía qué era. O, más precisamente, cuántos quebrantamientos había.

—No me dijiste que volvías a la escuela.

Ah. Conque era eso.

—Bueno, sí —dijo Grace. Trató de sonreír, pero parecía más bien como si le estuviera mostrando los dientes a su amiga en señal de advertencia para que se mantuviera alejada—. En realidad, lo decidí anoche. Me cansé de estar en casa, ¿sabes? —Se encogió de hombros, como si fuera algo completamente normal tener un bebé y olvidarte de decirle a tu mejor amiga que piensas volver a la escuela.

—Oh —exclamó Janie—. Bueno, ¡pues estoy contenta de verte! Tienes buen aspecto.

—Gracias —dijo Grace, y luego miró a la chica que estaba junto a Janie. Las dos llevaban el bolso colgado del hombro y apoyaban los libros y las carpetas en la cadera izquierda, mientras que la mochila de Grace le colgaba floja de la espalda. ¿Cuándo se había deshecho Janie de su mochila?

La chica en cuestión era Rachel.

—Hola —la saludó—. Soy Grace.

—Ya lo sé —contestó de un modo que hizo que Grace se sintiera como si se acabara de presentar como Rasputín o como Voldemort, un nombre que no había que pronunciar.

—Me alegro de verte, Grace —volvió a decir Janie.

Grace no pudo evitar pensar que algo ocurría.

—Si estás por aquí a la hora del almuerzo, ven con nosotras, ¿de acuerdo?

Le sonrió al decir esto, y luego ella y Rachel se fueron caminando.

Grace no había pensado en algo tan lejano como el almuerzo. Ahora estaba deseando haberlo hecho. Era amiga de Janie desde tercero de primaria, así que nunca se había preocupado por tener con quién comer o dónde sentarse. Pero ahora que lo pensaba, el campus de la escuela de repente le pareció muy grande, demasiado grande, como si fuera interminable. Había tenido sueños como este antes, en los que paseaba por un lugar extraño y no podía encontrar la salida.

Mientras Janie y Rachel se alejaban, Grace enganchó los pulgares en las tiras de la mochila, las cuales de repente le dieron la sensación de haberla traicionado. Los desenganchó y luego siguió caminando hacia la clase de Lengua. Por alguna razón, era todavía más difícil ahora que no estaba embarazada. Había pasado su último mes en la escuela jadeando y resoplando (y también haciendo aproximadamente 982.304.239 viajes al baño, ya que a Peach le gustaba usar su vejiga como una cómoda almohada), pero ahora sentía las piernas pesadas, como si no quisieran entrar en la clase de Lengua y estuvieran tratando de advertir a su cerebro que se mantuviera alejada.

Grace se dio cuenta, demasiado tarde, de que debería haberlas escuchado.

Todos se la quedaron mirando cuando entró en el aula justo antes de que sonara el timbre, pero Grace estaba preparada para eso. Tanto como cualquiera pueda estar preparado para sentir treinta pares de ojos que de repente te clavan la mirada. Le sonrió a la pared detrás de la cabeza de Zach Anderson, solo para que pensaran que le sonreía a alguien, y luego se acercó a la profesora Mendoza, que le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Es fantástico que estés aquí de nuevo, Grace. —Y ella se dijo a sí misma en silencio: «No llores, no llores», hasta que funcionó y las lágrimas se alejaron lentamente de la orilla de su garganta y volvieron a deslizarse hasta el fondo de su estómago.

Sin embargo, lo único que dijo Grace en voz alta fue «Gracias», y ocupó su asiento. Alguien había tallado la palabra «zorra» en el escritorio, pero no estaba segura de si iba dirigida a ella, a alguna otra chica, o si solo era el producto de algún estudiante aburrido de segundo año con vocabulario limitado y demasiado tiempo libre. «Es la clase de Lengua —pensó Grace—. Quizá quien sea que lo haya escrito debería manejar mejor los sinónimos. “Ramera”, quizá, ¿o “perra”?»

—¿Grace?

Levantó la mirada. La profesora le estaba sonriendo como hacen los curas cuando visitan a los enfermos en el hospital. Con benevolencia, pero también con el silencioso deseo de tener desinfectante para las manos.

—Estaba diciendo que no hay problema si quieres pasar los próximos días en la biblioteca haciendo tus trabajos para ponerte un poco al corriente.

—Oh —dijo—. No, no, está bien así.

Oyó unas risitas detrás de ella. Le pareció que era Zach. Y Miriam Cuyo-apellido-no-podía-recordar-nunca. Sabes que la gente lleva un rato riéndose a tus espaldas cuando ya puedes identificar la fuente de cada risita.

—Qué lástima que yo no pueda tener un bebé —dijo la voz. Grace tenía razón: era Zach—. Librarme de hacer los trabajos. Genial, oye.

—Agh, eres de lo peor. —Esa era Miriam.

Al principio Grace pensó que la estaba defendiendo. Iba a darse la vuelta para sonreírle cuando realmente se dio cuenta de lo que había dicho Miriam. Dijo: «Eres de lo peor» del modo en que las chicas dicen las cosas cuando

quieren que los chicos piensen que están bromeando con ellos, como «Eres de lo peor, pero de todos modos me gustas lo suficiente para ir contigo, aunque seas el equivalente emocional de la basura».

Pero, por otro lado, ¿quién era Grace para juzgar? El último chico que le había gustado a ella la dejó embarazada, la abandonó y llevó a otra chica al baile de otoño la misma noche en que ella dio a luz.

No podía culpar a Miriam por tomar malas decisiones precisamente.

No pudo evitar preguntarse qué le diría Maya a Zach si estuviera en esa situación. Grace no la conocía desde hacía tanto, pero estaba bastante segura de que su hermana se habría presentado de nuevo en la escuela del modo en que salían corriendo los leones al Coliseo en tiempos de los romanos: los dientes afilados y las garras listas.

Grace canalizó esa energía.

—Guau —dijo, y se volvió para mirar a Zach—. No se te escapa nada, ¿verdad? Eres muy observador.

Grace estaba segura de que, en lugar de un león, ella era el equivalente del maullido de un gatito.

Zach sonrió con malicia, se quitó la gorra de béisbol y se alisó el cabello antes de volvérsela a poner.

—Como digas, mamaíta —dijo.

—Zach, en serio —se rio Miriam.

Grace habría dado su reino y su caballo a cambio de coger a Miriam por los hombros y sacudirla hasta arrancarle la cabeza del cuello.

Pero entonces la profesora Mendoza empezó a hablar («Zach, quítate la gorra, ya conoces las reglas de mi clase»). Grace cogió la pluma y abrió su cuaderno.

«Haz como si nada», se dijo.

Eso hizo durante toda la clase de Lengua y también en la segunda clase (Química avanzada), pero fue en la tercera cuando todo se rompió en pedazos. Si con romperse en pedazos uno se refiere a desmoronarse por completo.

La tercera clase era Historia de Estados Unidos.

Y era con Max.

A juzgar por la expresión de su rostro, Janie no era la única persona que no pensaba que Grace volvería a la escuela. Se estaba riendo con uno de sus amigos, Adam, y cuando Grace entró en el aula, se le abrieron tanto los ojos que pareció una caricatura de sí mismo. Si Grace no lo hubiera odiado tanto, habría sido gracioso, pero lo único que sintió fue una perversa emoción por haberlo pillado por sorpresa. Le gustó la idea de mantenerlo siempre alerta y aparecerse donde menos la esperara, ser un fantasma de carne y hueso persiguiéndolo durante el resto de su vida.

Grace sabía que eso no era posible, pero sintió como si todos en el aula hubieran dejado de hablar cuando entró y sus cabezas oscilaban entre ella y Max. Como si esta clase de repente fuera el nuevo episodio de una telenovela, y la gemela malvada, que todos creían muerta desde hacía mucho, acabara de volver al pueblo como si nada.

Se sentó en su lugar habitual, el cual, desafortunadamente, estaba justo frente a Max. Había elegido ese sitio al principio del curso porque así era más fácil hablar con él. Ahora maldijo a la Grace del pasado por haber tomado una decisión tan terrible. La Grace del pasado era una perfecta idiota.

Adam estaba soltando risitas y decía: «Oye, oye», en voz baja, como haces cuando vas a contar un secreto.

—Cállate —murmuró Max. Adam había sido (lo seguía siendo, supuso ella) más tonto que un ladrillo; uno de esos tipos que se creía estrella de fútbol americano, aunque en realidad solo miraba el partido desde el banquillo y chocaba las palmas con los demás cuando hacían el *touchdown* ganador. A Grace nunca le gustó, y Max lo sabía.

A diferencia de las otras profesoras, el profesor Hill ignoró a Grace y puso manos a la obra, cosa que ella agradeció. A veces la compasión era peor que ser ignorado.

—Está bien, chavales —dijo en voz alta. El profesor Hill siempre se refería a sus alumnos como «chavales»—. ¡Concentrémonos!

Grace buscó una pluma en su mochila, haciendo un esfuerzo consciente por ni siquiera mirar a Max. Pero podía ver sus pies, y llevaba zapatos nuevos. Eso la dejó estupefacta. En algún momento en el tiempo entre que ella

había tenido a su hija, había conocido a sus medios hermanos y había vuelto a la escuela, Max se había comprado unos zapatos nuevos, como si su vida todavía fuera normal; como si no hubiera cambiado nada.

Y para él no había cambiado. En algún lugar del mundo, otra pareja estaba criando a su hijo biológico. Y él llevaba zapatos nuevos.

Cuando Grace encontró la pluma, sus mejillas se habían puesto coloradas. Era tan fuerte el impulso de rayar los zapatos de Max que no hacerlo le dolía, pero dejó la pluma en el escritorio y miró hacia delante.

—Oye —susurró Adam desde el otro lado del pasillo mientras el profesor Hill giraba hacia ellos el pizarrón blanco que estaba en la parte frontal del aula—. ¡Psst! ¡Grace!

No se volvió. Sabía que Adam no le preguntaría cómo se encontraba, ni le desearía un buen día de regreso a clase ni preguntaría si necesitaba algo.

—¡Grace! Oye, ¿ya se te han quedado secas las tetitas?

Alguien —Grace no supo quién— soltó una risita detrás de ella, y por encima del ruido que le rugía en los oídos oyó a Max que decía: «Vale ya, Adam». Grace hubiera preferido que Max se pusiera como..., bueno, como salido de *Juego de tronos*, y le hubiera cortado la cabeza para ensartarla en una lanza, pero solo volvió a decir: «Vale ya, Adam».

Grace apretó la pluma entre los dedos y se preguntó cuándo se había vuelto Max tan timorato, con la valentía de un algodón de azúcar. Quizá había ocurrido mientras hacían cola en Target aquel día y compraban las pruebas de embarazo, o quizá fue cuando su padre habló de la «buena chica» con la que Max estaba saliendo en lugar de Grace. O quizá todo había ocurrido durante el baile de otoño, cuando Grace estaba expulsando a un bebé de su cuerpo y él bailaba con una corona de plástico en la cabeza.

Esta versión de Max no era el chico con el que Grace había salido, ni con quien se había acostado, ni a quien había amado. Le parecía una locura que, en algún lugar, hubiera un bebé que fuera mitad él y mitad ella. Y de repente ya no pudo soportar estar en el mismo sitio que él.

—¡Grace! —volvió a murmurar Adam.

El profesor Hill todavía estaba de pie frente al pizarrón, escribiendo lo que por lo visto era todo un soliloquio, así que Grace se volvió a mirar a Max. Hasta su rostro parecía frágil. ¿Cómo pudo haber salido con alguien con esa

mandíbula tan débil? Peach no la había heredado, gracias al cielo.

—¿Le puedes decir a tu amigo que se calle de una jodida vez? —le dijo Grace a Max. Pudo ver que él lo lamentaba; lo tenía todo escrito sobre su (patético) rostro, y ella se dio de nuevo la vuelta en su asiento, con las mejillas ardientes como si tuviera fiebre.

Entonces el teléfono de Adam hizo ese ruido. Era el llanto de un bebé, de un bebé recién nacido. Sonaba como Peach, como el primer sonido que Grace la oyó hacer, ese lamento tan desquiciadamente desesperado que anunciaba su llegada al mundo.

Grace no supo qué se movió primero, si su cuerpo o su mano, pero de repente estaba volando sobre el escritorio como si estuviera en una carrera de obstáculos en la clase de gimnasia, con el puño hacia delante para poder impactar limpiamente en el rostro de Adam. Él hizo un ruido que sonaba como si le hubieran arrancado el aire de los pulmones, y cuando cayó hacia atrás, atrapado contra el suelo por el escritorio, Grace lo sujetó y volvió a golpearlo. No le había subido tanto la adrenalina desde que nació Peach. Se sentía bien. Hasta sonrió cuando golpeó a Adam por tercera vez.

Finalmente fueron necesarios Max, el profesor Hill y un tipo llamado José (que sí que estaba en el equipo de fútbol) para quitársela de encima a Adam. José le dio la vuelta a Grace y la puso de pie con tanta fuerza que le entrechocaron los dientes, y entonces ella se marchó, dejando atrás la mochila, a Adam, a Max y la clase de Historia de Estados Unidos.

Se tambaleó hacia el baño que había al final del patio, uno que nadie usaba porque estaba cerca del laboratorio de Biología y a veces el olor a formol se filtraba por el sistema de ventilación. Era asqueroso, pero no le importó. Solo necesitaba un lugar para contener el huracán que tenía en el pecho cuando finalmente saliera de ella como una explosión.

El llanto de Peach le rugía en los oídos mientras soltaba un grito.

Se deslizó hacia el suelo bajo el lavabo más alejado de la puerta y se abrazó las rodillas contra el pecho. El suelo estaba frío, lo que era bueno, porque Grace estaba bastante segura de que tenía la piel en llamas, y además le ardía la mano. Resultó que darle un puñetazo en la cara a alguien dolía endemoniadamente. Apretó los nudillos contra la pared de azulejos y suspiró.

Fue difícil recobrar el aliento. Igual que lo fue cuando estaba naciendo Peach, como si su cuerpo y su cerebro trabajaran por separado; cerró los ojos e intentó respirar. El cuarto estaba fresco y silencioso, y probablemente había veinte personas buscándola, pero no le importó.

Solo quería que todo siguiera en silencio.

Después de unos minutos, se abrió la puerta y entró un chico. Grace no lo había visto nunca antes, aunque en realidad no había estado muy presente en la escuela en los últimos meses.

Como fuera, era bastante obvio que no esperaba verla en el suelo.

—Ay, lo siento, no sabía que había alguien... —dijo, luego volvió a mirar la puerta—. Espera, ¿este es el baño de chicas, o...?

Grace negó con la cabeza. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando, pero cuando movió la cabeza tenía las mejillas mojadas y el cabello pegado a ellas.

—¿Estás...? —El chico retrocedió, luego dio un paso hacia delante, un chachachá en cámara lenta—. Mierda, lo lamento, soy tan malo cuando la gente llora... ¿Estás... bien?

—Perfectamente —dijo Grace, y por lo visto en su cabeza era el día de los antónimos, porque, sin duda alguna, «perfectamente» no era la palabra para describirla en ese momento.

Él siguió de pie junto a la puerta.

—No estoy diciendo que seas una mentirosa ni nada por el estilo, pero no te ves... perfectamente bien.

Grace empezó a llorar otra vez.

—¿Qué te has hecho en la mano?

—Golpeé a Adam Dupane tres veces en la cabeza —respondió. No había manera de hacer que sonara mejor que eso, así que Grace no se molestó en intentarlo. De cualquier modo, todo el mundo se enteraría. Probablemente ya había un vídeo en internet. Era muy posible que la expulsaran, comprendió, y la sorprendió comprobar lo bien que sonaba eso.

—Guau. —Los ojos del chico se abrieron más—. Bueno, pues no sé quién es Adam Dupane, pero tú pareces una persona agradable, así que probablemente se lo merecía.

—Es un imbécil —dijo Grace.

—Un imbécil total —coincidió el chico. No estaba segura de si le estaba tomando el pelo o si estaba bromeando con ella, pero a Grace no le importó—. Mmm, creo que necesitas ponerle algo a eso —dijo entonces, y miró la mano hinchada de Grace. Luego dejó la mochila en el suelo, sacó unas toallas de papel de la máquina y las pasó bajo el chorro de agua fría—. Toma. —Se las dio a Grace—. No es hielo, pero te ayudará.

Grace se lo quedó mirando.

—¿Quién eres? —preguntó, finalmente. La nariz le empezaba a gotear y se sentía asquerosa y mucosa... y avergonzada de sentirse asquerosa y mucosa.

—Ah, sí, lo siento. Soy Raphael. Raphael Martínez. Pero me puedes llamar Rafe. No tienes que ser formal ni nada por el estilo. No represento ningún peligro, no te preocupes. Bueno, quizá eso ni te preocupe, ya que eres tú la que acaba de darle una paliza a alguien. Quizá debería ser yo el que estuviera preocupado. Créeme. Soy un flojucho. —Mojó otra toalla de papel mientras hablaba y luego se la pasó—. La verdad es que me desmayo con solo ver sangre, en serio. No exagero. Oye, ¿te puedo preguntar algo?

Ese tal Rafe la estaba empezando a marear.

—¿Sí?

—¿Qué es ese olor tan terrible que hay aquí dentro?

—Formol. —Grace no estaba segura de cuándo había dejado de formar oraciones completas—. Gatos muertos. Al lado.

—¿Clase de Anatomía? —aventuró.

Ella asintió.

—Entendido.

Grace hizo una mueca de dolor mientras la mano le latía bajo las toallas frías. En ese momento le dolía todo —la cabeza, el brazo, la base de la columna— y trató de evitar, sin conseguirlo, que se le salieran las lágrimas.

Y Rafe, el héroe del día, le puso el seguro a la puerta del baño y fue a sentarse junto a ella. Grace se dio cuenta de que iba con mucho cuidado de no tocarla, y por alguna razón eso hizo que se sintiera triste.

—Entonces —dijo a modo de conversación, como si hablaran del tiempo—, Adam es un imbécil.

—Max ha estado sentado junto a él todo el tiempo y ni siquiera ha hecho nada —explicó Grace, y no estaba llorando otra vez, no exactamente. Solo tenía mojado el rostro y tenía un nudo de algo terrible en la garganta.

—Lo sé —dijo Rafe con un suspiro—. Qué cabrón.

—¡Ni siquiera sabes de quién estoy hablando! —exclamó Grace—. ¿Por qué estás de acuerdo con lo que digo?

—Bueno, estás triste —respondió él, y sonó un poco confundido—. ¿Quieres que discuta contigo? Porque lo haré si eso hace que dejes de llorar. Bueno, de acuerdo. —Se aclaró la garganta—. Estás muy equivocada. Adam es lo máximo.

—No —exclamó Grace—. Solo... solo quiero estar callada, ¿de acuerdo?

—Lo entiendo —asintió el chico—. Lo que quieras.

Pero Grace no podía dejar de oír ese llanto de bebé, ese primerísimo sonido que hizo Peach, un grito de triunfo que de alguna manera prevalecía sobre todo lo demás, incluyendo su corazón, y cuando Grace empezó a llorar otra vez, Rafe inclinó su cuerpo con cuidado hacia ella para que sus hombros se tocaran.

Se quedó muy muy callado.

Grace perdió la noción del tiempo que había estado sentada en el suelo llorando, pero después de un rato oyó que alguien llamaba a la puerta y decía:

—¿Gracie?

—Es mi madre —explicó Grace, limpiándose los ojos.

—¿Estás en problemas? —le preguntó Rafe—. Si quieres te esconderé en uno de los cubículos.

De repente quiso tanto a su madre que hasta le dolió.

—No, déjala entrar —dijo—. Está bien.

—Ay, cariño —le dijo su madre cuando la vio—. Vamos a casa.

Y ese fue el último día del segundo año de instituto de Grace.

Maya

Después de conocer a Joaquin, a Maya le costó trabajo dormirse.

«Nuestra madre descubrió que era lesbiana, así que la echó.» «Biológico mata a adoptivo», había dicho.

Y sí, Maya sabía que a ella la habían adoptado, no acogido, que la habían adoptado desde el hospital, que sus padres la habían elegido a ella, la habían querido a ella. Eso fue lo que le dijeron siempre, que la eligieron porque era especial.

Y, aun así, no era Lauren.

Dieron las tres de la madrugada y Maya seguía despierta, mirando cómo pasaban las luces de los coches de la calle por el techo de su habitación, iluminándola antes de que volviera a quedar todo en la oscuridad. Revisaba páginas de internet en el teléfono. Había hecho el test de «¿A qué casa de Hogwarts perteneces?» al menos tres veces, y siempre le salía Hufflepuff, cosa que la enfurecía.

Luego se desplazaba entre los mensajes viejos de Claire, con emojis y notas que eran tan privadas que Maya lanzaría el móvil al retrete antes de permitir que alguien las leyera. Bajaba hasta donde terminaban los mensajes y esperaba que aparecieran las burbujitas que significaban que Claire le estaba escribiendo un mensaje, que de alguna manera sabía que Maya estaba sola en el mundo y que se sentía más solitaria en medio de la noche que a cualquier otra hora del día.

Pero era evidente que Claire estaba dormida, y era una tontería sentirse molesta por eso. Claire necesitaba dormir. Maya necesitaba dormir. Podía sentir que la falta de sueño empezaba a desenmarañarle el cerebro, como si un gatito tirara de los hilos de una manta hasta deshacerla. Se había quedado

dormida en la clase de Historia dos veces esta semana, cosa que, en honor a la verdad, probablemente tenía más que ver con la voz nasal y monótona de la maestra que con su agotamiento.

O al menos eso se dijo.

A la hora del almuerzo, apoyó la cabeza en las piernas de Claire y dejó que le acariciara el cabello mientras se sentaban en la hierba bajo el sol. Maya pensó que, si a fin de cuentas todos nos teníamos que morir, esta no sería la peor manera de hacerlo, con el sol en el rostro y la cabeza apoyada en las piernas de alguien a quien amas.

—¿Mmm? —preguntó Claire.

—No he dicho nada —respondió Maya con los ojos cerrados. El sol hacía que el trasluz detrás de los párpados fuera rojo como la sangre, y que pensara en los linajes y las dinastías, en los lugares legítimos y en las familias.

Abrió los ojos y se volvió para hundir el rostro en el muslo de Claire.

—No, no has dicho nada —coincidió esta—. Pero estás pensando.

—Siempre estoy pensando —afirmó Maya—. Soy muy lista en ese sentido. Por eso me amas.

—Mmm, el jurado todavía no ha tomado la decisión —repuso Claire, pero luego subió la mano por la espalda de Maya, debajo de la camisa, apretando la palma contra la piel, anclándola a la tierra—. Vuelve, vuelve, de donde quiera que estés.

No importaba dónde muriera Maya, estaba aquí, ahora.

Con eso bastaba.



Encontró la botella de vino unos días después.

Había intercambiado mensajes con Grace unas cuantas veces, en general en respuesta a los comentarios torpes de esta: «¡Hola! ¿Cómo va la escuela?» «Más aburrida que nunca», había respondido Maya, pero luego se arrepintió cuando Grace no respondió durante algunos días.

No intercambiaba mensajes con Joaquin, pero no era porque no quisiera. Solo que Maya no sabía qué decir. Era difícil encontrar las palabras cuando a ti te habían adoptado y a tu hermano no, y era bastante claro que te habían

elegido por cosas que no podías controlar. A veces Maya se decía que era una tontería sentirse culpable, cuando el reloj avanzaba lentamente desde las tres hasta las cuatro de la mañana y las luces de los coches seguían iluminando a ráfagas el techo de la habitación. Pero luego se imaginaba a Joaquin de bebé, esperando a alguien, a una familia, a una persona, y esa sensación tan terrible irrumpía desde su corazón y ascendía hasta la garganta, ahogándola.

En la parte más oscura de su cerebro, Maya no quería que le sucediera lo mismo, y, al igual que Joaquin, no sabía cómo evitar que eso ocurriera.

La clase de Historia europea de Maya estaba preparando una representación de la Revolución Francesa (cosa que a Maya le parecía extremadamente apropiada, dada la cantidad de personas en esa clase a quienes habría guillotinado con gusto), y como no podía actuar ni aunque su vida dependiera de ello, le habían asignado los vestuarios. «Está chupado», pensó, y luego subió para hurgar en el armario de su madre.

La botella de vino (botellas, en realidad; una de ellas todavía no estaba abierta, así que Maya decidió que esa no contaba) se hallaba en el fondo del armario, escondida tras un par de botas viejas que a Maya le pareció que quedarían espectaculares en la persona a la que le tocara hacer el papel de María Antonieta. Pero le parecieron muy pesadas cuando las sacó, mucho más de lo que debería pesar cualquier par de botas, y cuando logró tenerlas fuera del armario, salió del interior de una de ellas la botella de merlot.

Maya la miró un largo rato antes de meter la mano en la otra bota y sacar una botella medio vacía de zinfandel tinto. Era barato —Maya lo sabía por la etiqueta—, lo que por alguna razón la alteró todavía más. Si su madre iba a esconder vino en el armario, podría al menos comprar del bueno, en lugar de esa basura de la tienda de la esquina.

—Hola —dijo alguien, y Maya se volvió tan rápido que casi se le cayó la botella. Lauren estaba de pie en la puerta, mordisqueándose el labio inferior, algo que Maya odiaba—. ¿Qué haces?

—Nada —respondió Maya, que era sin duda la cosa más tonta que podía decir, teniendo en cuenta que estaba en el cuarto de sus padres, hurgando sin permiso en el armario de su madre y con una botella de vino medio vacía en la mano.

—¿Por qué tienes una botella de vino? —preguntó Lauren—. ¿Estás bebiendo?

Solo las separaban trece meses, pero Lauren parecía más pequeña. Maya era muy consciente de eso, como lo era también de que Grace y Joaquin eran mayores que ella. No importaba que fueran parientes de sangre o no: Maya estaba a cargo de su hermana. Tenía que protegerla.

—Vete —le dijo—. Vete, Lauren, hablo en serio.

—Pero ¿por qué estás...?

—Vete —repitió Maya, señalando con la botella de vino (mala idea) hacia la puerta—. Esto no tiene que ver contigo, por primera vez en tu vida.

Maya recordaría la mirada en el rostro de Lauren durante mucho mucho tiempo después de eso. Las tres de la madrugada se volverían mucho más solitarias la próxima vez que las viera desde el interior de los párpados.

—¿Es... es de mamá? —quiso saber Lauren.

Maya apretó la botella con más fuerza y no dijo nada.

—¿La has encontrado en su armario? —insistió Lauren... y luego dejó caer la bomba—. Porque yo he encontrado una botella en el garaje.

Maya se sintió muy tonta, quieta ahí, escuchándola, sosteniendo la evidencia al mismo tiempo que intentaba esconderla. Lauren terminó:

—Estaba en una vieja bolsa de la compra. Creo que se la bebió casi toda ayer.

Las dos hermanas se quedaron de pie una frente a la otra durante largos segundos, hasta que Lauren finalmente entró en el cuarto.

—Hay otra botella abajo, dentro de la vieja olla a presión —dijo.

Maya se sentó en la cama porque no estaba segura de si las rodillas la aguantarían.

—¿Cuánto hace que sabes que...?

—Un mes, supongo. Quizá más. No lo sé.

—¿Por qué no me lo contaste?

Lauren se encogió de hombros.

—Porque sabía que ibas a conocer a Grace y a Joaquin y..., no sé, no quería que fuera una carga. Ya tienes muchas cosas en la cabeza.

Lauren se sentó junto a ella, ambas con los hombros caídos.

—Debiste contármelo —le dijo Maya al cabo de un minuto.

—¿Por qué? —preguntó Lauren, y no tenía una respuesta para eso.

—¿Crees que papá lo sabe? —le preguntó Maya.

—No. Papá viaja. No rebusca en las botas de mamá en sus ratos libres.

—¿Crees que conduce después de beber? —apuntó.

Sacudió la botella que tenía en la mano. Maya no estaba acostumbrada a hacerle preguntas así a Lauren. Normalmente ella era la hermana que lo sabía todo, la que estaba a cargo de las cosas, la que inventaba las reglas de los juegos y decidía quién ganaba o perdía.

—No lo sé —dijo Lauren—. No lo creo. Me recogió ayer en la escuela y parecía estar bien.

«Pero mamá podría beber durante el almuerzo», pensó Maya. Dos vasos de vino con una ensalada y un poco de pan. Sería bastante fácil de esconder.

Todavía sostenía la botella de zinfandel y la colocó con cuidado en el suelo, como si de repente pudiera romperse y manchar la alfombra con todos sus secretos.

—¿La guardamos de nuevo?

—Dámela —dijo Lauren, y Maya se la pasó. Cuando la hermana menor bajó y no volvió, Maya fue tras ella y la encontró de pie en la cocina, con el corcho en una mano y vaciando la botella en el fregadero.

—¿Qué vas a...? —empezó a decir Maya.

—¿Qué puede hacer? —Lauren no la dejó seguir—. ¿Enfadarse con nosotras por tirarle el vino? No se enfadará. No puede. Porque tendría que admitir lo que ha estado haciendo.

Maya la miró un largo rato, y luego subió por la segunda botella. Lauren la abrió y la vaciaron, mirando el vino irse por el fregadero como un remolino, hasta que abrieron el grifo y lo enjuagaron todo.



Cuando sus padres, finalmente, les dieron la noticia, en realidad no fue una gran sorpresa. Maya pensó después que era muy parecido a arrancarse una enorme tirita: sabías que te dolería, pero de todos modos debías hacerlo.

Estaba haciendo los deberes de Física cuando oyó el golpe en la puerta. Había sido una noche tranquila, demasiado tranquila, y Maya había estado trabajando en el mismo problema sin conseguir encontrar la solución. Se preguntó si no era muy retorcido el hecho de que trabajara mejor cuando sus padres se estaban peleando. Si tenía que terminar la preparatoria algún día, lo más probable era que necesitara una explosión nuclear cada noche.

Genial.

Cuando dijo «Adelante», sus padres estaban de pie ahí, los dos con expresión de preocupación en el rostro. Como niños, en cierto modo. Maya nunca los había visto con ese semblante. Lauren venía detrás, y Maya no tuvo que mirar al espejo para saber que su propia expresión era parecida a la de su hermana.

—Queremos hablar con vosotras —dijo su madre, y Lauren pasó junto a ellos y se subió a la cama de Maya para sentarse. Esta, quien para variar había estado haciendo los deberes en el escritorio, aunque pareciera mentira, se levantó de la silla y se fue a sentar junto a su hermana. De repente se descubrió deseando que su otra hermana también estuviera allí, y su hermano. Y Claire. Deseaba que hubiera un ejército de personas en pie detrás de ella, con las espadas listas.

En realidad, no vino nadie.

—¿Hablamos abajo? —La voz de su madre sonaba un poco sofocada, y Maya empezó a sentir como si también a ella le estuvieran apretando la garganta, esa sensación de las tres de la mañana que volvía lentamente—. No pasa nada —añadió su madre con rapidez—. Pero tenemos que hacer una reunión familiar.

No organizaban una reunión familiar desde que Maya tenía ocho años y Lauren siete, y esta la había acusado de asesinar a su pez dorado. (Maya todavía juraba sobre un montón de Biblias que no había tocado esa cosa asquerosa y llena de escamas. Lauren estaba paranoica y adoraba a sus peces, eso era todo.)

—Tengo trabajo... —empezó a decir Maya. «Un objeto en movimiento permanecerá en movimiento hasta que una fuerza externa actúe sobre él», decía su libro de texto de Física. Quería que las cosas siguieran como estaban.

Por más peleas terribles que hubiera, seguía siendo algo familiar. Maya no estaba preparada para que eso cambiara, ni para lo que posiblemente ocuparía su lugar.

—Maya —dijo su madre—. Por favor.

No tuvo que decir más.

Abajo, Maya y Lauren se sentaron una junto a la otra en el sofá mientras sus padres les exponían la situación:

—Sabéis que últimamente no nos hemos llevado bien.

—Será mucho mejor así.

—Ahora tendréis que pasar con papá los fines de semana, solo vosotras y él.

—Vais a ser mucho más felices, niñas.

Lauren lloró, claro. Siempre había sido la emotiva (recordemos: reunión familiar por un pez dorado muerto), a la que tenían que sacar del cine durante las escenas tristes porque molestaba a los demás con su llanto.

Pero Maya se quedó ahí callada mientras les explicaban que su padre se mudaría, que querían mucho a sus dos hijas, que no tenía nada que ver con ellas, que no era culpa suya ni de Lauren.

—Por supuesto que no lo es —masculló Maya, porque era la cosa más estúpida que había oído en mucho tiempo—. Nosotras no somos las que llevamos los últimos diez años peleándonos. —«Y escondiendo vino en el armario», casi añadió, pero se lo pensó dos veces. Lauren todavía estaba llorando y Maya no quería hacerle más daño a su hermana.

Su madre pestañeó mientras su padre se aclaraba la garganta.

—Eso... es cierto —dijo este finalmente—. Eso es muy cierto.

—Vosotras dos os quedaréis conmigo en casa —anunció su madre—. Pero podréis visitar a papá siempre que queráis.

—¿Y si queremos vivir con papá? —preguntó Maya. Ni siquiera estaba segura de quererlo, pero sintió la abrumadora necesidad de meterse entre los dos, de ver quién la abrazaría más fuerte. Saber si alguno de los dos lucharía por conservarla después de quince años de intentar tenerla con tantas ganas.

—Eso podemos resolverlo después —dijo él. Su madre no respondió; estaba demasiado ocupada conteniendo las lágrimas y rodeando a Lauren con el brazo. Trató de abrazar también a Maya, pero esta se apartó para dejar un

espacio entre ellas. No quería que la tocaran.

—Trataremos de hacer que esto sea lo más fácil posible para las dos, no os preocupéis —agregó el padre.

Maya soltó una carcajada breve, afilada y amarga. No pudo evitarlo.

—Creo que dejamos atrás lo fácil hace mucho —dijo.

—Maya —empezó a decir su padre, pero ella levantó la mano.

—No. Yo no...

De repente se le atravesaron las palabras en la garganta, las paredes estaban demasiado cercanas, el aire enrarecido. Se sentía como un personaje de película que escapa corriendo de una explosión mientras la carretera se convierte en ceniza gris a pocos pasos de él, mientras lucha por apartarse del abismo que tira de él con fuerza, que lo succiona hacia su interior como un pozo de brea, como un agujero negro que ansía absorber la luz.

—Tengo que irme —dijo, y de repente tenía el teléfono en la mano y salía corriendo por la puerta delantera, atravesando el césped. Al llegar al final de la calle se dio cuenta de que iba descalza y los pies le dolían, pero no le importó.

Le mandó un mensaje de texto a Claire:

¿Nos vemos en el parque? Te necesito.

El corazón le latía con fuerza mientras esperaba la respuesta, pero Claire ya estaba ahí, tan constante y segura como siempre.

Voy para allá. ¿Todo bien?

Maya no se molestó en responder. Solo corrió. Cuando llegó al parque, sintió algo verde, afilado y punzante en las plantas de los pies. Sus pulmones ardían como si estuvieran llenos de humo que no podía exhalar.

Corrió más rápido. Claire estaba bajando de su coche cuando Maya dio la vuelta por la esquina hacia el aparcamiento.

—Hola —dijo Claire, y cuando ella corrió hacia sus brazos, dio un pequeño paso atrás por el impulso de Maya, que las desequilibró a las dos.

—Oye, hola..., oye, oye —intentó tranquilizarla Claire, y Maya seguía llorando y no pudo decir nada, no porque no supiera qué decir, sino porque había mucho que hablar. Podría tener todos los diccionarios del mundo y no sería suficiente para empezar a explicar la oscuridad de ese espacio, el miedo de estar sola como Grace, o de no ser deseada, como Joaquin.

Claire la abrazó durante largos minutos en el aparcamiento.

—No te vayas —fue lo primero que Maya logró murmurar cuando pudo volver a hablar.

—No me voy a ningún lado —le respondió Claire con un susurro.

Su voz era tan suave como una plegaria.

Joaquin

La primera vez que Joaquin se había reunido con su terapeuta después de mudarse con Mark y Linda, no había salido bien.

Se vieron en una oficina, en un rascacielos tan alto que Joaquin podía ver el océano a lo lejos. Tan solo eso lo había hecho sentir un poco aturdido, pero la oficina en sí era limpia, blanca y moderna. La única nota de color en el cuarto era el de una orquídea morada (en una maceta blanca, por supuesto) sobre el escritorio de su terapeuta, Ana, y a Joaquin todo ese blanco resplandeciente le recordó demasiado las sábanas blancas de una cuna vacía, las cintas de sujeción y las rozaduras en las muñecas, ese adormecimiento narcotizado que lo hacía sentir como si en realidad no estuviera durmiendo en absoluto. El consultorio estaba tan silencioso que podía oír el silbido del aire acondicionado al ponerse en marcha.

Joaquin logró quedarse ahí dos minutos enteros antes de marcharse, con gotas de sudor en la frente y las manos temblorosas.

—No voy a volver allí —les dijo a Linda y a Mark en ese momento, y era la primera vez que les decía algo que no deseaban oír. Se había esforzado mucho en hacerlos felices, en conseguir que lo quisieran, pero no podía volver a poner un pie en ese consultorio.

Se habían sentado con él en el bordillo de la acera mientras recuperaba el aliento, y Mark apoyó la mano cuidadosamente sobre el hombro de Joaquin, esperando que su corazón recuperara el ritmo normal poco a poco. Estuvieron sentados con él durante casi veinte minutos, en silencio, a la espera de una explicación, y como Joaquin no habló —no fue capaz—, empezaron a hacer preguntas. A veces le gustaba cuando le preguntaban cosas, a veces no. En ocasiones sentía que les importaba mucho; en otras, que querían saber demasiado.

—Se parece mucho al hospital —logró decir Joaquin, finalmente. Esa vez no le habían molestado las preguntas.

—Ah —dijo Linda.

—Entendido —asintió Mark.

La siguiente semana, él y Ana se reunieron en una cafetería cerca de la casa de Mark y Linda. (En aquella época, y todavía ahora, Joaquin no pensaba en ella como «mi casa» o ni siquiera «nuestra casa», solo como «su casa». Pero estaba bien, porque de todos modos era una casa muy bonita. No tenía que ser suya para que le gustara vivir allí.)

—¿Está bien aquí? —le preguntó Ana mientras se sentaba para quedar frente a él—. Me contaron que mi consultorio te parecía demasiado antiséptico.

—Está bien —respondió Joaquin.

—Sabes que la frase «Está bien» es básicamente criptonita para los oídos de un terapeuta, ¿verdad? —dijo Ana, y luego le hizo una señal al camarero para pedir una limonada—. Jodido, inseguro, neurótico, emocional... —había recitado mientras contaba con los dedos—. Curso de Introducción a la Terapia.

Joaquin todo eso ya lo sabía, por supuesto. Uno de sus hermanos adoptivos mayores hasta se había hecho un tatuaje que decía «Estoy bien» sobre los omóplatos. Joaquin conocía todo lo que podía significar esa frase.

—Bueno, pues es muy precisa —le dijo a Ana, quien sonrió.

Joaquin no había querido volver a verla, aunque era agradable y no se le decía a Linda cuando se tomaba tres cosas seguidas. (Se podía rellenar el vaso gratis.) Pero luego se dio cuenta de que Mark y Linda le pagaban a Ana de su propio bolsillo, y Joaquin supuso que al menos debía ir. A los padres de hogares de acogida no siempre los entusiasma gastar su propio dinero. Joaquin no quería tentar a la suerte.

Dieciocho meses después, Ana y Joaquin todavía se reunían en la cafetería cada viernes después de clases. Siempre pedían lo mismo (ensalada Cobb y limonada para Ana; hamburguesa vegetariana, patatas fritas y Coca Cola para Joaquin) y se sentaban en el mismo reservado al fondo del restaurante, donde la acústica del lugar hacía que sonara como si hubiera mucha más actividad.

—Entonces —dijo Ana mientras se sentaba en el reservado frente a él el viernes después de haber conocido a Maya y a Grace—. ¿Cómo te fue?

A Joaquin le había costado un poco apreciar el estilo de terapia sin rodeos de Ana. También lo bombardeaba con palabrotas, cosa que le gustaba. La mayoría de los terapeutas lo trataban como si fuera una bomba a punto de estallar, y así era como se había sentido la mayor parte de su vida.

—Bien —dijo Joaquin, y luego sonrió de oreja a oreja cuando ella lo fulminó con la mirada—. Solo bromeaba. Fue bonito. —Si «bien» era la palabra que para Ana se llevaba la medalla de oro, entonces «bonito» definitivamente merecía la de plata—. Son blancas —agregó Joaquin mientras le arrancaba el papel a la pajita que les había traído el camarero con las bebidas. Después de ese tiempo, él ya se sabía de memoria lo que iban a pedirle; Ana y Joaquin no habían mirado un menú en tres meses.

—Sabías que había esa posibilidad —dijo Ana—. ¿Y qué tal ellas? ¿Te gustaron?

Joaquin esbozó una sonrisa.

—Son graciosas. Y ya se llevan muy bien. Y eso hizo que me sintiera cómodo. Estoy contento de que se gusten.

—¿Y tú, les gustaste?

Joaquin se encogió de hombros y tomó un sorbo de su refresco.

—Supongo que sí. Hemos formado un grupo para escribirnos. El domingo volveremos a vernos.

—Qué bueno —dijo Ana. «Bueno, bonito, bien.» Joaquin se dio cuenta de que Ana trataba de pavimentar un camino muy rocoso.

—Es solo que... —empezó a decir Joaquin, y luego tomó otro sorbo.

Ana levantó una ceja.

—¿Es solo...? —lo instó a continuar.

Joaquin pasó su pulgar por el vaso y dejó una raya en la condensación.

—A las dos las adoptaron, ¿sabes? Sus padres pagaron mucho dinero para tenerlas.

Ana asintió.

—Probablemente, sí. —Como Joaquin no respondió, agregó—: ¿Eso te molesta?

—No me molesta —dijo, y luego dibujó otra raya en el vaso—. Es solo que... a la gente le pagaban por quedarse conmigo, y ni eso bastaba.

Ana lo miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

Joaquin se encogió de hombros. Ya no quería hablar de sus hermanas. Todavía estaba buscando las palabras para describir qué sentía por ellas, y sabía que Ana esperaría hasta que descubriera las correctas.

—Lo he dejado con Birdie. —Cambió de tema. No lo había mencionado en la última reunión por lo de Maya y Grace. Y también porque no había querido hablar de Birdie. Descubrir a dos nuevas hermanas era realmente útil cuando se trataba de evitar temas difíciles.

Ana pestañeó. Era difícil sorprenderla. Joaquin había visto su rostro sereno muchas veces en el último año y medio. Sorprenderla fue como un extraño tipo de victoria, aunque pírrica.

—Guau —dijo ella después de casi diez segundos completos, durante nueve de los cuales Joaquin se cuestionó la decisión de haber mencionado a Birdie—. ¿Me quieres contar por qué? —La sorpresa había desaparecido y el rostro de Ana había vuelto a su modalidad normal de terapeuta—. Pensaba que te gustaba mucho.

—Así es —asintió Joaquin—. Por eso he terminado con ella.

Ana ladeó la cabeza.

—¿Sabes?, eso me suena como algo que habría dicho el Joaquin que conocí hace dieciocho meses.

—Soy la misma persona —replicó él. Odiaba cuando Ana trataba de separar su pasado de su presente. Joaquin sabía que eso era imposible, que las cosas que había hecho, las familias que había tenido, siempre formarían parte de él. Esto lo sabía porque había pasado años tratando de dejarlas atrás.

—Me di cuenta de que era una mala idea, eso es todo.

—El mes pasado me dijiste que Birdie te hacía más feliz que cualquier otra persona en tu vida.

A veces Joaquin deseaba que Ana no tuviera tan buena memoria.

—Lo hace... Lo hacía —se corrigió—. Yo solo... Tiene un montón de fotos de cuando era bebé.

Ana se apoyó de nuevo en el respaldo y tomó su limonada.

—Y tú no.

Joaquin se removió un poco en el asiento y se preguntó dónde estaría la comida. Se moría de hambre. Siempre estaba hambriento. Mark y Linda solían bromear sobre lo mucho que comía, así que captó la indirecta y empezó a comer menos. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba haciendo, se horrorizaron. Nadie volvió a bromear más sobre ello. Siempre había algo extra en la cocina solo para él.

—Joaquin —dijo Ana—. Solo porque no tengas fotos de bebé no quiere decir que no tengas un pasado.

—Eso ya lo sé —repuso Joaquin—. Nos vemos aquí cada semana para hablar de mi pasado. Lo que ocurre es que no quiero eso para Birdie.

Ana esperó un segundo antes de decir:

—¿Y qué pasa con lo que quieres para ti?

—Eso no importa. Ella es más importante.

—Los dos sois importantes, Joaquin. ¿Alguna vez le has contado a Birdie lo que pasó antes de que te quedaras con Mark y Linda?

Joaquin puso los ojos en blanco.

—Claro —sonrió con sarcasmo—. Se lo conté todo sobre cómo me internaron en psiquiatría cuando tenía doce años. A las chicas les encanta esa historia. En especial a las guapas.

—¿Y qué pasó con...?

—Birdie quiere cosas, ¿de acuerdo? —la interrumpió Joaquin. A veces era muy frustrante hablar con Ana porque se negaba a verlo desde su perspectiva. Si alguien era un experto en la vida de Joaquin, debía de ser él, después de todo—. Quiero decir, no cosas, así, sin más, solo una vida... Nunca le podría dar lo que quiere.

—¿Fue ella quien dijo eso? —le replicó Ana—. ¿O lo dijiste tú?

Joaquin desvió la mirada. Ambos conocían la respuesta.

—¿Qué tal Maya y Grace? —le preguntó Ana—. ¿Les vas a contar lo que pasó?

—Nop —contestó, haciendo sonar con fuerza la «p» final mientras miraba por la ventana. Pasó junto a ellos una camioneta repleta de chicos, con algunas tablas de surf que sobresalían por detrás. Joaquin estaba bastante

seguro de que algunos estudiaban en su escuela. Los envidiaba y a la vez no quería ser ellos.

—¿No crees que lo entenderían? —le preguntó Ana en ese momento, y Joaquin centró su atención en el camarero que estaba colocando la comida en la mesa.

—¡Por supuesto que no lo entenderían! —exclamó tan pronto como el camarero se fue—. Viven con familias perfectas, tienen vidas perfectas. ¿Qué les voy a decir? ¿Que su hermano mayor, que no se parece nada a ellas, está loco?

Ana arqueó una ceja. Odiaba esa palabra.

—Lo siento —se disculpó Joaquin.

—No conozco a ninguna de las dos, pero te puedo decir que sus vidas no son perfectas —dijo Ana con amabilidad—. Sus problemas podrán no ser los mismos que los tuyos, pero tienen su propia mierda, te lo garantizo.

Joaquin cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Estás molesto por el hecho de que a tus hermanas las adoptaran y a ti no?

—¿Deberían tener malas vidas solo porque yo la tuve? Es una estupidez. Deberían tener buenas familias. Tienen buenas familias. —Hizo una pausa antes de agregar—: Grace..., la mayor de las dos, quiere que busquemos a nuestra madre biológica.

—¿Y qué respondiste a eso?

—Que gracias, pero no. Maya dijo lo mismo. Bueno, en realidad dijo: «Entregó a Joaquin a unos desconocidos». —Joaquin trató de imitar la indignación de Maya, la manera en que escupió esas palabras como una maldición, como si fuera lo peor del mundo no conocer a tu familia—. Grace está sola en eso.

—¿Dijo por qué quería buscarla?

Joaquin se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede hablar con su propia terapeuta sobre esa mierda.

Ana le sonrió, y Joaquin le correspondió.

—¿Podemos volver con Birdie un momento? —preguntó Ana.

—Claro. Metafóricamente hablando.

—*Touchée*. ¿La extrañas?

Joaquin echaba en falta absolutamente cada detalle de Birdie. Añoraba el aroma de su piel, la manera en que el cabello le caía sobre el brazo cada vez que apoyaba la cabeza sobre su hombro. Extrañaba sus carcajadas, su rabia cuando decía algo con lo que no estaba de acuerdo.

—Un poco —dijo—. A veces.

La extrañaba absolutamente cada minuto del día.

—¿Y qué hay con tus hermanas, entonces? —preguntó Ana—. ¿Simplemente las apartarás a un lado cuando llegues a conocerlas mejor? ¿Escaparás como lo hiciste con Birdie porque crees que no eres lo suficientemente bueno para ellas, ni para nadie?

Joaquin se comió una patata frita y no respondió. Las patatas fritas eran realmente malas cuando estaban frías, pero estas estaban calientes y crujientes. Se comió otra.

—Porque tengo una noticia para ti —prosiguió Ana—. No puedes apartar a tu familia y olvidarte de todo. Siempre estaréis conectados.

Joaquin dibujó un garabato en la mesa con la humedad que había dejado el vaso.

—¿En serio? —replicó—. Díselo a mi madre.

—Joaquin —repuso Ana, y ahora su voz era amable—. Mereces tenerlos en tu vida. A Mark y a Linda también. Tienes que perdonarte por lo que pasó.

—No puedo —dijo antes de poder evitarlo—. No puedo perdonarme porque ni siquiera sé quién era cuando lo hice. Ni siquiera conozco a ese chico. Era un maldito idiota que lo mandó todo al carajo.

Los ojos de Ana estaban un poco tristes mientras lo miraba. Ella sabía la verdad, por supuesto. Había visto los expedientes de hospitalización, los informes de la policía, la declaración de los Buchanan, la familia de acogida de Joaquin.

—Solo quiero hacer como si nunca hubiera pasado —dijo después de un minuto.

—¿Ah, sí? —preguntó Ana—. ¿Y cómo te va con eso?

—Como una mierda —respondió, y luego se rio antes de poder evitarlo—. Pero esta vez al menos soy el único que está saliendo lastimado.

—¿Estás seguro de eso? —insistió Ana.

Joaquin miró por la ventana y no respondió.



Una pesadilla lo despertó más tarde esa noche, con las sábanas y la camiseta húmedas de sudor. La sangre le latía con tanta fuerza bajo la piel que sentía como si algo lo estuviera sacudiendo desde fuera.

—Oye, oye. Está bien. —Notaba la mano de Mark tibia sobre su espalda—. No pasa nada, todo va bien, ahora despiértate.

—Estoy bien —logró decir Joaquin. Los colores detrás de sus párpados eran demasiado brillantes, demasiado afilados, como si pudieran perforarle la piel.

Linda estaba de pie a su lado, y le pasó un vaso de agua. Siempre parecía más dulce en mitad de la noche, con el cabello suelto, sin maquillaje.

—Lo siento —dijo Joaquin—. Lo siento. Estoy bien. Siento haberos despertado.

Mark y Linda se sentaron a su lado en la cama. Joaquin sabía que no lo dejarían. Había pasado diecisiete años tratando de lograr que alguien se quedara junto a él, y ahora que ellos lo hacían, solo quería que se fueran.

—¿Quieres contarnos algo? —le preguntó Mark. Al principio, Joaquin no soportaba que Mark estuviera en su cuarto con él después de haber tenido una pesadilla. Ahora sí, y suponía que eso era lo que Ana llamaría «progreso».

—No... no lo recuerdo —dijo Joaquin, frotándose el rostro con la mano. Necesitaba una camiseta limpia y seca. Necesitaba un cerebro nuevo—. La angustia me despertó.

Eso no era cierto, por supuesto. Había visto a sus hermanas en el sueño, a Maya y a Grace de pie, a la orilla del mar, llamándolo mientras las olas se estrellaban cada vez con más fuerza contra la arena. Trató de llegar hasta ellas, pero tenía los pies pegados al suelo, y solo podía mirar mientras se las llevaba el mar.

—Estabas llamando a Grace y a Maya a gritos —le dijo Linda con suavidad—. ¿Has soñado con ellas?

Joaquin se encogió de hombros.

—No lo sé.

No tenía que levantar la vista para saber que Mark y Linda estaban intercambiando miradas sobre su cabeza. Si le dieran un dólar por cada vez que hacían eso, podría mudarse de casa y comprarse una propia. Y un coche.

Dos personas más a las que hacía a un lado.

—¿Crees que podrás volver a dormir? —le preguntó Mark después de un minuto de silencio. Su mano seguía firme en la espalda de Joaquin. Le gustaban los dos, pero le encantaba la habilidad que tenía Mark de quedarse callado, de no necesitar siempre una respuesta inmediata. Mark, a veces, se daba cuenta de que Joaquin podía decir mucho más sin necesidad de hablar.

—Sí, estoy bien —respondió el chico, y tomó un sorbo de agua—. Lamento haberos despertado.

—No lo sientas —dijo Linda—. Mark todavía estaba despierto. Mirando alguna tontería en internet, seguramente.

Joaquin sonrió, más porque Linda esperaba que lo hiciera que porque realmente quisiera sonreír.

Grace

La madre de Adam decidió no denunciar a Grace, lo que fue muy amable de su parte. La escuela tenía una política de tolerancia cero con la violencia, pero también tenía una política de cero tolerancia al acoso escolar, y como Adam había comenzado, la escuela decidió que era técnicamente responsable. (Además, la madre de Adam era madre soltera, y estaba bastante enfadada con él por burlarse de Grace imitando el sonido de un bebé llorando. Era posible que se hubieran oído algunos gritos provenientes de la oficina del director poco después de que llegara a la escuela. Era posible que Grace lo hubiera oído mientras su madre firmaba en la oficina para llevársela a casa.)

Claro, la escuela tampoco estaba encantada con Grace, pero oyó que su madre les decía algo por teléfono sobre «hormonas» y «bebé» mientras estaba de pie justo enfrente de su cuarto, y por lo visto esas eran palabras que aterraban a los administradores de la escuela. Grace también estaba bastante segura de que era la primera chica embarazada en la historia de la escuela, y también sabía que los centros de enseñanza no recibían buenas evaluaciones si tenían tasas altas de embarazo juvenil.

Al final llegaron a un acuerdo. Grace haría el curso en casa el resto del año y luego volvería para cursar el último año el próximo otoño. Sonaba menos como un acuerdo que como un regalo, sinceramente. Grace habría estado contenta por no tener que volver a recorrer esos pasillos. Casi esperaba que sus padres la mandaran a uno de esos internados de la Costa Este que salían en las películas. Podría empezar de nuevo, renunciar a su antiguo ser, a cada decisión equivocada que hubiera tomado, y convertirse en otra persona.

Pero sabía que no podía escapar de su pasado. Ni de Peach. Nunca podría dejar atrás a Peach.

Su madre la llamó para que bajara alrededor de las once de la mañana. Estaba bastante segura de que había llegado al límite de su paciencia con la costumbre de Grace de quedarse bajo las mantas y darse atracones de mala televisión. El día anterior, la había obligado a cambiar las sábanas y limpiar debajo de la cama, y a abrir la ventana... «Aquí dentro huele a guarida de hobbit.» (La madre de Grace había escrito una tesis sobre Tolkien en la universidad, así que se refería a muchas cosas como «guaridas de hobbit». Su padre y ella habían aprendido a seguirle la corriente.)

—Ten —le dijo cuando bajó—. Necesito que me hagas el favor de ir a devolver esto.

Le pasó una bolsa de Whisked Away, una tienda de material de cocina.

Grace soltó la barandilla, logró detenerse antes de caer por el último escalón y miró al interior de la bolsa.

—¿Qué es?

—Algo que hay que devolver.

Grace hurgó entre el papel de envolver, ignorándola.

—¿Qué son?

—Haces muchas preguntas.

Grace la ignoró aún más. Era un diminuto huevo frito de cerámica colocado en una sartén de cerámica igualmente diminuta.

—¿Esto es...? ¡Son un salero y un pimentero! —Grace levantó el huevo—. No estoy segura de si son horribles o geniales.

—Son una compra de insomnio —explicó su madre.

El insomnio la hacía comprar muchas cosas por internet, cosas que a menudo devolvía tan pronto como llegaban, una vez que las veía a la fría y dura luz del día. Grace sospechaba que el insomnio también era la razón por la que había logrado leer todos los libros de Tolkien.

—Son horribles —decidió Grace, finalmente—. Papá los odiaría.

—Papá ya los odia —gritó su padre desde la cocina.

Su madre arqueó una ceja como para decir: «Ya ves con lo que tengo que lidiar».

—Por favor, ve y devuélvelos —dijo, y le pasó un billete de veinte dólares—. Te puedes comprar uno de esos cafés gigantes y sofisticados o un helado de yogur o algo así.

Por suerte para ella, era muy fácil sobornar a Grace. Esta cogió el salero y el pimentero. Y el dinero. Y las llaves del coche.

Pero al llegar al centro comercial, se dio cuenta de que había cometido un grave error, uno mucho mayor que el del salero y el pimentero. Era sábado, conocido también por un día sin escuela. El aparcamiento no estaba lleno y no reconoció ninguno de los coches que habitualmente aparcaban en la escuela, pero eso no hizo que se sintiera mejor. Después de todo, la última vez que había visto a sus compañeros, le había propinado un puñetazo a uno de ellos en la cara. Y no es que tuviera intención de repetir la experiencia.

Si su madre lo había hecho a propósito solo «para que saliera de casa», Grace iba a asesinarla.

Se puso las gafas mientras cruzaba el aparcamiento a hurtadillas, luego tomó el camino de atrás para llegar a la tienda en lugar de pasar junto a todas aquellas fuentes con juegos de agua para niños. Grace no creía que pudiera lidiar con oírlos gritar chapoteando en el agua, sin pensar en cómo sería Peach a esa edad. El solo hecho de ver a una bebé en la tele la hacía cambiar de canal. Era como si le estuvieran dando puñaladas en el corazón con el más inmenso tipo de amor, y, sin importar de donde viniera, todavía no podía con ese dolor.

Whisked Away estaba básicamente vacía cuando Grace finalmente llegó a la tienda. Supuso que curiosear en busca de electrodomésticos no era el ideal de la gente para pasar el sábado por la mañana. Se puso en la cola detrás de una mujer que estaba pagando con un cheque. ¡Con un cheque! Pensó que tal vez la señora había aparcado la carreta y los bueyes en doble fila en la puerta.

Entonces, justo cuando llegó su turno de pasar a la caja, Grace vio que entraban algunas personas. No conocía sus nombres, pero las reconoció de la escuela. Eran dos chicas que siempre le habían parecido bastante agradables, pero de repente quiso caerse por un agujero como Alicia, desaparecer en el país de las maravillas antes de que alguien pudiera verla, y el corazón le empezó a latir con un ritmo que le pareció como si una pistola disparara al comienzo de una carrera, una y otra vez, diciéndole que corriera.

No corrió, en realidad, pero dejó la fila e hizo una caminata ridículamente veloz hacia el fondo de la tienda, cerca de la sección de promociones, donde hacían las clases de cocina. Ahí atrás estaba desierto,

además de fresco. Se paró bajo la corriente de una salida de aire y trató de recobrar el aliento.

Qué tontería. Probablemente ni sabían quién era, y aunque lo supieran, ¿a quién le importaba? Ni que la hubieran pillado tratando de asaltar la tienda con una pistola.

Grace sabía todo esto, por supuesto, pero a su corazón le estaba costando un poquito más de tiempo llegar a su cerebro.

—¿Te puedo...? Oh. Hola.

Grace se dio la vuelta para decirle al vendedor que estaba bien, que no necesitaba ayuda, que solo estaba mirando, lo que fuera con tal de alejarlo de ella, cuando se dio cuenta de quién era: Rafe, el chico del baño con olor a formol.

«Por supuesto que eres tú —pensó Grace—. Por supuesto.»

—Ah, hola —dijo Grace—. Hola. Solo estaba... eh... sí. Voy a devolver unas cosas.

—Genial —respondió el chico, pero no se movió. El delantal verde que llevaba hacía que se le vieran los ojos todavía más de color café, o quizá simplemente era la luz. O el reflejo de la vitrina con la batería de cocina de teflón. Probablemente era eso.

—Sí —volvió a decir Grace. Sonaba superinteligente. Esta era sin duda la mejor conversación de su vida—. ¿Tú, eh... trabajas aquí? —¡Una conversación como para la medalla de oro, sin duda!

—No, solo es que me gustan los delantales —dijo Rafe. Lo dijo con tanta seriedad que ella parpadeó, mientras se preguntaba si tal vez por error había comenzado una conversación con un psicópata que tenía alguna obsesión con hacer cosas al horno. Luego el chico sonrió—. ¡Es una broma! —exclamó—. Disculpa, nadie entiende mi sentido del humor. Estoy bromeando. Trabajo aquí. Pero me gusta el delantal. No se lo digas a nadie.

Grace asintió, tratando de encontrar el modo de escabullirse de la conversación y salir de la tienda lo antes posible.

—Tiene bolsillos —dijo Grace—. Eso siempre se aprecia.

—Así es —asintió Rafe, y luego metió la mano en el bolsillo delantero y lo hizo revolotear un poco—. Espacio para todos mis secretos. Perdón, estoy intentando bromear de nuevo, en caso de que no te hubieras dado cuenta.

Estaba situado en algún punto entre tímido y encantador. Grace no podía decidir si le gustaba o si solo le daba pena.

—Esta vez lo he entendido —dijo.

—Entonces ¿querías devolver algo? —preguntó, y esta vez Grace tuvo que anotar un punto a su favor. No podía ser fácil tratar de conversar con una chica a la que había visto por primera vez sentada en el suelo de un baño porque acababa de golpear a otro chico, todo esto mientras cortaban animales muertos en pedacitos en el laboratorio de al lado en nombre de la ciencia.

—Sí —asintió Grace, luego levantó la bolsa—. De mi madre. Tiene insomnio y compra muchas cosas por internet y luego las devuelve.

—Ah, yo te puedo ayudar con eso. Con la devolución, no con el insomnio.

Grace miró hacia la parte delantera de la tienda.

—¿Podrías, eh..., hacerlo aquí atrás, quizá? —preguntó.

Rafe siguió su mirada y luego se volvió hacia ella.

—¿Algún cliente horrible por allá o algo así? —preguntó—. ¿Alguien que apesta?

—No, solo es que..., ya sabes, algunas personas de la escuela.

—Ah, sí —asintió—. Pasas cinco días seguidos a su lado, llega el fin de semana y ni siquiera así te puedes deshacer de ellos.

—Algo así —dijo Grace, pero él le sonrió de un modo que hizo que se preguntara si sabía la verdadera razón por la que no quería ir al otro lado de la tienda.

—Me ha gustado verte de nuevo —dijo mientras la dirigía hacia la caja de atrás—. Solo que esta vez sin el olor a formol.

—Traté de advertirte al respecto —le dijo ella—. No quisiste escucharme.

—Sí, esa fue una experiencia interesante en todos los sentidos. —Cogió el paquete sin mirarla—. ¿Qué es esto?

—Salero y pimentero. Ya te lo he dicho, insomnio. Toma decisiones extrañas a las tres de la madrugada.

—No estoy seguro de si son horribles o geniales.

—¡Es lo mismo que dije yo! —exclamó Grace—. Mi padre votó por horribles, así que...

Le sonó el teléfono en el bolsillo trasero de los pantalones, pero lo ignoró.

—Entonces... —dijo Rafe mientras empezaba a gestionar la devolución—. ¿A quién más has estado golpeando? Tienes que mantenerte en forma, ¿sabes? Una ninja nunca descansa.

—No soy una ninja.

Rafe presionó un montón de botones en el teclado.

—¿Cómo sabes que no lo eres?

—¿No necesitas algún tipo de... certificado? ¿Como una insignia o un diploma?

—No lo sé. Nunca se quedan por aquí lo suficiente para poder preguntárselo.

Grace sonrió.

—No le he pegado a nadie desde entonces —admitió—. Fue algo excepcional.

—¿Tus padres te han castigado durante el resto de tu vida?

—No —respondió mientras él registraba la devolución y le daba vueltas al huevecito en la sartén como un experto, como si estuviera cocinándolo de verdad—. Por ahora, mis padres caminan básicamente de puntillas cuando están cerca.

—¿Ah, sí? —Levantó la mirada de la caja—. ¿Por qué? ¿También tienen miedo de que les pegues?

—¿De verdad no te lo ha contado nadie? —preguntó Grace, finalmente—. ¿En serio?

El teléfono volvió a sonar. Lo ignoró de nuevo.

—Contarme... ¿qué? —Rafe le pasó el recibo—. Ya está abonado en la cuenta de tu madre.

—Entonces ¿no sabes por qué golpeé a ese chico y...?

—Verás, es una de las cosas que apesta de ser nuevo en la escuela. No tienes amigos que te cuenten todos los chismes.

Grace sintió que se le encogía el corazón. Con razón estaba siendo tan amable con ella. No tenía la menor idea.

—Considérate afortunado.

—Haré algo mejor. Se supone que ahora es mi rato de descanso. ¿Quieres que vayamos a tomar un helado de yogur o de cualquier otra cosa? Me puedes poner al día con todo lo que debería saber. Para que seas mi propio canal de chismes.

Grace no había comido helado de yogur desde antes de Peach, cuando la simple idea de ese sabor a moras agris dulces hacía que le doliera el estómago por las náuseas. Pero ahora no le parecía tan mala idea.

Por otro lado, salir a tomar un helado de yogur con alguien era otra historia. Una historia mala. Una historia que sonaba terrible.

—Mira, tengo que decirte algo —le advirtió a Rafe, y lo miró de frente. Últimamente le costaba mucho trabajo mirar a la gente a los ojos. Casi le hacía sentir como si le pesara la cabeza, como si tuviera que mirar hacia abajo o a otro lado para mantener el equilibrio.

—Bueno, esa frase nunca lleva a nada bueno.

—Bueno... solo es que realmente no estoy buscando enrollarme ni salir con nadie en este momento, ¿de acuerdo? No quiero.

—Oye, oye, oye. —Rafe levantó las manos y miró hacia todos lados, como si Grace acabara de amenazarlo con una pistola y le hubiera dicho que vaciara la caja—. ¿Quién ha dicho algo sobre enrollarnos o empezar a salir? Solo dije «yogur». ¡Ni siquiera rima!

Estaba haciendo sonreír a Grace, a pesar de todo. Max también la había hecho sonreír alguna vez.

—Solo me gusta el helado de yogur, y pensé que también a ti te podría gustar —prosiguió—. Y mi descanso solo dura quince minutos, de todos modos, así que sería una cita superbreve. No debes salir conmigo..., es obvio que soy terrible para eso.

—Eres muy extraño —dijo Grace al cabo de un minuto.

Él se encogió de hombros.

—Mis hermanos son mucho mayores que yo. Básicamente soy hijo único. Paso mucho tiempo hablando solo.

—Yo también —dijo Grace, y enseguida se dio cuenta de que ya no era hija única... básicamente ya no—. Bueno, más o menos. Es una larga historia.

Rafe levantó una ceja, pero no la presionó.

—¿Helado de yogur?

—Perfecto —asintió Grace—. Pero yo pago el mío.

—Obvio. Trabajo en una tienda de material de cocina; ¿cuánto dinero crees que gano?



No había cola en la heladería, por suerte. Grace no estaba segura de qué debería hacer si se encontraba a alguien de la escuela. O a Janie. O a Max. La idea hizo que le corriera un sudor frío por la columna.

Frente a ella, Rafe miraba las coberturas con los ojos entrecerrados.

—¿Qué opinas? ¿Trocitos de chocolate?

Grace negó con la cabeza.

—No, se te quedan entre los dientes.

—Sabia, muy sabia.

Tomó los cereales y esparció un poco sobre el yogur, y luego unos ositos de goma. Grace cogió unas semillas de granada y luego unas fresas, y entonces se dio cuenta de que estaba eligiendo cosas que serían sanas para Peach. Cuando todo se había salido tanto de control, lo único que Grace podía hacer era asegurarse de estar sana, así que había leído bastante sobre los antioxidantes, el omega 3 y el ácido fólico.

Grace dejó las fresas y las cambió por las bolitas de masa para galletas.

—¿Sabes que tienen huevo crudo, que podrías pillar salmonela y...?

Esta vez Grace miró a Rafe directamente a los ojos, y luego se metió una bolita de masa en la boca.

—Está bien —dijo él—. Sigamos.

Cuando llegaron a la caja, Grace le pasó al cajero el dinero que le había dado su madre.

—Espera, ¡pensaba que no era una cita! —exclamó Rafe—. No puedes pagar.

—Cortesía de mi madre —le dijo Grace—. Y de sus insomnios.

—Bien —asintió al fin Rafe—. Dile que gracias. De haberlo sabido me habría puesto más ositos de goma.

—¿No te molesta? —Grace cogió el cambio del cajero—. El último novio que tuve siempre lo pagaba todo.

Grace se dirigió a un reservado lo más alejado posible de las ventanas de la tienda.

—Qué tipo tan cortés. ¿Va a nuestra escuela?

Grace asintió.

—¿Y es tu ex?

Grace volvió a asentir.

—Realmente me está gustando este juego de dígalo con mímica. ¿Primera palabra, suena a...?

Grace sonrió y se sacó la cuchara de la boca.

—¿Sabes el tío al que golpeé? Era su mejor amigo.

Rafe abrió más los ojos.

—Vaya. Eres fría como el hielo.

—Se lo merecía. —Grace miró a una madre que pasaba empujando un cochecito frente a la ventana; llevaba prisa, fuera donde fuera que se dirigía.

Rafe empezó a mezclar los trozos de cereal de su yogur, haciendo que los colores se diluyeran en un remolino de arcoíris.

—Entonces ¿me vas a contar por qué golpeaste al mejor amigo de tu exnovio y por qué tus padres no te han castigado por eso y por qué ya no vienes a la escuela?

—¿Cómo sabes que ya no voy a la escuela?

El teléfono de Grace volvió a sonar. Un aviso de mensaje.

Rafe se encogió de hombros.

—Noto esas cosas.

—¿De verdad lo quieres saber?

Asintió.

Grace respiró hondo y volvió a mirar por la ventana. La madre y el cochecito ya no estaban.

—Porque me quedé embarazada y tuve un bebé el mes pasado.

Las palabras le salieron rodando de la boca como si hubieran estado esperando el momento de escapar.

Rafe parpadeó.

—¿Tienes un bebé?

—Tuve un bebé. Una niña. La di en adopción. —Grace tuvo que arrancar esas palabras de su interior—. Pero está con una familia muy buena.

Ese dolor de amor lacerante y agudo la apuñaló justo entre las costillas.

Rafe asintió para sí. Todavía estaba removiendo el yogur, que ahora tenía un tono gris rosado.

—Guau. Vale. Guau.

—El tipo al que golpeé era Adam, el mejor amigo de mi ex, Max, y el primer día que volví a la escuela, puso en su móvil el sonido del llanto de un bebé. —Grace se encogió de hombros, como si fuera algo que le pasaba a la gente normal todos los días—. Simplemente perdí los estribos.

—¿Cómo se llama?

Grace levantó la mirada. Nadie le había preguntado eso. Nadie le había preguntado sobre Peach desde el día en que nació.

—Milly —dijo—. Amelia. Pero yo la llamaba... Peach. En mis pensamientos así la sigo llamando.

—¿La echas de menos?

Grace asintió y tomó una cucharada de yogur antes de que Rafe pudiera ver cómo le temblaba la barbilla.

—Todos los días.

—¿Y tu ex?

—No quería tener nada que ver con ella. Sus padres básicamente dijeron que era mi problema. Cedió todos los derechos menos de dos segundos después de haberse enterado de su existencia.

—¿Este es el mismo que lo pagaba todo cuando salíais? —Cuando Grace asintió, Rafe se reclinó contra el respaldo y soltó un largo suspiro—. Bueno, la caballerosidad ya ha muerto oficialmente. ¿Quién necesita a un tipo que te puede comprar un helado de yogur, pero no quiere ocuparse de su bebé?

—Tú ni siquiera me has comprado un helado de yogur —subrayó ella.

—Bien dicho —admitió—. Ya no puedes contar con nadie.

Pero su tono era suave. Grace sabía que no estaba siendo cruel. Se había vuelto muy buena para notar la diferencia en las voces de la gente; los que decían: «¡Oh, estás embarazada!», frente a «Oh. Estás embarazada».

Rafe se metió uno de los trozos de masa de galleta de Grace en la boca.

—Bueno, pues ahora me parece genial que golpearas a ese tipo. Debiste golpear también a tu ex.

Grace levantó la cuchara de plástico.

—Bien dicho —contestó, y él chocó su cuchara contra la suya—. La próxima vez lo haré, tenlo por seguro.

—Y... bueno, ¿te sientes rara...? Ya sabes, ahora, después de...

Grace bajó la cuchara.

—¿Siempre le haces preguntas así a la gente que no conoces?

Ni sus propios padres le habían hecho esa pregunta. Ahora que lo pensaba, nadie le había hecho ninguna pregunta de nada. Aunque suponía que era una buena decisión. Rafe básicamente estaba escarbando en la presa Hoover, y había muchísima agua al otro lado de esa pared, simplemente esperando para salir.

Pero él se encogió de hombros.

—¿Siempre respondes así a las preguntas de la gente que no conoces?

Grace había llegado al punto en el que le habría contestado preguntas a la señora de detrás del mostrador de maquillaje acerca del filtro de pelusa de la secadora de ropa. Estaba hambrienta de conversación.

—No me siento rara, es solo que todo es distinto. Quiero decir, ya no tengo amigos, mis padres andan con pies de plomo cuando están conmigo, nadie me manda mensajes de texto...

—¿En serio? Porque tu teléfono no deja de sonar.

—Probablemente solo sea mi madre. O Maya. Es mi... —«Hermana.» Otra palabra que sentía extraña en su boca—. Es una larga historia.

Rafe se quedó con la cuchara a medio camino de la boca.

—Mis favoritas.

—Es mi hermana biológica. Nos acabamos de conocer. Y a nuestro hermano, Joaquín.

—Tu hermana biológica... Guau. —Rafe comenzó a reírse—. Mira, Grace, no sé qué estás planeando hacer el próximo año para superar este, pero tendrá que ser algo inmenso. Del tipo hacer paracaidismo mientras te devoran las pirañas. Así de intenso.

—Tendré que posponer esa experiencia para otra ocasión —contestó Grace. El yogur no le estaba sentando bien, aunque ya no estuviera Peach. Empujó su vaso hacia Rafe—. Pero Maya es básicamente la única persona que me manda mensajes.

—Sin amigos, sin mensajes... Tu vida se parece mucho a la mía.

—Bastante patético.

—Sip. —Le mordió la cabeza a un osito de goma, luego suspiró—. Ni siquiera podemos conseguir una cita. Terrible.

Grace sonrió a su pesar.

—Bueno —dijo Rafe mirando su teléfono—. Tengo exactamente cuatro minutos para volver a la tienda y marcar que he vuelto. ¿Quieres acompañarme hasta allí?

Grace fingió que lo pensaba.

—Esperaré a que te pongas el delantal, si quieres.

—Paso —dijo ella, pero se levantó y lo siguió afuera.

Él le abrió la puerta. Max también lo había hecho una vez.

Grace esperó hasta volver al coche para mirar el móvil, con las puertas cerradas y las ventanillas subidas. El coche estaba caliente, el aire demasiado quieto, los sonidos de la gente del exterior apagados por las ventanillas totalmente cerradas.

Grace se sentía como si casi no pudiera respirar.

Era un mensaje de su madre.

Ha llegado algo por correo para ti.



Grace condujo de regreso tan rápido como lo haría un caracol si pudiera sacarse el carné de conducir y en realidad no quisiera volver a casa. Sabía qué la esperaba en el buzón, simplemente lo sabía, tal como había sabido desde el principio que Peach no era para quedársela.

Cuando llegó a casa, su madre estaba en la cocina. Había un pequeño sobre manila encima de la barra, contrastando con los azulejos blancos. Grace lo miró y luego miró a su madre.

—Es para ti —le dijo esta, y Grace sabía que era perfectamente consciente de la dirección del remitente, la dirección de la agencia de adopción. Daniel y Catalina habían prometido poner a Grace al día sobre el progreso de Peach, cada mes durante el primer año, por medio de correos electrónicos y fotos, y a Grace no la sorprendió ver la primera actualización.

Ignoró la mirada de su madre, y entonces cogió el sobre y se lo llevó arriba. Sabía que ella quería que lo abriera en la cocina, quería ver todo lo que había en ese sobre, pero Grace tenía miedo de desmoronarse al abrirlo, y quería estar sola por si eso sucedía.

Habían pasado más de treinta días desde que había entregado a Peach a Daniel y Catalina. Treinta días para recuperar a Peach, disputar la adopción, coger a su hija, acunarla de nuevo entre sus brazos. En ese trigésimo día, Grace se había acurrucado en la cama mientras miraba cómo las manecillas del reloj señalaban la cuenta atrás. Cuando el reloj cambió a las 12.01 a. m., algo dentro de Grace se marchitó.

Habían pasado treinta días. La adopción era oficial. Peach se había ido.

Una vez en su cuarto, Grace despejó un espacio entre todo lo que había en el suelo —ropa sucia, libros y revistas todavía por leer— y luego se sentó con las piernas cruzadas y abrió el sobre con el pulgar, ignorando el escozor del inevitable corte en el dedo que le hizo el papel.

Salieron disparadas una carta y dos fotos, y Grace atrapó una de ellas antes de que llegara al suelo. Era la foto de un bebé, regordete y no tan rojo y arrugado como lo recordaba ella.

Era Peach, con los ojos serenos y claros mientras miraba a la cámara, y era tan perfecta...

Grace contempló la foto un minuto entero antes de levantar el papel que había caído al suelo. Estaba personalizado, con las palabras «Milly Johnson» garabateadas en la parte de arriba. Grace tardó un segundo en darse cuenta de quién era Milly Johnson.

Peach tenía su propio papel de carta. A Grace jamás se le habría ocurrido darle algo así. Se preguntó cuántas otras cosas habría olvidado, tanto grandes como pequeñas, cosas que ni siquiera habría sabido que Peach necesitaba hasta que hubiera sido demasiado tarde.

Y así decía la carta:

Querida Grace,

Sabemos que acordamos enviarte correos electrónicos de manera regular; pero pensamos que deberíamos ponernos al día por primera vez con una carta escrita a mano para ti. Cualquier otra cosa nos pareció demasiado impersonal.

Desde lo más profundo de nuestros corazones, no sabemos ni cómo empezar a agradecerte por el hermoso, precioso regalo que nos permitiste traer a nuestras vidas. Milly ha sido una dicha desde el primer momento en que le pusimos los ojos encima, y nuestro amor por ella se ha vuelto más profundo y vasto a medida que han pasado los días. ¡Tenemos tantas ganas de ver en quién se convertirá, cómo irá cambiando! Nuestros corazones están llenos hasta arriba, nuestra copa está rebosando, como dice el dicho.

Dentro de ese amor, sin embargo, hay una inmensa gratitud por el amor que también le has dado a Milly, y por el sacrificio que has hecho por nuestra familia. Le decimos a Milly todos los días que su madre biológica es valiente y hermosa, y que la quiso de modos que nunca podremos describirle, y siempre queremos que ella te conozca, que sepa de ti y de la manera tan altruista con la que la trajiste a este mundo.

Solo podemos imaginar las emociones tan contradictorias que puedes haber tenido en los últimos treinta días, pero, por favor, debes saber que cuidamos y amamos a Milly más que a cualquier otra cosa en el universo, que es nuestra pequeña, pero que alguna vez fue tuya, también, y que nunca olvidaremos la felicidad que nos ha proporcionado tu regalo.

Con nuestros mejores deseos y profundo agradecimiento para ti y tu familia,

DANIEL, CATALINA y AMELIA (MILLY)

Grace volvió a leerla, y luego otra vez. Sentía que cada palabra se le grababa dolorosamente en el corazón. Levantó la segunda foto y le dio la vuelta. Detrás tenía escrito con cuidadosa letra cursiva «Amelia Johnson, cuatro semanas de edad». Delante, Peach llevaba puesto un conjunto marinero, incluso con un diminuto sombrero y unos zapatitos náuticos. Grace levantó las dos fotos y con cuidado se las metió bajo la camisa, apretándolas contra su vientre, donde una vez estuvo Peach.

Sabía que era ridículo, que solo eran fotos, que Peach nunca más estaría anclada a Grace del modo en que una vez lo estuvo, pero de todos modos trató de sentirlo de nuevo, trató de recordar la presión de su pie diminuto contra las costillas, la manera en que tamborileaba con los puños a las tres de la madrugada.

Pero a fin de cuentas solo eran fotos, y Grace finalmente las sacó y las colocó en un cajón, sintiéndose ridícula. Quería mirarlas para siempre y quería no volver a verlas nunca más. Dobló la carta y la metió en el fondo del

cajón de los jerséis, justo donde estaba su favorito, el que había usado cuando estaba embarazada, de un tejido suave y reconfortante.

Grace sabía que no podía volver atrás, pero mientras estaba allí, en su cuarto desordenado, con una mano en el vientre como para mantener a Peach en su interior, también se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo seguir adelante.

Maya

El padre de Maya se trasladó el domingo por la mañana.

Al principio había prometido que no se mudaría durante un tiempo, que todavía estaban en la fase inicial de «planear la separación», lo que a Maya le sonó como si sus padres fueran a extraer algo del subsuelo en lugar de divorciarse.

Pero luego encontró un apartamento a muy buen precio en un barrio a diez minutos de allí, firmó los papeles y llegó a casa una noche con un montón de cajas de cartón desmontadas bajo el brazo. Luego desapareció arriba sin decir nada.

El apartamento era de dos habitaciones, así que Maya adivinó que estaba fuera de discusión el tema de si ella y Lauren tendrían habitaciones separadas.

—¿Te dejan tener perros en el edificio? —le preguntó una noche, apoyada contra el marco de la puerta mientras él colocaba libros en una caja medio abierta. Maya siempre había querido un perro, pero su madre decía que se les caía el pelo y babeaban y vomitaban en la alfombra. «También Lauren lo hacía, pero os la quedasteis», había dicho Maya más de una vez, pero ahora la broma había dejado de ser divertida y ella había dejado de pedir un perro.

—Nada de mascotas, desafortunadamente —dijo su padre—. ¿Un pez dorado, quizá?

—Los peces dorados no tienen mucho futuro en esta casa —subrayó Maya, luego miró mientras su padre se ponía de puntillas para alcanzar los libros de la repisa más alta. Cuando era pequeña creía que él era el hombre más alto del mundo. Ahora, cuando se despertaba en mitad de la noche, siempre pensaba que al menos su padre estaba en casa, que siempre podría asustar a cualquier ladrón, oso o monstruo.

No estaba acostumbrada a verlo ahora tan pequeño, cogiendo el libro del extremo más lejano de la repisa con las puntas de los dedos. Eso hizo que lo odiara de repente, que lo odiara por irse tan rápido, tan pronto, como si no pudiera aguantar más las ganas de alejarse de todas ellas.

Se preguntó si él sabía que en ese momento había una botella de sauvignon blanc a temperatura ambiente en uno de los cajones de la cómoda. Se preguntó si debería decírselo. ¿Aun así se mudaría? ¿Se las llevaría, a Lauren y a ella, con él? ¿Quién vigilaría a su madre, si eso pasaba?

El día que se fue, Maya tenía planes para reunirse con Grace y Joaquin. Habían acordado encontrarse cada domingo: ese era su plan. Maya no podía evitar preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que alguno de ellos no pudiera acudir, hasta que alguno tuviera algo mejor que hacer, otra gente con la que estar. Se preguntó cuándo perdería fuerza la novedad de tener hermanos. Y luego se alejarían tan fácilmente como se habían juntado.

Apostaba a que Grace sería la primera en dejarlos. Esa chica se mostraba nerviosa todo el tiempo. Típico de una hija única, pensó Maya. Estaba acostumbrada a tenerlo todo para ella, a no tener que compartir. Luego se sintió terrible por pensar eso de alguien que había sido tan amable con ella.

Maya no estaba segura de por qué, pero podía sentir que empezaba a tejerse una espiral de oscuridad alrededor de la gente a la que amaba. Lauren la ponía nerviosa, claro, pero ahora se había formado una nueva arista, como el borde de un sobre que te resulta difícil de abrir y que te corta los dedos cada vez más profundamente. Su madre... Maya apenas si podía mencionarla sin pensar en todas las botellas que en la actualidad había en su casa, tanto las evidentes como las escondidas, todas ellas con contenidos que iban disminuyendo a paso constante y veloz. Su padre... era débil por marcharse, por obligar a Maya y a Lauren a pagar por sus problemas.

Lo peor, sin embargo, era Claire. Maya la amaba con todo su corazón, amaba cada célula de su cuerpo como si fuera un rompecabezas hecho solo para que ella lo montara, pero comenzaba a sentir como si también pudiera recolocar todas esas piezas fácilmente, golpear con el puño sobre la imagen y lanzarlo todo al viento, sin dejar nada más que las esquirlas de quien había sido Claire para ella.

Maya nunca se había dado cuenta de cuánto poder existía en amar a alguien. Al principio pensaba que era una fuente de fortaleza, pero ahora se estaba dando cuenta de que, en las manos equivocadas, en el día equivocado, ese poder era lo suficientemente fuerte como para destruir la propia cosa que lo había construido. Maya miraba a Claire y quería decir: «Corre, escapa mientras puedas», pero en lugar de eso calló, y sintió que esa hiedra oscura se arremolinaba alrededor de ella, le atrapaba las piernas, la mantenía en el mismo lugar mientras todos los demás parecían alejarse cada vez más.



Cuando su padre se fue, Maya pensó que lloraría.

No lo hizo.

Pero Lauren sí, con enormes sollozos, como cuando era pequeña y se enfurecía porque Maya no quería jugar con ella. Lauren era la bebé, después de todo. Estaba acostumbrada a salirse con la suya.

Pero su padre llenó el coche con su ropa, con sus cajas y sus libros, y luego se acercó y abrazó a Lauren con fuerza, susurrándole algo en el cabello antes de soltarla y estrechar a Maya. Pero las hiedras la mantuvieron firme, la mantuvieron callada e inmóvil mientras su padre le susurraba en el cabello:

—Te quiero mucho —dijo—. Nos veremos pronto. Te llamaré por la noche. Te quiero, te quiero.

Maya sintió que asentía contra su pecho, luego se echó hacia atrás. Todo parecía tan forzado, tan cursi. Casi se preguntaba si tenía el papel estelar de una película, o si estaba en un sueño, o incluso si soñaba que era la protagonista. Detrás de ella podía sentir la presencia de su madre de pie en el porche, que miraba la escena con la bata de baño bien ceñida contra el cuerpo. Maya sabía que había bebido por la manera en que hacía una mueca bajo la luz del sol, el modo en que sus hombros parecían apretarse contra la bata.

Se preguntó si el sauvignon blanc seguiría en su cómoda, o si ya habría desaparecido del todo.

El padre de Maya trató de seguir abrazándola, pero ella simplemente siguió dando pasos hacia atrás, hasta que sus pies chocaron contra el escalón delantero del porche. Junto a ella, Lauren se limpiaba la cara con la manga de

la sudadera, y lo único que podía pensar Maya era: «Asco».

—Cuida a tu hermana —le dijo su padre, y entonces vio que también le temblaba la barbilla.

Había visto a su padre llorar antes, claro, pero había sido durante alguna película o con anuncios de la tele realmente tristes, no en la vida real. Se preguntó si había llorado la primera vez que vio a Maya, o a Lauren o incluso a su madre. Probablemente no en el caso de esta última. Eso sería muy muy raro: salir con un tipo que había llorado la primera vez que te vio. Maya tenía la esperanza de que su madre fuera más sensata que eso.

—My —dijo Lauren, sacándola de su ensimismamiento.

—¿Qué?

Lauren señaló a su padre, que les estaba pasando un paquete para las dos.

—Oh —exclamó Maya, y luego lo cogió.

—Podéis abrirlo después de que me vaya —dijo—. Solo quiero que os acordéis de mí, eso es todo.

—No te estás muriendo —dijo Maya. Su intención era que sonara chistoso, para calmar los ánimos, pero sus palabras sonaron punzantes, como si no morirse fuera una acusación en lugar de algo bueno—. Solo te estás mudando. Incluso podríamos cenar contigo esta noche.

Esperó a que él dijera: «Vale, cenad conmigo esta noche».

No lo hizo.

En vez de eso, se despidió de ellas con un beso más; su mejilla sin rasurar resultaba rasposa contra la de Maya, y luego se subió al coche y se fue. Lauren se despidió con la mano, pero Maya no. Una estela de tonos azules pasó flotando por su mente mientras el coche doblaba la esquina, alejándose y luego desapareciendo, igual que él.

—Chicas —empezó a decir su madre, pero Maya simplemente pasó junto a ella y volvió a entrar. No quería que le soltara un discurso, ni ahora ni nunca.



—Pues eso es lo que hay —dijo Maya mientras Joaquin y Grace se sentaban frente a ella en el café—. Mis padres se van a divorciar.

Había practicado decir esa frase en la ducha aquella misma mañana. Al principio le había costado trabajo encontrar las palabras, pero al cerrar el agua caliente, el agua fría se las arrancó por el impacto. Cuando terminó la frase, le castañeteaban los dientes y tenía los labios azules.

—Guau —dijo Joaquin, pero no parecía tan sorprendido. Maya pensó que, objetivamente, su medio hermano era un tipo bastante guapo, pero sus ojos no paraban quietos y vagaban constantemente de un lugar a otro. En cierto modo le recordaba a los gatos que seguían un punto láser en el suelo e intentaban atraparlo para siempre entre sus patas, pero eso no se lo dijo. No estaba segura de que le hiciera gracia.

—¿En serio? —exclamó Grace, y parecía bastante desconcertada. No había dejado de mordisquear la pajita de su café helado, que ya estaba manchada de su brillo rosa para labios y la parte de arriba empezaba a deshilacharse—. ¿Cuándo te lo dijeron?

—La semana pasada —admitió Maya—. Mi padre se ha mudado esta mañana.

Se encogió de hombros y luego tomó un trozo de la galleta que supuestamente iban a compartir, pero de la que Maya ya se había comido la mayor parte.

—Sí, ha encontrado un apartamento a unos diez minutos, o eso dijo. Supongo que estaba bastante ansioso por irse.

También había ensayado esas palabras en voz alta, pero el agua helada no había logrado sacárselas. Incluso ahora le dolían al brotar.

—¿Tu madre está muy enfadada? —preguntó Joaquin, al mismo tiempo que Grace decía:

—¿Eso afecta a la adopción en algún sentido?

—¿Qué? —exclamó Maya con un alarido—. ¿Por qué habría de afectar a la adopción? Joder, ¡tengo quince años! ¡Nada puede cambiar eso!

—Solo quería decir... —Grace tenía los ojos muy abiertos por la sensación de culpa, no por inocencia—. En fin, eso no la invalida, ¿verdad? Tus padres se pueden divorciar y en lo que a ti se refiere no cambia nada, ¿no?

Maya levantó los ojos al cielo.

—Joaquin, ayúdame con esto —dijo apuntando hacia Grace—. Dile que no afecta a la adopción.

Joaquin miró a una hermana y luego a la otra.

—No afecta a la adopción —afirmó—. Al menos, no lo creo. Pero no soy exactamente la persona más adecuada a quien preguntarle.

Tanto Maya como Grace desviaron las miradas. A veces era demasiado fácil olvidar que Joaquin no había vivido siempre con Mark y Linda. Ellos habían llevado a Joaquin al café esa tarde. Les dijeron que tenían que hacer unas compras por ahí cerca, pero Maya estaba un noventa y nueve por ciento segura de que solo querían echarles un vistazo a ella y a Grace con sus propios ojos.

Aun así, habían sido realmente agradables. Mark era alto, mucho más de lo que Maya hubiera imaginado que lo era su padre cuando era pequeña. Les había estrechado la mano a las dos chicas y sonreía como se esperaría que lo hiciera el orgulloso padre de alguien. Linda le pareció cálida y cariñosa, y apretó un poquito el brazo de Joaquin justo antes de dejarlos solos a los tres.

—Quédate todo el tiempo que quieras —le había dicho, y Joaquin asintió. Eran como todos los padres. Joaquin parecía su hijo.

Ahora estaba haciendo metódicamente tiras cuadradas y rectas con su servilleta. Maya se preguntó si era la única hermana que había logrado escapar de esos hábitos asquerosos. «Me he salvado de esta», pensó mientras Grace volvía a meterse la pajita en la boca y seguía masticándola hasta destrozarla.

—Lo lamento —le dijo Grace, y lo cierto es que parecía estar arrepentida—. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien, eso es todo.

—Estoy bien —afirmó Maya, y vio que Joaquin levantaba la mirada y arqueaba una ceja—. Lo estoy, de verdad —les aseguró—. Se peleaban como locos. Será muy agradable tener una noche en que la gente no se grite tanto que las paredes tiemblen. Seguramente hasta podré volver a dormir.

Grace asintió, pero no parecía convencida, y Maya le lanzó una mirada a Joaquin, desesperada por cambiar de tema.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó—. ¿Alguna novedad?

—Mark y Linda quieren adoptarme —dijo Joaquin.

Maya se atragantó con la galleta.

—¿Qué? —exclamó Grace, y se volvió a arrancar la pajita de la boca—. ¿Estás hablando en serio? Joaquin, ¡es genial!

Pero él se encogió de hombros.

—Sí. Son geniales. Son buena gente.

—Son encantadores —afirmó Maya, y se inclinó un poco hacia delante. Por alguna razón le dieron ganas de envolver a Joaquin con una manta. Siempre parecía como si tuviera frío, encorvado. Se preguntó cómo debía de haber sido Joaquin antes de estar con Mark y Linda, y rápidamente se dio cuenta de que no quería saberlo.

—En serio, Joaq, son encantadores de verdad —volvió a decir Maya.

—A ti te gustan, ¿no? —agregó Grace—. Quiero decir, ¿son buenos contigo y todo eso?

Ella lo miraba como si el destino del mundo entero dependiera de su respuesta.

—Sí... sí, son geniales —les aseguró Joaquin—. Solo que..., bueno, todavía estoy tratando de procesarlo.

—Diecisiete años son muchos para esperar una familia —dijo Maya, tratando de sonar alentadora, como sonaba Claire siempre que Maya se sentía decaída o desgarrada, y la boca de Joaquin se arqueó hacia arriba con una sonrisa que no lo hacía parecer ni feliz ni triste.

—Lo son —coincidió, y luego se rio—. Es mucho tiempo, joder.

—¿Así que tienes que hacer todo el papeleo? —preguntó Grace—. ¿Podemos ir a la ceremonia?

—Grace, para —le dijo Maya.

—Perdón.

—No sé si voy a decir que sí —admitió Joaquin—. Me lo pidieron hace un mes, pero la decisión es mía.

Grace y Maya intercambiaron miradas.

—¿Por qué... no dirías que sí? —se atrevió a preguntar Maya—. Acabas de decir que son geniales.

Joaquin se deslizó en su asiento, abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—No estoy seguro —dijo—. Es que hay muchas cosas por resolver.

Maya se preguntó si todos los pensamientos que Joaquin estaba guardando saldrían de él como las golosinas de una piñata si ella lo zarandeaba. Era una imagen tentadora.

Grace fue la primera en hablar.

—¿Por qué no ibas a querer que te adoptaran? —preguntó—. Puedes decir lo que pienses de todo esto. No estoy juzgándote, solo tengo curiosidad.

Parecía como si Joaquin quisiera que un coche atravesara la ventana de la cafetería y pusiera fin a toda la conversación.

—Es que es difícil de explicar —dijo—. Es muy largo. Hay mucho que decir.

Maya vio que Grace iba a abrir la boca, así que le dio un pellizco diminuto, como solía pellizcar a Lauren cuando eran niñas.

—¡Ay! —aulló Grace.

—Me ha resbalado la mano —dijo Maya.

—¡Y qué más! ¡Me has pellizcado!

Maya se encogió de hombros.

—Estás agobiando a Joaquin. Déjalo en paz de una vez.

—Oh —exclamó Grace—. Lo lamento.

Pero todavía estaba mordiéndose el labio, y Maya sabía que iba a decir algo más... algo igual de... fastidioso.

—Todavía creo que deberíamos conocer a nuestra madre biológica —dijo entonces.

«Ahí está», pensó Maya con cansancio.

—Jolín. No —replicó—. Definitivamente, no. Deja de mencionarlo... Es absurdo.

—No es absurdo —le rebatió Grace—. Es totalmente razonable.

Maya miró a Joaquin, quien tenía el aspecto de preferir estar atrapado en un coche averiado en la carretera que entre ellas dos.

—Por favor, apóyame en esto —dijo.

Joaquin miró a Grace mientras apuntaba con la cabeza hacia Maya.

—Tiene razón.

—Gracias —suspiró Maya, y se volvió a sentar en su lugar y cogió su bebida.

—No —protestó Grace, y ahora parecía molesta—. Dime por qué no quieres, Joaquin. No me digas que es solo porque lo ha dicho Maya. No es justo. Es tu madre también.

—No, no lo es —murmuró Joaquín—. Dejó de ser mi madre hace mucho tiempo.

Maya levantó una ceja hacia Grace como para decir: «¿Lo ves?».

—Si tú quieres hacerlo, Grace, hazlo —la instó Joaquín—. Yo no voy a detenerte. Realmente, no me importa. Simplemente es que no quiero estar involucrado. No quiero saber nada de ella. Sé cuándo no me quieren, ¿sabes?

—Grace, ¿por qué mejor no nos cuentas algo sobre lo que te ha ocurrido esta semana? —sugirió Maya—. Mis padres se están divorciando, los de Joaquín quieren adoptarlo, así que más vale que tengas una buena historia. Y no digas que quieres encontrar a tu madre biológica o te voy a pellizcar con más fuerza esta vez.

El semblante de Grace pasó de molesto a pensativo antes de que finalmente dijera:

—Le di un puñetazo a un chico en la escuela y ahora tengo que estudiar en casa hasta final de año.

Si Grace le hubiera dicho que la habían arrestado por tener un criadero de elefantes en su patio trasero, Maya se habría sorprendido menos.

—¿Que hiciste qué? —preguntó Maya antes de que pudiera evitarlo—. No, no creo que hicieras algo así. No lo creo. Tampoco Joaquín te cree.

—Yo la creo —repuso Joaquín con suavidad, y luego señaló la mano derecha de Grace. Tenía el pulgar amoratado, como notó Maya de repente, y uno de los dedos tenía un corte cubierto de costras—. No metiste el pulgar en el puño. Bien.

Grace se encogió de hombros.

—Todo sucedió muy rápido.

—¿De verdad le diste un puñetazo a un chico? —Maya habría deseado haber sabido eso antes de haberla pellizcado—. ¿Qué quiere decir meter el pulgar? ¿Qué pasa, es que Grace ya es una boxeadora clandestina?

Grace se rio de un modo que no pareció gracioso en absoluto, luego se pasó una mano por la frente.

—Para nada clandestina.

—Cuando golpeas a alguien, tienes que poner el pulgar bajo los dos primeros nudillos. Mira, así. —Joaquín levantó la mano para mostrárselo a Maya—. Puedes golpear mejor y hacer que el impacto sea mayor sin hacerte

daño.

—No habrá una segunda vez —insistió Grace, pero Maya asintió junto a ella, contenta con esta nueva y jugosa información.

A Maya la impresionaba que Joaquin supiera todo eso. Se preguntó si así hubiera sido crecer con él, un hermano mayor que la protegiera, que la enseñara a protegerse, alguien que cargara con el peso de todo, que descubriera las botellas de vino vacías debajo de la cama y en la nevera. Maya había encontrado otra en una cubeta de artículos de limpieza debajo del lavabo. No se lo había dicho a Lauren.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Maya—. ¿Te tocó?

Si ese era el caso, Maya no estaba segura de si podría evitar buscar al chico y atizarle un puñetazo de parte de Grace. También recordaría la cuestión esa del pulgar.

—Él... —Grace parecía tan incómoda como Joaquin hacía un rato. Se retorció en el asiento y se mordía el labio inferior—. Dijo unas cosas bastante horribles sobre mi familia, eso es todo. No podía dejar que se saliera con la suya.

—La familia es importante —afirmó Joaquin.

Maya asintió. Pero se preguntó cuán importante podía ser cuando la suya simplemente parecía romperse en pedacitos.



Esa noche se metió en la cama, con un agobiante silencio que resonaba por toda la casa. Lauren ya se había ido a dormir. Habían estado viendo la tele las dos mientras su madre estaba arriba hablando por teléfono. Maya podía oír su voz, pero no lo que decía, así que era difícil saber si arrastraba las palabras o no. Lauren se había echado junto a ella en el sofá y no discutió cuando Maya cambió el canal, de un programa de bodas a una película cursi, una comedia romántica que tanto ella como Lauren ya habían visto al menos cincuenta veces.

También le envió un mensaje a Claire, pero esta no respondió, y ahora sentía que esa hiedra oscura empezaba a enroscarse alrededor de su teléfono, casi como si mantuviera alejada la respuesta de Claire. Sabía que había un

millón de buenas razones por las que Claire podría no estar respondiendo — tenía que hacer los deberes, la habían castigado, su teléfono estaba sin batería, había ido al cine con su abuela... lo que fuera—, pero Maya siguió comprobando el móvil de todos modos, sintiéndose cada vez más enojada porque su mensaje, que decía «Papá se ha mudado hoy», no recibía respuesta.

Cuando, finalmente, se acostó, Maya estaba agotada. Qué bonito, pensó, poder quedarse dormida sin los sonidos amortiguados de las peleas, pero después de una hora de dar vueltas, se dio cuenta de que el silencio era demasiado fuerte, demasiado absorbente. Ahora Maya podía oírlo casi todo, incluyendo cada ruido diminuto que sonaba como si alguien estuviera allanando la casa. Era absurdo, por supuesto. Básicamente vivían en el barrio más seguro (algunas personas —como Maya, por ejemplo— podrían decir «el más aburrido») de Estados Unidos. En realidad, nadie se metería en su casa. Pero Maya nunca antes se había preocupado en serio por alguna amenaza potencial. Su padre siempre había estado ahí para protegerla. Incluso cuando se marchaba en viaje de negocios, Maya sabía que él volvería si fuera necesario.

¿Y ahora?

Nunca pensó que el silencio pudiera sonar tan aterrador.

Después de un rato, cayó en un sueño inquieto, y la despertó el sonido de la llegada de un mensaje. Era Claire.

¡Lo siento mucho! He ido a acampar
con mi familia. Acabamos de volver a la
civilización. ¿Estás bien?

Maya había olvidado que se iba de acampada, y se sintió como una tonta por haberse molestado tanto por la ausencia de Claire. Mantuvo el pulgar sobre el teclado durante un largo rato. Sentía que no había suficientes letras en el alfabeto para todo lo que tenía que decir, para todas las palabras que querían salir a borbotones de ella:

«¿Dónde estabas?»

«Te necesitaba.»

«Te necesito.»

«Tengo miedo de cuánto te necesito.»

En lugar de eso contestó:

Estoy bien. Ya me voy a dormir.
Hablamos mañana.

Luego encontró una canción en el móvil que no escuchaba desde hacía años, una que había oído incluso antes de conocer a Claire. Se quedó dormida con la canción puesta, llenando el silencio de su habitación, el hueco repentino que parecía estar creciendo constantemente, escarbando un camino hasta su corazón.

Joaquin

—¿Y cómo estaban Maya y Grace? —le preguntó Mark desde el asiento de delante. A Linda no le gustaba conducir en carretera, a menos que fuera indispensable. Decía que la ponía nerviosa. Joaquin pensó que cuando Linda se sentaba al volante en carretera, todos en el coche se ponían nerviosos.

—Están bien —dijo Joaquin, luego agregó—: Los padres de Maya se van a divorciar. —Porque sabía que decir solo «Están bien» no sería suficiente, no con Mark y Linda. Esperaban más de él.

—Pues eso no suena bien —dijo ella mientras se daba la vuelta en el asiento. Joaquin no sabía cómo podía hacer eso. Él siempre acababa mareado cuando miraba hacia atrás con el coche en marcha.

—Solo quería decir que no les falta una extremidad ni nada por el estilo.

—Tus estándares para «bien» son bastante bajos —se rio Mark mientras cambiaba de carril.

—Y Grace le dio un puñetazo a un tipo —dijo Joaquin.

—¿Estás seguro de que no quieres reconsiderar esa afirmación de «bien»? —preguntó Linda, justo en el momento en que Mark decía:

—¿Grace le dio un puñetazo a un tipo? ¡Pero si parece el equivalente humano de un gatito!

Joaquin no tenía la menor idea de lo que quiso decir con eso, pero decidió no preguntar. A veces el cerebro de Mark funcionaba de modos extraños y creativos.

—Creo que alguien de la escuela dijo algo malo sobre su familia, así que le dio una buena paliza.

Pero más tarde, esa noche, una vez en su cuarto, Joaquin se arrepintió de lo que había dicho. No de lo de Grace, sino la parte en la que dijo que les había explicado a sus hermanas cómo asestar un buen golpe. Quizá ahora

Linda y Mark pensarían que era violento. Quizá se preguntarían por qué, para empezar, era capaz de lanzar un puñetazo.

En realidad, Joaquin nunca había estado mezclado en una pelea a puñetazos. Pero había vivido con una familia cuando tenía diez años: dos hermanas adoptadas, una hermana biológica mayor y él. La madre era secretaria ejecutiva en Long Beach, y el padre era boxeador aficionado. Al principio, Joaquin se había preocupado por las posibles repercusiones de tener a un luchador en la familia, pero el padre había sido realmente agradable. Hasta le enseñó cómo golpear el saco de boxeo que tenía colgado en el garaje, el cual, de todos modos, estaba demasiado repleto de cosas como para aparcar el coche dentro.

—Así —le explicó a Joaquin una tarde, colocándole el pulgar con cuidado alrededor de su manita hasta que quedó como un puño perfecto y sólido—. Y ahora dale al saco. Dale con fuerza.

Joaquin había lanzado un puñetazo con fuerza. Sospechaba que al padre simplemente le gustaba tener a un hijo con quien hacer cosas (por lo visto, a las chicas no les interesaba golpear el saco en el polvoriento garaje). Aquel hogar era bastante bueno, es más, fue uno de los mejores, pero luego uno de los trabajadores sociales había decidido que tenían demasiados niños para los metros cuadrados de la casa, y como Joaquin había sido el último en llegar, fue el primero en salir.

Fue entonces cuando acabó con los Buchanan.

Joaquin había aprendido mucho en sus diecisiete años. Una de las cosas que tenía el hecho de cambiar de familia a menudo era que había aprendido a adaptarse, a cambiar de color como un camaleón para mezclarse con su entorno. Siempre esperaba que, si hacía las cosas correctas y decía las cosas correctas, nadie se daría cuenta de que era adoptado. Todos —los vecinos, la gente de la escuela, el empleado que embolsaba los productos en el súper— pensarían que era uno de los chicos biológicos, tan permanente como la sangre, alguien que nunca podría ser cambiado por otro, canjeado, enviado a otro lado.

Así que en una familia había aprendido a boxear. También sabía cómo hacer unas galletas enormes con trozos de chocolate. Lo aprendió cuando vivió con una familia cuyo padre era el chef pastelero de un restaurante

elegante de Los Ángeles. Otra madre le enseñó caligrafía, y luego tuvo un hermano mayor que estaba supermetido en la música punk y solía recibir a Joaquin en la puerta con un álbum en mano, diciendo: «Espera a oír esto». A Joaquin le había encantado el trato que le dispensaba, pero la música no tanto. Le alteraba los nervios.

No lo molestaba tener que adaptarse así. Sentía como si saltara de piedra en piedra, aprendiera los secretos del oficio por el camino y subiera de nivel mientras iba hacia la batalla final. Observaba a las familias para ver si rezaban una oración de gracias antes de cenar, si se colocaban las servilletas sobre las piernas y no ponían los codos sobre la mesa. Lo que hicieran ellos, Joaquin lo hacía.

Era cuando la gente suponía que no sabía las cosas cuando se molestaba. Todavía recordaba a una madre de acogida, una mujer mayor que olía de forma empalagosa, como si hubiera pulverizado unos pétalos de rosa y los hubiera esparcido sobre su ropa. Se agachó frente a Joaquin cuando llegó a su casa, le sonrió con sus dientes amarillentos y le preguntó:

—¿Sabes lo que es el té helado, dulzura?

Joaquin supo de inmediato que le había preguntado eso porque le parecía mexicano. Ya conocía ese tono de voz, ese modo lento de hablar para el caso de que no entendiera el inglés (como si hablar más lentamente fuera, de alguna manera, más efectivo), las suposiciones que latían detrás de la pregunta de que nunca antes hubiera experimentado algo tan básico como el té helado de mierda. Cuando asintió y dijo «Sí», ella pareció estar casi desilusionada, como si alguien más hubiera clavado su bandera en Joaquin antes de que ella hubiese tenido la oportunidad de hacerlo.

Desde ese día, Joaquin odiaba el té helado.



Esa noche, a la hora de la cena, Mark y Linda no dejaban de lanzarse miradas el uno al otro. A Joaquin le parecía estar viendo un partido de tenis.

Finalmente, ya no pudo soportarlo.

—¿Qué? —dijo, clavando el tenedor en un trozo de brócoli. (En casa de Mark y Linda, Joaquin se había acostumbrado a comer verduras en cada comida. El brócoli y las espinacas estaban bien; las coles de Bruselas eran la muerte, aunque las cocinaran con mantequilla.)

—¿Qué de qué? —respondió Mark, más bien porque esa era la rutina que tenían.

—No dejáis de miraros el uno al otro —dijo, y gesticuló hacia ellos con el tenedor—. Algo os traéis entre manos.

Mark y Linda se miraron de nuevo.

—¿Lo veis? —insistió Joaquin.

Linda sonrió.

—Solo queríamos hablar contigo de lo que te comentamos el mes pasado. Joaquin bajó el tenedor y recolocó la servilleta en las piernas.

—Oh —dijo.

Mark se aclaró la garganta. Joaquin se dio cuenta de que estaba nervioso. Mark tenía todo tipo de maneras de delatarse, pero esta era una de las clásicas.

—Solo queríamos saber si habías tenido tiempo de pensarlo. Sabemos que ha sido un mes muy ocupado para ti, con eso de encontrarte con Maya y Grace y empezar a conocerlas.

—Pero... —intervino Linda rápidamente— no tenemos ningún problema con esperar si necesitas más tiempo para pensarlo. No te queremos presionar en nada, cariño.

Joaquin lo había pensado tanto que no creía que hubiera manera posible de tener nuevos pensamientos al respecto.

—Todavía lo estoy pensando —dijo—. No os preocupéis.

Mark volvió a aclararse la garganta. Linda trató de no parecer esperanzada, pero no tuvo mucho éxito en esconder la expresión que revoloteó por su semblante.

Joaquin pensó en Grace, que defendía a su familia, en los padres de Maya, que se divorciaban, y su padre, que había abandonado la casa.

—Tengo una pregunta —dijo.

Mark y Linda se irguieron al mismo tiempo como conejos nerviosos y aguzaron el oído.

—Por supuesto —dijo Mark—. Nos imaginábamos que las tendrías. Sabes que siempre estamos aquí para contestar preguntas si lo necesitas.

—Y siempre te diremos la verdad —añadió Linda. Sabía que era importante para él.

—Está bien —comenzó Joaquin lentamente, y se reclinó contra el respaldo de la silla—. Entonces, si dijera que no quiero que me adoptéis, ¿tendría que irme?

El semblante de Linda pareció marchitarse, mientras que Mark parecía uno de esos globos de helio que una vez le dieron a Joaquin en una fiesta de cumpleaños cuando tenía siete años. Le encantó llevárselo a casa y quedarse con él, pero al día siguiente estaba arrugado y desinflado, casi hasta tocaba el suelo. Ver a Mark así hizo que Joaquin se sintiera tan mal como aquella vez en que se despertó y vio el globo flácido.

—No os preocupéis, no estoy diciendo que no —agregó rápidamente—. Pero solo quería saber si... Bueno, solo quería saberlo. —Ahora era Joaquin quien se aclaraba la garganta.

—Joaquin —dijo Linda, y su voz sonaba tan suave como cada vez que él tenía una pesadilla, como si fuera una barrera de protección entre él y cualquier cosa mala que pudiera suceder—. No importa lo que decidas, no importa lo que suceda más adelante, siempre habrá un lugar para ti en nuestro hogar.

Joaquin asintió y trató de ignorar la tensión que sintió que se le instalaba en la garganta.

—¿Lo has discutido con tu terapeuta? —quiso saber Mark.

Joaquin asintió.

No lo había hecho. Sabía que Ana estaría al cien por cien a favor de la adopción, pero no quería que ella lo influenciara. Joaquin se había dado cuenta desde el principio de que tenía que poner en orden las cosas en su cabeza antes de mencionárselas a Ana. Si no, ella conseguía dar la vuelta a sus pensamientos hasta que él ya no estaba seguro de cómo se sentía.

—Le dije que necesito pensarlo por mi cuenta durante un tiempo —prefirió decir Joaquin, y lo consideró como una media verdad y, por lo tanto, no era realmente una mentira—. Pero solo quiero saber qué sucedería si dijera que no; eso es todo.

Mark guardó silencio unos segundos antes de preguntar:

—¿Tienes miedo de lo que pasará si dices que sí?

Algo que había aprendido Joaquin sobre adaptarse era que te podías acomodar tanto en una familia que sus formas de delatarse se volvían también tus formas de delatarte, y entonces podían saber qué cosas podían asustarte antes de que tú siquiera fueras consciente de ellas.

—Quiero decir que sea lo que sea será un cambio, ¿no? —dijo Joaquin, y luego empezó a levantarse—. ¿Me podéis disculpar?

—Joaquin —dijo Linda, y él se paró a medio levantarse—. No nos da miedo adoptarte, si eso es lo que te preocupa. Mark y yo te queremos. Te conocemos. Confiamos en ti. Totalmente.

Se preguntó si Linda estaba pensando en los Buchanan, en los informes del hospital, las radiografías del brazo roto de Joaquin.

—No tengo miedo —dijo, y luego se aclaró la garganta. «Maldita sea.»

—No pasa nada si lo tienes... —empezó a decir Mark, justo cuando Linda lo interrumpía para decir:

—De verdad te queremos.

—Lo sé —les dijo Joaquin a los dos—. Eso lo sé.

Sí, lo sabía. Era eso lo que le había sorprendido tanto.



Joaquin vio a Birdie en la escuela a la mañana siguiente.

A decir verdad, tenía posibilidades de verla en la escuela todos los días. Después de terminar con ella, Joaquin había insinuado que quizá debería asistir a otra escuela, pero Mark y Linda rechazaron esa idea de inmediato. Como alternativa, había cambiado de rutina, bajaba por distintos pasillos, tomaba la ruta larga a la clase de Lengua en lugar del atajo por el área verde, en donde antes solía coger la mano de Birdie para darle un beso de despedida. «Gutiérrez», decía el subdirector a veces si los veía besándose, y fulminaba a Joaquin con la mirada como advertencia.

—¿Por qué nunca dice mi apellido? —le había respondido una vez Birdie.

Después de eso, el subdirector no volvió a molestarlos.

Joaquin pensaba que se había vuelto bastante bueno para evitarla, pero esa mañana, durante el descanso para almorzar, pasó por la parte de atrás del gimnasio, tratando de llegar temprano a Cálculo para no ver a Birdie mientras ella se dirigía a su clase de Civismo avanzado. (Casi deseaba haberle puesto un dispositivo de rastreo para saber dónde estaba en cada momento. Lo hubiera deseado de no haberse dado cuenta inmediatamente de que eso sonaba superperverso.)

Esa mañana, por lo visto, Birdie llegaba a clase con tiempo de sobra, o salía tarde de donde fuera que hubiera estado antes, porque Joaquin rodeó el gimnasio justo al mismo tiempo que ella. No chocaron —eso habría sido demasiado perfecto, demasiado adorable—, pero los dos se detuvieron tan pronto como se vieron.

—Hola —dijo Birdie.

—Hey —dijo Joaquin, metiendo las manos en los bolsillos de la sudadera y bajando la mirada hacia sus zapatos. Mirar a Birdie era demasiado difícil. Ella todavía tenía cara de querer asesinarlo, cosa que lo ponía nervioso. Pero no podía culparla. A veces quería suicidarse por haberle hecho algo tan terrible.

Birdie no se movió, y Joaquin empezó a caminar para evitarla y seguir adelante.

—Espera, Joaq, no —dijo la chica, y puso la mano sobre su brazo. Sus manos estaban siempre frías; podía sentir el frío a través de la manga de la sudadera.

Joaquin se quedó helado cuando ella lo tocó, pero Birdie no lo soltó. La primerísima vez que lo había besado, él entró en pánico por lo suave que era Birdie, lo caliente que sentía su boca, y no entendía cómo alguien con las manos tan frías podía tener un corazón tan cálido.

—Tengo que... —empezó a decir, pero no había nada que tuviera que hacer.

—Espera —insistió ella—. Es solo que... te echo tanto de menos, Joaq. De verdad... —Su voz empezó a apagarse, y cuando Joaquin se atrevió a levantar la mirada, vio que ella lloraba.

En casi diez meses de salir con ella, Joaquin nunca la había visto llorar, ni siquiera una vez.

—También yo te echo de menos —dijo.

—¿Me puedes decir por qué, por favor? —preguntó ella mientras luchaba por recuperar el control de su semblante—. Por favor... nunca nos hemos mentido. No quiero que ahora esto termine con una mentira.

Joaquin volvió a bajar la mirada. Odiaba la sensación de que todas las palabras que quería decir se enredaran en un enorme ovillo del que nada lograba escapar. Las frases se le quedaban en el pecho, presionándole los pulmones, sacándole el aire.

—No te mentí —fue lo único que dijo finalmente. Tenía tantas ganas de tocarla, de tomarla entre sus brazos, de hacer que dejara de llorar. Él sabía lo que era llorar solo, después de todo. No quería eso para Birdie.

—Entonces ¿por qué? No dejes de darle vueltas una y otra vez en la cabeza, ¡y no entiendo por qué! —Ahora se estaba enfadando. Joaquin había visto a Birdie enojada muchas veces. Rara vez acababa bien para la persona con la que se enfrentaba—. ¡Porque creo que me mentiste! —gritó—. Creo que mentiste y dijiste que querías que termináramos, pero también creo que solo tenías miedo, ¡y te fuiste corriendo porque eso era más fácil que esperar a que volvieran a dejarte!

Joaquin no dejaba de mirarse los zapatos y permitía que las palabras de Birdie se estrellaran contra su pecho. Nada lo podía atravesar, ni siquiera Birdie, quien siempre parecía capaz de utilizar las palabras que a él le costaba trabajo encontrar.

—¿De eso se trata? —quiso saber ella, y dio un paso para acercarse—. Tengo razón, ¿no es así? Te largaste porque te dio miedo.

—No es... —empezó a decir él, dando un paso hacia atrás.

—¡No me importa si tienes miedo! —exclamó ella, y ahora estaba llorando de nuevo. Joaquin esperaba que ninguno de los amigos de Birdie se enterara de eso. Lo asesinarían en el pasillo después de la escuela, sin hacer preguntas.

—¡Puedes tener miedo! —Birdie seguía gritando—. ¿No lo entiendes? Eso es lo que pasa cuando amas a alguien: ¡uno es valiente cuando el otro no puede serlo! Puedo ser valiente... ¡por ti, por los dos!

—No puedes —replicó Joaquin, riéndose un poquito. Pero no era gracioso. Nada de eso era mínimamente gracioso.

—¡Sí puedo! —Birdie cerró el espacio entre los dos, le sacó las manos de los bolsillos y las sostuvo entre las suyas. Estaba helada—. Puedes confiar en mí. ¿Acaso no lo sabes?

Joaquin asintió. Trató de soltarse de las manos de ella. Pero ella no lo soltó, y él se alejó otro paso.

Birdie pareció esperanzada por primera vez en su conversación.

—Entonces ¿qué es? ¿Qué pasa, Joaquin?

Las palabras de repente salieron a trompicones de los pulmones de Joaquin y lo hicieron sentirse más ligero, más libre.

—No confío en mí mismo —dijo—. Y no hay manera de que puedas arreglar eso, Birdie. Así que déjame en paz.

Ella todavía estaba llorando cuando finalmente Joaquin le soltó las manos y se alejó caminando.

Grace

Durante varios días después de encontrarse con Maya y Joaquin, Grace estuvo hecha polvo.

Se sentía con el alma en vilo, desvelada y sobrecafeinada. A cada rato soñaba con Peach, con su pequeño conjunto de marinerita, que se iba navegando en un barco, llorando tan fuerte como el día en que había nacido, y Grace no lograba llegar hasta ella, no podía alcanzarla, no podía coger en brazos a su bebé.

Se despertaba jadeando, con los brazos extendidos, con el llanto de Peach todavía reverberando en sus oídos.

Grace sabía de qué se trataba, por supuesto. Estaba convencida de haber elegido a los padres equivocados para Peach, que Daniel y Catalina no se quedarían juntos para siempre y que se divorciarían, igual que lo habían hecho los padres de Maya. Todavía se sentía mal por preguntarle a Maya si después de eso la adopción sería válida o no. Había sido una soberana estupidez hacer ese comentario, Grace lo sabía, pero en aquel momento no lo pudo evitar. La idea de haber elegido a los padres equivocados para Peach le provocaba un pánico que la desgarraba cada vez que estaba sola..., cada vez que su mente estaba en silencio. «Lo hiciste mal —le decía una voz, y Grace sentía un escalofrío—. Tenías que hacer una sola cosa como madre de Peach y lo jodiste todo, total y absolutamente.»

Antes de Peach, Grace no había pensado mucho en su madre biológica, pero ahora esta mujer desconocida no dejaba de dominar su mente. Se preguntó si su madre alguna vez se había preocupado por ella, o por Maya, o por Joaquin. Debía de haberlo hecho, ¿no? Aunque Maya y Joaquin no estuvieran de acuerdo con ella, Grace sabía más que ellos. Ella lo había vivido. No era posible que entendieran lo que sentía Grace.

Quería preguntar a su madre al respecto, o incluso a su padre. Siempre habían tenido el acuerdo de que, si Grace quería saber algo, lo único que necesitaba era preguntar, pero eso le ponía toda la presión y toda la responsabilidad a ella. Había preguntas que ni siquiera sabía cómo formular, y a veces sentía que, si sus padres realmente querían que ella supiera cosas, simplemente se las dirían. ¿Por qué tenía que ser ella la que preguntara? ¿No eran ellos los padres? ¿No era ella la hija?

Pero ahora, en cierto sentido, ella era la madre. Y Grace todavía no había encontrado la manera de compensar las diferencias entre los dos espacios.

Pero una cosa sí que sabía: quedarse en casa con sus padres empezaba a enloquecerla lentamente.

Grace sabía que estaban tratando de mantenerla ocupada, de ayudar a que no se sintiera completamente excluida por los amigos que ya nunca la llamaban. Sospechaba que simplemente no sabían qué decirle, y, la verdad, ella no habría sabido qué contestarles. Pero después de todo eran sus padres. Eran aburridos y además tenían trabajos de verdad. Grace se encontraba sola en casa por las mañanas, viendo programas de entrevistas con el libro de Historia sin abrir frente a ella. En especial, le gustaban todos los programas de juicios. Los problemas de esa gente siempre parecían mucho peores, pero más fáciles de solucionar, que los propios.

Cuando sus padres estaban en casa, trataban de mantenerla ocupada. «Ven conmigo a yoga», le sugirió su madre una mañana, y Grace se dio la vuelta en la cama y se volvió a tapar la cabeza con las mantas. «¿Quieres aprender a jugar al golf?», le había preguntado su padre un día, y Grace ni siquiera respondió a su pregunta porque le pareció absurda. Después la obligó a ayudarlo a lavar los coches, y Grace deseó haberle dicho que sí a lo del golf.

Una de las razones por las que Grace había dado a Peach en adopción era porque no había querido que su vida se detuviera («Eres tan joven», le habían dicho sus padres una y otra vez), pero nadie le había comentado que su vida podría detenerse de todos modos, que quedaría atrapada en el ámbar de su embarazo, de Peach, mientras que el resto del mundo seguiría cambiando a su alrededor.



Una tarde en que su madre estaba trabajando en casa, Grace asomó la cabeza al estudio.

—Oye —dijo—, ¿me puedes prestar el coche?

—¿Puedo preguntarte por qué? —dijo su madre sin levantar la mirada del ordenador.

Grace pensó rápidamente.

—Me ha llamado Janie. Quiere saber si podemos vernos en la plaza.

Su madre levantó la mirada del portátil.

Quince minutos después, Grace estaba conduciendo en dirección al centro comercial con todas las ventanillas bajadas para poder volver a sentir el aire fresco. Su madre no le había hecho muchas preguntas después de esa mentira y Grace no se había molestado en explicar más que lo básico. Nadie tenía que saber que no había hablado con Janie desde aquel terrible día en la escuela, que Janie no le había mandado ni un mensaje de texto desde que Grace le había dado un puñetazo en la cara al amigo de Max. Pero no podía estar enojada con ella por eso. No se había comportado con ella como una buena amiga. Había dejado de llamarla y de mandarle mensajes. Había ignorado sus llamadas y mensajes porque no sabía cómo explicarle cómo se sentía, cómo explicarle la crudeza de ese nuevo mundo. Si la situación hubiera sido al revés, quizá tampoco Janie la habría llamado o le habría escrito. Grace no podía saberlo. Solo sabía quién era ahora: una chica que ya no tenía amigos.

Pero tenía a Rafe.

—¡Hola! —dijo este cuando la vio paseando por la fila de utensilios de Whisked Away—. Déjame que adivine: tu madre ha vuelto a tener insomnio y ha comprado el cacharro para cocinar el salmón en el microondas.

—Espero que no —dijo Grace arrugando la nariz.

—Ah, menos mal, porque no funciona. No quería decir nada —añadió mientras le sonreía—. Trabajo aquí. No debería hablar mal de nuestros increíbles utensilios y materiales, pero ese es malísimo. Tu microondas no se recuperaría nunca de los daños.

Grace se rio al oírlo.

—Bueno, pues la cuestión es que no tenemos microondas. Mis padres no confían en ellos.

Rafe abrió mucho los ojos, luego fue hacia ella y le puso las manos delicadamente en los hombros.

—Grace —dijo quedamente—, ¿es una llamada de auxilio? Solo parpadea si necesitas que responda.

Volvió a reírse.

—¿Tienes hambre?

—Sí —asintió Rafe, quitándole las manos de los hombros y llevándose su calidez—. Me muero de hambre. Tuve que hacer una prueba a la hora del almuerzo. ¿Tú ya has comido? Por favor, dime que tus padres creen al menos que es conveniente almorzar. Si no, es posible que tenga que llamar a los Servicios de Protección de Menores.

Esta vez Grace se rio un poco menos. No era tan gracioso ahora que conocía a Joaquín.

—Comamos algo —dijo Grace—. Pero solo tengo dinero suficiente para mí.

—Así convences a cualquiera —contestó Rafe, y luego empezó a quitarse el delantal—. Dame un par de minutos.

Acabaron yendo a un lugar de sándwiches un poco más allá de la tienda. Grace trataba de mantener cortas las distancias. Lo último que necesitaba era ver a algún conocido de la escuela.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Grace mientras se disponían a comer sus sándwiches.

—No, no puedes comerte ninguno de mis Doritos —contestó Rafe—. Cómprate los tuyos, si quieres.

Grace arrugó la nariz. Nunca podría volver a comer Doritos, no después de lo que había leído sobre los conservantes y los colorantes cuando estaba embarazada de Peach.

—No quiero tus Doritos —dijo—. Guárdate ese simulacro de queso para ti.

—En realidad no es queso, a menos que lo escriban con «z» —replicó Rafe—. Pero ese es otro tema.

—¿Tus padres están divorciados?

—Sí —dijo, antes de meterse una tortilla de maíz en la boca. La masticó—. ¿Todavía no he empezado a mutar?

Grace le lanzó un trozo de lechuga y Rafe la atrapó antes de que cayera en la mesa.

—Reflejos de experto —dijo—. Solo para que lo sepas.

—¿Tus padres? —insistió Grace.

—Sí. Se separaron cuando yo tenía cinco años. Estoy seguro de que el mundo gira solo porque se divorciaron. Si no, lo más seguro es que sus peleas habrían hecho que el planeta implosionara.

La idea de unos padres que se pelearan era desconocida para Grace. Los suyos siempre habían discutido detrás de puertas cerradas, y habían limado las asperezas de cualquier batalla para cuando salía el sol al día siguiente. Ni siquiera los había oído gritarse jamás.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Rafe.

—No, todavía están casados.

—Felicidades.

—Pero Maya, sus...

—¿Es tu hermana?

Grace hizo una pausa.

—¿Tu medio hermana? —se corrigió Rafe.

—No, es mi hermana de verdad —repuso Grace, y se sorprendió por la furia de su propia voz—. Maya no es «medio» nada.

—Lo siento —se disculpó Rafe, y realmente parecía lamentarlo—. Fue una cabronada decir eso. Prosigue con tu historia de infortunio.

Grace puso los ojos en blanco.

—Olvídalo.

—No, espera. Mierda —exclamó, y luego dejó las tortillas de maíz—. De verdad lo lamento. Me estabas diciendo algo serio y he metido la pata. Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? —Fingió apretar un botón para rebobinar—. Yyyyyy ¡volvemos!

Grace tuvo que ponerle buena nota por el esfuerzo.

—Vale —dijo—. Pues los padres de Maya...

—Los padres de tu hermana verdadera, auténtica, real cien por cien, sí, adelante.

—... se están divorciando.

—Pues es un asco. ¿Está triste?

—Es difícil saberlo con ella —contestó Grace, y cogió un trozo de manzana—. Casi siempre hace como si no pasara nada.

—Eso no parece demasiado sano —dijo Rafe—. Probablemente está superalterada por dentro. Deberías hablar con ella.

—Todavía estoy tratando de descubrir cómo hablar con ella. Y con Joaquin también. Los dos son..., bueno, son distintos.

—Bueno, bienvenida al club, así es esto de tener hermanos —dijo Rafe—. Aunque no lo creas, mi padre tuvo dos hijos mucho antes de conocer a mi madre, así que mi hermano y mi hermana tienen veintitantos años, los dos. Es como tener cuatro papás. No recomiendo la experiencia, por cierto.

—Pero ¿crees...? —Grace trató de elegir las palabras con el mayor cuidado posible—. ¿Crees que..., bueno, cuando tus padres se divorciaron, eso te...? ¿Tú...?

—¿Si me jodió por completo? —preguntó Rafe—. ¿Es lo que quieres saber?

—Sí —asintió Grace con un suspiro de alivio—. Eso, exactamente.

—Pues por tu bien espero que no, ya que eres la que me ha invitado a comer. —Rafe extendió la mano y le robó un trozo de manzana—. Relájate, solo estoy tratando de contrarrestar los Doritos.

—No creo que así funcione la ciencia —dijo Grace.

—Como digas, Bill Nye. —Rafe se metió el trozo de manzana en la boca y empezó a masticar—. Y para responder a tu pregunta: no, no me jodió. Hizo que las cosas fueran más difíciles, claro, y todavía me toca celebrar dos Navidades, dos cumpleaños, todo lo bueno, pero no estoy jodido.

—Pero ¿crees que podrías haber tenido una experiencia... mejor?

Rafe la observó con cuidado.

—¿Por qué pienso que quieres que diga lo que quieres oír?

—Porque quizá eso quiero —admitió ella, y luego se dio cuenta de que había masticado tanto la parte de arriba de la pajita del refresco que había quedado separada por la mitad.

—Espera, no, déjame ver si puedo seguir tu razonamiento —dijo Rafe reclinándose en la silla—. Doy clases de Psicología avanzada en la escuela, así que no te preocupes, estás en buenas manos.

—Perfecto —repuso Grace—. Mi cerebro se está sintiendo superseguro.

Rafe echó sus preocupaciones a un lado con un ademán y se la quedó mirando durante casi treinta segundos. Grace no se había dado cuenta de lo largos que realmente eran treinta segundos.

—Te preocupa que los padres adoptivos que escogiste para Peach puedan separarse —dijo Rafe finalmente—. Por eso estás haciendo todas estas preguntas. No estás preocupada por Maya, estás preocupada por el bebé. Dios, de verdad que voy a sacar un diez en este examen. Me voy a lucir.

Con solo oír el nombre pronunciado por Rafe, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sí, es eso —asintió, y le tembló la voz.

Pero de mostrarse tan triunfante sobre su futuro examen, Rafe pasó a parecer completamente horrorizado.

—Ay, mierda —exclamó—. Te he hecho llorar. Lo siento, lo siento, lo siento. ¡Mierda, esto no está bien!

—No pasa nada, tranquilo —dijo Grace con un gesto amable, pero Rafe ya había salido de su lado del reservado y se dirigía al de ella—. No pasa nada, solo es que... nadie había dicho ese nombre nunca antes. Soy la única que la llama Peach.

Cogió una de las servilletas para enjugarse las lágrimas. Probablemente por eso le resultaba difícil mantenerse en contacto con sus amigas. No quería que presenciaran esos dramas tan frecuentes.

Rafe ya estaba sentado a su lado, su muslo pegado contra el de ella. Ningún chico había estado tan cerca de Grace desde la noche en que ella y Max se acostaron y le habían dado vida a Peach, pero no se apartó de él.

—Sé que ya te lo he dicho antes —dijo Rafe suavemente—, pero soy un desastre cuando lloran las chicas. Soy horrible. De verdad que voy a echar esto a perder, así que ¿crees que podrás parar de llorar antes de que arruine nuestra hermosa amistad?

Grace se estaba riendo incluso mientras se seguía enjugando las lágrimas.

—No, no pasa nada, solo que me ha conmovido —dijo—. Es todo. Estoy bien, en serio.

Rafe pareció dudar, pero lo dejó correr y le pasó una servilleta nueva.

—¿Te sientes mejor?

Grace asintió.

—Es que, como madre, prácticamente solo tenía que hacer una cosa, ¿sabes? Tenía que elegir a sus padres, y pensaba que había hecho un trabajo genial, pero... ¿y si no lo hice? ¿Y si dentro de quince años Daniel y Catalina se separan y le arruinan la vida?

—Pero ¿por qué habrían de arruinarle la vida? —dijo Rafe—. Mis padres se separaron... y no me arruinaron la vida.

—No quiero que nada sea difícil para Peach —admitió Grace—. Solo quiero tener la certeza de que hice lo correcto para ella.

—Lo hiciste —le aseguró Rafe—. Sabes que lo hiciste. Y nadie tiene una vida fácil, Grace. Yo no, y definitivamente tú tampoco. Quiero decir, tuviste un bebé a los dieciséis años, ¿no? Sin embargo, tu vida no se ha acabado.

—No tengo amigos —replicó Grace, y empezó a llorar otra vez—. Nadie me envía mensajes, ni me llama ni pasa por casa a saludarme. Ya no salgo a correr con Janie...

—¿Salías a correr?

Grace asintió.

—En el equipo de la escuela. Pero ahora paso todo el día con mis padres, y se comportan como si fuera a romperme si me dicen algo equivocado...

—Bueno, a decir verdad, me pareció que estabas a punto de romperte porque te dije algo equivocado.

—... y tuve que encontrar unos padres para mi bebé y lo hice todo mal, ¡y Max fue el maldito rey del baile!

La gente se volvía para mirarla por encima del hombro.

—Está bien —oyó que decía Rafe—. Son las lentes de contacto. Son lo peor, ¿verdad? —Luego se inclinó para taponarle la vista a la gente.

—Mira —dijo—. ¿Sabes qué es lo que no le importa a nadie el día después del baile de otoño? Quién fue el rey del baile. Quiero decir que cualquiera que se presente como «el rey del baile» después del baile de otoño es que es un soberano imbécil, así que no te preocupes por eso. —Luego hizo una pausa—. Max era el padre, ¿verdad?

Grace asintió y cogió otra servilleta.

—Vale, así que ese es un problema que ya hemos solucionado. En cuanto a la bebé...

—Puedes llamarla Peach..., no pasa nada.

Rafe dudó.

—En cuanto a ella, no tendrá una vida fácil. Mientras viva correctamente, se enfrentará a momentos difíciles. Y cualquiera que se haya preocupado por el tipo de padres que tiene probablemente le eligió unos bastante buenos. Y ahora, en cuanto a los amigos: me tienes a mí, ¿no? Bueno, estamos comiendo juntos. Estoy bastante seguro de que eso es lo que hacen los amigos. Y la única razón por la que no te mando mensajes ni te llamo es porque no tengo tu número. —Rafe arqueó una ceja—. Tienes teléfono, ¿verdad? Tus padres no te están obligando a comunicarte mediante palomas mensajeras, ¿o sí? Porque podría ser por eso que nadie te llama.

Grace sonrió, y miró su sándwich mordisqueado sobre la mesa.

—Sí, tengo móvil.

—Pues genial, entonces. Dame tu número y te mandaré un mensaje y tú me lo contestarás. Aquí te pillo, aquí te mato. Metafóricamente hablando, quiero decir.

Grace lo observó.

—¿Hablas mucho cuando te pones nervioso?

—Hablo por los codos cuando estoy nervioso. —Rafe le sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué es lo que me ha delatado?

—Digamos que ha sido una corazonada. Y es solo que... no sé si quiero salir con alguien ahora, eso es todo.

Rafe fingió retroceder horrorizado.

—Está bien. Sinceramente, Grace, ¿por qué sigues insistiendo en que estoy tratando de salir contigo? Eso es acoso sexual. Y en mi lugar de trabajo, además.

Grace soltó unas risitas. No se acordaba de la última vez que lo había hecho.

—¿Mensajes platónicos? —dijo—. ¿Solo eso?

Rafe levantó una mano.

—Te doy mi palabra de *boy scout* —declaró—. Aunque nunca lo fui. Pero, aun así, puedes confiar en mí. Tienes que dejar de acosarme en el trabajo, o voy a tener que enviar una queja a Recursos Humanos y luego vas a ahogarte en trámites burocráticos.

Grace extendió la mano para que le diera el móvil. Luego introdujo su número.

—¿Acaso tienen Recursos Humanos en Whisked Away? —preguntó.

—¿No te encantaría saberlo? —dijo Rafe, y volvió a coger su móvil—. ¿Ya has acabado de llorar? ¿Ya te he curado?

—En descanso, soldado —dijo Grace, y Rafe le alborotó el cabello antes de regresar a su propio lado del reservado.



Grace volvió a casa una hora después, con la otra mitad de su sándwich metido en una bolsa de papel.

—¿Eres tú? —preguntó su madre desde el estudio.

—¡No! —gritó Grace—. ¡Es un asesino en serie!

—¿Le puedes decir a ese tipo que se asegure de que he apagado la cafetera, por favor?

—¿Cómo sabes que es un hombre?

—¡Es lo más probable!

Grace revisó la cafetera.

—¡Todo bien!

Trató de escabullirse al pasar frente a la puerta de su madre, pero ella la detuvo.

—Espera —dijo, y Grace dio medio paso atrás—. ¿Has estado llorando?

—Oh, no, no —respondió Grace mientras se dirigía hacia la escalera—. Las lentes de contacto. Son lo peor, ¿verdad?

Maya

No era la intención de Maya terminar con Claire.

Solo... sucedió.

Maya no podía dejar de sentirse enfadada con ella por no haberle contestado los mensajes la noche en que su padre se había ido de casa. Sabía que era una tontería, claro, pero, aun así, flotaba alrededor de ella como una cazadora que no se podía quitar con solo encoger los hombros.

No ayudó que Claire no pareciera entender por qué Maya estaba tan alterada.

—Te lo dije —afirmó Claire al día siguiente durante el almuerzo. Esta vez, Maya no tenía la cabeza en el regazo de Claire; estaba sentada frente a ella y tenían los almuerzos distribuidos entre las dos como un muro, como una barrera hecha de cortezas de pan y cáscaras de naranja—. Estaba de acampada, no tenía el móvil, yo...

—¿Quién no lleva consigo el móvil? —preguntó Maya, exasperada—. ¡El mío está prácticamente injertado en mi mano! ¿Cómo puedes no llevar el teléfono encima?

—Está bien, entonces digamos que sí lo tenía —replicó Claire, incorporándose un poco—. Estoy acampando con mi familia, no hay cobertura, y me mandas un mensaje diciendo que tu padre se ha marchado de casa. ¿Qué se supone que debo hacer?

Maya sintió que el sol le estallaba tras los ojos.

—No lo sé —respondió, consciente de cuánto se parecía a Lauren justo en ese momento, con la voz chillona—. Quizá pudiste haber escrito. Pero solo estoy lanzando ideas al aire.

—Entonces ¿qué? No podía hablar contigo, no podía venir. Maya, tu padre no se había muerto, solo se había mudado a diez minutos de tu casa.

Maya empezó a recoger sus cosas.

—No, espera. My, no. —Claire extendió la mano y la agarró por la muñeca—. Lo siento, no era mi intención decir eso.

—Fue totalmente tu intención —replicó Maya, deteniéndose con la bolsa en la mano.

—Solo quería decir... —Claire suspiró profundamente—. Mira, sabes que mi padre no está con nosotros. Al menos el tuyo sí, ¿de acuerdo? Lo puedes ver todos los días si quieres. Podrías mandarle un mensaje en este momento y posiblemente te contestaría en menos de treinta segundos.

Todo eso era cierto. Maya siempre estaba contenta y algo avergonzada por la rapidez con la que su padre le respondía los mensajes. La vida de Maya se había vuelto considerablemente más complicada después de que él descubriera el teclado para poner emojis. Sabía que no tenía mucho margen para quejarse, que de todos modos tenía una situación mucho mejor que la de la mayoría de los chicos de su edad. ¡Bastaba con ver a Joaquin! Ni siquiera tenía padres.

Pero eso no hacía que se sintiera mejor.

—Solo es porque todo esto es nuevo —prosiguió Claire, mientras seguía sosteniendo la muñeca de Maya, de pie sobre la hierba—. Y lamento no haber estado ahí ese día. Si pudiera haber acudido habría llegado en un segundo. Lo juro. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo? —repitió al ver que Maya no respondía—. Odio pelearme contigo. Prefiero que nos besemos. Es mucho más divertido.

Se dibujó una ligera sonrisa en la boca de Maya.

—Es mucho más divertido —asintió—. Pero todavía estoy enfadada.

Claire empezó a tirar de ella otra vez hacia la hierba, y Maya se dejó caer de rodillas. Su bolso cayó con un golpe seco y pesado a su lado.

—¿Quieres que nos demos unos besos de reconciliación? —dijo Claire, y sonrió contra la boca de Maya—. Me han dicho que es bastante sexi.

Maya volvió a sonreír, y sus dientes golpearon contra la boca de Claire.

—¿Porque no hay nada más sexi que besuquearse detrás del gimnasio de la escuela? —dijo mientras pasaba los brazos alrededor del cuello de Claire.

—Descubrámoslo —contestó ella, y se tendieron sobre la hierba.



La ruptura tuvo lugar cinco días después.

Al mirar atrás, Maya se dio cuenta de que en realidad no había sido culpa de ninguna de las dos. Era sábado, y deberían haber estado pasando el rato juntas, pero Claire tenía que cuidar a su hermano pequeño y Maya estaba agobiada con los deberes de Física. Su sesión de besos sobre la hierba de la escuela había sido bastante buena, pero no resolvió nada. Maya no podía evitar pensar en ella como en las tiritas de Hello Kitty que ella y Lauren siempre usaban cuando eran pequeñas: superadorables, pero no tan buenas si se trataba de curar heridas de cierta consideración.

Cuando, finalmente, pudieron verse esa tarde, Maya estaba de mal humor por los deberes y Claire estaba cansadísima de cuidar a su hermano pequeño. Se suponía que irían al cine, pero las entradas de la película que querían ver estaban agotadas y no lograban ponerse de acuerdo en qué otra cosa podían hacer.

—¿Qué tal esa? —sugirió Maya mientras señalaba una película de la cartelera.

—Parece muy tonta —dijo Claire, entornando los ojos para ver mejor.

—Es solo un título. ¿Por qué dices que parece tonta?

—Parece tonta.

Maya suspiró.

—Está bien. ¿Qué tal...?

—Nada de extraterrestres.

—¿Cómo sabes siquiera que hay...?

—Dice «extraterrestres» en el título, literalmente.

—¿Y si solo es una metáfora?

Claire arqueó una ceja.

—Está bien —dijo Maya—. Vamos a tomar un café y dejamos el cine para otro día. Ahí no hay extraterrestres.

Pero Claire estaba molesta por no haber podido ver la película, y hacía un calor que se volvía incómodo después de más de cinco minutos de estar sentadas bajo el sol, y el padre de Maya les había mandado mensajes a ella y a Lauren diciéndoles que su viaje de negocios a Nueva Orleans se había prolongado dos días, y que si podían cenar el martes por la noche en vez del domingo. Las quería y de verdad lo sentía muchísimo.

—No me extraña —dijo Maya, y se volvió a meter el teléfono en el bolsillo sin contestarle. Que Lauren se encargara de ello. ¿Qué sentido tenía tener una hermana menor si no la podías obligar a hacer el trabajo sucio, después de todo?

Claire la observó mientras sorbía su bebida. «Hay demasiada crema batida en esa taza», pensó Maya, luego se preguntó cuándo habían comenzado a molestarle ese tipo de cosas de Claire.

—¿Qué es lo que no te extraña? —preguntó Claire, hablando con la pajita en la boca—. ¿Quién era?

—Mi padre —dijo Maya—. Está de viaje de negocios en Nueva Orleans y ha tenido que retrasar la vuelta. No puede cenar conmigo ni con Lauren hasta el martes.

—Oh. Pues tampoco es tan grave.

Maya le lanzó una mirada a Claire. Podía sentir que el sol le estaba quemando los hombros desnudos. No se había puesto protector solar porque se suponía que iban a ir al cine.

—Anda, dilo.

—¿Decir qué?

—Lo que en realidad estás pensando.

Claire hizo una pausa antes de contestar.

—Bueno, digo que al menos verás a tu padre el próximo martes, ¿no? Solo son un par de días. Quizá puedas pasar más tiempo con él el próximo fin de semana.

Era una respuesta perfectamente razonable, Maya lo sabía, y era exactamente el tipo de respuesta que la enfurecía. Claire era demasiado mesurada, demasiado razonable, demasiado «Claire». Hasta su maldito nombre sonaba tranquilizador. Maya quería tener al lado a alguien que estuviera tan enfadado como ella, alguien que estuviera a su nivel para no sentirse tan sola en la cima del volcán, con la lava ardiente que brotaba por todos lados dentro de ella.

—¿Por qué tienes que hacer esto? —dijo Maya. Se había terminado su bebida hacía mucho. Por si fuera poco, Claire era una bebedora lenta.

—¿Hacer qué?

—Ser tan calmada, joder —le soltó Maya. Estaban sentadas junto a la fuente, y Maya descendió de un brinco, demasiado agitada como para quedarse quieta—. ¿Por qué siempre tienes que ser como mi madre?

—¿Tu madre? —exclamó Claire, y empezó a reírse—. ¿Crees que soy como tu madre? Eso es bastante retorcido, My.

—¿Por qué simplemente no puedo estar enfadada? —prosiguió Maya—. Echo de menos a mi padre, ¿de acuerdo? Echo. De. Menos. A. Mi. Padre. Y lamento que tú ya no puedas ver al tuyo, pero ¡solo porque mi situación sea mejor que la tuya no significa que eso no me haga sentir mal!

Claire enderezó la espalda e hizo que Maya pensara en una cobra que se yergue para atacar.

—¿Porque tu situación es mejor que la mía? —dijo lentamente.

—Eso no es lo que...

—Sí, sí lo es. Es exactamente lo que has dicho. —Claire bajó del borde de la fuente también de un brinco, de modo que quedaron frente a frente—. Mira, Maya, no trates de adjudicarme tus problemas. Has tenido un par de meses difíciles, lo sé: tu padre se fue de casa, Grace y Joaquin y todo eso...

—Creo que te refieres a que encontré no a uno sino a dos hermanos biológicos —respondió Maya—, no a «todo eso».

—Y sé que estás preocupada por tu madre...

—¡No menciones a mi madre! —Ahora Maya estaba gritando. Deseaba tener algo para lanzar, algo que rebotara en los edificios con la fuerza que sentía que se le empezaba a acumular detrás del corazón—. ¡No la involucres en esto!

—Pero ¡no puedo, My! ¡Ese es el problema! Estás enojada con toda esa otra gente, pero no se lo puedes decir, ¡y la pagas conmigo!

—Uy, ¡lo siento! No me había dado cuenta de que te habías convertido en mi terapeuta en lugar de mi novia. Vaya sorpresa. ¿Aceptas seguro médico? — En realidad, Maya no sabía mucho de terapeutas ni de seguros, pero había oído a sus padres hablar de eso. Su madre siempre había dicho que la terapia de pareja era demasiado cara porque no la cubría el seguro, pero su padre se había ofrecido a pagarla de todos modos. No había funcionado.

—¡Maya! —gritó Claire—. Dios, ¡qué irritante eres a veces! ¡Te comportas como una niña pequeña!

—¡Y tú te comportas como una sabelotodo! —gritó Maya—. No sabes nada de mi familia. ¡Así que no te metas!

—¡No sé nada porque no me cuentas nada! —protestó Claire—. Estás siempre soltando miguitas de pan y luego esperas que yo las siga hasta donde estás, pero no dejas las suficientes.

Maya parpadeó.

—Qué metáfora tan terrible.

—¿Sí?, pues ¿qué tal esta?: me dejas fuera porque no quieres que sepa demasiado de ti. Crees que si descubro demasiado sobre tu familia te dejaré.

Maya empezó a reír.

—Eres terrible —dijo—. Te lo he contado todo de mi padre. Todo. ¡Todo!

—¿Y cuánto me has contado de tu madre? —repuso Claire, y Maya desvió la mirada—. Exactamente, My.

—Es privado —dijo Maya—. Tiene que ver con ella, no conmigo.

—Tonterías. Tiene que ver con todos. Solo que no te das cuenta. ¿Y a quién le importa si es privado? Soy tu novia. Me puedes contar esas cosas.

—Bueno, entonces, si crees que no te cuento lo suficiente, quizá ya no debería ser tu novia.

Claire también había estado a punto de gritarle algo, pero las palabras de Maya la detuvieron. Y a Maya también.

—¿Quieres terminar conmigo? —preguntó Claire con voz baja y tranquila.

—Bueno, parece más bien que tú quieres terminar conmigo.

No era así como le sonaba a Maya. ¿Quién era esa desconocida que hablaba todo el rato en su nombre? Quienquiera que fuera, lo estaba jodiendo todo de manera colosal.

—¿Esto es lo que haces? —dijo Claire, y ahora su voz era afilada—. ¿Solo joder, y joder, y joder? —Dio un paso hacia Maya y le tocó el hombro—. ¿Volverte cada vez más y más cruel, hasta que me obligas a terminar contigo porque tú no tienes las agallas para hacerlo?

Maya no tenía respuesta para eso. Solo se la quedó mirando. Había aprendido ese truco hacía mucho: el arte de quedarse callada y dejar que la otra persona cave su propia fosa. Solo que nunca había pensado que lo usaría

con Claire.

—¿En serio no vas a decir nada? —insistió esta—. ¿Parece que estamos terminando y simplemente te quedas callada?

Maya se encogió de hombros. A veces Lauren le hacía eso cuando discutían, y su indiferencia sacaba a Maya completamente de quicio.

—Dios mío —exclamó Claire, y empezó a reírse—. Qué infantil eres, joder. —Retrocedió y luego caminó en círculos alrededor de ella—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Si quieres terminar, me lo vas a tener que decir tú a mí. Yo no te lo diré.

Era un reto, Maya lo sabía, y estaba tan enfadada, y tan frustrada, y tan furiosa consigo misma que mordió el anzuelo.

—Estoy terminando contigo —le dijo, luego observó mientras Claire parecía marchitarse frente a sus ojos.

—¿Hablas en serio? —susurró—. Maldita sea, Maya. ¿Por qué tienes que incendiar la casa con toda la gente dentro?

Maya no tenía la menor idea de qué estaba hablando. Estaba demasiado ocupada tratando de mantenerse en silencio, con los ojos secos. Podría llorar cuando llegara a casa, pero de ninguna manera se rompería en pedazos frente a Claire.

No le daría esa satisfacción.

—¿Sabes qué? —dijo esta—. Espábilate para volver a casa. Yo me voy.

—Perfecto —replicó Maya. Su casa solo estaba a unos cinco kilómetros. Habría regresado haciendo piruetas sobre la grava antes de volverse a meter en el coche con ella.

Claire soltó otra carcajada, corta, afilada y amarga, y luego giró sobre sus talones. Justo antes de dar la vuelta a la esquina, lanzó el vaso de café vacío en la papelera con tanta fuerza que Maya casi se imaginó que rebotaría, pero se quedó ahí.

Claire fue la que siguió moviéndose.



Maya tenía razón. El sol le había producido una severa quemadura en la piel.

Tenía los hombros de color rojo brillante y la nariz de un interesante tono rosa.

—Hola, Rudolph —le dijo Lauren esa tarde, cuando vio a Maya examinando su rostro en el espejo del baño.

—Cállate. ¿Tenemos aloe?

Lauren entró en el baño y cogió el botiquín.

—Toma —dijo—. También hay una crema Noxzema en el baño de nuestros padres..., digo, de mamá.

—La Noxzema es asquerosa —dijo Maya, ignorando la equivocación de Lauren.

—¿Por qué estás tan quemada? —le preguntó su hermana, y se sentó en la taza del excusado.

—He volado demasiado cerca del sol —contestó Maya mientras trataba de extender la sustancia pegajosa sobre la nariz sin que le goteara por el resto de la cara.

—¿Qué?

—Nada. Salí a dar una vuelta y me olvidé de ponerme protector. ¿Has recibido el mensaje de papá?

Lauren asintió, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo en el baño conmigo?

—Porque no hay nada que ver en la tele.

Maya le lanzó una mirada por el espejo.

—¿Dónde está mamá?

Lauren volvió a encogerse de hombros.

—Laur —dijo Maya.

—Está dormida —respondió Lauren en voz baja.

Maya suspiró. Dormida a las cinco y media de la tarde. Más bien inconsciente. Fantástico. También estaba «dormida» el día anterior cuando Maya volvió de la escuela. Había más botellas vacías de lo normal esta semana, y tanto Maya como Lauren habían comenzado a reciclarlas sin ponerse de acuerdo. Su madre debía de haberse dado cuenta, ¿no?

—¿Qué quieres para cenar? —le preguntó Maya.

—Pizza.

—Qué aburrida es la pizza.

—Me preguntaste qué quería. Y el restaurante griego no sirve comida a domicilio.

Maya suspiró. Ya había tenido una pelea desastrosa ese día. No estaba preparada para otra.

—Vamos —le dijo a Lauren—. Acerquémonos caminando al griego. Mamá puede dormir hasta que se le pase. Podemos traerle algo.

—No vas a invitar a Claire, ¿o sí?

Maya se quedó congelada.

—¿Por qué? —preguntó, y la voz le sonó entrecortada.

Pero Lauren no pareció darse cuenta.

—Porque entonces vais a estar como tortolitas, acarameladas la una con la otra, y me voy a tener que quedar ahí mirando... como un bicho raro.

La herida en el corazón de Maya se abrió un poco más.

—Nada de tortolitas —dijo—. Claire va a pasar la noche con su familia.

En realidad, era una mentira.

Lauren fue a buscar sus zapatos mientras Maya entraba de puntillas en la habitación de sus padres..., de su madre. El cuarto parecía incluso más grande ahora que su padre no estaba allí; la cama, más vacía. Su madre estaba acurrucada en el extremo más lejano del colchón, respirando profunda y acompasadamente, y Maya la observó durante un minuto antes de acomodarle la manta encima de los hombros.

Luego fue al buró y abrió el cajón de arriba, y encontró el fajo de billetes de veinte dólares que sabía que estaría ahí. Cogió dos, y luego contó los demás. Suponiendo que su madre planeaba dormirse a la hora de la cena el resto de la semana, ella y Lauren podrían salir a comer al menos cuatro veces más. Cinco, si Maya cedía a la idea de la pizza.

En el restaurante griego, ella y Lauren se sentaron una al lado de la otra en la barra mirando por las ventanas, comiendo *pita*, *tzatziki* y *kebabs*. De ternera para Maya, de pollo para Lauren. Ninguna de las dos quería considerar el cordero. Simplemente les parecía demasiado cruel comerse uno. Maya se preguntó si algún día sería así con Grace y con Joaquin, lo de quedarse sentados uno junto al otro, satisfechos con saber que, sin importar qué les pasara a tus padres o a tu novia, tus hermanos todavía estarían ahí, como un sujetalibros que te mantiene de pie cuando sientes que te vas a caer.

Cuando llegaron a casa, todavía estaba oscura. Maya encendió las luces mientras se dirigía hacia la cocina, y luego guardó en el refrigerador el *souvlaki* de pollo que había comprado para su madre.

—¿Mamá? —gritó. Por lo menos el coche seguía en la entrada. Su madre no era tan tonta.

—¡Mamá! —volvió a gritar—. ¡Despierta! ¡Te hemos traído la cena! — En secreto, esperaba que la idea de la comida griega le provocara náuseas. Luego se preguntó cuándo se había vuelto una persona tan cruel—. ¡Mamá!

Arriba solo había silencio, y luego oyó a Lauren gritar:

—¡Mamá!

Maya subió a toda velocidad por las escaleras y entonces se dio cuenta de que el grito había salido de la cocina.

—¡Mamá! —siguió gritando Lauren, y Maya siguió el sonido de su voz por el pasillo hasta el baño de sus padres. Lauren estaba en el suelo junto a su madre. Esta estaba desplomada como un pajarito caído del nido; le salía sangre de la cabeza, que se extendía sobre el suelo de mármol, helado bajo los pies descalzos de Maya.

—¡La acabo de encontrar aquí! —exclamó Lauren—. ¡Tenemos que llamar a papá!

Maya cogió el teléfono que su hermana todavía tenía en la mano.

—¡Tenemos que llamar al 911! —dijo—. Dios, Lauren, ¿qué podría hacer papá desde Nueva Orleans?

Tuvo que marcar el número tres veces, de tanto como le temblaba la mano.

A sus pies, su madre profería unos leves gemidos. Lauren apretaba una toalla contra su cabeza y trataba de limpiar la sangre. La operadora del 911 prometió quedarse al teléfono con ella hasta que los paramédicos llegaran, y Maya puso el altavoz y lo colocó junto al lavabo.

—¿Maya? —gimió su madre.

—Aquí estoy —dijo, pero no se agachó. No quería acercarse demasiado a ella. No quería hacerle daño. En vez de eso, buscó en su bolsillo trasero el teléfono y empezó a llamar a Claire, actuando por inercia antes de recordar con un escalofrío que ella era la última persona con la que Claire querría hablar en ese momento—. Mierda —susurró.

Lauren acariciaba el cabello de su madre y sostenía la toalla bajo su sien, y Maya se obligó a pensar con claridad, a no llorar, a entender el problema.

Entonces llamó a alguien más. Al principio temió que no contestara, pero de repente sonó una voz al cuarto timbrazo.

—¿Hola? ¿Maya?

—¿Grace? —dijo, y luego empezó a llorar.

Joaquin

Joaquin estaba bastante acostumbrado a recibir mensajes de Grace. «Hola, ¿cómo te ha ido el día?», le llegaba a veces después de la escuela, o «¿Has visto la nueva película?», el fin de semana pasado. No estaba seguro de si era porque sentía una curiosidad genuina, o si solo trataba de establecer una relación con él, pero de cualquier manera era agradable. Normalmente le mandaba una respuesta bastante general «Bien, y tú ¿qué tal?», o «Nop, no la he visto», porque no siempre sabía qué decir. Grace era prácticamente una desconocida, después de todo. Pariente de sangre o no, solo la había visto dos veces. No era exactamente la «situación más cálida y tierna». (Una vez Joaquin tuvo una hermana menor que solía decir eso todo el tiempo. La frase se le había quedado grabada, aunque pensaba que lo hacía parecer un idiota.)

Todo eso cambió el domingo.

Comenzó —¿cómo no?— con un mensaje de Grace, y Joaquin se dio la vuelta en la cama y se frotó los ojos para despejarse y leerlo.

Oye, sé que habíamos quedado para tomar un café hoy, pero ¿podrías venir a casa de Maya?

«Qué raro», pensó, y percibió que ese mensaje era muy distinto.

Sí, claro. ¿Por qué?

Larga historia. ¿Puedes ahora?

Joaquin lo pensó un minuto, luego se dio la vuelta de nuevo sobre su costado, cerrando un ojo para poder ver la pantalla.

De acuerdo. ¿Nos vemos a las diez?

Genial. Gracias, Joaq.

Se quedó en la cama un par de minutos más, luego se dirigió a la escalera.

—Oye, Linda —gritó.

—¿Sí?

—¿Me podéis prestar el coche?

Linda se acercó al pie de la escalera.

—Mark y yo estábamos pensando en ir de tiendas mientras te reunías con Maya y con Grace.

—Grace me acaba de mandar un mensaje —dijo, y levantó el teléfono—. Quiere que nos veamos en casa de Maya. —Luego hizo una pausa antes de agregar—: Creo que algo no va bien.



Una hora después, Joaquin metió el coche de Mark en el amplísimo garaje de Maya. El de Grace ya estaba aparcado allí; Joaquin sospechaba que también podrían haber aparcado un camión de dieciséis ruedas y todavía sobraría espacio para jugar a baloncesto.

—Mierda —dijo suavemente para sí mientras miraba la casa a través del parabrisas. Había sospechado que su hermana menor tenía dinero, y al mirar las altas puertas delanteras, las elevadas ventanas que enmarcaban el frente de la casa y la buganvilla que trepaba por un lado de la pared de ladrillos, se dio cuenta de que tenía razón.

Grace abrió la puerta antes de que Joaquin pudiera usar la enorme aldaba de latón en forma de trofeo.

—Hola —dijo ella.

Tenía un aspecto terrible.

—Te ves...

—Me veo horrible, lo sé. —Grace retrocedió y con un ademán lo invitó a pasar—. Ni siquiera vivo aquí, pero te invito a pasar de todos modos. Bienvenido a casa de Maya.

Joaquin avanzó sobre los suelos de mármol. Había un montón de zapatos a un lado, así que se quitó las deportivas con ayuda de los dedos del pie, contento de haberse puesto al menos calcetines limpios.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó—. ¿Dónde está Maya?

Grace señaló hacia atrás con un pulgar por encima del hombro.

—Está fuera con Lauren. Su hermana —agregó, cuando Joaquin levantó una ceja al no reconocer el nombre—. Es la que nació justo después de que adoptaran a Maya.

—Ah, sí, es verdad —dijo, pero sus ojos ya habían viajado hasta la gigantesca escalinata y la enorme cantidad de retratos familiares que forraban la pared junto a ella. Era como ver una línea de tiempo de la vida de Maya: desde las fotos de cuando era una bebé hasta las fotos de la escuela, con su fondo de bosque falso. Había fotografías de vacaciones, retratos espontáneos y otros de posados, y Joaquin podía encontrar a Maya en cada uno en cuestión de segundos. Era la morena bajita en un mar de pelirrojos altos, y por primera vez Joaquin se sintió casi contento de no tener una tonelada de fotos de cuando era pequeño. No necesitaba el recordatorio constante de que era distinto de todos los demás.

Grace se puso a su lado, siguiendo su mirada.

—Lo sé —dijo al cabo de un minuto—. Imagínate tener que pasar frente a eso cada día. También a mí me desconcertó la primera vez que lo vi.

—¿Crees que se habrán dado cuenta de lo raro que es? —le preguntó Joaquin, y cruzó los brazos sobre el pecho mientras se inclinaba para mirar más de cerca unas fotos de bebé, una de Lauren acomodada en el regazo de una Maya un poco mayor, que no parecía encantada. Joaquin se dio cuenta de que todavía ponía esa misma expresión cuando algo la molestaba.

Grace se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá solo querían que ella pensara que era uno de ellos, sin que importara su aspecto.

Joaquin resopló al tiempo que esbozaba una sonrisa antes de poder evitarlo. Esa fue una de las primeras cosas que le dijo la señora Buchanan cuando se mudó a su casa.

«Nosotros no vemos el color de la piel —le había dicho al agacharse para colocar una mano en el hombro huesudo de Joaquin, y con una sonrisa tan amplia que permitía verle hasta las muelas del juicio—. Todos somos iguales por dentro.»

Eso le había parecido bastante gracioso. El resto de la gente parecía poder ver el color de la piel bastante bien.

—Créeme —le dijo Grace—. Maya sabe que no se parece a ellos. Bueno, pues ese es el menor de sus problemas justo ahora. —Grace suspiró—. Vamos, están por la piscina.

«Por supuesto que hay una piscina», pensó Joaquin mientras la seguía. Maya y una chica pelirroja que supuso que era Lauren estaban sentadas una frente a la otra junto a la piscina. Lauren se había sentado bajo una sombrilla, pero Maya se había recostado sobre el cemento, con las gafas cubriéndole el rostro y los pies en el agua. Se levantó cuando los oyó acercarse.

—Hola —dijo, saludando a Joaquin con la mano—. Bienvenido al más reciente episodio de *The Real Housewives*.

Joaquin observó a Grace, que se estaba masajeando las sienes.

—¿Cómo? —preguntó.

—Nada —dijo Maya—. Gracias por venir. ¿Quieres meter los pies en el agua?

Tenía ganas de hacerlo. Allí hacía calor, mucho más del que hacía en casa de Mark y Linda junto a la playa. Pero primero se acercó y le ofreció la mano a Lauren.

—Hola —le dijo—. Soy Joaquin.

—Ay, lo siento —dijo Maya, levantándose otra vez—. Ella es mi hermana, Lauren. Lauren, él es mi... es Joaquin. Ninguno de vosotros sois parientes.

—Hola —lo saludó Lauren dándole la mano. Joaquin recordó que solo las separaba un año, pero Lauren parecía más joven, más frágil. Era evidente que también había estado llorando. Joaquin se preguntó si era por eso que Maya llevaba puestas unas gafas de sol tan grandes.

—Espera un momento... —dijo Maya—. ¿O sí lo sois?

—No —dijo Grace, sentándose en una tumbona frente a Lauren, bajo la sombra.

—No, pero... —La voz de Maya se fue apagando mientras pensaba nuevamente—. Hay alguna propiedad matemática en juego aquí, ¿no? ¿Como la propiedad transitiva, quizá? ¿El hermano de mi hermana es mi hermano?

—Creo que no funciona así —dijo Joaquin mientras se quitaba los calcetines.

—Las matemáticas no son biología —agregó Lauren—. Aunque me va mal en las dos.

Maya ondeó la mano en el aire.

—Felicidades por tus dos nuevos amigos, Lauren —dijo—. Y no digas que te va mal en matemáticas y ciencias. Es todo un estereotipo cuando lo dicen las chicas. Aunque sea cierto, solo mienten.

Soltó un suspiro pesado, como si el hecho de que Lauren mintiera sobre su inteligencia fuera el mayor de sus problemas.

Joaquin volvió a mirar a Grace. Ella simplemente sacudió la cabeza.

—Está bien —dijo Joaquin, se dejó caer junto a Maya y metió lentamente los pies en la piscina.

Maya volvió a hacerle un gesto con la mano sin levantar la mirada.

—¿Cómo está el agua?

—Bien —respondió—. Azul.

Ella se levantó las gafas para mirarlo.

—Es lo mismo que digo siempre —afirmó, abriendo sus grandes ojos de color café—. ¿Tú también sientes los colores?

Joaquin no tenía la menor idea de qué hablaba.

—¿Me queréis decir por qué estoy sentado en tu patio trasero en vez de estar en nuestro café de siempre?

—Porque esto está mucho mejor —dijo Maya, luego extendió la mano y le dio una palmadita en el brazo. Nadie lo había tocado así desde que él y Birdie se habían peleado—. Solo relájate. Disfruta del azul.

Joaquin no necesitaba que lo convencieran.

—¡Oye, My! —dijo Lauren después de unos minutos—. ¿Me puedo ir en bici a casa de Melanie?

—¿Por qué me lo preguntas? —contestó Maya. Ahora se había cubierto los ojos con el brazo—. No soy mamá. Gracias a Dios —añadió en voz baja.

Lauren hizo una pausa.

—Entonces ¿es un sí?

—Sí.

Y Maya se impulsó para levantarse y fue hacia Lauren para abrazarla. Se estrecharon con fuerza, más tiempo del que Maya jamás hubiera abrazado a Joaquin o a Grace, y luego se soltaron. Lauren, que medía un poco más que Maya, le acarició el cabello a su hermana antes de volverse para irse.

—Regresaré antes de las tres —dijo.

—Más te vale —contestó Maya—, o te atropello con un camión. No es una metáfora.

—Ni siquiera tienes permiso de conducir. —Lauren no parecía sentirse muy amenazada.

—Lo sé. Y por eso es peor. Piensa en todo el daño que puedo hacer.

Extendió la mano y le dio un apretón a Lauren en el brazo antes de soltarla y dirigirse de nuevo a la piscina.

Joaquin se sentía como si hubiera entrado en el teatro a la mitad de la obra. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Estuvo tentado de llevar a Grace dentro de la casa para preguntarle, pero ella leía algo en su móvil, y las gafas le empujaban el cabello hacia atrás mientras fruncía el ceño ante la pantalla.

Pues bueno. Al menos la piscina estaba bien.

Tan pronto como Lauren se alejó pedaleando, Maya entró en la casa. Unos minutos después volvió con algo apretado en la palma de la mano.

—Quiero a Lauren y todo eso —dijo con un suspiro mientras se volvía a sentar junto a Joaquin—, pero no puedo hacer esto delante de ella.

—¿Eso es...? Ay, mierda —exclamó Joaquin, mirando el porro y el encendedor en la mano de Maya—. ¿Se supone que fumas hierba?

—Mi glaucoma —dijo Maya mientras se ponía el porro en los labios—. Relájate, no pasa nada. Mis padres no tienen la menor idea.

—Ay, Dios mío, ¿es hierba? —preguntó Grace, y se reacomodó en la tumbona.

—Ding, ding, ding —dijo Maya dándose un golpecito en la nariz quemada—. ¿Quieres un poco?

Grace vaciló, y luego se fue a sentar al otro lado de Maya.

—¿Y tú? —le preguntó Maya a Joaquin mientras lo encendía—. ¿Quieres? ¿Domingo de diversión?

—No, gracias —repuso—. Tengo que conducir.

—Me parece bien —dijo Maya mientras Grace se acomodaba junto a ella, metiendo los pies descalzos en el agua—. Pero me toca primero porque es mío.

—¿Qué pasa, que tienes doce años? —dijo Joaquin—. ¿Y de dónde has sacado esto?

—De mi novia... Perdón, mi exnovia, Claire.

Joaquin y Grace intercambiaron miradas sobre la cabeza de Maya, y Joaquin tuvo una imagen de Mark y Linda haciendo lo mismo con él.

—¿Habéis terminado? —preguntó Grace mientras Maya daba una calada.

—Sí, señora —dijo Maya con voz ronca, y aguantó el humo antes de pasarle el porro a Grace.

Grace lo cogió y lo sostuvo entre los dedos unos segundos.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que fumé. —Tenía una sonrisa extraña en el rostro, y Joaquin no estaba seguro de si era de alegría o de tristeza—. Bueno, que sea lo que tenga que ser.

—Así me gusta —dijo Joaquin, y se alegró cuando sus dos hermanas le sonrieron—. Entonces ¿alguien me va a decir por qué estamos aquí? —preguntó—. ¿O tengo que adivinarlo?

—Oooh, ¡adivina, adivina! —exclamó Maya.

—Maya, ya vale —dijo Grace, y le volvió a pasar el porro—. Guau, está fuerte.

—Sí, Claire no juega con estas cosas.

—¿Estamos aquí porque has terminado con Claire? —preguntó Joaquin. Si lo iban a obligar a buscar la información, lo haría. Había hecho preguntas más difíciles antes—. ¿Es eso?

En lo personal, lo único que él hubiera querido hacer después de terminar con Birdie era morir. No se podía imaginar que alguien hiciera una fiesta de autocompasión por una ruptura. Quizá las chicas eran distintas en ese sentido, reunidas como pingüinos en vez de quedarse bajo una colcha viendo Netflix todo el día.

Maya soltó una carcajada breve y aguda.

—¿Sabes qué? Hasta olvidé por un minuto que Claire y yo habíamos terminado. Así de horrible fue ayer.

Joaquin esperó más explicaciones. Como nadie decía nada, suspiró.

—Entonces ¿qué más pasó ayer?

Maya volvió a quitarle el porro a Grace.

—Díselo tú—dijo, señalando hacia Joaquin—. Apuesto a que cuentas la historia muchísimo mejor.

—¿Qué demonios pasó ayer? —insistió—. ¿Y por qué no está aquí alguno de vuestros padres? —Joaquin siempre se había imaginado a los padres de Maya y de Grace siguiéndolas como patitos, cuidándolas, extendiendo una red eterna para que nunca se cayeran, para que nunca se hicieran daño—. ¿Los habéis echado o algo así?

Maya soltó una risita, luego una carcajada, pero Grace parecía sombría, y Joaquin sospechó que había dicho una genialidad o lo más inconveniente.

Cuando Maya empezó a llorar, se dio cuenta de que era lo segundo.

—¡Mierda! —exclamó justo cuando Grace se acercó a ella para rodearla con el brazo. Maya todavía tenía el porro en los labios, y el humo se elevaba en una línea delgada y suave hasta ondularse en lo alto. Cuando Grace se movió, su brazo la desbarató—. Mierda, Maya —se disculpó Joaquin—. Lo siento. Solo estaba bromeando.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo, pero todavía seguía hipando. Para Joaquin era nuevo tener hermanos, pero estaba bastante seguro de que hacer que tu hermana pequeña llorara estaba en lo más alto de la lista de cosas que no debes hacer nunca.

—Díselo —le aconsejó Grace, con la boca apretada contra el cabello de Maya.

Esta inspiró profundamente, luego le dio otra calada al porro.

—Pues —empezó con voz ronca por la combinación de lágrimas y humo —, quizá ya lo sabías, pero mi madre es una alcohólica empedernida.

Joaquin sintió que se le enderezaba la columna como la línea de humo que ascendía frente a él. Alguna vez le había tocado pasar algún tiempo con un padre alcohólico, y había sido un desastre. Pensó que tendría que hacer algo para evitar que Maya saliera lastimada.

A juzgar por el semblante de Grace, ella pensaba lo mismo.

—En fin, no está sobrellevando muy bien el divorcio —prosiguió Maya. Su entonación ascendía al final de las frases, como si se estuviera preguntando si las cosas que decía realmente eran así. Eso Joaquin podía entenderlo—. Y ha estado bebiendo mucho esta semana, incluso para ella. Y luego, anoche, Lauren y yo —Maya señaló en la dirección en que se había marchado Lauren — salimos a cenar, y cuando volvimos, mamá estaba... estaba tendida en el suelo. Se cayó y se golpeó la cabeza. Había mucha sangre. Probablemente todavía haya mucha. Quizá tengamos que contratar a alguien para que la limpie. Parece la escena de un crimen. ¿No ves esos programas en la tele, los de asesinos, donde hacen reconstrucciones de la escena del crimen?

—My. —Grace extendió la mano y la puso en la rodilla de Maya—. Lo entendemos.

Ella asintió.

—En fin. Se tuvo que quedar en el hospital a pasar la noche porque tenía una conmoción.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Joaquin—. ¿Está con ella?

—Nop. Está en Nueva Orleans. Bueno, lo más seguro es que ya esté volando a casa desde allí. Los padres de Grace lo llamaron anoche.

—¿Y él está al corriente de...? Bueno...

—¿Lo de la bebida? —preguntó Maya, y Joaquin asintió—. Supongo que ya lo sabe. Creo que no sospechaba lo grave que era. Pero ahora lo sabe.

—Maya me llamó anoche —intervino Grace—, y nosotros, mis padres y yo, quiero decir, fuimos al hospital.

—Lauren y yo nos fuimos en la ambulancia con ella —explicó Maya—. Muchas sirenas, muchas luces. Uno podría pensar que hay mucho ruido dentro de la ambulancia, pero no. Las películas nos engañan.

Joaquin observó a Maya llevar el porro otra vez hasta su boca y luego bajarlo sin fumar. Le parecía estar mirando a un niño pequeño conduciendo un coche, con las piernas demasiado cortas para alcanzar los pedales y los ojos demasiado bajos para poder ver por encima del volante.

—Y ¿cuándo va a volver a casa? —preguntó.

—No lo hará —respondió Maya con la voz entrecortada—. De momento todavía no. Va a ir a rehabilitación. Mi padre ha encontrado un lugar en Palm Springs y la va a llevar ahí esta noche, tan pronto como la den de alta. Ah, y sí,

mi novia y yo terminamos ayer. Así que tengo eso a mi favor. Probablemente debería envolver a Lauren en plástico de burbujas o algo así, porque toda la gente está cayendo como moscas a mi alrededor. —Señaló a Grace y a Joaquin con la mano que sostenía el porro—. Definitivamente, mirad a los dos lados antes de cruzar la calle, chicos. Traigo mala suerte.

—No traes mala suerte —respondió Joaquin, y las dos chicas lo miraron, sorprendidas—. No digas cosas así. Solo están pasando cosas jodidas a tu alrededor. No es culpa tuya.

Maya de repente pareció muy acongojada. Joaquin había leído esa palabra en un libro alguna vez y no la había olvidado. Le hacía pensar en los huérfanos de Dickens, viudas ancianas, cachorros abandonados bajo la lluvia.

—No, estoy bastante segura de que soy yo —dijo limpiándose los ojos nuevamente—. De hecho, estoy al cien por cien segura de que la ruptura con Claire fue culpa mía. Fui yo quien la apartó de mi lado.

—Y... ¿es definitivo? —preguntó Joaquin—. ¿Te puedes disculpar?

—Nop —respondió Maya.

—Eso no es cierto —le rebatió Grace.

Maya empezó a llorar otra vez.

Él se acercó hasta que pudo poner su brazo alrededor de la cintura de su hermana pequeña. Sabía lo que era llorar solo. Te hacía sentir fatal, como si fueras la única persona viva en el mundo. No quería eso para Maya.

—¿Y si no se queda en rehabilitación? —sollozó ella—. ¿Y si cree que está bien y vuelve a casa y luego se vuelve a golpear la cabeza?

—Se va a quedar —la tranquilizó Grace—. Tu padre la obligará a quedarse.

—Podría no hacerlo —dijo Joaquin, e ignoró la mirada inquisitiva que le lanzó Grace—. Quiero decir que podría no hacerlo, ¿no?

—La nube de tormenta para el sol de Grace —resopló Maya—. Formáis un buen equipo.

Joaquin no había pensado nunca antes en que tenía a alguien en su equipo, no desde Birdie. Se preguntó si Maya tenía razón.

—Mira —dijo—. No puedes controlar lo que hace tu madre. Pero puedes controlar lo que haces tú.

Maya se limpió los ojos con el brazo antes de mirarlo.

—¿Acaso... acaso vas a terapia, Joaq?

Este se sobresaltó un poco.

—Yo... Sí, sí voy a terapia. Mark y Linda lo pagan.

—He estado tratando de mantenerla sobria..., bueno, menos borracha, en cualquier caso —dijo Maya—. Tiene vino escondido por toda la casa. Lauren y yo estábamos tratando de controlarlo.

—¿Tu padre lo sabe? —preguntó Grace—. Quizá se lo deberías decir.

—¿Cómo podría no saberlo? —repuso Maya—. Y si lo sabe, es obvio que no le importa. La verdad es que simplemente nos dejó aquí con ella. Encontró un lugar adonde ir y se mudó la semana pasada. Se va a venir a vivir con nosotras mientras no regrese mi madre, pero... sí, lo sabe. —Lanzó el porro a la piscina, donde se apagó rápidamente y luego se quedó flotando—. Todo está muy jodidamente jodido. Mi madre es una borracha y mi exnovia me odia.

—Bueno, también mi exnovia me odia —admitió Joaquin, y sus dos hermanas se volvieron hacia él. Tenían los ojos muy abiertos—. Si te sirve de consuelo.

—¿Tenías novia? —preguntó Grace.

—¿Por qué lo dejasteis? —quiso saber Maya.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—¿Cómo se llamaba?

—¿Terminaste tú con ella o ella contigo?

—Yo terminé con ella —dijo Joaquin—. Y se llama Elizabeth, pero todos la llaman Birdie.

—Birdie. —Maya no parecía impresionada—. ¿Es muy cursi? ¿Compra cosas en Etsy?

Joaquin no tenía la menor idea de lo que era Etsy.

—Era el nombre de su abuela —explicó—. ¿A qué te refieres con cursi?

—A nada —dijo Grace—. ¿Por qué terminaste con ella?

Joaquin soltó una risita, luego observó mientras el porro empezaba a hundirse hasta el fondo de la piscina.

—Es una tontería.

—No, no lo es —dijo Maya. Joaquin nunca la había oído hablar en un tono tan suave—. Es obvio que todavía te gusta.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Te estás sonrojando —dijeron las dos chicas a la vez, y Joaquin se dio cuenta de que tenían razón.

«Maldición.»

—Bueno —empezó—. Como estamos todos de confesiones personales..., terminé con Birdie porque creo que no soy lo suficientemente bueno para ella.

—¿Eso te dijo? —contestó Grace con un gesto de asombro.

—Le voy a dar un golpe en su estúpida cara de pájaro —gruñó Maya.

—No, no, no lo hizo... —Joaquin levantó las manos—. Fue cosa mía. Tiene muchos sueños y metas y cosas así. Y yo debería poder tenerlos para seguir a su lado.

Joaquin se las quedó mirando mientras los rostros de las chicas pasaban de la furia a la perplejidad.

—Espera —dijo Maya tras unos cuantos segundos de silencio—. ¿Fuiste tú el que pensó que no eras suficientemente bueno para ella?

—Ay, Joaquin —suspiró Grace.

Joaquin se estaba acostumbrando a la manera en que la gente parecía decepcionarse con él todo el tiempo.

—No lo entendéis —dijo—. Vosotras dos habéis crecido con familias. Probablemente has crecido en esta casa desde que naciste, ¿verdad, Maya? ¿Verdad? —volvió a decir cuando ella no respondió y asintió renuientemente—. Pues, bueno, es lo mismo con Birdie. ¿Esa pared repleta de fotos en la escalera? Ella tiene lo mismo. Y yo no lo tengo. No tengo nada así. Es como... —Joaquin trató de recordar lo que una vez le dijo Ana—. No hay cimientos para la casa. Y necesitas cimientos si quieres construir algo que perdure. —No era exactamente lo que había dicho Ana, pero así lo había entendido Joaquin.

Maya lo miró.

—¿Estás bromeando? —dijo—. Mis cimientos prácticamente se están desmoronando en este momento. Mi madre irá a rehabilitación, mis padres se van a divorciar. Solo porque no tengas una familia perfecta de televisión no quiere decir que no seas una buena persona, Joaquin.

Fue entonces cuando supo que nunca les contaría a Grace y a Maya lo que había pasado realmente: por qué había dejado a los Buchanan, por qué no era una buena persona. Solo se limitó a decir:

—Es difícil de explicar. No lo entenderíais. Birdie... tenía muchas fotos de cuando era bebé.

Grace se enderezó, su boca se había convertido en una línea dura.

—No tienes ninguna foto de bebé —dijo en voz baja.

De repente parecía muy triste, y Joaquin quería quitarle esa tristeza. Estaba cansado de hacer que la gente que lo rodeaba estuviera triste cuando lo único que quería era mantenerla a salvo.

—No. Y también tienes que comprar las fotos de la escuela, esas que hacen cada año. —Joaquin se encogió de hombros—. Birdie tenía tantas fotos... Alguien se las había guardado. Las vi y pensé... —La voz de Joaquin se fue apagando al recordar cómo al ver las fotos se le había formado un nudo en el estómago—. Nunca seríamos iguales. Siempre tendría más que yo. Y siempre necesitaría más que yo. Necesita a alguien que entienda las cosas como ella las entiende.

—Joaquin. —Maya le puso una mano en el brazo—. Creo que eres un idiota.

Grace se tapó los ojos con la mano.

—Maya —suspiró.

Ella dejó la mano en el brazo de Joaquin.

—No, lo digo en serio —afirmó, y Joaquin no sabía si estaba supertriste o superfumada, pero la sinceridad de su rostro lo hizo sonreír un poco—. ¿Viste esas fotos en la escalera cuando entraste? ¿De verdad las viste?

Joaquin asintió.

—Llaman la atención.

Los ojos de Maya se estaban volviendo a llenar de lágrimas. Definitivamente estaba fumada.

—Mis padres leen muchos libros sobre adopción y chicos adoptados, y cómo aceptar y amar a tu hijo adoptado, pero nunca los he visto leer un solo libro sobre su hija biológica, ¿sabes? No leen libros sobre Lauren. Solo sobre mí. Porque soy diferente.

»De modo que te estoy diciendo que quizá no deberías terminar con Birdie solo porque crees que no le puedes dar todo lo que crees que ella necesita. Quizá ni siquiera sea eso lo que quiere de ti. Quizá solo te quiere a ti. Las fotos son el pasado, eso es todo lo que son. Quizá tú seas su futuro.

Joaquin podía percibir esa misma sensación temblorosa que había sentido cuando terminó con Birdie, mientras veía cómo se le desencajaba el rostro, consciente de que, como había dicho Maya antes sobre su propia ruptura, era culpa suya al cien por cien.

—Puede ser—dijo después de un breve tiempo—. ¿Y qué hay de ti y Claire, entonces?

Maya puso los ojos en blanco.

—Buen cambio de tema.

—No, hablo en serio —insistió Joaquin—. Deberías llamarla.

—Probablemente, ha borrado mi número de teléfono.

—Probablemente, no. ¿Crees que yo debería volver con Birdie? Pues entonces yo creo que tú deberías volver con Claire.

—Han pasado menos de veinticuatro horas —señaló Grace—. Al menos deberías contarle lo que pasó anoche.

El labio inferior de Maya temblaba ligeramente.

—Dijo que la estoy apartando a un lado y que no le cuento las cosas porque pienso que si lo hago me abandonará.

Joaquin dejó escapar un suspiro que no se había dado cuenta que estaba aguantando.

—Jodeer —dijo, apretando las manos contra los ojos y riéndose para sus adentros—. ¿Hemos heredado la misma disfuncionalidad o algo así?

Maya también se estaba riendo, aun medio llorosa.

—¿Por qué no hablas tú con Claire y yo hablo con Birdie? —dijo—. Probablemente tendríamos mejor suerte.

Joaquin sonrió. Sabía que nunca volvería a llamar a Birdie, pero era bonito pensarlo en cualquier caso. A veces la gente se rompía en demasiados trozos y nunca podrías volver a pegarla para que quedara como antes. Birdie nunca volvería a tener un lugar en su vida como lo había tenido, y si lo intentaba y fracasaba lo haría sentir peor.

—¿Y tú qué, Gracie? —preguntó Maya—. ¿Por qué terminaste con tu novio? Ya que estamos haciendo terapia de grupo, confiesa.

Grace tenía la mirada perdida, de un modo que Joaquin reconocía en algunos chicos huérfanos, los que habían cambiado de hogar tantas veces que estaban sin timón, a la deriva en la tormenta. Pero ella parpadeó y la mirada desapareció.

—Es una larga historia —dijo, luego se puso de pie—. Tengo hambre. ¿Tienes algo de comer?

Maya y Joaquin la observaron alejarse. Luego, Maya sacó los pies del agua y la siguió.

—Vamos, Joaquin —dijo—. Quizá podamos dibujar bigotes a las fotos familiares.

Joaquin se rio con la idea. Qué lujo poder hacer eso.

—Ahora voy —dijo, mientras ellas desaparecían en el interior de la casa.

Entonces cogió la red para sacar hojas y la pasó por el fondo de la piscina, atrapando el porro antes de lanzarlo sobre el seto y seguir a las chicas.



—Mark, Linda —dijo Joaquin—, ¿tenéis un minuto?

Los dos levantaron la mirada.

—Claro —dijo él. Tenía las manos metidas en el agua jabonosa del fregadero y enjuagaba los últimos platos mientras Linda echaba la basura en la bolsa para que Joaquin la sacara antes de que pasaran los servicios de recogida—. ¿Qué pasa?

Joaquin se apoyó en el marco de la puerta y le dio unos golpecitos como para darse suerte.

—Solo quería hablar con vosotros sobre... esto... el tema de la adopción.

Observó mientras Mark apretaba la mandíbula y los ojos de Linda se llenaban de esperanza.

—Bueno... estaba pensando sobre eso y... en fin, no sé, quizá no deberíamos hacerlo. —La luz de los ojos de Linda desapareció tan rápido que Joaquin podría haber jurado que alguien había apagado de un soplido la llama que ardía detrás—. No es que no... Me gusta mucho, muchísimo, vivir aquí.

—También a nosotros nos gusta muchísimo que vivas aquí, Joaquin —dijo Linda—. Eso nunca cambiará, ¿sabes?

Joaquin lo sabía. Su cerebro lo sabía al cien por cien. Era al resto de él al que le costaba trabajo ponerlo todo en orden.

—Solo es que... creo que las cosas están muy bien justo ahora. Y que quizá no deberíamos meternos en eso. —Su voz había empezado a hacer la misma entonación que la de Maya ese día por la mañana, haciendo que pareciera más una pregunta que una afirmación.

Linda se mordía el labio inferior, pero Mark solo asintió.

—Lo que tú creas que es mejor —dijo—. Queremos que te sientas cómodo aquí. Lo que tú quieras es lo que queremos nosotros también.

Joaquin sintió que se aliviaba el peso de su corazón. Hasta sonrió un poco.

—Genial —dijo—. Genial. Gracias. De verdad lo aprecio. No estoy mintiendo.

—No eres un mentiroso, Joaquin —afirmó Linda con la voz tensa—. Nunca hemos pensado eso.

—Genial —repitió Joaquin, porque no sabía qué más decir—. Entonces voy a sacar la basura. ¿Eso es todo?

Casi había logrado escaparse por la puerta de atrás cuando la voz de Mark lo detuvo.

—¿Joaq? —dijo, y Joaquin se volvió para ver a Mark de pie junto a Linda, un brazo alrededor de los hombros de ella, los nudillos blancos.

—¿Sí?

—Los Buchanan. Joaquin, nosotros nunca... nosotros nunca haríamos lo que ellos hicieron. Eso lo sabes, ¿verdad? Te queremos. Eres nuestro, no importa lo que ocurra.

Joaquin se obligó a asentir.

—Sí, por supuesto —dijo—. Vuelvo ahora mismo.

Se quedó junto a los contenedores de basura un minuto más de lo necesario, tratando de controlar los latidos de su corazón. «Tú controlas lo que haces», le había dicho a Maya unas horas antes, y sabía que tenía razón. Quería demasiado a Mark y a Linda para dejar que lo adoptaran, así que, si la decisión era suya, Joaquín la tomaría.

Era, se repitió mientras volvía a casa, lo correcto.

Grace

—Así que aquí —decía Rafe con un tono de voz lo suficientemente alto para que sus compañeros de trabajo lo oyeran— tenemos nuestro mejor surtido de multirralladores. Rallan y además cortan en cubos. Y por allá... ¿Ya se han ido?

Grace se asomó por la esquina.

—Eh... sí. Despejado.

—¡Buf! —Los hombros de Rafe se hundieron visiblemente—. Fingir trabajar es mucho más agotador que trabajar de verdad.

—Gracioso, ¿no? —dijo Grace mientras le daba una palmadita a uno de los guantes de cocina en forma de gallina—. Qué adorables.

—Para algunas personas —contestó Rafe, y luego se quitó el delantal—. Gracias por venir a verme después del trabajo, por cierto.

—Gracias por escribirme —dijo Grace—. Fue muy bonito tener una razón para desempolvar el teléfono.

—Bueno, bueno, ya sé que tu madre te manda mensajes todo el tiempo —dijo Rafe con un guiño. Era una de las pocas personas que Grace había conocido que de verdad guiñaba en vez de hacer algo que pareciera un pestañeo a medias. Eso le gustaba de él.

—¿Adónde quieres ir a comer? Al mismo reservado oscuro en el lugar de los sándwiches a la vuelta de la esquina, supongo.

Grace asintió. No la avergonzaba Rafe, por supuesto. Solo estaba avergonzada de sí misma.

—Pues qué bien, porque los sándwiches preparados el día anterior saben mucho mejor cuando te los comes en la semioscuridad. —Rafe dobló el delantal, luego señaló hacia la puerta de empleados—. Déjame que marque mi salida, y luego la noche es nuestra. —Arqueó las cejas de modo sugerente y

Grace lo golpeó en el hombro como respuesta—. Me gustan las mujeres con toques de violencia —dijo él, y luego se apartó antes de que de verdad pudiera darle un golpe.

—Resulta que la madre de Maya es alcohólica —dijo Grace mientras caminaban y se colocaba entre Rafe y la pared, solo para evitar que alguien pudiera verla de refilón.

—Guau —dijo Rafe—. ¿Te lo ha contado ella?

—Su madre se cayó y se dio un golpe en la cabeza, así que Maya me llamó. Mis padres y yo acabamos en la sala de emergencias acompañándolas. —Grace podía ver el rostro pálido de Maya, los ojos completamente abiertos por la conmoción, la manera en que se había aferrado al brazo de Lauren incluso después de que llegaran Grace y sus padres—. Su madre se fue al centro de rehabilitación al día siguiente. Fue tremendo.

—Sin duda —asintió Rafe—. Así que déjame adivinar: ¿ahora estás preocupada por que los padres de Peach se vayan a divorciar y que además se vuelvan alcohólicos?

Estaba bromeando, y Grace golpeó la cadera contra la suya sin pensarlo.

—No —lo riñó. Pensó de nuevo en la carta, en la foto de Peach con un traje de marinerita—. De hecho, me enviaron una carta la semana pasada. Sé que Peach está en buenas manos.

Rafe arqueó una ceja. Grace nunca había conocido a nadie cuyas cejas fueran tan expresivas. Se preguntó si quizá solo era un tic.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Como una carta de agradecimiento?

—Más o menos. Me decían cuánto apreciaban lo que les había dado, lo mucho que querían a Peach. También mandaron una foto. Llevaba un traje de marinerita.

—Es muy bonito por su parte.

—Sí, me aseguraron que mandarían cartas y fotos durante el primer año. —Grace podía notar la tranquilidad de su propia voz—. Eso me hizo pensar en buscar a mi madre, quizá. Nuestra madre.

—¿Maya y Joaquin también quieren buscarla? —preguntó.

—No, no, para nada —respondió Grace—. Básicamente dijeron que ella los había abandonado, y que por qué tendrían que salir a buscarla. En especial, Joaquin, con todo lo de los hogares de acogida y eso.

Rafe permanecía en el mismo lugar, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Te dijeron eso? —le preguntó boquiabierto—. ¿A pesar de saber lo de Peach?

Grace deseó de repente no haber mencionado el tema.

—Bueno..., en realidad no saben lo de Peach. Todavía no se lo he contado. Y puede que nunca lo haga.

Rafe cerró los ojos, se frotó el rostro con la mano y soltó una especie de gemido grave.

—Está bien —dijo abriendo los ojos otra vez. Cogió el brazo de Grace e hizo que se diera la vuelta—. Olvida los sándwiches. Esta conversación necesita patatas fritas de verdad.

—No es tan serio —dijo Grace, pero de todos modos dejó que la llevara.

—Créeme —replicó Rafe—. Lo es.

—Y, entonces ¿cuánto tiempo crees que podrás esconderles tu hija biológica, a quien, por cierto, le pusiste un apodo de fruta, a tus hermanos biológicos?

Grace puso los ojos en blanco y luego hundió la patata frita en su guarnición de mayonesa.

—Eso es asqueroso, por cierto —dijo Rafe, señalando con la patata que tenía en la mano lo que estaba haciendo Grace—. La mayonesa... es el condimento del diablo.

—Más para mí, entonces —replicó. Se la comió y le hizo un guiño a Rafe. No era tan buena guiñando como él, pero fue un buen intento—. A Maya y a Joaquin también les gusta, para que lo sepas.

—Debe de ser un gen recesivo —contestó Rafe, luego acercó la botella de ketchup a su plato.

—Me gusta el nombre de Peach —dijo Grace, intentando desviar la conversación.

—Estás ignorando mi pregunta —subrayó él.

—A todos les gustan los melocotones —prosiguió Grace—. Y a ella le pasará lo mismo.

Rafe abrió la boca y luego la volvió a cerrar.

—No hay modo de discutir ese punto sin insultar a tu hija biológica, así que no lo intentaré. Buena jugada, por cierto.

Grace se encogió de hombros.

—Entonces ¿no se lo vas a contar?

—¿Crees que es mala idea?

—Creo que es una pésima idea. Los secretos siempre se descubren.

—Pero ni siquiera les afecta.

—Es su sobrina.

—Ya no. Tiene una nueva familia.

—Está bien, olvídate de Peach, entonces. ¿Y tú qué? Podrían darte su apoyo, y tú ni siquiera se lo has contado.

Grace se rio y le pidió a la camarera que le trajera más mayonesa.

—Asqueroso —dijo Rafe en voz baja.

—Bueno, ya que creen que nuestra madre es prácticamente un demonio por habernos dado a todos en adopción, creo que preferiré no pedirles su opinión sobre por qué hice lo mismo con Peach.

—Perdón, ¿cómo es que la llamaste Peach? —preguntó Rafe.

—Era así de grande cuando descubrí que estaba embarazada. Cuando estás en estado siempre describen el tamaño del bebé en el útero en relación con la comida. Alubia, limón, melocotón, naranja... En su caso fue melocotón.

Él asintió pensativamente.

—Creo que, si se lo cuentas a Maya y a Joaquin, lo entenderán. Ninguno de vosotros sabe por qué vuestra madre...

—Madre biológica —lo cortó Grace.

—¿Qué?

—Mi madre biológica. Ya tengo una madre. Que probablemente está en casa preguntándose por qué no respondo a sus mensajes.

—Entiendo. Ninguno de vosotros sabe por qué vuestra madre biológica hizo lo que hizo, pero Maya y Joaquin probablemente entenderían por qué lo hiciste tú. Deberías contárselo.

—Quizá esto no les incumba.

—Bueno, si sigues esa lógica, entonces nadie le contaría a nadie nada en absoluto.

—Y si tú te quedaras embarazado, ¿se lo contarías a tu hermana?

Rafe hizo una sonrisita burlona.

—Si yo me quedara embarazado, me costaría bastante trabajo mantenerlo en secreto ante cualquiera, sobre todo ante mi hermana.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Grace, lanzándole una mirada.

—Ya lo sé, ya lo sé, solo bromeaba. Pero sí, se lo contaría a mi hermana. Se lo contaría todo. No puedes simplemente suponer cómo reaccionarán y ya está. No es justo para ellos.

Grace lo miró por encima de sus bandejas compartidas de patatas fritas y hamburguesas.

—Los acabo de conocer, ¿sabes? No quiero que me odien antes de que tengan siquiera la oportunidad de conocerme bien.

—¿Crees que te van a conocer si no saben una de las cosas más importantes que te han pasado?

Grace no tenía una respuesta para eso.

—Y, entonces ¿se lo cuentas todo a tu hermana? —replicó como respuesta—. ¿En serio?

Grace trató de imaginarse tener a alguien así en su vida.

—Todo —afirmó Rafe, robándole algunas patatas fritas y apartando las manos antes de que Grace le pudiera dar un manotazo—. Como una hija única —dijo—. Ni siquiera estás dispuesta a compartir.

Grace sonrió a su pesar.

—¿Y ella no te juzga ni nada por el estilo?

—¿Estás bromeando? A veces me juzga hasta la tortura. Pero, aun así, es mi hermana. Siempre habla conmigo, aunque piense que me estoy portando como un tonto. Quizá sea por eso que habla tanto tiempo conmigo, ahora que lo pienso.

—Creo que eres la única persona a la que le he contado lo de Peach, por cierto —declaró Grace—. Todos los demás o ya lo sabían o me vieron cuando estaba embarazada.

—¿Y acaso te juzgué? —preguntó Rafe con voz inocente—. No, señora, no lo hice.

—Todos los demás lo hicieron.

—Grace. —El tono de broma desapareció de la voz de Rafe y volvió a dejar las patatas fritas en la bandeja—. No se lo tienes que contar a nadie si no quieres. Pero sería una lástima tener a toda esa gente dispuesta a apoyarte y

que tú no dejaras que lo hicieran.

—Pero ¿y si no están dispuestos?

Rafe le sonrió.

—¿Y si lo están?



Cuando Grace llegó a casa esa noche lo primero que hizo fue sentarse frente al ordenador. El cabello todavía le olía a las patatas fritas del restaurante y se lo recogió en una cola mientras abría el buscador.

Esperó casi un minuto completo antes de teclear su primera búsqueda.

Melissa Taylor.

Era demasiado amplio, por supuesto, y le aparecieron más de un millón de entradas, ninguna de las cuales era su Melissa Taylor; Grace lo supo de inmediato. Probó con Melissa Taylor madre biológica, pero incluso eso era demasiado amplio, demasiado vasto, y de repente Grace se volvió a sentir como Alicia en *Alicia en el país de las maravillas*, cuando se volvió demasiado pequeña y cayó dentro de una botella que fue llevada hasta el mar, arrastrada por una corriente que no podía controlar, demasiado pequeña para ver más allá de las olas frente a ella, demasiado insignificante para marcar la diferencia.

Apagó el ordenador y se reclinó en la silla.

—¡Grace! —la llamó su padre desde abajo—. ¿Puedes bajar, por favor?

Había algo inquietante en su tono. No era tan amenazador como lo fue cuando les contó que estaba embarazada, pero estaba bastante segura de que nunca volvería a sonarle tan mal. Cualquier cosa sería mejor después de eso.

—¿Sí? —respondió.

—¡Abajo! —casi gritó su madre.

Dos padres. Era en momentos como este cuando Grace deseaba haber crecido con un hermano o una hermana, alguien que equilibrara un poco la balanza. Parecía mucho más fácil meterte en problemas cuando podías señalar a otros y decir: «Pues espera a ver lo que han hecho ellos». A Grace le pareció que sería agradable no ser siempre la única persona en la casa que se metía en problemas.

Bajó y asomó la cabeza en la cocina.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar —dijo su madre—. Me ha llamado Elaine, la vecina, y me ha dicho que te vio con un chico en el centro comercial.

Grace frunció el ceño.

—No sabía que Elaine, la vecina, estuviera al frente de un estado policial.

El padre de Grace levantó una ceja. (No pudo evitar pensar que Rafe era mucho mejor alzando las cejas, pero decidió que sería más conveniente guardarse esa información.)

—Era Rafe —dijo—. Trabaja en Whisked Away.

Su madre cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Estás saliendo con él?

—No —dijo—. Solo somos amigos.

Sus padres intercambiaron una mirada, y de nuevo deseó tener un cómplice. Hasta un perro le habría bastado para ello.

—Creemos que no deberías salir con nadie en este momento —le dijo su padre—. Necesitas tiempo para concentrarte en ti misma.

—Pues me parece bien, porque no estoy saliendo con nadie —replicó—. Como os he dicho, Rafe es mi amigo.

—Grace —insistió él—. Tienes que entendernos. Solo queremos protegerte. Has pasado por un par de meses difíciles y...

Grace podía sentir cómo la rabia le subía por la espalda, obligándola a erguirse más.

—No, espera. Déjame adivinar. ¡Elaine la vecina os ha llamado porque está preocupada por que esté zorreando por toda la ciudad otra vez! —El rostro se le encendió y el pulso se le aceleró—. ¿No es verdad?

—Modera tu lenguaje —le dijo su madre.

—Bueno, ¡hablemos de lo que Elaine y todos los demás están diciendo! —estalló Grace—. ¡Me quedé embarazada, tuve un bebé, y ahora ya no puedo ni mirar a un chico sin que todos piensen que voy a parir a tres renacuajos más!

—Grace —volvió a decir su padre—. Solo estamos preocupados por ti. Nosotros...

—Porque, si mal no recuerdo —prosiguió Grace, ignorando a su padre—, el chiste de sacrificar a P... a Milly fue para poder vivir mi vida, ¿no es cierto? «Ay, Grace, ¡tienes toda la vida por delante!» ¿Cuántas veces he oído salir eso de vuestras bocas? Y ahora todos me recuerdan que tuve un bebé, que no puedo ir a la escuela, que no puedo tener un amigo...

—Puedes tener amigos... —intentó interrumpirla su madre, pero Grace no se detuvo. Sentía como si alguien hubiera destapado una válvula de vapor en su cabeza.

—Está bien, entonces digamos que no es mi amigo —dijo Grace—. Digamos que Rafe es un chico que me gusta. ¿No me toca salir con alguien? ¿No me toca volver a besar a un chico? ¿He perdido mi gran oportunidad de enamorarme y crear una familia porque cometí un error?

—Grace —dijo su madre, y notó el temblor en su voz—. Tú no...

—¡Pues bueno! —gritó Grace—. Porque si no puedo seguir adelante y que alguien me guste y que pueda hacer amigos y, Dios me libre, que me vuelva a enamorar, entonces ¡no entiendo por qué entregué a mi bebé! ¡A menos que solo fuera porque os convenía a vosotros!

Ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando hasta que trató de apartarse el cabello del rostro y notó que tenía las mejillas mojadas. Sus padres parecían estar conmocionados, afligidos. Grace sospechaba que habrían parecido menos horrorizados si les hubiera dado una bofetada.

—Creo que tenemos que reunirnos con un terapeuta —manifestó su padre tras quince segundos de silencio casi total.

La respiración de Grace era lo único que se oía en el cuarto. Se sentía salvaje, feroz, como se sintió cuando Peach se abrió paso a la fuerza para salir de ella. De repente lo notó: estaba viva.

—Perfecto —dijo—. Concertad una cita. Porque tengo mucho que decir y estoy cansada de no decirlo. Y —agregó— le podéis decir a Elaine, la vecina, que lo que yo haga no es su maldito problema. Bueno, eso es lo que le habríais dicho el año pasado, ¿no es así?

Grace no se molestó en esperar una respuesta. Dio la vuelta y volvió a subir corriendo, se encerró en el baño y abrió el grifo a tope. Esperó hasta estar segura de que nadie pudiera oírla antes de ponerse a llorar.

Maya

Maya trataba de pensar en alguna palabra que describiera cómo era volver a tener a su padre a tiempo completo en casa mientras su madre estaba en el centro de rehabilitación. Trató de inventarse algo, pero al final del día solo tenía una palabra:

Rarísimo.

Era rarísimo ver a su padre prepararles el desayuno por la mañana, demasiado viscoso a la vista, aunque tanto Maya como Lauren se lo comían a pesar de todo. Al final del día, todos estaban demasiado cansados para decidir qué cenar, de modo que había cajas de pizza en la mesita de centro mientras los tres, recostados en el sofá, mordisqueaban la cena al tiempo que veían repeticiones de *House Hunters*.

Su madre había ido al centro de rehabilitación directamente al salir del hospital, con la cabeza vendada y las manos temblorosas. A Maya le pareció una niña asustada, con sus ojos grandes y sus huesos pequeños. La abrazó para despedirse y no pudo decidir si quería que volviera pronto o que se alejara para siempre.

La terapeuta del hospital dijo que era mejor que no volviera a casa mientras estuviera en rehabilitación, que ver su casa podría hacer que de repente decidiera no volver más, concluir que podría simplemente beber menos en casa y no necesitar ningún tipo de terapia. «De acuerdo», había dicho Maya cuando le sugirió eso la terapeuta. Esto fue después de que Grace y Joaquin fueran a su casa la mañana después del accidente, cuando los tres se sentaron juntos, metieron los pies en el agua y fumaron un porro que, Maya se dio cuenta después, era una de las pocas cosas que le quedaban de Claire.

El centro de rehabilitación era un lugar que, según los folletos, era lo más parecido a unas vacaciones en un spa. Pero su padre les aseguró que era un lugar maravilloso que le daría a su madre la ayuda que necesitaba. ¿No les parecía genial? Maya y Lauren estaban sentadas una junto a la otra en el sofá del vestíbulo del hospital y asintieron. ¿Qué más podían hacer?

Su padre se había horrorizado cuando le contaron lo de las botellas de vino escondidas por toda la casa, las vacías metidas en el fondo del contenedor de reciclaje del patio trasero. Se había sentado entre Lauren y Maya en el sofá de la sala mientras esta se lo explicaba todo con una voz monótona que ni siquiera se parecía a la suya.

—¿Hace cuánto que está pasando esto? —preguntó.

—Bastante —respondió Lauren, finalmente, y él soltó un suspiro largo y profundo antes de hundir la cabeza entre las manos.

Maya no sabía si debía consolarlo, así que no hizo nada.

—Está bien —dijo a continuación—. Haremos unos cuantos cambios por aquí.

Y ahora los tres estaban recolocando cosas en la casa, que de repente les parecía demasiado grande. Maya nunca se había dado cuenta de cuánto espacio ocupaba su madre. Una tarde, se descubrió subiendo automáticamente la escalera para echarle un ojo a la reserva más reciente de botellas de vino, y al abrir el armario se dio cuenta de que ese ya no era un problema.

Su padre quería que Maya y Lauren empezaran a ir a terapia también.

—¿Por qué? —le había preguntado Maya—. Nosotras no somos las que tienen el problema con la bebida.

En privado, pensaba que era otro resultado más del egoísmo de su madre: ella era la que tenía el problema con la bebida, ¿así que por qué Maya habría de perder una hora a la semana haciendo terapia?

—Papá está muy raro —le dijo Lauren una noche. Estaban haciendo los deberes en la habitación de Maya. Lauren estaba echada en el suelo mientras que Maya estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama. Ninguna de las dos pensó en usar el escritorio, y aunque hubieran querido, la ropa de Maya estaba por todos lados.

—Papá está raro porque tiene miedo de que terminemos perjudicadas emocionalmente y de manera irreparable —contestó Maya, con la pluma entre los dientes mientras pasaba del libro de texto de Física al de Laboratorio—. Además, en general, los padres son raros.

—¿Tú irás a terapia? —le preguntó Lauren. Desde el suelo sonaba muy lejana.

—Claro que no —le aseguró Maya—. Mamá es la que tiene el problema. Puede usar su precioso tiempo para arreglarlo.

Lauren se quedó callada otro largo minuto antes de decir:

—¿Y por qué ahora siempre estás en casa?

—¿Qué? —Maya cerró el libro de texto y volvió al de prácticas. ¿Por qué no podían meter toda la información en un libro en vez de obligarte a usar al menos tres para cada clase?

—¿Dónde está Claire?

Maya ignoró el dolor sordo que le subía disparado por la columna cada vez que alguien mencionaba a Claire.

—Hemos terminado.

—¿Qué? —Lauren parecía escandalizada—. ¿Por qué? Pensaba que estabais totalmente enamoradas la una de la otra.

—Lo estábamos. Historia antigua. El amor es fugaz, las cosas cambian... etcétera.

—¿Por qué?

—Porque nos peleamos y las dos nos dijimos cosas crueles. —Maya omitió la parte en la que había sido ella la que había dicho cosas crueles y Claire la que dijo la verdad.

—Pues qué tontería —dijo Lauren—. Las dos os veíais superadorables juntas.

—Sí, Grace y Joaquin ya me han dicho que estoy siendo una idiota. No me lo tienes que recordar tú también, Lauren, ¿vale?

Hubo una pausa antes de que Lauren dijera:

—¿Grace y Joaquin? ¿Se lo contaste?

—Por supuesto que se lo conté. Cuando vinieron el otro día, después de que te fueras a casa de tu amiga.

—Pues yo pensé que solo estuvisteis hablando de mamá.

—Hablamos de muchas cosas. Por ejemplo, del hecho de que Grace piensa que deberíamos buscar a nuestra madre biológica.

Maya había tratado de esquivar la conversación sobre Claire, de lo mal que se sentía incluso al pronunciar su nombre, con los grises y negros más pálidos que su mente pudiera imaginar jamás, las asfixiantes columnas de humo que quedaban después de un espectáculo de fuegos artificiales. Pero a juzgar por el silencio de Lauren, había llevado la conversación por el camino equivocado.

—¿Qué? ¿Ahora vas a abandonar a tu familia?

—¿Cómo? —Maya levantó la mirada del libro—. ¿De qué estás hablando?

—¿Mamá se va al centro de rehabilitación y decides cambiarla por un nuevo modelo? ¿Eso es lo que estás haciendo con Grace? Somos demasiada molestia, así que decides encontrar algo mejor.

—Lauren, ¿qué demonios estás...?

—Olvídalo. —Se levantó y recogió su ordenador y sus libros con tanta prisa que uno de sus cuadernos cayó al suelo. Maya intentó recogerse, pero Lauren dio un paso y la bloqueó con la espalda.

—Déjalo —dijo.

—Estás en mi cuarto —subrayó Maya—. Con gusto te dejaría sola, pero tú eres la que tiene que irse, no yo.

Lauren siempre había sido así desde bebé, explosiva, con berrinches atronadores cuando no conseguía lo que quería. «Es ese gen pelirrojo», explicaban sus padres mientras la sacaban arrastrando de restaurantes, cines, librerías, dejando a Maya, la única que no era como los demás, con una sonrisa en el rostro al ser la destinataria imprevista del doble de palomitas, helado y libros.

Pero cuando Lauren salió hecha una furia, Maya se dio cuenta de que no había dejado nada atrás, y que lo que solía experimentar como una victoria, ahora le parecía una pérdida triste y hueca.



Ya era jueves cuando, finalmente, Claire se cruzó con Maya en el camino a la clase de Historia.

—Eh, déjame pasar —le dijo Maya—. Vas a hacer que llegue tarde.

Eso no era lo que había planeado decirle, por supuesto. Maya había pensado en mil cosas distintas: pedirle disculpas, confesiones, lágrimas y *mea culpa*, explicaciones detalladas de lo estúpida que podía llegar a ser, de lo terca que era.

Pero entonces vio a Claire y el dolor se desbordó, adueñándose de todas las cosas inteligentes que quería decir, con una furia celosa alimentada por la envidia.

—¿Cómo es que no me dijiste que tu madre estaba en rehabilitación?

Maya se quedó inmóvil. Se suponía que nadie debía saber eso. ¿Lo sabían todos? ¿Estaban todos en la escuela mirándola, juzgándola?

—¿Cómo...? ¿Cómo lo...?

Claire levantó su móvil. Era más alta que Maya, pero por primera vez sentía su altura intimidante.

—Porque Lauren me escribió, por eso. Tu hermana pequeña es la que me lo tuvo que contar.

Maya sintió una sensación nerviosa revoloteando en su estómago.

—No es asunto tuyo.

—Tonterías.

Maya trató de pasar a su lado y seguir adelante, pero Claire le bloqueó el camino.

—Tú y yo vamos a hablar. Ahora mismo.

—Tengo clase.

—Ah, ¿y de repente eres la estudiante perfecta que nunca falta? Buen intento. Vamos.

Maya siguió a Claire más allá del gimnasio y del teatro al que todos conocían como «el Teatrito», aunque era el único en el campus y de considerable tamaño. Finalmente, se detuvieron en la zona de hierba que Maya siempre había considerado que les pertenecía. Parecía extraño que el césped todavía se mostrara tan verde y abundante, aunque ellas hubieran terminado.

—Está bien —dijo Claire.

La segunda campana ya había sonado y la escuela parecía extrañamente vacía, como si fueran las únicas personas que quedarán en el campus.

«Si este fuera un *show* de televisión —pensó Maya—, ahora empezaría la invasión zombi.»

—Dilo.

—¿Que diga qué? —preguntó Maya, evitando deliberadamente mirar a Claire—. Ya lo sabes todo.

—Sé un hecho básico, eso es todo. —El rostro de Claire se suavizó de repente y puso las manos en los hombros de Maya—. My —dijo, y su voz era tan suave que a Maya le dolió más que si estuviera gritando—. ¿Qué ha pasado? Lauren me escribió que estaba en el hospital. Que tuvisteis que ir hasta allí en ambulancia.

Maya se mordió ligeramente el labio inferior, mirando a todos lados menos a Claire.

—Se golpeó la cabeza al caer. Tuvo una conmoción. Y luego mi padre la llevó al centro de rehabilitación de Palm Springs y se vino a vivir con nosotras.

—¿Por qué no me contaste nada de esto? —Las manos de Claire le apartaron el cabello que le caía sobre los hombros, y Maya no estaba segura de si quería dar un paso para acercarse más a Claire o irse corriendo sin mirar atrás. Se sentía tan expuesta... y ni siquiera eran sus secretos. ¡Eran los de su madre, por Dios!

—Porque habíamos terminado —dijo Maya, haciendo un esfuerzo por poner el mejor tono de obviedad en su voz.

Claire suspiró de la misma manera en que lo hacían los padres decepcionados.

—Maya, ¿en serio? ¿Crees que todo tiene que acabar? Nos peleamos, sí, ¿y eso significa que esto tiene que terminar?

Maya empezó a pensar en Joaquin y en Birdie, en que Joaquin había dicho que él y Maya tenían la misma disfuncionalidad. Por más que ella hubiera pensado en su familia biológica, solo se había preguntado si se parecían o no, si se reían de la misma manera, o tenían pulgares de articulaciones dobles. Nunca pensó que compartieran las mismas estúpidas historias de separaciones.

—No quiero hablar de esto —dijo Maya, e intentó volver a esquivar a Claire—. Hablo en serio. Tengo que ir a clase.

—Lauren también me dijo que ibas a buscar a tu madre biológica.

—¿Que dijo qué? —Maya se había alejado un paso, pero se volvió rápidamente, roja como una herida que se abre y manda la sangre directamente al cielo—. Mira —dijo—. Dejemos clara una cosa: no necesito que tú y mi hermanita estéis chismorreando sobre mí, ¿de acuerdo? Si quieres saber algo, me lo puedes preguntar a...

—¡No, no puedo, Maya! —le gritó Claire—. ¡Ese es el problema! ¡Todo te lo guardas! No me contaste lo de tu madre, nunca me has contado que encontraste a tus hermanos, ¿y ahora quieres encontrar a tu madre biológica y ni siquiera lo mencionas, ni una sola vez?

—¡Si quisiera hablar sobre ello, lo haría!

—¡No te creo! Creo que has estado guardando los secretos de tu madre, y ahora son sus secretos los que te están empezando a arruinar la vida a ti.

Maya estaba temblando literalmente con la fuerza de su enfado. Pero ¿era enfado? ¿Así se sentía uno cuando estaba de verdad enfadado, o era algo más intenso, más complicado? ¿Así era sentirse expuesta, que todos sus pensamientos privados fueran exhibidos frente a la única persona para quien quería ser perfecta?

—Deja de mandarte mensajes con mi hermana —dijo Maya con los dientes tan apretados que la mandíbula le dolió—. ¡Lo digo en serio!

Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia su clase.

—¡Maya! —gritó Claire detrás de ella, pero Maya abrazó su mochila con más fuerza y empezó a correr. La alivió que le dolieran los pulmones y el pecho le ardiera. Quería que el dolor fuera acorde con la manera en que se sentía.

Quería que le doliera.



El siguiente domingo, cuando Maya se encontró con Grace y Joaquin, los tres estaban de mal humor.

Una mirada a la pajita de Grace básicamente le dijo a Maya que no estaba bien. Maya no tenía idea de cómo podía beber con eso sin cortarse la boca.

—¿Has pensado en beber directamente de la taza? —le preguntó Maya en algún momento.

Grace la fulminó con la mirada y luego miró por encima de su hombro. Estaban en un Starbucks en un centro comercial al aire libre cerca de casa de Grace, sentados en la terraza, y parecía como si esta esperara que un francotirador la derribara. Maya se ponía muy nerviosa con solo mirarla.

—Dios, Grace —le dijo de repente—, nadie te persigue.

Grace soltó una carcajada que hizo que Maya se preguntara si su hermana tenía vínculos con la mafia.

Joaquin tenía cara de pocos amigos, los ojos pesados. No es que fuera la persona más habladora, claro, pero Maya estaba acostumbrada a un poco más, en especial después del fin de semana pasado, cuando hablaron de cosas realmente importantes.

—Mi madre ya está en rehabilitación —dijo después de un minuto de silencio total.

—Qué bien —dijo Grace.

—Muy bien —coincidió Joaquin.

—Y mi padre se ha venido a vivir con nosotras —continuó Maya.

—Me alegro —dijo Joaquin.

—Será bueno para ti y tu hermana —agregó Grace.

Maya entornó los ojos.

—Y mi hermana, ¿sabéis?, por fin van a hacerle la operación para quitarle esos cuernos de la frente.

—Genial —comentó Grace, lanzando una mirada por encima del hombro de Joaquin.

—Espera, ¿cómo dices? —preguntó Joaquin—. ¿Van a operar a tu hermana?

—Vaya —suspiró Maya—. Parecéis zombis, ¿lo sabéis? Os estáis portando superraro.

—Lo siento —dijo Grace—. Es que... de verdad que odio esta plaza, eso es todo.

—Y yo en realidad soy un zombi —contestó Joaquin—. Bueno, ya conocéis mi secreto. Me siento mucho más ligero. —Respiró profundamente y soltó un largo suspiro, haciendo que tanto Grace como Maya se rieran a pesar suyo.

—Mira que eres raro —dijo Maya.

Joaquin se señaló con un dedo.

—Ya te lo he dicho: zombi.

—Eso explica el olor a carne podrida —contestó Maya, y luego se agachó cuando Joaquin le lanzó una servilleta.

Grace se había quedado quieta junto a ellos.

—El zombi definitivamente te va a devorar a ti primero —le dijo Maya, y le dio un codazo.

—Cállate —susurró Grace en respuesta, mirando por encima del hombro de Joaquin, y este se dio la vuelta para ver qué había captado su atención.

Dos chicos entraban en ese momento en el Starbucks y por lo visto conocían a Grace. Cuchicheaban entre ellos y luego uno le dijo algo al otro y los dos estallaron en carcajadas mientras hacían chocar los puños.

—¿Sabes quiénes son esos idiotas? —preguntó Maya. Por su parte, no tenía paciencia con los tipos que se ponían la gorra de béisbol al revés y hablaban siempre de «ligar con chicas», aunque Maya estaba bastante segura de que no habían tocado a ninguna.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Grace.

—Espera un momento, Grace —dijo Joaquin, irguiéndose un poco—. ¿Estás temblando?

—Hola, Grace.

Ahora los chicos estaban de pie junto a su mesa. Casi no había nadie en la terraza, solo unas cuantas personas mayores que tomaban té en el rincón más alejado. Los dos hablaron en voz muy alta.

—¿Novio nuevo? —preguntó uno de ellos. Era alto y flaco, y hacía que Maya estuviera muy contenta de haber nacido lesbiana.

—Lárgate, Adam, ¿de acuerdo?

—¿Qué tal? ¿Estáis pasando el rato? —Adam tenía todo el aspecto del gato que atrapó al canario.

—Te mueves bastante rápido —dijo el otro tipo—. Tú y Max acabáis de terminar, ¿no?

—Grace —dijo Maya muy lentamente—. Vámonos, ¿de acuerdo?

Frente a ellos, Joaquin estaba sentado muy recto. Maya nunca antes lo había visto tan alerta, y eso no hizo que se sintiera mucho mejor.

—¿Ya le has contado a tu chico nuevo lo que estabas haciendo el año pasado? —dijo Adam, y su sonrisa le recordó a Maya la del gato de Cheshire: demasiado grande para ser sincera, una luna creciente con excesivo filo en los bordes—. ¿Todos tus grandes... cambios?

Grace empezó a levantarse, empujando la silla contra la mesa de atrás. Pero por lo visto eso solo hizo que los chicos se rieran, y antes de que Maya o Joaquin pudieran hacer algo, Adam se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Sabe lo zorra que eres? ¿O eso es lo que más le gusta de ti?

Maya iba a hacer algo, a decir algo, lo que fuera para liberar la presión que sentía que le estallaba en el pecho, cuando de repente Joaquin ya se había levantado, y lo hizo tan rápido que nadie lo vio venir. Con un movimiento uniforme, estampó a Adam contra la pared, con el antebrazo apretado contra su pecho. Adam tenía los ojos muy abiertos y parecía asustado, como un pez fuera del agua.

—Escucha, idiota, es mi hermana —murmuró Joaquin, y ahora Maya se puso al lado de Grace, cogiéndola del brazo—. ¿Lo has entendido, imbécil? ¿Te parece bien hablarle así a mi hermana?

Adam no dijo nada. Maya sintió que la presión del pecho se le iba directamente al corazón, estallando con un amor repentino y feroz por él.

—Joaquin... —empezó a decir Grace, pero la voz pareció habersele apagado en la garganta.

—N-no —murmuró Adam. La gorra se le había inclinado sobre la cara y ahora solo parecía un niño—. No. Lo siento, ¿de acuerdo? Ni siquiera sabía que tenía un hermano.

—Si le vuelves a hablar, o si se te ocurre volver a mirarla —Joaquin apretó el brazo con más fuerza sobre el pecho de Adam y lo deslizó hacia arriba, hacia su garganta—, te las vas a tener que ver conmigo. ¿Te ha quedado claro?

Adam asintió nerviosamente, con las pupilas dilatadas. Junto a él, su amigo estaba en silencio, sin mover un dedo.

Y Grace también.

—Y ahora lárgate —le ordenó Joaquin, y Maya pensó que era más bien un gruñido, el de un oso que ataca—. Si te vuelvo a ver, tú y yo tendremos problemas.

Adam volvió a asentir, y Joaquin apretó una última vez antes de que su mirada se clavara sobre la del chico, para luego soltarlo. Él y su amigo se escabulleron mientras Joaquin parecía derrumbarse, su tono desafiante lo estaba abandonando y lo hacía parecer vulnerable.

—Joaquin —dijo Grace. Ahora jadeaba. Como él.

—Joaquin —repitió Maya al no recibir respuesta.

—Lo... lo siento —dijo él con la respiración entrecortada, y de repente abandonó a toda prisa la terraza y bajó corriendo por la calle. Se alejaba de ellas a toda velocidad, tratando de escapar.

Joaquin

Sintió que iba a vomitar.

No estaba seguro de lo que había ocurrido. Primero estaba con Maya y con Grace, pensando en Mark y Linda, y luego esa comadreja de mierda se había acercado a Grace y había hecho que se estremeciera, la había llamado zorra, y Joaquin sintió que se deslizaba dentro de ese espacio candente que había pasado años tratando de evitar.

Mentiría si dijera que no se sintió bien al notar el pulso de ese chico que latía rápidamente contra su brazo, sus respiraciones cortas, los ojos completamente abiertos. Era algo poderoso tener el destino de alguien en tus manos, literalmente, y Joaquin no había experimentado ese tipo de poder en mucho tiempo.

Pero el problema con el poder es que tenerlo no siempre te hace una buena persona. A veces te convierte en el malo.

Corrió hasta que llegó al límite del parque que rodeaba la plaza, uno que normalmente solo usaban los niños muy pequeños y sus padres vigilantes, y no fue hasta que se detuvo que se dio cuenta de que sus hermanas lo seguían de cerca.

—¡Joaquin! —gritaban, corriendo tras él—. ¡Joaquin, espera!

Él se dio la vuelta. El pecho le palpitaba mientras trataba de recobrar el aliento. No había corrido así desde hacía mucho tiempo. Se sentía como si pudiera seguir corriendo para siempre.

—Por favor... marchaos, ¿de acuerdo? —les dijo a sus hermanas, extendiendo el brazo para que no se le acercaran—. Lo siento, he echado a perder nuestro día.

—Estás temblando —dijo Grace. También ella temblaba. Maya era la única que parecía firme, con los ojos salvajes y vivos—. Deberías sentarte.

—Estoy bien —respondió Joaquín—. Me he alterado un poco, eso es todo. Lo siento.

Grace negó con la cabeza.

—Yo no —dijo—. Se lo merecía.

—Joaquín —ahora era Maya la que se acercaba a él—, al menos vamos a sentarnos, ¿vale? No parece estar muy bien.

Él estuvo de acuerdo.

—Vale —asintió.

—Bien —dijo Maya, y le tendió la mano—. Vamos a sentarnos. Es genial sentarse. A todo el mundo le gusta hacerlo, incluso a la gente activa. ¿Corres en competición o algo así? Porque ibas a toda velocidad por el aparcamiento. Creo que hasta adelantaste a un Tesla en algún momento.

En alguna parte del fondo de su cerebro, donde estaba todo borroso, Joaquín recordó que Maya les había dicho que hablaba mucho cuando estaba nerviosa. Él la había puesto nerviosa, lo sabía, y eso lo hizo sentirse peor.

Para cuando los tres se sentaron en un banco, Joaquín, con una hermana a cada lado, ya empezaba a recuperar un poco el aliento. Pero Grace todavía parecía bastante temblorosa, y él observó que tenía los puños apretados sobre el regazo.

—Está bien —empezó Maya tan pronto como se sentaron—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Llamó zorra a Grace —respondió Joaquín. Apenas podía levantar la voz por encima de un murmullo—. No debió hacerlo.

—No, no me refería a eso —dijo Maya—. Me refiero a la carrera por el aparcamiento, Joaq. Corrías como un conejo asustado.

Esa no era exactamente la imagen que tenía Joaquín de sí mismo, pero quizá Maya tenía razón. Después de todo, nunca se había visto correr.

Como él no dijo nada, Grace relajó las manos y cogió una de las de Joaquín.

—Joaquín —dijo en voz baja—. ¿Qué ha pasado?

Él le envolvió los dedos con los suyos, y le apretó la mano hasta que sintió que podía volver a hablar. Grace estaba bien, se repitió. Nadie había salido herido. No le había hecho daño a nadie.

Maya se mantenía muy cerca de él al otro lado, con la mano sobre su hombro.

—No pasa nada, Joaq —dijo en voz baja—. Todo está bien. Solo respira profundamente.

Él asintió, intentando controlar los latidos de su corazón, y trató de volver a meter al tigre en la jaula.

—Cuando tenía doce años... —dijo antes de poder evitarlo, y luego no pudo continuar. Solo había contado esta historia una vez antes, a Ana, Mark y Linda, pero eso había sido en el salón de Mark y Linda, donde estaba rodeado de gente que, bueno, le importaba que lo quisieran, y la luz del sol se colaba en la estancia haciendo bailar las partículas de polvo entre sus rayos.

El sol se colaba ahora entre los árboles del parque, y Maya y Grace esperaron a que Joaquin volviera a hablar.

—Cuando tenía doce años —dijo, retomando la palabra— me adoptó una familia. Los Buchanan. —Simplemente decir su nombre hacía que le amargara la boca; se detuvo y esperó hasta que pudo hablar otra vez—. Se convirtieron en mis padres de acogida cuando tenía diez años, y decidieron que me querían adoptar.

—¿Tú querías que te adoptaran? —preguntó Grace cuando él hizo una pausa. Jamás habría pensado que la mano de su hermana pudiera ser tan fuerte, pero lo estaba sujetando con firmeza, no lo dejaría ir.

—Pensaba que sí —respondió—. Tenían otros dos chicos a los que ya habían adoptado, y también una hija mayor y un, eh, un bebé. —Joaquin todavía la podía ver, con las piernas torcidas y los rizos oscuros que colgaban como un halo alrededor de su cabeza. Tan solo pensar en ella hacía que se sintiera enfermo.

—¿Eran buenos contigo? —preguntó Maya.

—Estaban bien —dijo—. No sé si eran buenos. Pero no eran «no buenos». A veces con eso basta. Tenía mi propia habitación, mi propia cama. Fuimos de compras y me dejaron escoger las sábanas. Fue algo importante para mí.

Joaquin todavía sentía que el corazón le latía con fuerza, y volvió a respirar profundamente, la mano de Maya tibia sobre su hombro.

—Vivir con ellos estaba bien, los chicos eran agradables y todo eso. Tenían un bebé —Joaquin apenas se atrevía a decir su nombre—, Natalie. Yo estaba... pensaba que era en serio, ¿sabéis? Pensaba que esa era mi familia.

—¿Qué pasó? —preguntó Grace, y Joaquin pudo oír un miedo más profundo en su voz, distinto de cuando Adam la había llamado zorra.

Joaquin se mordió el interior de la mejilla, esperando a poder volver a hablar.

—Empecé..., no sé, empecé a tener berrinches. Los llamaban crisis. Simplemente me desmayaba del enfado. Sentía como si la piel me estuviera estallando. Como si no pudiera respirar. Y cuanto más se acercaba la adopción, más empeoraba todo. Provoqué peleas con todos menos con Natalie, y ni siquiera lograba explicar por qué. Pero los Buchanan, de todos modos, llevaron a cabo la adopción.

Joaquin se preguntaba si se habían arrepentido, si se sentaban por las noches y rememoraban la vez en que tomaron la terrible decisión de llevar a Joaquin a su casa.

—Pero sabía que algo iba mal —dijo—. Ni siquiera los podía llamar «mamá» y «papá». Dos años después y aún seguía llamándolos por sus nombres. Parecía como...

—¿Como qué? —preguntó Grace con voz dulce.

Joaquin se soltó un poco, apoyándose contra las dos chicas. Notó que eran lo suficientemente fuertes para sostenerlo.

—Pensaba que una vez que llegara la adopción ya no habría nada que hacer —dijo—. Sería inapelable. Pensaba que, si alguna vez volvía nuestra madre, si en realidad finalmente volvía, y aparecía en la casa y veía que yo tenía una nueva madre, un nuevo padre, que... ella pensaría que la había reemplazado. Es una tontería, lo sé, es tan jodidamente estúpido. Fui tan idiota...

—No, no —dijo Maya, apoyándose contra él—. No es una tontería, no es una tontería en absoluto. Eras un niño, ¿no? No te tocaba a ti descifrar todo eso.

Joaquin se rio un poco.

—Bueno, en realidad todavía no os he contado la parte mala.

Las chicas se quedaron calladas, esperando que volviera a hablar.

—Entonces, un día, más o menos seis meses después de que hubiera tenido lugar la adopción, Natalie tenía casi dos años, y era un sábado por la tarde, y yo estaba teniendo una crisis épica. —Joaquin intentó no recordar el tacto de la moqueta contra la espalda, la manera en que el cabello se le enredaba en ella mientras se revolcaba, aullando por algo, por alguien, que siempre estaba fuera de su alcance—. Nadie podía ni tocarme. No dejaba que nadie se acercara. Luego, el padre, el señor Buchanan, trató de levantarme y ponerme de pie. Intentar calmarme. Y entonces empecé a lanzar todas las cosas que tenía a mi alcance. Estábamos en su oficina y había una grapadora sobre el escritorio...

Joaquin hizo una pausa. Todavía podía sentir el metal frío de la grapadora en su mano, lo pesada que le pareció cuando la levantó. Le volvían a temblar las manos, y Grace apretó los dedos un poco más entre los suyos.

—¿Qué pasó? —susurró.

—La lancé —dijo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, descendían por su garganta y lo quemaban todo—. La lancé —dijo de nuevo, aclarándose la garganta—. Se la lancé a él, pero salió por la puerta, y Natalie... Natalie pasaba por delante justo en ese momento.

Joaquin hundió la cabeza entre los hombros, cerró los ojos, enfermo de vergüenza.

—Le dio en la cabeza —se señaló la sien—. Justo ahí, y simplemente se desplomó. Y el señor Buchanan soltó algo como un rugido, como un león, y me empujó hacia atrás estrellándome contra la librería. Se me rompió el brazo. —Joaquin todavía recordaba el sonido del hueso al quebrarse, un dolor candente que reemplazaba a otro, pero nada tan doloroso como el sonido de Natalie cayendo al suelo.

Joaquin estaba llorando. Ni siquiera había llorado cuando les contó la historia a Mark y Linda y a Ana. Ellos sí que habían llorado, pero Joaquin permaneció impasible, como si le hubiera pasado a otra persona.

—Nunca le hubiera hecho daño —sollozó—. Yo quería a Natalie. No quería hacerle daño. No quería hacerle daño a nadie.

Grace lo estaba abrazando, el brazo de Maya también rodeaba sus hombros. Joaquin se puso la mano en la frente y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Qué pasó después de eso? —preguntó Grace.

—Sala de emergencias —dijo—. Me volvieron a meter en el programa de adopciones esa misma noche.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó Maya. Joaquin estaba bastante seguro de que ella también estaba llorando.

—La gente lo hace todo el tiempo —afirmó—. Alegaron que era un peligro para los demás niños. Y si te pones violento en alguna casa, te meten en un psiquiátrico durante unos cuantos días. Después de eso tuve que ir a un hogar de acogida en Pomona. Tenía «necesidades especiales», dijeron. Ya era demasiado mayor, demasiado violento. —Pensó en las palabras de su hermana de acogida, Eva—. Demasiado y no lo suficiente. Creo que la gente me tenía miedo.

Grace se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—¿Y Natalie...?

—No le pasó nada, por suerte —dijo Joaquin—. Le pregunté cómo estaba a la trabajadora social tan pronto como llegó al hospital. Fue una contusión, pero... —Joaquin no pudo completar la frase.

—Pero ¿te rompiste el brazo?

—Fue una fractura limpia —dijo Joaquin, como si eso mejorara en algo la historia—. A los Buchanan no les permitieron acoger ni adoptar a nadie más a causa de lo ocurrido.

—Bien —exclamó Maya.

—Después de eso fui de hogar de acogida en hogar de acogida —continuó Joaquin—. No me podía quedar con cualquier familia. Tenían que tener un entrenamiento especial para controlar a chicos como yo. También les pagan más, por los riesgos y la ocupación adicional.

—¿Y Mark y Linda lo tienen? —preguntó Grace.

—Hicieron los cursos después de conocerme —dijo Joaquin—. Cuando tenía quince años, casi dieciséis, acudieron a una especie de «día de las adopciones» en uno de los hogares de acogida. Me dijeron que les gusté. —Joaquin todavía no los creía del todo, pero era agradable pensarlo, de todos modos.

—Creo que de verdad te quieren, Joaquin —murmuró Maya.

—¿Por eso no quieres que te adopten? —preguntó Grace—. ¿Porque tienes miedo de que te devuelvan como lo hicieron los Buchanan?

Joaquin se secó las lágrimas y le lanzó una mirada.

—No me molesta que vuelvan a adoptarme —dijo—. Solo que los quiero demasiado para arriesgarme a hacerles daño, para hacerle daño a quien sea de esa manera. Con una vez fue suficiente.

Las dos parecieron acurrucarse contra él.

—Ay, Joaquin —suspiró Maya.

—No —la interrumpió antes de que empezara a decirle cómo debería sentirse—. No lo entendéis. Ya me visteis con ese imbécil. Simplemente me brotó..., es como si no lo pudiera contener. Podría haberle hecho mucho daño.

—Pero no lo hiciste —terció Grace—. No lo hiciste. Me estabas defendiendo. Dijo algo terrible que sabía que iba a herirme, y tú me defendiste. No es lo mismo. Y... —prosiguió antes de que él pudiera replicarle — ¿recuerdas que te dije que le había dado un puñetazo a un chico en la escuela?

Joaquin esperó a que ella prosiguiera, y como no lo hizo, lo comprendió.

—¿Fue él?

Grace asintió, tenía el rostro serio.

—Guau. Eso está bien. —Joaquin sintió que se liberaba de un gran peso por querer asesinar a Adam.

—Entonces, ¿ese tipo es más idiota de lo que pensaba! —dijo Maya—. ¿Y a mí cuándo me toca darle una paliza?

Joaquin sonrió, y Maya lo abrazó, apretando el rostro contra el brazo de su hermano.

—No eres una mala persona —susurró—. No lo eres.

—Le tiré una grapadora de metal a un bebé —contestó. Pensaba que al decirlo en voz alta podría aminorar la gravedad de lo que había hecho, como arrancarse una tirita, pero fue completamente lo contrario: las palabras parecieron desgarrarle la boca mientras las decía.

—Lanzaste una grapadora porque estabas asustado —lo corrigió Grace—. Por casualidad, la pequeña estaba allí. Fue un accidente. No debieron castigarte.

—Eras solo un niño —agregó Maya.

Joaquin tuvo que cerrar los ojos al oír eso. Sintió como si se hubiera caído al agua y sus hermanas fueran lo único que lo mantenía a flote.

Sus hermanas. Mierda.

—¿Está bien que haya dicho eso? —preguntó Joaquin, lanzándole una mirada a Grace.

Ella frunció el ceño.

—¿Decir qué?

—Ya sabes. Llamarte «mi hermana».

Las comisuras de la boca de Grace temblaron mientras empezaba a sonreír.

—Pues claro —afirmó—. Es lo que soy, ¿no es así?

Al otro lado, Maya acomodó la cabeza sobre su hombro.

—Yo también —dijo en voz baja.

Cuando pudo volver a hablar, Joaquin se limpió los ojos con la manga de la camisa. Si Linda hubiera estado allí, probablemente le habría dado un paquete de clínex.

—Entonces... soy un monstruo —dijo. Estaba tratando de mantener un tono desenfadado, tratando de salir a flote después de casi ahogarse en la marea, pero lo sintió forzado. Ni siquiera él se creía su propio tono de voz.

—Creo que cualquiera que haya pasado por tanto dolor debe de tener un corazón bastante grande. —La voz de Grace sonaba suave—. Y no importa lo que ocurra: Maya y yo nunca te devolveremos.

—Nop —la secundó Maya—. Ha sido una compra sin posibilidad de devolución, sin vuelta atrás.

Joaquin sonrió un poco.

—Pero ¿y si...?

—¡Nop! —lo cortó Grace—. Ya has oído a Maya.

—Pero quizá...

—¡No! —exclamaron las dos chicas al mismo tiempo, y Joaquin soltó una carcajada, clara y nítida en el aire que se enfriaba, un sonido que reverberó hasta sus oídos y colmó su espíritu.

Grace

Grace movía la pierna nerviosamente en la sala de espera de la consulta del terapeuta. Había un rompecabezas a medio terminar en la mesa que estaba frente a ella, pero no tenía el menor interés en juntar el resto de las piezas. Solo quería acabar con eso y largarse de allí.

Su madre se inclinó hacia ella y, con suavidad, le apretó la rodilla.

Entonces Grace empezó a mover la otra pierna.

Había estado temiendo esta cita durante toda la semana. Sabía que tendría que hablar de Peach, de su madre biológica, de sus hermanos..., prácticamente de todo lo que había ocurrido en su vida en los últimos meses, iba a convertirse en el blanco de un desconocido, y lo único que quería era dar la vuelta y regresar a casa, a la seguridad de su habitación y de su soledad. Su único consuelo era que al menos sus padres parecían sentirse tan incómodos como ella.

Grace deseaba que Rafe estuviera ahí, a su lado. Al menos él la hacía reír.

Cuando entraron en la consulta, Grace pensó que no le costaría nada vomitar. «¿Cómo es que Joaquin hace esto cada semana?», se preguntó; luego pensó en la última vez que lo había visto y volvió a sentirse triste otra vez. Después de que se lo hubiera contado todo a ella y a Maya, Grace se sentó al volante para volver a casa, y tuvo que detener el coche a medio camino para llorar. Más que nada, deseaba haber conocido a Joaquin en aquella época, deseaba haberlo conocido toda la vida para que todo hubiera sido más fácil. Volvió a pensar en Alicia, metida en una botella y viajando en la tormenta a través del océano.

El nombre del terapeuta era Michael, y parecía bastante agradable. Llevaba la corbata anudada al estilo Windsor; era un nudo perfecto, de los que Grace solo había visto fotos en internet, y eso hizo que confiara en él un poco más.

Solo un poco.

—Bueno, Grace —dijo Michael tan pronto como se sentaron—, tus padres me contaron algunas cosas sobre ti cuando me llamaron por primera vez para concertar esta cita. Parece que has tenido un año bastante intenso.

Grace arqueó una ceja.

—Expulsé a un bebé de mi cuerpo, si es lo que me está preguntando.

La madre de Grace se tapó los ojos con la mano y soltó un gemido.

—¿Qué? —exclamó Grace, molesta—. Tú estabas ahí, mamá. Prácticamente eso fue lo que pasó.

Como punto a su favor, Michael pareció bastante imperturbable. A Grace le gusto todavía un poco más.

—Y tus padres mencionaron que diste en adopción al bebé, ¿correcto?

Grace asintió.

—A Daniel y Catalina, sí. Son muy buenos padres.

—¿Y estás de acuerdo con esa decisión?

Grace se encogió de hombros.

—Bueno, ya está hecho, ¿no? Ya no podría pedir que me la devolvieran, aunque quisiera.

—O sea, ¿te gustaría que te la devolvieran?

—Eso no... —Grace inspiró profundamente y se obligó a mantener las manos en el regazo—. Extraño mucho a Pe... a Milly. Por supuesto que la echo de menos. La llevé en mi interior durante casi diez meses. Pero está en un hogar mucho mejor, una familia más adecuada para ella. Hice lo correcto. Mis padres están de acuerdo.

—Tu madre también mencionó que desde hace poco te estás viendo con un chico, y que cuando trataron de discutir eso contigo, te alteraste un poco.

—Trató de arrancarle el techo a la casa —aclaró el padre de Grace, aunque a modo de broma.

A ella no le hizo ninguna gracia.

—Me enfadé—dijo, lanzándole una mirada a su padre— porque Elaine, la vecina, les llamó para contarles que me había visto almorzando con un chico, como si eso fuera un maldito crimen o algo por el estilo.

—Grace —intervino su madre—, no estábamos enfadados. Lo que ocurre es que estamos preocupados por ti. Te ves tan... No eres la de siempre, cariño.

—¡Por supuesto que no soy la de siempre! —exclamó Grace—. ¡Tuve un bebé y lo entregué en adopción! ¡Ni siquiera me reconozco! Os comportáis como si fuera a regresar a la escuela preparatoria e ir a las fiestas y a los bailes de otoño y de fin de curso, pero nada de eso ha pasado ni pasará. ¡Ni siquiera puedo salir a la calle sin que la gente susurre sobre mí y me diga que soy una zorra! Queréis tener de nuevo a una hija que ya no existe.

—Cariño, sabemos cuánto daño te hizo Max... —empezó su padre, pero Grace se dio la vuelta en el asiento con la mano levantada.

—No digas su nombre —dijo—. Ni siquiera lo menciones. Lo odio.

—Es que no queremos que vuelvan a hacerte daño —intervino su madre—. Solo creemos que necesitas más tiempo para recuperarte del todo.

—¡No lo entendéis! —casi gritó Grace—. ¡No voy a recuperarme! No dejáis de comportaros como si fuera a estallar en cualquier momento, y como si fuera a olvidar lo de mi bebé si no habláis de ello durante el tiempo suficiente. —Las palabras se le atropellaron en la garganta y casi las tuvo que escupir para sacarlas—. ¡Y que todo irá bien! ¡Eso es lo que hacéis siempre! Fingir que algo no ha pasado, y luego, con el tiempo, ¡es como si nadie recordara que efectivamente sucedió! ¡Habéis hecho lo mismo conmigo!

El silencio después del estallido se hizo especialmente denso.

—¿A qué te refieres, Grace? —preguntó Michael.

Grace casi había olvidado que el terapeuta estaba en la consulta. Se preguntó si se estaba arrepintiendo de haber accedido a reunirse con ellos.

—Es como... —Trató de encontrar las palabras que resumieran sus sentimientos—... como cuando dijisteis que, si alguna vez quería saber detalles de mi adopción, lo único que tenía que hacer era preguntároslo. Pero ¿por qué era responsabilidad mía? ¿Por qué tenía que ser yo la que preguntara? ¿Por qué no podíais ser vosotros los que me lo contarais?

La madre de Grace tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Simplemente no queríamos darte demasiada información.

—¡No! —exclamó Grace—. Pensabais que si sabía algo de mi madre biológica trataría de encontrarla, y eso os aterrorizaba.

—¿Por qué tienes escondidas esas fotos de Milly? —preguntó su madre de pronto.

—¿Qué? —dijo Grace—. ¿Cómo las has encontrado?

—Las vi en el cajón de tu escritorio —dijo—. Estaba guardando unos bolígrafos tuyos que encontré en mi coche y las vi. —Los ojos de su madre estaban más vidriosos, y añadió—: ¿Por qué nos las estabas escondiendo? Sé que echas de menos a tu hija, Gracie, pero nosotros echamos de menos a nuestra nieta y a nuestra hija. Solo quisiéramos que hablaras con nosotros.

El padre de Grace asentía.

Grace sintió que las lágrimas se le deslizaban por las mejillas, y se las quitó rápidamente de un manotazo.

—¿Por qué siempre es responsabilidad mía hablar con vosotros? —preguntó—. ¿Por qué no podéis vosotros hablar conmigo?

—Porque no queremos que estés triste —dijo su padre, su tono era exactamente tan triste como no quería que se sintiera Grace—. No deseábamos que sintieras que no te queríamos, y vimos cómo estabas cuando regresaste del hospital después de dar a luz. No queríamos ser responsables de nada que te volviera a hacer sentir mal. —Le lanzó una mirada a su esposa antes de añadir—: Hemos cometido muchos errores, creo. Pero te queremos más que a nada. Y te juro, Grace, que estamos tratando de mejorarlo, pero no sabemos cómo.

Ella intentó desesperadamente no pensar en el hospital, en ese viaje a casa en el que sintió como si le arrancaran algo del cuerpo a medida que se alejaba de Peach.

—Quiero encontrar a mi madre biológica —dijo—. Que sepa que estoy bien. Y quiero que no os preocupe.

—No lo hará —le aseguró su madre—. Estaremos bien. Cuenta con nosotros para lo que necesites, Gracie. Siempre estaremos ahí contigo, no importa lo que pase.

Grace recordó la fuerza con la que ella le había apretado la mano durante las contracciones, que nunca se había apartado de su lado, el modo en que su padre había visto Netflix con ella durante horas sin decir una sola palabra. Cuanto más mayores eran, más humanos parecían sus padres, y esa era una de

las cosas que más miedo le daba en el mundo. Echaba de menos cuando era pequeña, cuando eran los dioses todopoderosos de su mundo, pero, al mismo tiempo, verlos como humanos hacía que fuera más fácil verse a sí misma de esa manera.

—Grace, ¿has hablado con otras chicas que hayan pasado por la misma situación? —preguntó Michael—. ¿Un grupo de apoyo, quizá?

Ella negó con la cabeza. Hablar con desconocidos sobre Peach le parecía algo imposible, casi como una traición.

—Hay muchas chicas que están en las mismas circunstancias que tú —dijo Michael, pero su tono era amable—. ¿Es algo que quizá podamos explorar, al menos?

Grace asintió.

—Creo que vamos a progresar mucho trabajando juntos —dijo Michael con una gran sonrisa.

Grace se reclinó en su asiento y cerró los ojos.

El progreso, pensó, sonaba agotador.



—Bueno, déjame ver si lo he entendido bien —dijo Rafe—. ¿Elaine, la vecina, les contó chismes a tus padres sobre mí?

—Y sobre mí —asintió Grace, sorbiendo lo que quedaba de la leche malteada.

—Esa vecina tuya necesita ocupar el tiempo en algo —contestó Rafe.

Rafe le había escrito esa tarde después de la cita con el terapeuta.

¿Tienes deportivas?

¿Qué?

Vamos a correr. ¿Nos vemos en treinta minutos detrás del parque?

Grace había empezado a escribir para decirle que no, pero luego leyó lo que había escrito y lo borró.

Rafe era el tipo de compañero de deporte que le gustaba: callado. A ella todavía le iban bien las zapatillas, y aunque no estaba en las mejores condiciones para subir corriendo a toda velocidad por la colina, la punzada en el costado y el silbido de los pulmones hizo que se sintiera como antes, como si todavía tuviera una cosa que seguía igual incluso después de tantos cambios. El día era fresco, el aire de otoño finalmente parecía de otoño, y no como el de un verano extralargo, y cuando ella y Rafe lograron llegar a la cima de la colina, Grace se volvió hacia él y sonrió.

—No ha estado mal —dijo.

—Mátame —jadeó Rafe en respuesta. Se había doblado por la cintura y tenía las manos apoyadas en las rodillas.

Grace se limitó a reír.

Después se sentaron uno junto al otro en el capó del coche de Rafe. Grace se sentía más limpia y más pesada a la vez, como alguien que hubiese hecho la mitad de su trabajo, pero se hubiese reservado lo peor para el final.

Pero sentarse junto a Rafe en el aparcamiento hacía que al menos todo le pareciera un poco menos pesado.

—Sabes por qué la vecina llamó a tus padres, ¿verdad? —preguntó Rafe, y su voz tenía un filo que Grace nunca antes le había oído.

—¿Porque cree que me dejarán embarazada todos los chicos al norte del ecuador?

Rafe esbozó una ligera sonrisa.

—Ja. Quizá. Pero vamos, Grace, eres una chica blanca y yo soy mexicano. Saca tus conclusiones.

—¿Eso crees?

—No estoy al cien por cien seguro, pero sí tengo la certeza en un noventa y nueve por ciento.

—Sabes que no me importa esa mierda, ¿verdad? —le dijo Grace—. Al carajo con Elaine, la vecina, si ese es su problema.

Rafe no podía ocultar la sonrisa que se le dibujaba en los labios.

—Si no te importa, preferiría no irme a ningún lado con Elaine, la vecina.

—¡Cállate! —Grace soltó una risita. No tenía idea de por qué siempre se reía con él. No lograba decidir si era algo bueno o malo—. ¡Ya sabes a qué me refiero!

—Sí, y tú ya sabes a qué me refiero yo —respondió Rafe—. No te preocupes, no es que esté enfadado contigo por eso. Pero a veces no ves esas cosas del mismo modo que yo.

Grace asintió.

—Creo que deberíamos poner un letrero de «Se vende» en casa de Elaine —dijo.

Ahora le tocó a Rafe reírse.

—Adelante —dijo—. Yo te apoyaré.

—No me tientes. —Grace apoyó los pies en el borde del parachoques del coche. Estaban sentados en el lado del aparcamiento que quedaba junto a la plaza, desde donde había una sorprendente vista de la ciudad. Desde ese ángulo casi parecía un pueblo grande. Casi.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dime —dijo Rafe.

—¿Te acuerdas de mi hermano Joaquin, del que ya te he hablado? Es mitad mexicano, pero creció en distintas casas con distintas familias. Crees que... Bueno quiero decir que creo que es difícil para él. —Grace ni siquiera estaba segura de lo que quería decir ni de cómo decirlo.

—¿Me estás pidiendo que te dé mi opinión como mexicano? Ya sabes que eso es muy racista, ¿verdad?

Grace aguantó la respiración antes de contestar.

—No sé cómo hacer algunas de estas preguntas —admitió—. Pero Joaquin es mi hermano, tiene problemas y no sé cómo ayudarlo.

Se quedaron callados un segundo. Rafe sacudió lo que quedaba de la leche malteada. Grace nunca antes lo había visto tan contemplativo.

—Algunas personas creen que eres menos mexicano si no hablas español, y a otras no les importa. Pero luego está la religión: ¿a qué Iglesia va tu familia? ¿Cómo celebráis la Navidad? ¿Cuáles son los orígenes de tu familia? ¿Eres de primera o de segunda generación? ¿Qué tradiciones tenéis? Hay un montón de cosas, y a veces se vuelve difícil.

»Es como con Elaine, la vecina. Probablemente supuso cosas de mí, pero por lo menos puedo ir a casa y hablar con mi hermano sobre el tema y reírnos un rato por lo tonta que es. Estoy orgulloso de lo que soy, y no quisiera ser otra persona, y cuando la gente se comporta como si fuese idiota, puedo acudir a mi familia para que me apoyen. Si tu hermano no tiene nada de eso, entonces debe de ser difícil.

Grace lo escuchó, luego se acercó a él hasta que las piernas de los dos quedaron una junto a la otra. Después de todo, había sido un día muy largo y quería sentirse menos sola en el mundo. Rafe no se apartó.

—¿Crees que podrías hablar con Joaq? —preguntó.

Rafe mostró una sonrisa burlona.

—¿Qué? ¿Enseñarlo a ser mexicano?

—¿Qué? ¡No! No, yo nunca...

Rafe le sonrió.

—Relájate. Estoy bromeando. Y sí, claro, dame su teléfono y le mandaré un mensaje. Quizá podamos hacer algo juntos. Además, me gustaría estrecharle la mano después de que casi le pegó a ese cabrón por llamarte zorra. —La voz de Rafe volvía a sonar oscura—. Idiota.

—Adam es definitivamente un idiota —coincidió Grace—. Y gracias.

—De nada. Pero, ya sabes, es probable que Joaquin necesite menos gente que le hable y más gente que lo escuche. —Rafe le dio un golpecito en el hombro—. Y tú eres bastante buena escuchando, Grace.

Ella asintió, sin estar segura de que eso fuera completamente cierto, pero deseó que así fuera.

—Y ahora tengo que pedirte un favor —dijo Rafe, aclarándose la garganta—. Y es importante.

—Lo que sea.

—¿Puedes, por favor, dejar de masticar la pajita de la bebida? —Rafe le quitó el vaso de leche malteada e inspeccionó la parte de arriba de la pajita—. ¡Mira esto! ¿Cómo es posible que no te estés desangrando en este momento?

—¡Devuélvemela! —exclamó Grace, pero no paró de reír mientras intentaba recuperar su bebida—. ¡Es que tengo dientes nerviosos, eso es todo!

—¡Dientes nerviosos! —repitió Rafe—. ¿Y eso qué demonios se supone que significa?

—¡Cállate! —respondió ella sin dejar de reírse, y cuando hizo otro intento de quitarle el vaso, cayó encima de él.

Entonces los dos dejaron de reír.

Grace sabía lo que se suponía que debía hacer de acuerdo con lo que había visto en la tele. Sabía lo que quería hacer: besarlo. Y sabía que no podía hacerlo, todavía no.

—Lo siento —susurró—. Yo...

—Lo sé —respondió Rafe, y le apartó el cabello del rostro de un modo en que Max nunca lo había hecho—. No pasa nada.

—Necesito que sepas que no se trata de ti —dijo Grace—. Quiero decir, no es que no quiera. No es que seas feo...

Rafe sonrió de oreja a oreja.

—Eso es lo que siempre quise que una chica me dijera. Gracias por hacer que ese sueño se vuelva realidad.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé —asintió. Con los brazos todavía alrededor de ella, la estrechó con suavidad—. ¿Te quieres levantar?

—Todavía no —respondió Grace.

—De acuerdo —dijo él, y luego le rodeó los hombros más cómodamente con el brazo—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

No, no lo tenían. Pero, de todos modos, Grace decidió creer a Rafe mientras se sentaban juntos, esperando en la orilla del mundo.

Maya

Casi una semana después, Maya todavía quería romperle la cara a aquel chico, Adam.

Y tampoco estaba demasiado contenta con Lauren.

Se había negado a hablarle desde el día en que Claire le dijo que Lauren le había contado lo ocurrido a su madre. Lauren le había suplicado, llorado, rogado y, finalmente, hasta gritado, pero Maya rehusaba abrirle la puerta de la habitación, se negaba a mirarla, a reconocerla de alguna manera.

—¿Cuánto tiempo piensas aplicar tu venganza a tu hermana? —le preguntó su padre, finalmente—. Solo tienes una, ¿sabes?

—Esa ya no es una afirmación verdadera —replicó Maya con sutileza—. ¿Puedo volver a mis deberes, por favor?

La situación no era fácil en su casa. No era solo que la madre de Maya ya no estuviera ahí, sino que su alcoholismo parecía permanecer sobre ella, suspendido como una nube, y siempre le recordaba a Maya que había invertido tiempo en resolver un problema que ni siquiera podía solucionar. Lauren parecía compensarlo viendo la televisión durante horas. Veía al mismo tiempo programas de amas de casa y de bricolaje y concursos de canto, que ponían cada vez que Maya bajaba por un bocadillo. Algunos de los programas parecían interesantes, pero se sentía traicionada por Lauren, despedazada por el hecho de que su hermana hubiera hablado con su exnovia a sus espaldas. Había pasado tanto tiempo con la idea de que los secretos nunca dejaban su casa, que no sabía cómo lidiar con ello cuando alguno se escapaba; le hubiera gustado hacer que las paredes estuvieran más cerca, más apretadas, que la abrazaran de tal modo que nadie más pudiera entrar.

La tensión finalmente estalló una noche durante la cena.

Maya apenas sabía lo que estaba haciendo. Sospechaba que era mala idea decirlo así, y no estaba segura de querer seguir con ese plan. Pero aquel día se había sentido pequeña y mezquina, con ganas de golpear, de atacar.

—Pues Grace, Joaquín y yo estamos pensando que deberíamos buscar a nuestra madre biológica —dijo.

Lauren de inmediato se atragantó con un trozo de ensalada y su padre le tuvo que dar unos golpes en la espalda.

—¿Eso pensáis? —preguntó él, una vez que lograron oírse por encima de la tos de Lauren.

Los ojos de Lauren estaban rojos y llorosos, y se cubría la boca con la servilleta mientras fulminaba a Maya con la mirada. Ella fingió no verla.

—Creo que sí —dijo, y arrancó con indiferencia un trozo de pan. Su padre había mejorado improvisando las cenas. No habían comido pizza en casi una semana—. Ya sabes, solo para conocerla. Conocer nuestra historia.

—Ya tienes una historia —dijo Lauren—. Está aquí, con nosotros.

—Quizá tenga más de una historia —le rebatió Maya.

—Chicas, vamos —medió su padre—. My, ¿estás segura de querer hacer esto en este momento?

—Sí, ¿por qué no? No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, ¿no?

El lugar en la mesa donde normalmente se sentaba su madre parecía más vacío que otros días.

—Pero es que... han sido un par de meses realmente intensos. Tu madre, encontrar a Grace y a Joaquín. Quizá quieras esperar a que se asienten las cosas un poco antes de emprender una nueva aventura.

—¿Una aventura? —Maya lo fulminó con la mirada—. ¿Eso es lo que crees que es?

—Cariño, no, lo siento. Eso no es lo que yo... Elegí mal las palabras, ¿de acuerdo? Pero creo que quizá tú, mamá y yo deberíamos discutirlo.

Maya se rio. No lo pudo evitar. Se rio durante todo un minuto antes de poder controlarse nuevamente.

—Pues ¿sabes qué, papá? Me encantaría hablar con mamá de esto. En serio, no hay nada que me gustaría más en este momento que hablar con ella, pero no puedo, porque no puede hablar con nadie. Además, es el Día de la

Familia, ¿no? El día en que todos vamos al centro de rehabilitación y fingimos que todo va de maravilla.

Lauren estaba sentada en silencio junto a ella, y Maya no pudo evitar preguntarse si compartía su opinión.

—No vamos a fingir que todo está bien... —repuso su padre.

—¿En serio? Porque esta familia es verdaderamente buena haciendo eso. Su padre respiró profundamente y se apartó de la mesa con un empujón.

—Necesito un momento, chicas —dijo, y luego se levantó y salió del comedor.

—¿Cuál es tu maldito problema? —murmuró Lauren tan pronto como estuvieron solas—. ¿Crees que papá no se siente lo suficientemente mal en este momento?

—¿Ah, en serio? ¿Eso crees? ¿Por qué no le mandas un mensaje a Claire contándoselo? Estoy segura de que a tu nueva mejor amiga le encantará hablar contigo.

—Por Dios. ¿Puedes dejar de pensar en ti, My? Le escribí porque estaba preocupada por ti. Estás bien con Claire. Hasta me gustas cuando estás con ella. —Lauren ya se estaba levantando de la mesa—. ¿Puedes dejar de comportarte como si toda esta familia intentara acorralarte? Tú no eres la única que tuvo que buscar botellas de vino en el armario de mamá, ¿sabes? No fuiste tú la que la encontró desangrándose en el suelo. Pero eres la que se permite un berrinche cada vez que alguien dice algo que no te gusta. Pues qué lástima. Sé que te gusta pensar que tienes toda una familia nueva con la que te puedes escapar, pero aún tienes una familia aquí.

—¿Ah, sí, Laur? —replicó Maya, que también se había puesto de pie—. Dime algo. Cuando mamá y papá dijeron que se iban a divorciar, ¿tú te preocupaste por si todavía te seguirían queriendo?

—¿De qué estás hablando? —gritó Lauren.

—¿Alguna vez has tenido que mirar las fotos de la escalera y pensar: «¿Me odiarán por arruinar su familia perfecta? ¿Soy yo la razón de todo esto? ¿Yo y mi existencia de bicho raro?»? Déjame adivinarlo: la respuesta a todo eso es no. Así que no trates de hacerme sentir mal por tratar de encontrar mi lugar en este mundo, ¿de acuerdo? ¡Porque tú nunca te has tenido que preocupar por el tuyo!

Ahora Lauren estaba llorando de esa manera terrible en que siempre lo hacía, pero Maya ya le había dado la espalda y subía corriendo las escaleras.

Pero no podía alejarse lo suficiente. No de ella misma. No había suficientes escalones en el mundo para eso.



Maya no logró conciliar el sueño esa noche.

Lo único que veía cuando cerraba los ojos era la expresión de Grace cuando Adam la llamó zorra, la expresión de Joaquin mientras describía cómo Natalie caía al suelo, la expresión de Lauren cuando Maya había mencionado las fotos de la escalera. Todos hacían que sintiera el estómago vacío, como si fuera un hueco que no se pudiera llenar jamás, por más buenos pensamientos que tuviera para reemplazar a los antiguos.

A las dos de la madrugada, se dio por vencida y bajó a la cocina.

Lauren estaba ahí, separando unas galletas Oreo con furia para rasparles el relleno de crema y meterlo en un tazón. Maya se detuvo cuando la vio, lista para darse la vuelta, pero Lauren también la había visto.

Durante unos segundos ninguna de las dos se movió.

—No podía dormir —dijo Lauren por fin.

—Yo tampoco —respondió Maya. No se había dado cuenta de lo cansada que parecía Lauren últimamente, pero supuso que este sería un mal momento para mencionarlo—. Te dejo sola.

—Solo iba a tirar esta crema —dijo Lauren.

Maya hizo una pausa, luego se dio la vuelta y se sentó en la barra de la cocina, frente a Lauren.

—Quiero decir que tú eres el bicho raro que no quiere comer chocolate —agregó Lauren mientras raspaba otra galleta dentro del tazón.

—Tú eres el bicho raro que sí come chocolate —dijo Maya con un tono malhumorado. Después de todo, eran las dos de la madrugada—. Sabe a tierra dulce.

Lauren se burló y empujó el tazón hacia ella. Se sentaron en silencio durante un minuto, una frente a la otra, hasta que Lauren decidió hablar:

—¿De verdad odias esas fotos de la escalera?

—No las odio —dijo Maya—. Solo odio que sea tan evidente que no me parezco a vosotros.

—¿De verdad me odias porque me parezco a mamá y a papá y tú no?

—¿Por qué habría de odiarte a ti por eso? No es culpa tuya. Tú no pediste nacer.

—Sabes que nunca elegirían a una de nosotras y a la otra no, ¿verdad? — Aunque estaba sentada frente a Maya, la voz de Lauren sonaba muy lejana—. No es una competición, My. Nos quieren a las dos.

Maya suspiró.

—No estoy molesta por que me adoptaran. Quiero a mamá y a papá y todo eso, pero es que a veces tengo preguntas que solo los desconocidos pueden responder.

—¿Como Grace y Joaquin?

Maya se encogió de hombros.

—Siento que entienden a qué me refiero cuando digo cosas así.

Los ojos de Lauren se llenaron de lágrimas.

—Laur, por favor —suspiró Maya—. ¿En serio? ¿Por qué estás llorando? Lauren se enjugó las lágrimas, pero eso no ayudó mucho.

—Porque amabas mucho a Claire, y la hiciste a un lado tan pronto como tuvisteis una pequeña pelea...

—No fue pequeña.

—... y ahora tienes a ese otro hermano y a esa otra hermana, y mamá no está, y... ¡no te quiero perder a ti también! Eres mi hermana mayor. No me importa de dónde vengas y el aspecto que tengas. Eres mía, ¿sabes? No tengo a nadie más que a ti.

—Laur —dijo Maya en voz baja—, no me vas a perder como hermana.

—¡No me has dirigido la palabra en una semana! —sollozó Lauren—. Ni siquiera me has mirado. ¡Ha sido como toda una repetición de lo que le hiciste a Claire!

Maya suspiró, luego bajó de su taburete de un brinco y pasó un brazo alrededor de los hombros de su hermana.

—Yo no... no... Vale, está bien. No voy a dejar a nuestra familia, ¿de acuerdo? No lo haré —insistió, y Lauren lloró con más ganas—. No me quiero ir. Pero me ha gustado conocer a Grace y a Joaquin. Ni siquiera estoy segura

de si quiero conocer a mi madre biológica o no, pero eso no significa que no te quiera.

—Sería más fácil creerte si dejaras de ignorarme —sollozó Lauren.

—Está bien. Lo siento. Solo estaba enfadada porque le escribiste a Claire. Sentí que...

—Que había roto las reglas. Lo sé. ¿Me prometes que vas a decirme si decides buscar a tu madre biológica?

—Por supuesto.

—¿Y dejarás de ignorarme?

—¿Dejarás de escribirle a mi exnovia dándole información sobre mi vida?

—¡Solo fue una vez! Pero sí, lo haré.

—Está bien.

—Te quiero —susurró Lauren—, hasta cuando te comportas como una salvaje.

—Y yo te quiero, hasta cuando me llamas salvaje.

No era la mejor de las disculpas, pero a las dos de la madrugada, con el mundo dando vueltas más rápido de lo que cualquiera de ellas pudiera controlar, parecía que podía ser el inicio de algo nuevo y prometedor.

Joaquin

El fin de semana de Joaquin no había comenzado de la mejor manera.

El viernes, justo cuando iba a salir de la escuela para dirigirse a casa, la consejera académica lo llamó desde su oficina.

—¿Joaquin? —dijo—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Joaquin miró alrededor solo para asegurarse de que no hubiera otro Joaquin detrás de él. No tenía la menor idea de que la consejera académica supiera quién era. Generalmente, se dedicaba a atender a los chicos que hacían solicitudes para las universidades. Joaquin había visto la oleada de solicitudes desde lejos; todos se preparaban para abandonar sus casas y empezar la siguiente fase de sus vidas.

Pensó que era irónico que todos se esforzaran tanto para irse de casa, cuando él lo único que quería era quedarse en una.

—He visto esto —empezó la consejera cuando entró finalmente en su oficina, ignorando todos los pósteres motivacionales que le decían que ¡podía hacerlo!—. Y, por supuesto, pensé en ti. ¡Creo que te podría servir! —le dijo con una sonrisa.

Joaquin bajó la mirada al papel que le estaba dando. Lo había impreso de internet, y la fecha indicaba que el artículo databa de hacía casi cinco años. «Consejos para salir gradualmente de los servicios sociales» decía en letra negrita como titular, y, luego, más abajo: «Lo que necesitas saber para ser un adulto con éxito... ¡y más que eso!». Junto al titular había una imagen de un cohete.

—Ha pensado en mí —dijo Joaquin, intentando no reírse, o llorar o lo que sea que fuera esa reacción que burbujeaba dentro de su pecho y le oprimía los pulmones.

—Así es —asintió ella.

—Pues se lo agradezco —contestó él.

Joaquin sabía muy bien que cumpliría dieciocho años al cabo de tres meses. No necesitaba que la consejera se lo recordara. También sabía que había servicios que podía utilizar hasta cumplir los veintiuno: subsidios para el alquiler y la comida, posibles becas para la universidad, asistencia laboral para conseguir trabajo... Pero Joaquin había pasado la vida entera, literalmente, en el sistema, donde le prometían cosas que siempre estaban fuera de su alcance, y no quería pasar los siguientes tres años persiguiendo un conejo blanco por la madriguera. Siempre había supuesto que simplemente se alistaría en el ejército, pero al pensar que tendría que dejar la casa de Mark y Linda, el estómago le daba un vuelco.

Nada más salir de la oficina de la consejera, echó el artículo a la papelera.

Cuando se reunió con Ana en la cafetería habitual, alguien ya se había sentado en su reservado de siempre y había niños que corrían por todas partes, y a Joaquin le habría gustado quitarse la piel de tan apretada como la sentía.

—Les dije a Mark y a Linda que no quería hacer lo de la adopción —le dijo tan pronto como el camarero les trajo las bebidas—. Ya está, ya me puedes regañar durante el resto de la hora.

Ana abrió mucho los ojos, pero solo empezó a quitar la envoltura de papel a su pajita.

—No te voy a regañar —dijo con una voz que no sonaba firme en absoluto—. Y si de verdad es lo que quieres, entonces ¿por qué debería molestarme? De hecho, te felicitaría por hacer lo que realmente quieres.

—¿Pero...? —preguntó Joaquin.

—Pero —prosiguió ella— no creo que eso sea realmente lo que quieres. Más bien crees que eso es lo que Mark y Linda quieren. Creo que tienes miedo de decepcionarlos y miedo de que te decepcionen, así que prefieres cerrar todas las opciones antes que aprovechar la oportunidad y salir lastimado.

—No me preocupa salir lastimado —insistió Joaquin—. Me preocupa que ellos salgan lastimados. No sé cómo voy a reaccionar, así que yo...

—¿Te irás? —apuntó Ana.

Joaquin cogió la pajita de la bebida y la golpeó sobre la mesa hasta que la envoltura quedó arrugada por completo. Tenía ganas de provocar una pelea con ella y no sabía por qué.

—¿Quieres saber lo que hice el fin de semana pasado? —añadió.

—Claro —asintió Ana, suave como la palma de la mano, como siempre.

—Vi a Grace y a Maya. Quedamos para tomar un café, y mientras estábamos ahí, un tipo al que Grace conocía se acercó y empezó a insultarla. —Joaquin hundió la pajita en la bebida con más fuerza de la necesaria.

Esta vez Ana pareció sorprendida.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. Supongo que no tuve la oportunidad de preguntárselo antes de estrellar a ese tipo contra la pared. —Joaquin todavía podía sentir el latido del corazón de Adam contra el antebrazo, lo bien que se había sentido al asustarlo tanto como él había asustado a Grace—. No llegamos a pelear. Solo le dije que dejara en paz a mi hermana, y él y su amigo se fueron corriendo.

Ana le dio un sorbo a su limonada.

—¿Usaste la palabra «hermana»?

Joaquin asintió.

—¿Y luego qué hiciste?

—Yo... —Debajo de la mesa, Joaquin empezó a balancear la pierna, una costumbre nerviosa que nunca había podido quitarse—. Salí corriendo.

—¿Adónde fuiste?

—Al aparcamiento.

—¿Y Grace y Maya?

—Me siguieron hasta al parque junto a la plaza. Yo estaba... Me temblaban las manos. No podía controlarlo.

—Joaquin —Ana hablaba demasiado bajo para el ruido de la cafetería, pero Joaquin la oyó con toda claridad—, ¿tuviste miedo de lo que hubieras podido hacer?

Joaquin asintió. Había querido contarle la historia a Ana para que se diera cuenta de que él estaba más allá de la salvación, que para ella sería mejor comer ensaladas y tomar limonada con algún chico que en realidad tuviera solución, pero sus ojos eran tan comprensivos, estaban tan tristes, que tuvo ganas de llorar.

—Se... se lo conté.

Ana frunció el ceño un poco.

—¿Has contado qué a quiénes?

—A Grace y a Maya. Lo de Natalie.

Ana extendió la mano, la puso sobre la suya y no dijo nada.

—Ellas dijeron... —Joaquin se mordió el labio y parpadeó—. Dijeron que no era más que un niño, ¿sabes? Que no fue culpa mía.

—¿Y las creíste?

Joaquin negó con la cabeza mientras el labio inferior empezaba a temblarle.

—¿Y hubieras querido hacerlo?

Esta vez asintió, y Ana le apretó la mano y se levantó.

—Ven —dijo—. Vamos a dar un paseo.

Anduvieron hasta que Joaquin sintió que podía respirar de nuevo.

—Estoy muy orgullosa de ti, ¿sabes? —dijo Ana mientras recorrían la calle principal—. Es un paso enorme en tu relación con Grace y con Maya. La última vez que hablamos de ellas dijiste que nunca se lo contarías.

Joaquin se encogió de hombros.

—Simplemente pasó. No lo planeé.

—¿Le hiciste daño al tipo que insultó a Grace?

—No, simplemente lo amenacé y se fue corriendo. Pero me sentí tan... —Joaquin levantó las manos frente a él, apretando algo imaginario—. Fue la mirada de Grace lo que me empujó, ¿sabes? Cuando él le dijo eso, parecía tan triste...

—¿Y eso te puso triste también?

—No, hizo que me enfadara.

Ana dibujó en su rostro una gran sonrisa.

—El enfado es una...

—... emoción muy válida —acabó Joaquin imitando su entonación. La había oído decir esa frase al menos un millón de veces—. Lo sé, lo sé. Pero eso no impide que me sienta mal.

—¿Y cómo te sentiste al ver que tus hermanas no se enfadaban contigo por haberle hecho daño a Natalie?

Joaquin no sabía si existía una palabra que expresara esa emoción. No era felicidad, ni alivio, ni desconcierto. Tampoco era confusión ni lástima de que fueran tan ingenuas como para confiar en él. Ninguna era la correcta.

—En uno de los hogares, cuando tenía seis años —dijo—, a todos nos regalaron bicis por Navidad. Incluso a los que no éramos biológicos, así que fue superimportante. Pero la mía era de dos ruedas y yo no sabía ir en bici, así que el papá de la casa le puso ruedecitas. Y yo subía y bajaba por la calle, y cada vez que pensaba que me iba a caer de lado, las ruedecitas lo evitaban.

Ana había dejado de andar y levantó la mirada hacia Joaquin. Él no sabía si eso era algo bueno o malo.

—Y, finalmente, aprendí a montar en bici, pero no dejaba que le quitaran las ruedecitas, porque me gustaba esa sensación, ¿sabes? Siempre evitaban que me cayera. Y así me sentí con Grace y Maya. Como si me estuviera cayendo, pero no. Ahí estaban ellas para evitarlo.

Y luego Joaquin observó mientras —para su absoluto horror— una lágrima se deslizaba por la mejilla de Ana.

—Ay, mierda —exclamó antes de poder evitarlo. Joaquin no estaba seguro de qué pasaba cuando hacías llorar a tu terapeuta, pero probablemente no era nada bueno.

—Lo siento mucho. Lo siento...

—No, no es... Yo lo siento, Joaquin. —Se levantó las gafas lo suficiente para secarse las lágrimas, riendo al mismo tiempo—. Solo que estoy super... superorgullosa de ti, eso es todo.

Joaquin la miró con suspicacia.

—De verdad que estoy bien —dijo, y luego volvió a colocarse las gafas—. Ahora quiero que pienses en algo.

—Está bien —asintió Joaquin. Se habría ofrecido para entrenar focas para el circo si eso hubiera ayudado a que Ana dejara de llorar.

—Sé que todavía no lo crees, y sé que quizá nunca lo creerás, pero también Mark y Linda son como esas ruedecitas. Eso que has descrito es lo que hacen los padres. Te cogen antes de que te caigas. Eso es lo que significa la familia.

Joaquin pensó en Mark y en Linda sentados junto a él en la cama después de una pesadilla, salvándolo de la oscuridad.

—Está bien —dijo. Esperaba algún día tener las palabras para decirles a todos cómo se sentía por dentro, pero por ahora tendría que bastar un «está bien».

—Está bien —coincidió Ana—. Me muero de hambre. ¿Te gusta el helado de yogur?

—Está bien —volvió a decir Joaquin, luego sonrió de oreja a oreja y esquivó a Ana antes de que le pudiera dar un golpe en el hombro.



Había un coche desconocido en la entrada cuando Joaquin dio la vuelta hacia la calle de Mark y Linda. Dejó de patinar de inmediato y empujó con el pie la parte trasera del monopatín para poder levantarlo por las ruedas de delante.

No era el coche de su trabajadora social, pero ¿quizá se había comprado uno nuevo? O quizá le habían asignado una nueva trabajadora social. Fuera como fuese, sabía que ese coche estaba ahí para llevárselo. Con el pasar de los años había visto muchos coches desconocidos en entradas conocidas, todos con asientos traseros lo suficientemente grandes para que cupiera un chico y una bolsa de basura llena de las cosas que lograra llevarse.

Joaquin no estaba sorprendido. No esperaba que Mark y Linda se quedaran con él, no después de haberle ofrecido la oportunidad de ser adoptado y haberla rechazado. ¿Quién querría tener en casa a un chico tan ingrato? Después de todo, Joaquin había tenido comida, dinero y ropa gracias a ellos durante casi tres años. En su lugar, también él habría buscado un rendimiento de su inversión.

Tomó nota de acordarse de llevarse el lazo azul de la feria de arte de cuarto grado. Siempre era lo primero que guardaba en su equipaje.

—¡Ostras! —gritó Linda cuando Joaquin entró por la puerta de atrás, y este se quedó paralizado, con el monopatín todavía en la mano—. ¡Mark! Ay, por Dios.

—¿Disculpa? —dijo Joaquin.

—No, tú no, cariño. No, no, entra. ¡Es que pensábamos que volverías a casa más tarde! ¡Ay, por Dios!

Joaquin se quedó en la entrada. Linda tenía un enorme lazo rojo en las manos y las gafas sobre la cabeza, y se asomaba por los escalones del sótano.

—Mark, ¡ya está en casa! ¡Te lo dije! —Luego se volvió de nuevo hacia Joaquin—. Cariño, entra, entra, no pasa nada. ¿Tú estás bien? —Hizo un gesto para que se acercara.

Mark subió trotando por la escalera, ligeramente sin aliento.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —le preguntó a Joaquin, pero estaba sonriendo—. Linda quería hacer una gran presentación. Hasta consiguió un lazo especial y todo.

Linda suspiró exasperada.

Joaquin todavía estaba en la puerta.

—¿Qué? —dijo finalmente. ¿Se suponía que debía guardar el lazo en la bolsa de basura con sus cosas?—. ¿Es una fiesta sorpresa de despedida?

Tanto Linda como Mark se quedaron paralizados.

—¿Una qué? —preguntó Mark.

—Pues hay un coche —dijo Joaquin, señalando con el pulgar por encima del hombro—. En la entrada.

El semblante de Linda estaba pasando rápidamente del nerviosismo al horror.

—¿Crees que nos vamos a deshacer de ti?

Si este era un juego de adivinanzas, Joaquin definitivamente lo tenía perdido.

Mark y Linda se miraron el uno al otro, y luego ella fue hacia Joaquin y lo llevó dentro de la casa. La puerta mosquitera se cerró tras él.

—Joaquin —dijo—, ese coche es para ti.

Él se quedó mudo.

—¿Qué?

Linda le puso las manos en los hombros para que no se moviera.

—Siéntate, Joaq —dijo Mark, y acercó una silla.

Joaquin casi se desplomó sobre el asiento y el corazón le empezó a latir a toda velocidad. Le parecía que todo aquello era un truco, como un elaborado engaño para humillarlo y avergonzarlo, y, sin embargo, no creía que Mark y Linda le hicieran algo así.

—Habéis comprado un coche. ¿Para mí? —preguntó.

—Sí —asintió Linda, luego depositó el enorme lazo en su regazo—. Se suponía que tenías que llegar a casa dentro de quince minutos. Le íbamos a poner un lazo como en los anuncios.

—Teníamos la esperanza de hacer un vídeo viral en YouTube —bromeó Mark, sentándose frente a él—. Nos acabas de costar millones de dólares en publicidad.

Joaquin, desconcertado, acarició el lazo.

Lo sentía suave en sus manos.

—Íbamos a esperar hasta que cumplieras dieciocho años —explicó Linda, la mano todavía firme en su hombro—. Pero ahora que Grace y Maya han entrado en nuestras vidas, queremos que puedas verlas cuando quieras. No deberías depender de nosotros para que te llevemos.

—Creemos que es muy importante que veas a tus hermanas —agregó Mark. Su tono era tranquilo, como si le hablara a un animal asustado—. ¿Estás bien, Joaq? Parece que acabas de ver un fantasma.

Joaquin asintió.

—Estoy bien —dijo— Solo que no... Pensaba que era la trabajadora social.

—Oh, Joaquin —exclamó Linda, acariciándole la nuca. No era una mujer grande, pero sus manos siempre parecían fuertes—. No vamos a dejar que te vayas a ningún lado.

—¿Lo quieres ver? —preguntó Mark, levantándose—. Tiene calentador de asientos.

Joaquin sonrió al oír eso.

—Sí —dijo—. Vamos.

Era un coche de segunda mano, de color gris plateado, y tenía una pequeña mancha en el asiento del copiloto, que Linda suponía que era de lápiz de labios.

Joaquin pensó que era el coche más perfecto que hubiera visto nunca.

—Estamos pensando en ayudarte con el impuesto de circulación y el seguro, al menos durante el primer año, y luego, con tu trabajo en el Centro de las Artes puedes pagar la gasolina —dijo Mark después de mostrarle a Joaquin el gato hidráulico, la manta de lana y el botiquín de primeros auxilios en el maletero.

Joaquin apretó las llaves contra la palma de la mano, con tanta fuerza que pensó que le perforarían la piel, que lo atravesarían por completo hasta el hueso.

—Vale—dijo. No tenía la menor idea de cuánto costaba la gasolina, pero tenía dinero ahorrado.

—Y si alguna vez mandas mensajes y conduces al mismo tiempo, nunca volverás a conducir ningún coche durante el resto de tu vida —le advirtió Linda—. Al menos mientras yo viva.

—Entendido —dijo Joaquin—. ¿Todavía le quieres poner el lazo?

—¡Sí! —exclamó Linda.

—No, tienes que subirte al coche e ir a dar una vuelta —dijo Mark, tratando de frenar a Linda—. Podemos ponerle el lazo a otra cosa. Como al gato del vecino.

—¡Mark! —protestó Linda.

Mark odiaba al gato del vecino porque se orinaba en su huerto. Joaquin había oído unas historias épicas sobre el dichoso gato en los dos años que llevaba en esa casa.

—Ve, vamos —lo instó Mark, abriendo la puerta del lado del conductor—. Da una vuelta. No vas a querer quedarte con tus pa... con nosotros. —Mark se aclaró la garganta—. Ve a ser un adolescente durante un rato.

Joaquin no estaba seguro de cómo hacer eso, pero lo intentaría. Por ellos.

—¡Ponte el cinturón! —dijo Linda—. ¡Revisa los retrovisores! ¡Los laterales también! Son importantes. ¡No olvides el punto ciego!

Mark fingió hacerle una llave para que se callara y se la llevó arrastrando del coche.

—Vete —le dijo a Joaquin—. Quizá entretanto le pondré el lazo a Linda.

—¡Te he oído! —dijo ella con la voz amortiguada contra la camisa de su esposo.

Joaquin se puso el cinturón, revisó los retrovisores (los laterales también) y con cuidado salió marcha atrás hacia la calle. Había conducido antes los coches de Mark y de Linda, pero esto era increíblemente distinto.

Después de varios minutos, Joaquin aparcó el coche junto a la acera.

Las manos le temblaban demasiado para coger el volante.

Grace

Fue idea de Grace reunirse en casa de Maya dos semanas después.

No tuvo que insistir mucho para convencer a Maya y a Joaquin. Después del incidente de Adam, estaba bastante segura de que ninguno de ellos volvería pronto a la plaza.

—¿Te han regalado un coche? —exclamó Maya, irrumpiendo en los pensamientos de Grace—. ¿Estás hablando en serio, Joaquin? ¿Y nos lo cuentas ahora?

Joaquin se sentía confundido y avergonzado a la vez por toda la situación.

—Sí —dijo—. Al principio pensé que me iban a echar. Creí que el coche era de la trabajadora social.

Grace sintió que el corazón se le caía hasta los pies. Esperaba que Peach nunca se sintiera así, que nunca se encontrara tan perdida como a veces parecía estarlo Joaquin. Esperaba que Peach nunca se sintiera sorprendida por la amabilidad de otra gente.

Esperaba, esperaba, esperaba.

—¿Crees que Mark y Linda me adoptarían a mí? —medio bromeó Maya.

Estaba sentada con los pies en la piscina otra vez. Grace agradecía que Maya nunca hubiera sugerido que se bañaran. Todavía estaba tratando de entender su cuerpo después de haber tenido un bebé, y un traje de baño no estaba entre sus prioridades. Ni siquiera estaba en su lista. Había intentado buscar respuestas en Google, pero todo era para mujeres adultas, madres de verdad. No decía mucho sobre lo que podías hacer con las estrías del embarazo cuando tenías dieciséis años, y nada sobre tratar de hacer que tu cuerpo volviera a sentirse como tuyo cuando alguien más se había instalado en él durante nueve meses y ni siquiera habías acabado el instituto.

—Probablemente —respondió Joaquin. También tenía los pies en el agua, pero estaba al otro lado de la piscina, sentado a la sombra—. Tienen una habitación extra.

—Genial. —Maya se ajustó un poco las gafas.

—Pero les dije que no quiero hacer lo de la adopción.

Grace vio que la cabeza de Maya se volvía hacia Joaquin casi tan rápido como la suya.

—¿Qué? —exclamó Grace—. ¿Por qué? Ellos...

—Bueno me pareció que sería mala idea. Ya sabéis. Por lo que ocurrió la vez pasada y todo eso. —Joaquin se encogió levemente de hombros—. Las cosas están bien tal como están. No quiero echarlo a perder.

—Joaquin... —empezó a decir Grace.

—¿Podéis, por favor, dejar de decir mi nombre como si no me lo supiera? —la interrumpió—. Por favor, ¿podemos hablar de otra cosa?

—Buena idea —afirmó Maya, sacando las piernas del agua y poniéndose de pie—. Hablemos de comida. Específicamente, de queso y galletas. Más específicamente aún, de queso y galletas en mi boca.

Joaquin se levantó y la siguió, con Grace un paso atrás. La calefacción estaba funcionando, pero Grace sintió un poco de frío. Cuando estaba embarazada, le parecía que en todas partes hacía calor, pero ahora siempre tenía frío.

Había pasado la última semana sentada frente al ordenador, pasando de buscar a Melissa Taylor a buscar grupos de apoyo para madres adolescentes. Michael, el terapeuta, le había dado una lista de sugerencias, pero cuando las investigó le parecieron demasiado forzadas, demasiado falsas: un montón de desconocidos que le sonreían a la cámara. Grace no podía imaginarse sentada junto a ellos y hablando de Peach.

La investigación de Melissa Taylor era aún más deprimente. Incluso con ayuda de sus padres no consiguió avanzar demasiado. Toda la información del centro de adopción era confidencial o ya no era válida, y Grace empezaba a sentirse como se había sentido el día que Peach se fue con sus padres adoptivos, como si perdiera algo que nunca podría volver a tener.

—¿Grace?

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

Maya señaló hacia ella con una caja de galletas Ritz en la mano.

—¿Quieres una, mujer del espacio?

—Claro —dijo, y se sentó en un taburete en la barra de la cocina. Joaquin abrió la nevera en busca de algo, y Grace cogió las galletas de Maya y empezó a colocarlas en un plato.

—¿Nuevo collar? —le preguntó Maya mientras sacaba la tabla de madera—. ¿Dónde lo has comprado?

La mano de Grace voló de inmediato a su cuello. Había comprado una cadena lo suficientemente larga para esconderla bajo la camisa, pero por lo visto se había salido.

Había encontrado unos pequeños dijes, una diminuta «M» y un minúsculo melocotón de oro, y cogió el dinero que había ahorrado de su antiguo trabajo para pagarlo. Grace se preguntó si era una tontería comprar esas cosas, pero cuando se puso el collar y se miró en el espejo, le gustó.

—Ah, solo es un viejo collar de mi abuela —dijo, y se lo volvió a meter en la camisa—. Mi madre encontró un montón de cosas de ella.

—¿Y de qué es la «M»?

Grace sacudió la cabeza.

—Ni idea. Supongo que también mi abuela tenía sus secretos.

El melocotón golpeó contra su corazón antes de quedar quieto contra su piel.

Justo en ese momento vibró su teléfono, y Grace miró quién era.

Oye, ¿vas a estar la próxima semana?

He encontrado unas pajitas que necesitan que las destripen.

Era Rafe, por supuesto, y Grace trató de contener las mariposas que sintió en el estómago al ver que era él.

—¿Quién es? —preguntó Joaquin.

—Sí, Grace, ¿quién es? —lo secundó Maya—. Pareces un poco...

—Te estás sonrojando —dijo Joaquin.

—No digas tonterías —protestó Grace—. Solo es un amigo.

Los ojos de Maya se iluminaron.

—Bueno, es evidente que no es solo un amigo —dijo—. Nadie dice «Solo es un amigo» cuando solo es un amigo. Joaquin, ¿tengo razón o no?

Joaquin puso tres trozos de queso en la barra.

—Tiene razón.

—¿La tiene? —preguntó Grace—. ¿La tiene, en serio?

—No tengo la menor idea. Solo es que me da miedo decir que no estoy de acuerdo con ella.

—Es tu hermana pequeña —repuso Grace—. Tú tienes más antigüedad.

Maya se emocionó un poco cuando el móvil de Grace volvió a vibrar.

—Uy, ¿es él? ¿Es él? ¿Cómo se llama?

—¿Qué te importa?

—¡Déjame ver!

—No —exclamó Grace—. Ay, por Dios, vete. Pensaba que querías queso y galletas.

—¡Puedo comer queso y galletas y además ayudarte a hablar con un chico! ¡Soy superbuena haciendo varias cosas a la vez!

—¡Lárgate! —dijo Grace, y cogió una caja de galletas sin abrir para defenderse—. Ay, ¡no seas pesada!

—¡Quítale el móvil, Joaquin! —gritó Maya, persiguiendo a una Grace risueña alrededor de la barra.

—Ni lo sueñes —replicó Joaquin mientras cortaba con calma unos trozos de queso—. Una vez toqué el móvil de una antigua hermana. Grave error.

—¡Escucha lo que dice! —gritó Grace—. ¡Maya!

—¡Victoria! —exclamó esta mientras Grace sentía que el teléfono se le resbalaba de la mano.

—Si le escribes, te voy a matar.

—Ja, no lo vas a hacer.

—Te voy a cortar en pedazos.

—Puedo vivir con eso. —Maya empezó a leer el mensaje, casi sin aliento—. «Querida Grace —leyó—. Ya ha pasado otro mes y Milly está cambiando tanto, tan rápidamente...»

Grace sintió que todo el aire se escapaba de su cuerpo.

—«Sigue siendo la luz preciosa de nuestras vidas, y pensamos en ti todos los días, por supuesto.»

—Para, por favor —dijo Grace, pero no logró que su voz sonara más fuerte que un susurro.

Maya se quedó paralizada y su rostro pasó del júbilo a la confusión.

—Hay una foto de un bebé —dijo—. Grace, ¿qué es...?

Grace se obligó a avanzar, y le arrebató el teléfono tan rápido que cayó estruendosamente al suelo.

—Cállate —le ordenó—. Te dije que lo dejaras, Maya.

Junto a ella, Joaquin se había quedado quieto, con el cuchillo de queso todavía en la mano, observándolas.

El silencio era increíblemente incómodo.

—¿Quién es Milly? —preguntó Maya, finalmente—. ¿Es tu bebé, Grace?

Grace cerró los ojos, rezando para que fuera un sueño, para que el tiempo volviera atrás y pudiera despertar en la cama hacía un año y que todo hubiera vuelto a la normalidad.

—Cállate —susurró.

—¿Tuviste un bebé? —volvió a preguntar Maya, parecía genuinamente confundida—. Grace, contéstame.

—¡No es asunto tuyo! —le gritó Grace, agachándose para recoger el teléfono.

—¿Tuviste un bebé y no nos lo habías contado? —replicó Maya—. ¿De verdad? Yo te hablé de mi madre y de su alcoholismo, y Joaquin te contó lo del accidente de Natalie, ¿y tú nos has estado escondiendo esto?

—¿Por qué tendría que habérselo contado? —respondió Grace—. ¿Para que me dijerais que la abandoné, como nos abandonó a nosotros nuestra madre? ¿O para que me llamarais zorra, como hizo Adam?

El rostro de Joaquin se volvió solemne.

—Mierda —dijo suavemente—. ¿De eso se trataba?

—No la abandoné, ¿de acuerdo? —exclamó Grace—. Encontré una familia realmente buena para ella. ¡Y Peach es perfecta, y la quieren y es feliz! ¡Será muy feliz y tendrá todo lo que yo no le habría podido dar! ¿Alguna vez pensaste en eso cuando estabas ocupada odiando a nuestra madre, Maya? ¿Que quizá lo hizo porque nos quería?

Maya parecía atónita.

—Grace —dijo.

Grace estaba haciendo un esfuerzo para no llorar.

—No quería que vosotros me odiarais, o que dijerais todas esas cosas que dicen todos sobre mí. Porque la quiero mucho y nunca... nunca la abandonaría. No fue eso lo que hice. Lo juro por Dios, no la abandoné, pero me siento tan... —Grace estaba tratando de tomar aire y el collar se movió sobre su pecho, provocándole un dolor físico—. Es justo como si hubiera un hueco donde ella solía estar y ahora no lo puedo llenar, y sigo intentándolo, pero voy dando vueltas por ahí con ese vacío en mi interior, y ella no está... no está...

Joaquin fue el primero en rodearla con sus brazos, y luego Maya se le unió, con las lágrimas de Grace que le mojaban el hombro mientras se abrazaban los tres con fuerza.

—Vale, vale —le decía Maya una y otra vez, y notaba la mano de Joaquin fuerte y suave a la vez contra su cabello, y Grace presionó el rostro contra los dos y, en silencio, poco a poco, perdió la consciencia.



Cuando despertó, estaba en una habitación que no reconoció. Y luego vio las polaroids alineadas en un costado de la pared, y las cortinas rosa que alguien había cerrado. Había estado una vez en este cuarto, parecía que hacía meses. Era el de Maya, y estaba en su cama, con la colcha extendida sobre ella. Alguien le había quitado los zapatos, y Grace bajó la mirada para verlos ordenadamente alineados uno junto al otro en el suelo.

—Hola —dijo Maya suavemente, y Grace se dio la vuelta para verla acurrucada al otro lado de la cama—. ¿Te encuentras mejor?

Grace se frotó los ojos mientras trataba de levantarse. Los sentía hinchados y tenía la boca seca. Recordó que Maya y Joaquin la habían acompañado por la escalera, todavía llorando, y a Maya diciéndole «Sssh, duerme», mientras Joaquin la cubría con la colcha.

Grace se sentía conmovida.

—Un poco —respondió Grace—. ¿Dónde está Joaq?

—Está abajo. —Maya señaló hacia la puerta medio abierta—. Toma, te he traído un trapo húmedo.

Grace lo cogió, agradecida, y lo presionó contra sus ojos hinchados y sus mejillas.

—Gracias.

—De nada. —Maya pasó los dedos con cuidado entre el cabello de su hermana, deshaciendo algunos nudos—. Grace, lamento haberte cogido el teléfono. Pensé que era un chico que te escribía. Yo no...

—No pasa nada —respondió ella—. Sé que no era tu intención. Debí contároslo hace mucho. Tú y Joaq fuisteis valientes, y yo no.

—Creo que eres muy valiente—dijo Maya, sin dejar de pasarle los dedos por el pelo—. ¿Fue tu primera vez?

Grace asintió.

—¿Lo amabas?

—Pensaba que sí. Pero ahora creo que quizá solo amaba estar enamorada de él.

Maya asintió.

—¿Y él no quiso quedarse con la niña?

—Sus padres fueron los que no quisieron. Firmó para renunciar a todos sus derechos.

—Ay, chicos —suspiró Maya—. ¿Sabes?, nada de eso habría pasado si hubieras sido lesbiana como tu adorable hermanita.

Grace sonrió un poco.

—Cállate.

—Hablo en serio —dijo Maya, pero Grace podía percibir por el tono de su voz que no era así—. Al menos dime que el sexo fue bueno. Si te quedaste embarazada y tuviste un bebé, el sexo debió de volverte loca.

—Estuvo bien —respondió Grace.

Maya arrugó la nariz.

—«Bien» probablemente sea la peor palabra para describir el sexo —dijo.

Grace nunca había estado tan contenta como al ver a Joaquin entrar a la habitación.

—Hola —dijo—. Estás despierta. —Tenía tres botellas de agua y las repartió entre ellos—. ¿Cómo te encuentras?

—Hecha una mierda —admitió Grace.

Maya se acurrucó más cerca de ella, acomodándose contra el costado de Grace mientras Joaquin se sentaba en el borde de la cama al otro lado.

—Siento mucho no haberte dado la confianza suficiente para habérmelo contado —murmuró Maya—. Lo lamento tanto, Grace. Los dos lo lamentamos. No lo sabíamos.

—No pasa nada —susurró Grace, luego tomó un trago de agua. Estaba buena, tan fría y pura que casi era suficiente para limpiar todo lo demás.

—Debí habérmelo contado antes. —Desvió la mirada hacia Joaquin—. No quería que pensaras que la abandoné como nuestra madre nos abandonó a nosotros.

Joaquin la miró como si tuviera tres cabezas.

—Jamás habría pensado eso —dijo—. Ni en un millón de años.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Maya.

—Claro. —Grace tomó otro sorbo de agua.

—¿Se llama Milly? —Maya parecía una niña muy muy pequeña—. Es lo que decía el mensaje.

Grace asintió y buscó bajo la camisa hasta encontrar el collar. Luego lo sacó.

—Le pusieron Amelia. Milly es el diminutivo. Pero yo solía llamarla Peach mientras estuve embarazada. —Pasó el pulgar entre los dijes, separándolos un poco—. No era de mi abuela. Lo compré por internet.

Maya extendió la mano y tomó la cadena.

—Es bonito —dijo—. Ella también es muy bonita. Se parecía a ti en esa foto.

—¿Dónde está el padre? —preguntó Joaquin—. ¿Es Adam?

—Por Dios, no —exclamó Grace, incorporándose un poco más—. Es Max, mi novio en aquella época. —Grace cerró los ojos brevemente al sentir la puñalada de dolor, y Joaquin tendió la mano hacia su brazo mientras Maya frotaba la barbilla contra su hombro.

—Idiota —murmuró Maya.

—Él se lo pierde —dijo Joaquin.

—Lo necesitaba, ¿sabéis? —Grace giró los dijes una y otra vez, enredándose la cadena alrededor del cuello—. Lo necesitaba y no estaba ahí. Lo coronaron rey del baile la noche en que Peach nació. Ni siquiera estaba

conmigo en la habitación del hospital.

Maya murmuró algo que no sonaba como un cumplido.

—¿Qué?

—Nada. ¿La puedes ver? Quiero decir, si los padres te están mandando actualizaciones...

—Acordamos hacer dos visitas al año, pero no sé si seré capaz —dijo Grace—. No sé si seré capaz de volver a verla. No sé si eso sería bueno para ella.

—Pero ¿qué hay de lo que es bueno para ti? —preguntó Joaquin. Todavía tenía la mano en el brazo de Grace, como si temiera que de repente le brotaran alas y escapara volando del cuarto.

Grace se encogió de hombros.

—Ya no tiene que ver conmigo.

—Por eso quieres encontrar a nuestra madre —dijo Maya suavemente—. Por eso la mencionas una y otra vez.

Grace se mordió el labio para no volver a llorar. Notó que Maya y Joaquin intercambiaban miradas por encima de su cabeza. Cuando hacían eso, la hacían sentirse pequeña; a la vez le gustaba y lo odiaba.

—Lo he intentado —admitió—. Pero sin éxito. Devolvieron las cartas que mis padres habían enviado por medio del abogado, el número de teléfono que tienen no responde. Es una fantasma.

Maya se incorporó.

—No. No lo es.

—¿Cómo? —exclamó Joaquin—. ¿De qué estás hablando?

Maya los miró, y luego bajó de la cama.

—Vamos —dijo—. Seguidme.

—Maya —titubeó Grace, y el sonido de su propia voz la asustó—. ¿Qué estás haciendo?

—Vamos —fue lo único que repitió Maya—. Antes de que Lauren y mi padre vuelvan a casa.

Joaquin ayudó a Grace a bajar de la cama, luego dejó el brazo alrededor de sus hombros. Siguieron a Maya a lo que parecía ser un despacho. Grace nunca la había visto mostrarse tan solemne, y eso la asustó.

—Maya —volvió a decir.

Ella los hizo pasar, luego cerró la puerta con llave antes de dirigirse al archivador.

—Cuando éramos pequeñas —dijo—, Lauren y yo solíamos jugar a los detectives. Nos escondíamos por toda la casa y hacíamos como que estábamos buscando pistas, ya sabéis, tonterías. Pero una vez encontramos esto. —Abrió el archivador y sacó una pequeña caja negra con un candado de combinación.

Grace sintió que el corazón se le subía del pecho a la garganta.

—Sabía que tenía que ver conmigo —dijo Maya, y la dejó sobre el escritorio—. Así que una noche, cuando todos estaban dormidos, bajé y busqué la combinación hasta que se abrió.

Estaba haciendo girar las ruedecitas del candado como si lo hubiera hecho antes un millón de veces. Grace se dijo que con toda probabilidad debía de ser así.

—Vamos allá —dijo cuando el cierre se abrió de golpe. Metió la mano en el interior y sacó una pequeña pila de documentos que extendió encima del escritorio con la superficie de granito.

Grace se preguntó por qué siempre todo en casa de Maya parecía tan frío.

Los tres se acercaron más, juntando las cabezas, y examinaron los documentos. Grace vio la partida de nacimiento de Maya, los nombres de sus padres escritos cuidadosamente a máquina, y un pequeño par de huellas de bebé. Había algún tipo de documentación que parecía oficial, y luego Maya cogió un sobre con un sello rojo que decía «Devolver al remitente».

—Toma —dijo, y se lo pasó a Grace.

Las manos le temblaban mientras lo cogía. Al principio no entendía por qué era tan importante, y luego lo comprendió.

La dirección.

—¿Tus padres le enviaron una carta a su casa? —exclamó con un grito ahogado. Le temblaban tanto las manos que tuvo que pasárselo a Joaquin.

Maya asintió.

—¿Cómo...? ¿Cuándo encontraste esto? ¿Y cómo consiguieron la dirección?

—Tenía diez años —dijo Maya—. Y no lo sé. Ni siquiera saben que la encontré.

—¿Le escribiste? ¿Le...?

Grace se obligó a callarse. Junto a ella, Joaquin parecía afligido, y le daba vueltas y vueltas al sobre, como si buscara otra pista, como si también jugara a los detectives.

—No —respondió Maya—. Solo la volví a guardar. Solía sacar el sobre de vez en cuando y mirarlo, pero simplemente no pude abrirlo. Supongo —agregó tras una pausa— que quizá os estaba esperando a vosotros.

Grace extendió la mano y la puso sobre la de Joaquin para calmar sus temblores.

—Joaq —dijo ella—, ¿quieres hacerlo?

—Bueno, tú...

—No, yo no, tú. ¿Tú quieres hacer esto? No pasa nada si no quieres.

—Por supuesto, Joaquin —dijo Maya—. Tienes... Sabemos... ¡Coño, no sé qué decir!

—No, sí quiero —dijo Joaquin—. Quiero... Me gustaría que me viera. —Su voz le recordó el sonido del océano a Grace, la arena retrocediendo de nuevo hacia el mar—. Es más fácil con vosotras dos.

—Vale —manifestó Grace—. ¿Estás seguro?

Joaquin asintió.

—Estoy seguro.

—Entonces, yo también estoy segura—dijo Maya.

—Yo conduciré —dijo Joaquin—. ¿El próximo fin de semana?

—Sí —contestó Maya.

Grace nunca había pensado que fuera tan agradable volver a respirar.

Maya

Maya era realmente buena guardando secretos.

Seguramente era porque lo había practicado mucho. Nunca había hablado a nadie acerca del sobre en la pequeña caja fuerte, al menos hasta que aparecieron Joaquin y Grace, y no le dijo a nadie que conducirían tres horas para ver si su madre biológica aún vivía en la dirección que figuraba en el sobre. El secreto empezaba a hacerla sentir como si algo empujara debajo de su piel, desesperado por salir.

Y eso la hizo pensar, por supuesto, en Grace.

Aunque ya le había pedido una disculpa, le mandó mensajes al menos una vez al día desde entonces, disculpándose una y otra vez por haberle cogido el teléfono.

¿Ya te he dicho cuánto lo siento?
Porque lo siento mucho.

My, no pasa nada.

Te invitaré a un helado de yogur
la próxima vez que nos veamos.

En realidad, odio el helado de yogur.

¡Agh! ¡¡¡Soy un desastre
para pedir disculpas!!!

Maya todavía tenía preguntas, por supuesto. Quería saber cuándo había nacido el bebé (no la podía llamar Peach por más que lo intentaba), si le había dolido tanto como todos decían que dolía, si Grace había tenido miedo antes y después. Se preguntaba si Grace se sentiría mal toda la vida, si esa expresión que tenía en el semblante cuando se lo había contado por primera vez jamás desaparecería del todo.

A las tres de la madrugada, cuando el insomnio de siempre volvía lentamente, Maya se preguntó si su madre, la que estaba en rehabilitación, la echaba tanto de menos como Grace echaba de menos a su bebé.

Había visto fotos del centro de rehabilitación en internet. Parecía estar bien, aunque era un poco sencillo. Anunciaba soleado, palmeras y recuperación, pero a Maya le pareció que detrás de todos esos beneficios era un lugar solitario. Odiaba pensar que su madre se sentía sola, o asustada, o triste, y al mismo tiempo estaba muy enfadada con ella. Para empezar, era culpa suya que estuviera en rehabilitación. Si realmente quería tanto a Maya y a Lauren como decía, habría dejado de beber mucho tiempo atrás. Habría cambiado por ellas.

Pero, por otro lado, Maya sabía que el problema era mucho más grande y complicado que eso, y la asustaba no saber cómo resolverlo.

El miércoles por la noche, durante la cena (comida hecha en casa nuevamente; su padre estaba mejorando de verdad), el padre de Maya se aclaró la garganta y dijo:

—Mamá puede recibir visitas este fin de semana.

El tenedor de Maya se quedó congelado de camino a su boca, la salsa goteaba de los espaguetis y caía de nuevo en el plato.

—Este sábado es el Día de la Familia en el centro —dijo. Nunca decía «centro de recuperación para adictos» ni «centro de rehabilitación». Siempre era el centro, como si su madre hubiera pasado las dos semanas en algún YMCA haciendo ejercicios aeróbicos en el agua—. Sé que le gustaría que las dos estuvierais ahí —prosiguió—. Yo voy a ir, y me gustaría que vosotras también vinierais, pero es decisión vuestra.

—Yo voy. Por supuesto —declaró Lauren.

A Maya no la sorprendió. Lauren siempre había tenido debilidad por su madre. La semana anterior, Maya la había visto de pie frente al armario de sus padres, oliendo una de las camisas de su madre. Maya se escabulló antes de que Lauren pudiera verla, pero la imagen de su hermana hizo que se sintiera rara y triste durante el resto del día.

Deseaba no haberla visto tan vulnerable. Le daban ganas de meterla en su sudadera y esconderla del resto del mundo.

—¿Y tú, Maya? —preguntó su padre—. Sin presión, por supuesto.

Ella arqueó una ceja.

—¿En serio? ¿Sin presión?

Él se encogió de hombros y apuñaló (no había mejor palabra para lo que hacía, pensó Maya mientras observaba su tenedor) su ensalada.

—Ninguna presión —repitió—. Si quieres venir, nos encantaría que lo hicieras. Pero si todavía necesitas más tiempo, lo entiendo. Y mamá lo entenderá también. —Sus ojos eran amables mientras miraba a Maya, luego extendió la mano y acarició la de ella—. Sé que es duro, cariño.

Maya asintió. «Papá —pensó—, no tienes ni idea.»



No tenía intención de ir al centro de rehabilitación de su madre, y menos cuando tenía planes con Grace y Joaquin que posiblemente cambiarían su vida.

Maya tampoco tenía intención de contar a su padre nada de esos planes. Sabía que se los echaría por tierra de inmediato, o insistiría en acompañarla o en enviar una carta antes de acudir a la casa, y a Maya no le interesaba ninguna de esas opciones.

No tenía ni idea de si Grace o Joaquin se lo contarían a sus padres o... lo que sea que fueran Mark y Linda. Maya podía entender por qué Joaquin se había negado a la adopción. La historia de Natalie había sido aterradora, pero la idea de que a Joaquin lo hubieran echado de su hogar y lo hubieran internado, era casi insoportable. Hasta le dolían los dientes cuando lo pensaba, así que trataba de no pensar en ello con tanta frecuencia.

Lauren llamó a su puerta esa noche después de la cena, luego entró sin esperar a que Maya respondiera.

—¿En serio no vas a venir este fin de semana? —dijo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mmm, ¿y por qué llamas a la puerta si de todos modos vas a entrar? —respondió Maya mientras doblaba otra camisa del montón de ropa limpia—. ¿Cómo sabes que no estoy bailando desnuda aquí dentro?

—No lo estás haciendo, así que es irrelevante.

—¿Palabra nueva para el examen?

Lauren la ignoró.

—¿De verdad me vas a obligar a ir sola con papá este fin de semana?

Maya tenía tantas, tantas ganas de contárselo... Sabía que Lauren se sentía excluida, que estaba preocupada por las dos nuevas personas en la vida de Maya, pero no podía contarle nada acerca del sobre, la dirección, el próximo viaje. Estaba por lo menos al noventa por ciento segura de que Lauren se lo contaría a su padre, y aunque no lo hiciera, Maya nunca le habría pedido que guardara un secreto tan grande.

Así que se limitó a decir:

—Sip. Viaje con papá, ¡qué divertido! Quizá te compre un *slushie* del 7-Eleven.

—Los *slurpees* son del 7-Eleven —la corrigió Lauren—. ¡No los *slushies*!

—De verdad, a veces te molestas por las cosas más extrañas, Laur.

—Bueno, está bien, ¿qué tal esto, entonces?: estoy molesta porque mi hermana mayor no irá conmigo a ver a nuestra madre por primera vez desde que la encontramos desangrándose en el suelo.

Maya suspiró y dejó la camisa.

—Solo necesito más tiempo, ¿vale? Tú ve a verla, si quieres; yo todavía no estoy preparada.

—¿Estás enfadada con ella?

—Sí —afirmó Maya—. Estoy enfadada por elegir el vino antes que a nosotras. Estoy enfadada porque se emborrachó, se cayó y dejó que la encontraras así. Estoy enfadada porque nos dejó aquí, solas, respondiendo todas las preguntas de los demás. Estamos recogiendo su desastre, Lauren, literalmente. Así que sí, estoy enfadada.

Maya cogió otra camisa y empezó a doblarla con mucha más energía de la necesaria.

Lauren se quedó junto a la puerta, mirándola.

—Bueno, ¿no te gustaría decírselo?

Maya quería decirle y hacerle un millón de cosas a su madre. Quería gritarle, sacudirla, ignorarla para siempre, hundirse en su regazo y llorar.

—Le diré lo que quiera decirle cuando quiera decírselo —contestó Maya—. Y no antes.

—Papá dice que tenemos que empezar a ir a una terapia familiar.

Maya arqueó una ceja, pero no levantó la mirada.

—¿Ahora se da cuenta? Porque yo se lo pude haber dicho hace cinco años.

—My —dijo Lauren, y esta vez alzó la mirada—. No me obligues a ir sola. Por favor.

—No vas a ir sola. Vas a ir con papá, ¿recuerdas? ¡*Slurpees!*

—Sabes a qué me refiero. Por favor, Maya. Prometiste que no me dejarías.

Maya fue hacia ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Laur —dijo—. Juro que no te estoy dejando atrás. Solo que estamos en distintos caminos en este momento. Al final se encontrarán, ¿de acuerdo? Lo prometo —añadió cuando Lauren puso cara de no estar muy convencida—. Veré a mamá cuando esté lista. Pero si tú lo estás, deberías ir ahora.

Lauren dejó escapar un suspiro apesadumbrado.

—Perfecto —dijo, luego salió del cuarto haciendo aspavientos—. Traicióname, ¡perfecto!

—¡Ya vale! —replicó Maya—. ¡Qué magnífica conversación, Laur!

La única respuesta de Lauren fue un sonoro portazo.



El viernes por la noche, Maya creyó que estallaría.

El problema que conllevaba guardar secretos, empezó a darse cuenta de ello, era que se volvían demasiado pesados para cargarlos ella sola. Cuando eran pequeñas, Lauren siempre había sido su guardadora de secretos, pero

esos tiempos habían pasado.

Solo había una persona a la que quería contárselo todo, se dio cuenta de ello el viernes por la noche, después de que todos se hubieran ido a dormir y la casa estuviera más silenciosamente ensordecedora y vacía de lo que parecía durante el día. Solo una persona lo entendería de verdad.

Cogió su teléfono y le escribió a Claire.

¿Estás despierta?

La espera fue agónica, y Maya se dio la vuelta mientras la luz azul del teléfono iluminaba todo el cuarto. Cerró los ojos un momento, obligándose a dormir de nuevo, convencida de que Claire no le contestaría jamás.

Su teléfono vibró.

Maya casi se cayó de la cama tratando de cogerlo.

¿En serio me estás escribiendo a estas horas?

Mañana voy a conocer a mi madre biológica.

Maya aguantó la respiración y esperó.

Guau.

Lo sé. ¿Nos podemos ver? Por favor.

¿Por qué debería ir a verte, My?

Maya dudó un momento, luego tecleó:

Porque tengo miedo. Y lo siento.

Estaré en el parque en 20 min.

Maya se lanzó fuera de la cama y se vistió.

Cuando llegó al último rellano de la escalera chocó con Lauren.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—¿Qué haces despierta?

—Estoy comiendo helado. ¿Adónde vas?

—¿Te has levantado para comer helado y no me has despertado? Eso duele.

—¿Adónde vas?

Las dos susurraban con ferocidad, intentando no despertar a su padre. Maya estaba bastante segura de que, si las circunstancias no fueran tan funestas, aquello hubiera parecido un *sketch* cómico.

—¿Estás saliendo a escondidas?

Maya asintió.

—No se lo digas a papá, ¿de acuerdo? Vuelvo en una hora.

—¿Te vas a ver con alguien?

—Voy a ver... a alguien.

A Lauren se le iluminó el rostro.

—¿Vas a ver a Claire?

—¡Sssh! —Maya prácticamente cayó encima de su hermana, tratando de mantenerla callada—. Contigo no hay manera de hacer las cosas a escondidas, ¿sabes?

—Solo tú pensarías que esto es ofensivo —replicó Lauren, pero no sonaba muy molesta. Hasta estaba sonriendo—. En fin, ¿vais a volver Claire y tú?

—Cúbreme si se despierta papá, ¿de acuerdo?

—¿Y cómo te cubro?

Maya estaba bastante segura de que esa noche asesinaría a su hermana.

—¡Lauren! —exclamó con un susurro—. Cállate y vuelve a la cama, ¿de acuerdo? Te mandaré un mensaje cuando vuelva.

—Está bien, está bien, perfecto. —Lauren parecía totalmente llena de júbilo—. Solo discúlpate por lo que sea que hayas hecho y vuelve, ¿vale? Llevas semanas paseándote con cara de deprimida, y ella también.

Maya no tenía idea de si era cierto, pero no podía perder el tiempo discutiendo con Lauren.

—Buenas noches —dijo—. Y también para de comer helado. Deja un poco para mí.

Lauren le lanzó un simulacro de saludo militar y luego subió la escalera mientras Maya se escabullía por la puerta.

Para cuando llegó al parque, todo era de un color rojo que pulsaba detrás de sus ojos, cada estallido de color estaba en sincronía perfecta con el latido de su corazón. Maya no estaba segura de si era amor, miedo o simple estupidez, pero los colores se aceleraron cuando vio a Claire esperándola en el aparcamiento.

Claire tenía las manos metidas en los bolsillos de la sudadera, con la capucha tapándole la cabeza, de modo que Maya solo podía verle el rostro. Pensó que era uno de los rostros más hermosos que hubiera visto.

—Hola —dijo Maya tan pronto como se acercó lo suficiente.

—Hola —contestó Claire. Sonaba indiferente, fría, todo azules y violetas, el contrario del cálido fulgor de las brasas que ardían dentro de Maya.

—Hola —dijo Maya otra vez. De repente se sintió tan sin palabras como la primera vez que vio a Claire, sin saber qué decir, y eso la incomodó—. Yo... bueno. Solo quería contar algo sobre mi madre biológica.

Claire señaló hacia uno de los bancos de pícnic.

—¿Te quieres sentar?

Maya asintió y la siguió.

—Bueno —dijo Claire—. Pues habla.

Maya deseó haberlo planeado un poco. No sabía qué decir ni cómo decirlo.

Así que se lo contó todo a Claire.

Le contó lo de Grace y su bebé, lo de Joaquin y Natalie y la adopción fallida. Le habló de Lauren y de su pelea, de lo de su madre desangrándose en el suelo, con una herida en la cabeza, que su padre había vuelto en avión y había llorado en el hospital cuando vio a sus hijas. Le contó lo de la caja fuerte y el sobre y la dirección, del viaje que tenían planeado al día siguiente y de que no asistiría al Día de la Familia en el centro. Le contó a Claire todo lo que le vino a la cabeza, y al final se sintió exprimida y exhausta.

—Buf —resopló Claire cuando Maya terminó—. Y ahora, My, ¿cómo te sientes con todo esto?

Maya parpadeó.

—¿Qué?

—¿Cómo te sientes? —Claire la observó—. ¿No lo entiendes? Cada vez que te asustas o sientes todas esas cosas, echas a correr.

—Yo...

—Me hiciste a un lado. —No había manera de ignorar el temblor en la voz de Claire cuando lo dijo—. No puedes seguir abriendo y cerrando esta puerta, primero sin decirme nada y luego mandándome mensajes a media noche. Mierda, Maya, ¡me rompiste el corazón!

De repente se sintió muy pequeña sentada en la oscuridad.

—No era mi intención hacerlo —dijo. Y de repente pensó en Joaquín. ¿Por qué? Él decía que no quería que lo adoptaran las dos personas que lo querían más que a nada en el mundo, y...—. Oh, no —susurró—. Yo lo estoy haciendo también.

—¿Haciendo qué? —preguntó Claire, pero Maya empezó a llorar.

—Lo estoy haciendo también —sollozó—. Lo siento tanto... No quería que lo supieras. Lo de mi madre, nada de eso. Me asusté y... entré en pánico. Yo... ¡Yo no quiero estar sola!

—My, My, cálmate. —Las manos de Claire se posaron suaves sobre su rostro—. No estás sola. Mucha gente te quiere y le importas... ¿De qué estás hablando?

—¡Lo siento tanto! —volvió a decir Maya—. Lo siento tanto, Claire. Te echo mucho de menos y te hice daño. Pensé que solo me estaba haciendo daño a mí misma, pero a ti también te lo hice, y lo siento tanto...

—Está bien —susurró Claire—. Te perdono, está bien. —Pero ahora ella también estaba llorando, y cuando se acercó para besar a Maya, probó la sal blanca candente de sus lágrimas que se mezclaban—. Está bien —volvió a susurrar Claire—. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Maya. Después volvió a besar a Claire antes de envolverla en sus brazos—. No quiero que nos volvamos a separar.

—Entonces no lo hagamos —murmuró Claire contra su cabello—. Te lo dije la última vez, no me iré a ningún lado.

Era más de lo que se merecía, lo sabía, pero lo tomaría de todos modos.

Joaquin

Joaquin no les contó a Mark y a Linda que irían a buscar a su madre biológica.

Sin embargo, quería hacerlo. Quería contárselo a alguien —a quien fuera—, pero no sabía cómo. Ana lo habría obligado a hablar de sus sentimientos. Su trabajadora social, Allison, probablemente habría dicho algo sobre las reglas o los documentos. Birdie..., pero Birdie ya no era una opción. Joaquin estaba bastante seguro de que Mark y Linda lo habrían escuchado, pero no sabría cómo mirar a dos personas que lo querían adoptar mientras les decía que iba a buscar a su madre biológica. Y después de que le hubieran regalado un coche.

De ninguna manera.

Joaquin decidió callárselo.

Y ese resultó ser un error muy grave.



Esa semana en la escuela, Joaquin había dado la vuelta en una esquina por el pasillo para ir a la clase de Lengua y se había topado de frente con Birdie y con Colin Maller.

Se estaban besando, y el largo brazo de Birdie envolvía el cuello de Colin de la misma manera como solía envolver el de Joaquin. Si pensaba demasiado en ello, casi podía sentir la tibieza de su piel, el calor de su boca, su aroma a jabón y champú.

Joaquin pensaba que nunca le dolería nada tanto como cuando se rompió el brazo, pero podría haberse roto los dos brazos y ambas piernas y de todos modos habría sido una gota en el océano comparado con lo que sintió cuando vio a Birdie en brazos de Colin.

Trastabilló, sin importarle si faltaba a clase de Lengua, o a lo que quedaba de escuela, ni siquiera lo que le quedara de vida. Tenía que salir de ahí, y casi había traspasado la puerta cuando alguien lo llamó.

Era la amiga de Birdie, Marjorie.

—Joaquin, ¡espera! —gritó, persiguiéndolo, y Joaquin se detuvo con la mano en la puerta, el pecho hinchado como cuando empujó a Adam contra la pared, con la adrenalina inundándole todo el cuerpo y abrumándole los sentidos.

—Espera —volvió a decir Marjorie, aunque Joaquin no se había movido—. Joaquin, solo quiere darte celos. Ni siquiera le gusta.

Joaquin soltó una carcajada. No lo pudo evitar.

—Pues parece que le gusta mucho —dijo, pasándose una mano por el cabello—. Felicita a la feliz pareja de mi parte.

Y luego se alejó, sin escuchar los ruegos de Marjorie, y echó a correr, dejando atrás la escuela.



El sábado por la mañana Joaquin estaba hecho un desastre. En apariencia se veía bastante bien. Se dio un baño, y se lavó el pelo, y se puso la camisa que le había regalado Birdie cuando comenzaban a salir, porque según ella quedaba de maravilla con sus ojos. Joaquin tenía los ojos de color café oscuro, así que no estaba demasiado seguro de cómo una camisa de botones y cuadros azules podría hacer que sus ojos «brincaran» (palabra de Birdie, no suya), pero ella era buena con este tipo de cosas, así que confiaba en su opinión.

Joaquin se preguntó si su madre tendría los ojos como los suyos. Si todavía veía a su padre. Si querría ver a Joaquin y a sus hermanas, o hablar con ellas, o si Joaquin solo sería un recuerdo de la peor época de su vida. ¿Pensaría que se había esforzado demasiado al vestirse bien por ella? La última vez que acudió a verla, se había puesto su camiseta favorita de Spiderman (Spiderman tampoco tenía padres, como Joaquin), pero ella nunca se presentó, así que quizá no importaba si se ponía su mejor camisa o no.

Se miró al espejo, se acomodó el cuello de la camisa y se preguntó si era el idiota más grande del planeta por intentar encontrar a la mujer que lo había abandonado con tanta facilidad.

Mark y Linda estaban en la cocina, desayunando y leyendo el periódico. Joaquin sospechaba que la suya era la única casa de la calle que todavía recibía el periódico cada día.

—Vaya, qué elegante te has puesto para un sábado —dijo Mark cuando Joaquin apareció—. ¿Es el Día de Ropa Formal en el Centro de las Artes?

Cualquier otro día, Joaquin podría haber seguido el tono de broma de Mark sin problema. Pero este no era cualquier otro día.

—¿Por qué? —dijo Joaquin—. ¿Es demasiado?

—No, no, tienes un aspecto genial —dijo Mark—. Es solo que nunca te vistes tan elegante, eso es todo.

Las cosas con Linda y Mark habían sido un poco «raras» desde que le regalaron el coche. O más bien, las cosas con Joaquin habían sido raras desde que le dieron el coche. Solo lo había cogido dos veces en la última semana, una para ir al trabajo y otra vez que Linda lo mandó a la tienda, pero, aparte de eso, estaba siempre en la entrada, como un enorme recordatorio metálico de todas las cosas que Joaquin nunca podría pagarles a sus padres de hogares de acogida.

Cuanto más le daban, más grande le parecía el mundo, y Joaquin necesitaba una valla, un borde, algo que evitara que se cayera de la faz de la Tierra. Todos tenían un punto de inflexión, después de todo, y a Joaquin lo ponía nervioso el hecho de haber pasado casi tres años con Mark y Linda y que todavía no hubiera podido encontrar el suyo. Había pensado que rechazar la adopción haría que lo volvieran a meter en el programa de adopciones, y ya sabía cómo terminaba ese cuento de hadas, pero entonces Mark y Linda le compraron el coche.

Joaquin se sentía como si fuera el protagonista de un videojuego, pasando de un nivel al siguiente, lanzándose de liana en liana en busca de algún tesoro que siempre parecía estar justo fuera de su alcance. Algunos chicos no llegaban tan lejos: se les acababan las vidas, o las oportunidades, o la esperanza. Pero Joaquin había jugado lo suficiente para saber que, por cada

nivel que lograba pasar, por cada hilo de esperanza que le tendían Mark y Linda, había algo más grande, más amenazador incluso, que lo esperaba al final. Sabía que nunca lograría llegar al tesoro sin matar antes al dragón.

Así que empezó a rechazarlos. Al principio, ignoró a Linda la primera vez que le pidió que hiciera algo, o fingió que no la había oído cuando los dos sabían que sí. Le dijo a Mark que le ayudaría a cortar el césped del jardín el miércoles por la tarde, pero después prefirió quedarse arriba escuchando música. El viernes por la noche, las cosas estaban tensas en la cena, y Joaquin desapareció en su cuarto sin lavar los platos.

—¿Le quieres echar una mano a Linda? —le había sugerido Mark.

—No —respondió Joaquin, y no dijeron nada, situación que lo puso incluso más nervioso, fuera de control, mientras se tambaleaba justo en el borde y se preparaba para la caída.

El sábado por la mañana, sin embargo, con el estómago lleno de mariposas, Joaquin estaba listo para una pelea.

—Oye, Joaq —dijo Linda, levantando la mirada del periódico—. ¿Te puedes sentar? Mark y yo queremos hablar contigo.

Joaquin sintió que ponía los ojos en blanco antes de poder evitarlo, pero Mark sacó una silla y dio unas palmaditas en el asiento, así que se sentó.

—¿Qué?

—Has estado... Bueno, sinceramente, Joaquin, estás siendo un poco grosero —empezó Linda—. Conmigo y con Mark. Acaso... ¿te hemos hecho algo? ¿Hemos dicho algo que te sentara mal? Nos gustaría que hablaras con nosotros.

—¿Por qué siempre pensáis que se trata de vosotros? —respondió Joaquin—. ¿Por qué siempre creéis que es algo que habéis hecho? ¿Por qué no puede tratarse de mí?

Mark se encogió de hombros y alejó la silla de la mesa empujándose con los pies.

—Está bien, hablemos de ti, entonces. ¿Por qué estás siendo tan grosero?

Le habría dolido mucho menos a Joaquin si no hubiese sabido que tenían razón.

—¿Te gustó el coche? —preguntó Linda—. ¿O crees que fue demasiado?

Joaquin se encogió un poco de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho. Solo pensar en el coche hacía que el estómago se le revolviera y que las mariposas volaran en todas direcciones.

—En realidad no me importa —dijo—. Quiero decir, ni siquiera os lo pedí. Fuisteis vosotros los que decidisteis comprármelo.

Mark se dio la vuelta en la silla para mirarlo a los ojos. Joaquin deseaba que Mark lo golpeará, lo empujara, lo echara de casa. Cualquier cosa menos la mirada de empatía garabateada en su rostro.

—Joaq —dijo Mark—, lo estamos intentando, pero hemos de encontrarnos en un punto intermedio. —Como Joaquin no respondió, añadió —: Habla con nosotros, por favor. ¿Qué te pasa?

Intentó colocar la mano en el brazo de Joaquin, y él, pensando que había llegado el momento, por instinto se echó hacia atrás. Todos se quedaron paralizados cuando hizo eso. Hasta pareció que el reloj de pared había dejado de hacer tictac, sus manecillas atrapadas en el tiempo.

—Joaquin —dijo Linda en voz baja.

—Sabes que nunca te haría daño —dijo Mark, su mano aún estaba congelada en el aire—. Eso lo sabes, ¿verdad, Joaquin?

Este soltó una carcajada.

—¿Crees que esa es la única manera de hacerle daño a alguien? ¿En serio?

—Joaquin...

Pensó que, si oía a alguien decir su nombre una vez más, la cabeza le estallaría en mil pedazos.

—Solo os pido que paréis, ¿de acuerdo? —exclamó, poniéndose de pie—. Que paréis con... ¡con todo! El coche, la ropa, el monopatín... ¡Parad, por favor!

Mark y Linda también se habían levantado, formando un triángulo entre los tres. Mark parecía confundido, pero Linda estaba asustada.

—Siempre decís que no me vais a hacer daño —prosiguió Joaquin, y el pulso le aumentaba con salvajismo bajo la piel—. Pero no lo entendéis, ¿o sí? ¡Golpear a alguien es la forma más fácil de lastimarlo! ¡Pero podríais lastimarme mucho más de otras maneras!

—¡No te queremos hacer daño en absoluto! —insistió Linda—. Solo te queremos ayudar, queremos estar ahí para apoyarte. ¡Queremos que lo tengas todo, Joaq! ¡Queremos lo mejor para ti!

—¿Ah, sí? ¿Creéis que no me doy cuenta de cómo nos mira la gente cuando salimos? —Joaquin sintió que se le oprimía el pecho al pensarlo—. Estas dos personas blancas que han rescatado al pobre moreno.

—Sabes que no nos importa lo que piense la gente —dijo Mark en voz baja.

—Claro, por supuesto que no, porque a ti te ven como si fueras un héroe. A mí me ven como si... como si... —Joaquin forzó las palabras—. Como si fuera basura.

—No digas eso —lo riñó Linda con tono severo. Joaquin vio que tenía los puños apretados—. No eres basura, Joaquin. Nunca digas eso.

—Sí, es fácil para ti decirlo —replicó él en tono burlón—. ¿Creéis que solo con adoptarme eso desaparecerá? ¿Que me podéis enseñar lo que significa ser mexicano? ¿Que me podéis enseñar a hablar español? ¿Que me podéis decir de dónde soy?

—No —dijo Mark, y su tono parecía estar en algún punto entre la tristeza y la furia—. No podemos hacer nada de eso. Pero ¡podemos ayudarte a encontrar a gente que sí puede! ¡No estamos aquí para quitarte nada!

Todo lo que decían era lo correcto, pero la situación se había vuelto tensa. Joaquin sentía que se movía hacia el abismo sin barreras que pudieran evitar que se cayera.

Ante eso, decidió dar un salto mortal.

—¿Así que creéis que yo puedo compensar el hecho de que no podáis tener bebés? —dijo.

Linda y Mark se quedaron como congelados, abatidos. Y Joaquin sintió que si le daban un golpe se resquebrajaría de arriba abajo. Mark avanzó hacia él, y de repente Joaquin echó a correr, sus pies eran más veloces que su cerebro.

Salió a toda prisa de la casa, Mark y Linda corrían detrás de él. Llegó al coche, y antes de haber recorrido media calle se dio cuenta de que no había cogido el móvil.

—¡Joder! —exclamó, luego vio los rostros de Mark y de Linda, levantó el puño y lo estrelló contra el salpicadero.

Mark y Linda ya nunca lo volverían a dejar entrar en su casa. Joaquin tampoco lo hubiera querido, no después de lo que había dicho.

El dragón había ganado, y Joaquin era solo un montón de huesos rotos y ceniza en el terreno quemado, sin tiempo y sin vidas.

Fin del juego.

Grace

Grace nunca les había ocultado un secreto tan grande a sus padres durante tanto tiempo. Incluso cuando descubrió que estaba embarazada, se lo contó cuando aún no habían pasado veinticuatro horas. Pero ¿y si les hablaba sobre su próximo viaje, de cómo planeaba simplemente llegar a la puerta de una desconocida, llamar, y tal vez conocer a su madre biológica? Grace tenía una imaginación bastante activa, pero ni ella era capaz de imaginar todas las maneras en que sus padres podrían negarse a ello.

Así que prefirió contárselo a Rafe.

—Espera, espera, déjame que lo entienda —dijo él. Estaban sentados en lo que Grace había llegado a considerar su reservado, al fondo del restaurante que estaba cerca de la tienda de artículos de cocina—. ¿Simplemente piensas llegar a la puerta de una desconocida, llamar y decir: «Hola, mamá»?

—Bueno, no exactamente así —respondió Grace—. Tal como lo describes, parece como si fuéramos a su casa a lanzar huevos o algo parecido.

—Grace. —Rafe bajó el tenedor y la miró—. Oye, sin ofender, pero no creo que esta sea tu mejor idea.

—No es mi idea, es nuestra idea —replicó Grace—. Mía, de Joaquin y de Maya. Los tres vamos a ir juntos.

Rafe no pareció convencido.

—¿Y qué vais a hacer si no está en casa?

—Dejar una nota.

—¿Dejar una nota? —repitió Rafe—. «Hola, han pasado a saludarte tus tres hijos biológicos. Pero, bueno, fue una pena que no estuvieras.»

Grace levantó los ojos al cielo. No se suponía que esa conversación tuviera que salir así.

—¿Sabes?, si quisiera que alguien me hiciera ver todas las maneras en que esto podría salir mal, se lo contaría a mis padres.

—¿Ni siquiera se lo has dicho a tus padres? —Rafe apoyó la cabeza sobre la mesa y dio unos golpecitos con la frente en el borde—. Grace, Grace, Grace. Esto no está bien, lo mires como lo mires.

—¡Al menos podrías mostrar un poco de apoyo! —exclamó Grace—. Esto da mucho miedo, ¿sabes? Se supone que eres mi amigo.

—Sí, bueno, a veces tu amigo tiene que decirte la verdad —repuso él—. Por lo menos deberías contárselo a tus padres.

—No lo entenderían.

—Grace, tuviste un bebé y parece que pasaron por esa experiencia perfectamente bien. Creo que no les estás dando el crédito que se merecen.

—Si se lo cuento, me darán un millón de razones por las que creen que es una mala idea.

Rafe arqueó la ceja en un gesto que expresaba un sencillo «te lo dije».

—Olvídalo —dijo Grace, y apartó el plato. Casi no había probado el sándwich ni las patatas fritas. Solo de pensar en lo que podría suceder el sábado, sentía náuseas de un modo que no había experimentado ni durante el embarazo.

—Está bien, pero ¿puedo hacer una sola pregunta? —dijo Rafe.

—Si digo que no, ¿la vas a hacer de todos modos?

—Sí.

—Perfecto, pues hazla.

Rafe se inclinó hacia delante y extendió la mano sobre la mesa en dirección a Grace.

—¿Y si tu madre biológica no quiere que la encuentren?

Grace se apoyó en el respaldo y sintió el cuero frío contra las piernas.

—Quiero decir que devolvió todas las cartas, tiene el teléfono desconectado, nunca ha tratado de encontraros a ninguno de vosotros, ni siquiera a Joaquín. ¿Y si simplemente no quiere que la encontréis?

Grace jugueteó con una servilleta.

—No lo sé —reconoció—. No lo sé. Pero solo quiero que sepa que estoy bien. ¿Es egoísta eso?

—No lo creo —dijo Rafe.

—¿Es una tontería hacerlo?

—Tal vez. En realidad, no estoy seguro.

—¿Tú qué harías?

Rafe lo pensó un minuto, luego acercó la mano hasta el otro lado de la mesa para que se tocaran las puntas de sus dedos.

—No lo sé —admitió—. Pero quizá de esta manera, salga como salga, tendrás una respuesta.

Grace levantó la mano para ponerla encima de la de Rafe.

—Les conté a Joaquin y a Maya lo de Peach.

Los ojos de Rafe se abrieron de un modo casi cómico.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Cómo?

—Maya vio un correo electrónico que me habían enviado sus padres adoptivos. Estaba jugando con mi teléfono y lo vio, y la verdad es que fue difícil esconderlo después de eso.

—Ya. ¿Y cómo te sientes?

Grace estaba bien. Se sentía más ligera después de ese día, como si la densa nube que se cernía sobre ella finalmente se hubiera convertido en lluvia.

—Quieren que vaya a verla.

—¿Joaq y Maya?

—No. Los padres de Peach. Quieren que vaya a verla cuando cumpla seis meses. En principio, antes de la adopción, habíamos acordado hacer dos visitas al año.

Rafe esperó a que prosiguiera, y giró la mano para apretar la palma contra la suya.

—No sé si podré hacerlo.

—No tienes que hacerlo, si no quieres.

—Pero ¿y si ella me quiere conocer? No ahora, pero en el futuro.

—¿Quieres decir, como tú quieres conocer a tu madre biológica?

Grace asintió.

—No quiero que se sienta insegura, ¿sabes? No quiero que tenga preguntas sin respuesta como yo.

Rafe se encogió de hombros.

—Entonces ve a verla. Sea como sea, será difícil, pero siempre has hecho lo correcto por ella. No dejes de hacerlo ahora.

Grace permaneció en silencio. No estaba segura de poder hablar.

—¿Quieres seguir hablando de esto? —preguntó Rafe.

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres hablar de esa devolución que tienes ahí? —Señaló hacia el paquete que había junto a Grace, un pedido por correo de la tienda de artículos de cocina.

Esta vez ella sonrió y las lágrimas desaparecieron.

—Este es increíble —declaró.

—Las compras de insomnio de tu madre son geniales —coincidió Rafe—. Veamos.

Grace abrió el paquete.

—Creo que es un pimentero —dijo, levantando un pequeño gnomo de jardín—. Le tuerces el sombrero y le sale pimienta de la barba.

Rafe se cubrió la boca con la mano.

—Guau —dijo después de un minuto.

—¿Crees que deberíamos ponerle nombre? —preguntó Grace.

—No —replicó él, y luego se levantó del reservado—. Probablemente sea mejor que no le cojamos demasiado afecto. Vamos... Si llegamos antes de tiempo te podrás poner mi delantal.

—¡Uy, qué bueno! —exclamó ella poniendo los ojos en blanco, y le cogió la mano cuando él se la tendió.



El sábado por la mañana, la despertó un mensaje de Rafe.

Buena suerte hoy. Si quieres, llámame después.

Grace lo miró un largo rato antes de contestar.

Ok.

Luego fue al baño y vomitó.

Sus padres se habían ido a pasar el día en alguna exposición de jardinería. Le habían dejado la cena descongelándose en la barra de la cocina, y al ver el *tupper* sobre la mesa algo le estremeció el corazón del modo más doloroso. Le habían perdonado mucho este último año. Esperaba que también pudieran perdonarle esto.

Maya llegó en bici justo cuando Grace terminaba de vestirse. Se había probado al menos diez conjuntos distintos. Quería sentirse guapa, pero no exagerada. Quería parecer informal, pero tampoco demasiado, como si normalmente pasara el fin de semana llamando a las puertas de desconocidos y preguntándoles si eran su madre.

Las palabras de Rafe reverberaron en su interior, pero Grace las apartó a un lado. Fuera una mala idea o no, iba a suceder.

—Dios mío, creo que voy a vomitar —dijo Maya mientras metía la bici en el garaje de Grace.

—Yo ya lo he hecho —admitió Grace—. Dos veces.

—¿En serio? ¿Estás embarazada otra vez?

—Ja. No.

Maya le dedicó una amplia sonrisa, pero pronto se le desvaneció del rostro.

—No sé... ¿Es una mala idea? ¿Somos unos idiotas?

—No lo sé, y probablemente.

—Dios, de verdad, voy a vomitar.

—Por favor deja de decir eso —contestó Grace—. ¿Tengo buen aspecto?

—Tienes un aspecto increíble. Pareces muy... tú. ¿Y yo qué tal?

—Estás genial. Espera, ¿a qué te refieres con muy... yo?

Maya sonrió.

—Muy limpia.

—¡Y eso qué quiere decir! —gritó Grace, y a punto estuvo de darse la vuelta para volver a subir corriendo por la escalera y cambiarse de vestido por enésima vez, cuando el coche de Joaquin se detuvo en la entrada.

Incluso antes de que bajara del coche, Grace se dio cuenta de que algo iba mal. La manera en que aparcó ya fue síntoma de algo, con un movimiento veloz que terminó con un brusco frenazo.

—Hey —dijo Maya junto a ella.

—No voy a ir —fue lo primero que dijo Joaquin cuando bajó del coche.

—¡Ja! —exclamó Maya—. Buen intento. ¿Alguien más quiere hacer pipí antes de salir a la carretera?

—No, hablo en serio —dijo—. Llevaos el coche, si queréis, no me importa. Pero yo no voy.

Grace sintió como si se hubiera perdido el segundo acto de una obra de tres.

—Espera, ¿de qué estás hablando? —preguntó—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así?

Joaquin caminaba de un lado a otro delante del coche.

—No puedo ir. No voy.

—Pero ¿por qué?

—¡Porque no! —respondió—. ¡Siempre lo echo todo a perder, joder! — Se pasó la mano por el cabello, que se quedó tal como estaba, como si no lo hubiera tocado—. Soy lo peor que podría haberos pasado. A cualquiera de las dos. ¿No lo entendéis?

Maya se cruzó de brazos y miró a Joaquin.

—¿Ya has acabado? —dijo—. Porque deberíamos salir.

—Ya os lo he dicho. Id sin mí.

—Nop —respondió Maya—. Este es un asunto de todos o de nadie. — Cogió su bolsa y se dirigió al coche, luego se dio la vuelta al ver que Joaquin no la seguía—. Vamos, Grace —dijo.

Grace se quedó donde estaba.

—Joaq, ¿qué ha pasado? —volvió a preguntar—. Estás temblando.

—Yo... no puedo volver a casa de Mark y Linda.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nos hemos peleado. Lo he echado todo a perder. Prácticamente lo he arruinado todo. Lo he reducido a cenizas. —Joaquin se estaba carcajeando solo, pero Grace pensó que sonaba más como un sollozo—. No me volverán a dejar entrar.

—¿Eso te han dicho? —preguntó Maya desde la puerta del copiloto.

—No tuvieron que hacerlo.

—Bueno, pues no iremos sin ti —decidió Grace—. Vamos... lo podemos discutir en el coche.

—¡No! —gritó Joaquín—. ¿No me estáis oyendo? No quiero arruinar esto también. No con vosotras.

—¿Puedes abrir las puertas, por favor? —ordenó Maya enérgicamente. Joaquín la ignoró.

—Toma —dijo, lanzándole las llaves a Grace—. Mándame un mensaje cuando volváis. —Luego le cambió el rostro—. Me he dejado el móvil en su casa. Mierda.

Grace sintió como si estuviera corriendo para que un tornado no la alcanzara.

—Joaquín —dijo, luego dio un paso y puso la mano en su hombro—. Si no quieres conocer a nuestra madre, perfecto. No hay problema. Pero si no vas porque crees que lo echarás todo a perder, entonces no es tan perfecto. Y tampoco es cierto.

Joaquín sacudió la cabeza.

—Mira, vosotras dos sois mis hermanas, ¿no? Sois mi familia. No puedo haceros daño.

—¡Por el amor de Dios, joder! —gritó Maya, y los dos se dieron la vuelta para verla de pie, todavía junto al coche, con las manos en las caderas.

—¡Eso es exactamente lo que es la familia, Joaquín! —le gritó Maya—. ¡Significa que no importa adónde vayas, no importa lo lejos que huyas, seguirás formando parte de mí y de Grace, y nosotras seguiremos formando parte de ti también! ¡Míranos! Hemos tardado quince años en encontrarnos, pero ¡a pesar de todo lo hemos hecho! Y a veces, en las familias, nos hacemos daño unos a otros. Pero cuando eso termina, nos ponemos las vendas y seguimos adelante. Juntos. Así que podrás largarte y pensar que eres algún tipo de lobo solitario, pero ¡no lo eres! Ahora nos tienes, te guste o no, y nosotras te tenemos a ti. ¡Así que sube al maldito coche y vámonos!

Grace miró a Joaquín.

Joaquín miró a Maya.

Y luego se subió al maldito coche.

—Gracias —suspiró Maya, luego miró a Grace—. Ah, sí, y una cosa más.

—¿Qué cosa? —preguntó Grace levantando la mochila.

—¡Yo me siento delante!



Pasaron la mayor parte del viaje en silencio, Grace echada en el asiento de atrás y Maya acurrucada contra la ventanilla del lado del copiloto mientras Joaquin conducía. Maya se entretenía tomando fotos del paisaje de vez en cuando. Joaquin agarraba con fuerza el volante, pero Grace podía ver la caída triste de sus hombros y de su cuello, la manera en que casi parecía bajar la cabeza. En cierto momento, Maya apartó la mirada de la ventanilla.

—¿Quieres hablar del tema? —le preguntó.

—Nop —respondió él.

—Está bien —asintió ella, y apoyó la mejilla contra el cristal una vez más.

Durante un rato escucharon la radio, canciones pop que Grace odiaba, pero de las que parecía conocer la letra. A medida que se iban acercando al desierto, la emisora perdió cobertura hasta dejar un ruido crepitante, y Joaquin finalmente la apagó. Pasaron los dinosaurios gigantes en uno de los paradores, y luego siguieron por lo que parecía ser un mar de molinos de viento. A Grace la hicieron pensar en don Quijote de la Mancha. Se preguntó si ella, Maya y Joaquin estarían siguiendo la misma ridícula búsqueda que don Quijote, corriendo a toda velocidad hacia algo que era distinto de lo que imaginaban, destinados a la desilusión, a la humillación, al fracaso.

Su teléfono vibró en el asiento trasero y le lanzó una mirada. Era Rafe.

¿Cómo va todo?

Va.

¿Tienes miedo?

Pánico.

Va a salir bien. Todo sale bien al final.

No estaba segura de si eso era cierto, pero estaba contenta de que al menos alguien lo pensara.

Cuando llegaron, a Grace le sudaban las manos. Maya ya no estaba recostada contra la ventanilla, sino erguida como una liebre, con las gafas sobre la frente.

—Ahí está —dijo señalando una casa pequeña.

Joaquin aparcó al otro lado de la calle y se quedaron ahí en silencio; los tres respiraban al unísono, mirando la casa. Parecía recién pintada, con las molduras de color blanco brillante contra el gris azulado, y había una maceta de geranios cerca de la puerta principal. Un sedán azul oscuro estaba aparcado en la entrada.

—Es bonita —dijo Grace al cabo de un minuto.

—Sí —asintió Joaquin. Se había quedado completamente quieto, sin siquiera encogerse cuando Grace le puso la mano en el hombro y bajó del coche.

—Espera, espera, espera —dijo Maya—. Todavía no. Solo... acordemos que, pase lo que pase aquí, estamos los tres juntos, ¿de acuerdo?

La mandíbula de Joaquin se apretaba y se relajaba, pero asintió.

—De acuerdo —respondió Grace.

Maya observó de nuevo a través del parabrisas, luego respiró profundamente.

—Está bien —dijo—. Hagámoslo.

Grace se preguntaba qué aspecto debían de tener los tres mientras subían los escalones del frente de la casa hacia la puerta de entrada, juntos como una bandada de patos asustados. Su corazón latía tan fuerte que incluso le dolía. Tenía más miedo ahora que cuando les dijo a sus padres que estaba embarazada, que cuando el médico le dijo que era hora de empujar, que cuando Peach descansó por primera vez en brazos de sus nuevos padres.

Grace se preguntó si Melissa estaría en casa.

Se preguntó si aún viviría en esa casa.

¿Y si nadie abría la puerta?

¿Y si sí lo hacía?

—Llama tú, Grace —susurró Maya. Joaquin estaba detrás de ellas, casi utilizándolas como un escudo, y Grace se tranquilizó y asió la aldaba de latón oxidado en forma de león. Casi parecía gruñirles, como si fueran intrusos.

Grace esperaba que eso no fuera una mala señal.

El golpe pareció retumbar por toda la calle, y al cabo de un minuto una mujer abrió la puerta. Llevaba puesta una bata de enfermera y tenía el cabello oscuro y rizado, recogido en una cola de caballo, y al verlos sonrió.

—¿Revistas o galletas? —preguntó.

—¿Qu...? Disculpe, ¿qué? —tartamudeó Grace.

Podía sentir que Maya temblaba a su lado con los ojos muy abiertos, mientras observaba a la mujer con la nariz de Joaquin y los ojos de Maya.

—¡Ay, lo siento! —La mujer se apoyó contra la puerta—. Es que la escuela siempre envía a los chicos a vender cosas para recaudar fondos. A mí me parece mejor darles un cheque, y se lo dije, pero ya sabéis, a la gente le gustan esas cosas. —Sonrió más abiertamente y Grace pensó que tenía un atisbo de Peach—. Espero que sean galletas, porque tengo una tonelada de revistas que no he leído.

—No estamos, eh... —Grace se dio cuenta de que quizá debería haberlo practicado—. ¿Usted es Melissa Taylor?

La sonrisa desapareció del rostro de la mujer como si Grace se la hubiera quitado a bofetadas.

—No —dijo—. Melissa falleció hace mucho tiempo. Soy su hermana Jessica.

Grace ni siquiera se dio cuenta de que se había tambaleado hasta que Joaquin dio un paso para sostenerla. Balbuceó en busca de algo que decir; su cabeza era un ajetreo estruendoso, sentía dolor y conmoción, y de pronto la mujer soltó un gemido repentino y se tapó la boca con una mano.

—Dios mío —murmuró y se puso a llorar—. Sois sus hijos. Sois los hijos de Melissa. —Y para entonces ya había avanzado hacia ellos y los había rodeado a los tres entre sus brazos.

Fue entonces cuando Grace también empezó a llorar.

Maya

El interior de la casa de Jessica estaba tan ordenado como el exterior.

Maya estaba sentada entre Grace y Joaquin a la mesa de la cocina mientras Jessica revoloteaba alrededor de ellos, sacando refrescos de la nevera y colocándolos sobre servilletas de papel.

—Habríamos llamado —dijo Grace, su voz todavía era pesada y áspera de tanto llorar—. Pero no teníamos el teléfono.

—Oh, ya, claro —respondió Jessica. Estaba sonriendo, aunque todavía tenía rastros de lágrimas en las mejillas y restos de rímel bajo los ojos. Cada tanto, Maya descubría a Joaquin en sus rasgos, luego a Grace, luego a ella misma. Era como mirarse en un espejo de la Casa de las Risas, su imagen que cambiaba constantemente, y Maya estaba fascinada.

—Me deshice del teléfono hace unos cuantos años —agregó Jessica cuando se sentó frente a ellos—. No tenía sentido cuando uso el móvil para todo. Están todo el tiempo llamándome y ofreciéndome una ganga si contrato una línea fija, pero les pregunto que por qué... —Jessica de repente se detuvo y sonrió avergonzada—. Lo siento. Empiezo a hablar sin parar cuando estoy nerviosa.

—Yo también —le dijo Maya.

Joaquin permanecía muy muy callado, sentado junto a Maya, y ella se dio cuenta de que seguía cada uno de los movimientos de Jessica.

—Bueno —dijo Jessica, ofreciéndoles una sonrisa llorosa—. Apuesto a que tenéis algunas preguntas para mí.

—¿Cómo murió? —susurró Maya. Sentía como si hubiera perdido y ganado algo muy importante a la vez. Melissa ya no estaba, pero Jessica seguía allí. Se había cerrado una puerta, pero se había abierto otra.

Jessica asintió mientras desviaba la mirada hacia su vaso, intacto, de agua.

—Fue un accidente —murmuró—. Tenía veintiún años, estaba cruzando la calle, y la atropelló un camionero que se saltó el semáforo en rojo. Dijo que no la había visto. Murió al instante, dicen. No sufrió. Eso fue lo que nos dijeron.

—¿Conociste a nuestro padre? —preguntó Grace.

—Quizá debería empezar por el principio —dijo Jessica, mirándolos de uno en uno mientras de sus ojos empezaban a brotar lágrimas otra vez—. Ay, lo siento tanto —susurró—. Es que no he visto el rostro de Melissa desde hace mucho tiempo, y ahora estoy viendo tres versiones de ella, y es tan... —Titubeó en busca de las palabras—. Los tres sois muy guapos. Sois idénticos a ella.

Maya sintió que la mano de Grace presionaba contra la suya, y envolvió con los dedos los de su hermana y apretó con fuerza. Tenía miedo de empezar a llorar si no se aferraba a algo, y Maya quería recordar cada palabra de esa conversación. Quería respirar cada recuerdo de su madre hasta que la llenaran por completo, la hicieran volar por un cielo de tonos rosas, entibiado por la luz que se desvanecía.

—¿Tienes...? —empezó a decir Joaquin, luego se aclaró la garganta—. ¿Tienes fotos? De Melissa.

Jessica negó con la cabeza, y el labio inferior le tembló.

—Vuestro abuelo, nuestro padre, la repudió cuando quedó embarazada de ti, Joaquin. Ella tenía diecisiete años, y nuestros padres estaban fuera de sí. La echaron. Nuestro padre... Creo que simplemente se le rompió el corazón. Quemó todas sus fotos.

Maya pensó en su propio hogar, en sus padres, su habitación, las fotos en la escalera. No podía imaginarse sin ellos, sin otro lugar adonde ir.

Joaquin se inclinó hacia delante, y Maya levantó la mano y se la puso en el brazo, anclándolo a ella y a Grace.

—¿Conociste a mi padre? —preguntó.

Jessica asintió, y se le iluminaron los ojos.

—Tienes que saber que tus padres se querían con locura. Eran novios en secundaria, y estaban completamente enamorados el uno del otro. Era un poco extraño, de hecho. —Jessica soltó una carcajada mientras se enjugaba los ojos—. Solía planear su boda en el cuarto de estudios. Él era tan bueno con ella... Simplemente la adoraba.

»Pero luego lo deportaron, y en ese momento Melissa no sabía que estaba embarazada. Yo la oía llorar en la cama cada noche, y luego empezó a vomitar. Al principio las dos pensamos que era de tristeza, pero entonces, pues...

Joaquin asintió, con la mandíbula apretada, los hombros levantados hasta las orejas.

—Entiendo —dijo—. ¿Recuerdas su nombre?

Jessica lo miró.

—¿No lo sabías? El nombre de tu padre era Joaquin. Melissa te llamó como él.

—Oh —dijo Maya suavemente, apretándole el hombro. No podía imaginarse lo que significaba esto para él, pero a su lado, Joaquin estaba quieto, inmóvil.

—¿Él, eh..., tenía familia?

Jessica asintió.

—Sí, sus padres y una hermana pequeña. Adoraban a Melissa..., siempre estaba en su casa. Los deportaron a todos, simplemente un día desaparecieron. —Maya vio que Jessica trataba de no llorar otra vez—. Tu madre... Ella solo... Eso la destrozó.

Maya observó cómo la mandíbula de Joaquin empezaba a tensarse y a relajarse. Trató de no pensar en lo que habría sido su vida con esa otra familia que lo protegiera bajo sus alas.

—¿Qué pasó cuando tu padre echó a Melissa? —preguntó Grace.

—Pues conoció a otro chico en el restaurante donde trabajaba de camarera, y entonces se quedó embarazada de ti, Grace. Yo solo tenía catorce años entonces, pero solía ir al restaurante y me daba refrescos gratis. Acordaron dar al bebé, a ti, quiero decir, en adopción. Creo que él solo se quedó porque tus padres adoptivos pagaban el alquiler, los servicios, todo

eso, mientras Melissa estaba embarazada. Y luego, cuando Grace se fue, las cosas empeoraron, y aparecieron los de servicios sociales. No era un lugar seguro para ti, Joaquin.

Jessica bajó la mirada a la mesa, y su dedo resiguió un patrón invisible.

—¿Fue entonces cuando me dio en adopción? —preguntó Joaquin—. ¿Después de eso?

Jessica asintió.

—Trató de poner su vida en orden, intentó recuperarte, pero luego conoció al padre de Maya, que... bueno.... —Esta sospechó que Jessica estaba omitiendo algunos detalles importantes para evitarles el dolor—. Y luego se quedó embarazada de ti, y todo se derrumbó otra vez. No pudo quedarse con ninguno de vosotros. No consiguió poner orden en su propia vida. Creo que perderos la destrozó.

Jessica se secó los ojos, y Maya pensó en Melissa, dolorida y sin esperanza. Junto a ella, Grace lloraba en silencio, y Maya le apretó más fuerte la mano.

—¿Te adoptaron? —le preguntó Jessica a Joaquin. Tenía los ojos llenos de esperanza—. ¿Fue una buena familia?

Joaquin se removió en la silla.

—Eh... no. Hubo una familia, pero tuvieron un bebé justo antes de que pasara el periodo de prueba de adopción, y solo querían un hijo, así que... Terminé en el sistema otra vez durante un tiempo.

Maya observó cómo se le ensombrecía el rostro a Jessica.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Toda la vida.

—Pero ahora está con una familia muy buena —intervino Maya mientras Jessica se echaba a llorar nuevamente—. Están locos por él. De verdad que lo quieren mucho. ¡Hasta le han comprado un coche! —Maya no estaba segura de con quién hablaba en ese momento, si con Jessica o con Joaquin, pero sabía que los dos necesitaban oírlo—. Mark y Linda son personas realmente buenas.

—Estoy bien —dijo Joaquin en un tono tranquilo—. De verdad. Estoy bien.

Jessica se levantó y volvió con una caja de pañuelos de papel.

—Esto es para todos, aunque es posible que yo use la mayor parte —dijo—. No puedo creer que todos estéis aquí. Ella tenía tantas ganas de conoceros, a los tres. Sé que quería que tus padres se quedaran con Maya, Grace, pero no pudieron.

—No, mi abuela había muerto de cáncer justo antes de que naciera Maya —dijo Grace—. Pero me ayudaron a encontrarla a ella y a Joaquin después de que... —La voz de Grace se quebró unos segundos—. Tuve un bebé hace un par de meses. También la di en adopción.

Hubo un momento de silencio mientras Jessica la observaba.

—Pero mis padres son maravillosos —dijo Grace de inmediato—. Me han apoyado mucho, nada que ver con lo que le pasó a Melissa. Tengo mucha suerte. Tengo unos padres geniales. Me quieren mucho.

—Ay, gracias a Dios —suspiró Jessica.

—Y tengo una buena relación con los padres adoptivos de mi bebé —dijo Grace—. Me mandan fotos. —Cogió el teléfono, buscó hasta llegar a la foto que Maya había visto la semana anterior y la levantó para que Jessica la viera.

—Es preciosa —dijo Jessica, y Maya vio que Grace sonreía radiante, con el orgullo brillando a través de ella como un sol.

—¿Conociste a mi padre? —preguntó Maya—. ¿Lo conociste?

—No, nunca lo conocí. Creo que después de perder tanto a Grace como a Joaquin, Melissa estaba totalmente sola, ¿sabes? No podía venir a casa, nuestros padres no querían hablar con ella ni por teléfono. Creo que realmente estaba sola, y conocía a hombres que le prometían el mundo entero, pero nunca cumplían sus promesas.

»Pero siempre hablaba de ti como “el bebé” —continuó Jessica—. Y recordaba todos vuestros cumpleaños. —Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos—. Sé que puede no parecerlo, en especial para ti, Joaquin —susurró—. Pero os amaba. Os quería mucho. No os puedo decir lo que significaría para ella veros a los tres sentados juntos, así.

—¿Y qué hay de tus padres? —le preguntó Joaquin, y Maya ya lo conocía lo suficiente como para notar el temblor en sus palabras—. ¿Todavía viven?

—No, fallecieron hace algunos años. De un paro cardíaco y un derrame cerebral, uno un año y el otro al siguiente. Creo que nuestro padre nunca se perdonó a sí mismo tras la muerte de Melissa. Creo que se arrepintió de muchas de las decisiones que tomó. Devolvía todas las cartas que mandaban vuestros padres para ella.

Maya buscó en el bolsillo de su pantalón, sacó el sobre de la caja fuerte y lo deslizó hacia Jessica.

—¿Como esta? —preguntó.

Jessica sonrió con tristeza.

—Sí, como esa.

—¿Y no hay nadie más? —quiso saber Grace—. ¿No tienes otras hermanas o hermanos?

—Solo yo —dijo Jessica, sonriendo con tristeza.

Maya sintió que empezaba a derramar lágrimas.

—¿Estás sola? —le preguntó.

—Ay, cariño, por favor, no —dijo Jessica, y le acercó la caja de pañuelos—. No estoy sola. Tengo novio, y tengo amigos maravillosos. Heredé esta casa cuando murieron nuestros padres y la remodelé un poco. Así que no estoy sola. Por favor, no te sientas triste por mí.

Grace también estaba llorando, y Maya empujó la caja de pañuelos hacia ella.

—Y además... —añadió Jessica, y los labios le temblaron un poco— ... soy tía. He pensado en vosotros tres cada día. No sabía cómo encontraros, pero nunca os olvidé.

Ahora, hasta Joaquin tenía lágrimas en las mejillas, y Maya volvió a empujar la caja de pañuelos en su dirección.

—Tener una tía nueva sería muy bonito —dijo Maya—. Nos vendría muy bien.

Jessica se levantó, y luego se acercó a ellos para acariciar cada uno de sus rostros. Se detuvo en el de Joaquin un poco más de tiempo.

—Te amaba —le volvió a susurrar—. Amaba a tu padre y te amaba a ti locamente. Sé que puede que no lo parezca, pero así fue. Te lo juro, Joaquin. Tu madre quería el mundo para ti.

Joaquin levantó las manos para sujetar las muñecas de Jessica, y luego ella pasó los pulgares bajo sus ojos y lo besó en la frente.

—¡Ay! —exclamó de repente—. ¡Dios mío, no puedo creer que lo haya olvidado! Ahora mismo regreso.

Salió del cuarto y los dejó a los tres lacrimosos y mareados.

—Llevas el nombre de tu padre —le susurró Maya a Joaquin—. ¿No te parece una locura?

Él asintió con la cabeza, luego se secó los ojos con la manga de la camisa.

—¿Estás bien? —le preguntó Maya.

—Creo que sí —dijo, y luego se aclaró la garganta—. Solo que... todo esto es demasiado.

Junto a ellos, Grace asintió. Todavía miraba la foto de Peach en la pantalla de su móvil.

—Bueno—dijo Jessica cuando volvió a reunirse con ellos—. No puedo creer que tardara tanto en pensar en esto, pero esto es para ti, Joaquin. —Le dio una llave y él la cogió—. Es de una caja de seguridad. Melissa la contrató cuando naciste, y después de que ella muriera, seguí pagando el alquiler. Siempre insistió en que era para ti, Joaquin. Nunca la he abierto, no sé qué hay dentro. Pensé que era asunto tuyo, no mío.

Joaquin miró fijamente la palma de su mano, luego devolvió la mirada a Jessica.

—¿Melissa hizo esto? —preguntó.

—Sí. Para ti. Solo dijo que era para ti.

Maya sintió que se le erizaba la piel.

—Bueno —dijo Jessica—. ¿Tenéis hambre? ¿Queréis hablar un rato, o comer un poco?

Maya no estaba segura de poder comer nada, pero cuando vio la expresión en el rostro de Jessica, contestó por los tres.

—Me encanta hablar y comer —dijo.

Y su hermano y su hermana asintieron.

Joaquin

Grace cogió el coche para ir al banco porque Joaquin no se atrevía a conducir.

Las manos le temblaban demasiado.

Había estado bien en casa de Jessica, recorrió los mismos cuartos donde su madre cenaba, veía la tele, dormía..., y se había sentado en ellos. Se sentaron en el patio trasero, comieron sándwiches y patatas fritas, y Jessica era muy agradable. Su risa era igual que la de Grace, aguda y alegre, y tenía los mismos pequeños hoyuelos de Maya. Un par de veces, ella extendió la mano y cogió la suya, y si Joaquin se esforzaba, casi sentía como si estuviera cogiendo la mano de su madre, como si ella estuviera observándolo desde alguna parte del universo.

Salieron de casa de Jessica con abrazos y promesas de mantenerse en contacto, y ella les acarició el rostro a los tres mientras se subían al coche de Joaquin, con su teléfono apuntado en un trozo de papel y guardado en el bolsillo de Joaquin al lado de la llave misteriosa.

—Si queréis que volvamos ya a casa... —apuntó Joaquin mientras Grace empezaba a sacar el coche de donde estaba aparcado.

—De ninguna manera —dijo Maya desde el asiento de atrás. (Esta vez no había discutido quién se sentaba delante, lo que hizo que Joaquin se sintiera incluso más raro)—. Vamos a ir a ese banco.

Joaquin no discutió.

Viajaron en silencio, luego bajaron del coche y caminaron en fila india hasta el banco, con Joaquin a la cabeza de la tropa.

—Hola —le dijo a la cajera—. Yo, eh..., hay una caja de seguridad a mi nombre aquí. Les ha llamado Jessica Taylor para decirles...

—Nombre, por favor.

Tragó saliva con fuerza y dijo el nombre de su padre, dijo su nombre.

—Joaquin Gutiérrez.

La mujer lo buscó en el ordenador.

—¿Tiene la llave?

Joaquin la sacó del bolsillo y trató de ignorar su mano temblorosa.

—Sí, aquí está.

La mujer lo guio por el pasillo, pero él se detuvo y llamó con un gesto a Grace y a Maya, quienes se habían sentado en el área de espera.

—Los tres juntos, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Se levantaron y lo siguieron por el pasillo. Joaquin tendió las manos hacia atrás y cogió las de ellas.

El cuarto era pequeño, no como en las películas, cuando la gente entraba en salas enormes, recubiertas de mármol, para retirar o revisar los contenidos de sus cajas de seguridad. La luz parpadeaba un poco, pero a Joaquin no le molestó. Él y la cajera giraron sus llaves al mismo tiempo y la pequeña puerta se abrió para dejar a la vista la caja. Era larga y delgada, de unos veinte centímetros de ancho.

—Pueden abrirla ahí dentro —dijo, indicándoles un cuarto aún más pequeño, y luego cerró la puerta detrás de ellos, dejándolos solos con la caja sobre la mesa.

Joaquin respiró profundamente dos veces seguidas.

—¿Alguna apuesta sobre lo que hay aquí dentro?

—Dinero —dijo Maya.

—Acciones de Apple —sugirió Grace, siguiendo la broma.

—Una valiosa colección de sellos.

—Un poni.

Joaquin se empezó a reír a pesar suyo.

—Qué cosas tan extrañas —dijo—. Bueno, pues a ver qué sale.

Levantó la tapa.

Al principio pensó que solo era un montón de tarjetas postales, fotos de gente a la que no conocía en lugares de los que nunca había oído hablar. Y luego Grace ahogó un grito cuando los ojos de Joaquin se quedaron clavados en una fotografía de una mujer que llevaba en brazos a un bebé risueño de

cabello rizado. También ella reía, y tenían los mismos ojos, y Joaquin se dio cuenta de que era una foto suya con su madre, y que toda la caja estaba llena de ellas.

Las lágrimas empezaron a brotar antes de que pudiera evitarlo, sus manos buscaban entre las fotos, dándoles la vuelta. Había una suya de recién nacido en el hospital, rojo y arrugado como una pasa, y sentado en un parque de juegos, sonriéndole a la cámara.

Joaquin sintió que las emociones surgían en él una y otra vez con cada nueva fotografía, cada una de las cuales le traía angustia y dicha. Su madre era igualita que Grace y Maya, con los ojos resplandecientes y alegres, y no fue hasta que se dio cuenta de que sus propias lágrimas caían sobre las fotos que intentó limpiarse la cara. Junto a él, Grace lloraba contra el hombro de Maya, y esta tenía la frente apoyada en el hombro de Joaquin; él extendió los brazos y acercó a sus hermanas, con sus pasados dispersos sobre la mesa como una invitación a algo más, algo mejor, algo verdadero.

—Mira —susurró Maya mientras cogía una foto—. Mira.

Joaquin tomó la foto y la levantó. Su madre lo llevaba sentado sobre la cadera y miraba hacia la cámara, con un evidente bulto en la barriga.

—Es Grace —dijo él sonriendo.

Grace se inclinó para mirarla.

—Guau —respondió.

Joaquin empezó a examinar las fotos nuevamente, mirando al bebé en cada una de ellas, mirándose a sí mismo. Era fácil perdonar a un bebé con un aspecto como ese, con los ojos muy abiertos y las mejillas rojas como manzanas. Joaquin tenía que seguir recordándose que se trataba de él, que alguien lo había querido lo suficiente alguna vez para guardar sus fotos durante casi dieciocho años. No estaban en una pared ni en un álbum, pero las había mantenido a salvo.

Alguien pensó que merecía la pena salvarlas.

Pero había una en la que no aparecía ningún bebé, una foto profesional tomada en lo que parecía ser un baile, y se dio cuenta de que estaba viendo una foto de sus padres en el baile de graduación. Los dos tenían la misma

altura, vestían ropa formal de aspecto sencillo, pero los ojos de su padre estaban fijos en su madre, mirándola con aquella adoración que había descrito Jessica. En la parte de atrás, alguien había escrito: «Melissa ama a Joaquin».

Joaquin sintió que algo se le quebraba dentro del pecho, y al mismo tiempo, otra herida comenzaba a cerrarse de nuevo. Sintió que se estaba rompiendo en pedazos y volviéndose a juntar al mismo tiempo, y se hundió en una silla mientras sus hermanas se sentaban a su lado; los tres revisando en silencio su pasado.

Era el regalo más grande que le hubieran podido hacer.

Cuando, finalmente, se marcharon, era ya la hora de cerrar, y tuvieron que pedir una bolsa de papel a la cajera para llevarse todas las fotos.

—¿Quiere seguir conservando la caja de seguridad? —le preguntó a Joaquin.

—No —respondió él—. Tengo todo lo que necesito.

Grace también condujo de vuelta a casa, y Joaquin se acurrucó en el asiento del copiloto con la bolsa de fotos entre los dos. Un par de veces se asomó a su interior solo para asegurarse de que todavía estuvieran ahí.

Cada vez se encontraba con la mirada de su versión más joven.

—Buenos días —murmuró Maya, inclinándose desde el asiento de atrás y apoyando la cabeza en el hombro de Grace, con el brazo extendido para abrazar a Joaquin. Grace murmuró una respuesta. El sol del atardecer y el viento acariciaban el cabello de las chicas, de modo que se arremolinaba como una llama oscura alrededor de sus rostros, y a Joaquin le parecieron muy hermosas, como su madre.

Levantó la mano para coger la muñeca de Maya; su piel y su sangre eran la misma, y volvieron conduciendo a casa, los tres juntos como habían prometido.



Pero cuando salieron de la autopista, Joaquin empezó a preocuparse. Sentía como si la pelea con Mark y Linda hubiera ocurrido hacía ya un millón de años, no esa misma mañana, y no estaba seguro de lo que haría. ¿Lo dejarían entrar en casa para recoger sus cosas? ¿O es que ya eran de ellos? Joaquin no

las había pagado, después de todo. No tenía ningún derecho sobre ellas, en realidad. Quizá debería buscar un teléfono y llamar a Allison y decirle que necesitaba una nueva reubicación. Quizá podría quedarse en casa de Grace o de Maya, solo una noche o dos, hasta saber adónde iría.

Estaba tan ocupado pensándolo que ni siquiera se dio cuenta de que Mark y Linda estaban de pie en la entrada de la casa de Grace, con su coche aparcado enfrente y los rostros llenos de preocupación.

—¿Qué...? —exclamó cuando los vio—. Pero ¿qué...? ¿Qué hacen aquí?

Maya ni siquiera se molestó en aparentar arrepentimiento.

—Llamamos a tu teléfono —dijo—. Cuando fuiste al baño en casa de Jessica. Ellos contestaron y les dijimos que estabas con nosotras. Estaban muy preocupados por ti.

Joaquin estaba tan atónito que no podía ni bajar del coche. Había tenido que marcharse de muchas casas muchas veces, pero nadie lo había ido a buscar jamás. Ni siquiera su madre de verdad.

Se quedó tanto tiempo en el coche que Mark tuvo que acercarse y abrir la puerta.

—Oye —dijo—. Hemos sabido que habéis tenido una aventura.

Joaquin pensaba que había llorado lo suficiente para toda una vida, pero fue demasiado ver a Mark de pie ahí, junto al coche.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho, Mark.

Pero entonces él extendió la mano hacia el interior del coche y le desabrochó el cinturón de seguridad y tiró de Joaquin para ayudarlo a salir, Linda se acercó y los abrazó a los dos mientras Mark le decía: «No pasa nada, todo está bien, no estamos enfadados», y Joaquin se aferraba con tantas ganas a ellos que le dolían los brazos, y pensó que así era como debía experimentarse el perdón, con el dolor y las heridas y el alivio hechos un nudo, apretándole tanto el corazón que sintió que le estallaría.

—Papá —susurró—. Mamá.

Los padres de Joaquin lo estrecharon con más fuerza.

Y nunca lo soltaron.

Aterrizar

Maya

El interior del centro de rehabilitación está fresco cuando Maya se esconde del sol de finales de febrero en Palm Springs. Siente que los ojos se le relajan una vez que entra, el brillante cielo azul ya no se le cae encima y el vestíbulo está tan silencioso que puede oír sus propios pasos mientras camina hasta la recepción.

—Soy Maya —dice—. Vengo a ver a mi madre, Diane.

El padre de Maya la dejó delante de la puerta después de que ella le asegurara muchas veces que no necesitaba que la acompañara, y se fue conduciendo a un Starbucks cercano para esperarla. «Mándame un mensaje si me necesitas —le dijo al menos quince veces—. Puedo estar allí en cinco minutos.»

Lauren se quedó en casa. Ya había ido a visitar a su madre en tres ocasiones, pero Maya no había estado preparada para acompañarla. Todavía no sabe si realmente lo está, incluso después de meses de terapia familiar, y de terapia individual y charlas con Claire y Joaquin y Grace... Pero es su madre. No hay manera de evitarla para siempre.

El hombre que atiende la recepción lleva a Maya por un pasillo con azulejos de linóleo hasta lo que parece ser una sala de juegos. Hay un billar y un fútbolín, además de varios sillones y algo revelador: un montón de cajas de pañuelos de papel.

Diane está sentada en una silla en el rincón más alejado del cuarto, y el rostro se le ilumina cuando ve a Maya. «Ha aumentado de peso», piensa Maya con un sobresalto. Tiene las mejillas un poco más llenas y el cabello se le ve más oscuro y largo. Parece saludable. Y hacía mucho tiempo que su madre no tenía ese aspecto.

—Cariño —la saluda.

Se levanta y extiende los brazos hacia ella, pero Maya retrocede. Todavía no está preparada para un abrazo. Han pasado tres meses, pero aún sigue enfadada, está resentida. Su terapeuta le dijo que tardaría un tiempo, y Maya decidió creerle.

—¡Estás tan alta! —exclama Diane, y toma las manos de Maya entre las suyas—. ¿Has crecido? Te veo tan mayor, Mysie.

—Mamá, ¿en serio? Parece que hayan pasado años desde que me viste la última vez.

Pero el rostro de su madre no cambia.

—No puedo creer que ya casi tengas dieciséis años.

—Pues créelo —dice Maya, sonrojada.

—Lauren me ha contado algunas cosas —dice su madre—. ¿Tú y Claire habéis vuelto?

Maya asiente.

—Hace ya dos meses. De verdad la quiero, mamá.

—Pues me parece maravilloso, mi amor. Estoy tan contenta por ti. Y por Claire también, por supuesto.

—¿Te quieres sentar? —le pregunta Maya—. Hay como mil sillones aquí dentro.

Eligen uno cerca del fondo de la sala y se sientan una junto a la otra. El silencio es incómodo, y las dos lo saben. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablaron, incluso antes de la rehabilitación.

—Así que quiero que sepas... —empieza a decir su madre.

—Deberías saber que... —comienza Maya, y ambas se ríen—. Tú primero —le dice—. Adelante.

—Está bien. Bueno, pues solo quería que supieras... —La voz de su madre se quiebra un poco, y baja la mirada un instante a su regazo antes de mirar a Maya directamente a los ojos—. Quiero que sepas que lamento muchísimo todas las cosas que os he hecho pasar a ti y a la familia. Tú y Lauren guardabais mis secretos, y quiero que sepáis que ya no volverá a ser así. He hecho mucho trabajo aquí, he cambiado muchas cosas, y estoy lista para volver a casa y que todo vaya bien.

Maya asiente mientras los ojos se le llenan de lágrimas. Está bastante segura de que no hay una familia en el mundo que lllore tanto como la suya.

—Lo sé —dice—. Lo sé, todo está bien.

—No, cariño, no lo está. —Su madre se inclina y coloca las manos en los hombros de Maya—. No todo está bien, pero papá y yo vamos a tratar de mejorar las cosas. Quiero que tú y Lauren tengáis lo que os merecéis. No quiero que —le vuelve a temblar la voz—, no quiero que cuando miréis al pasado me recordéis como he sido estos últimos tiempos. Quiero que estéis orgullosas de mí.

Maya vuelve a asentir, demasiado abrumada para hablar.

—Yo estoy orgullosa de ti, mamá —dice finalmente—. Has trabajado tanto... de verdad que sí.

—Bueno, vale, ya es suficiente —dice, y se ríe mientras se seca las mejillas con las manos—. ¿Qué me ibas a decir tú?

Maya da un suspiro y calma sus nervios. Lo quiere hacer bien porque no habrá una segunda oportunidad de decirlo.

—No he hablado con papá de esto —dice Maya—. Ni tampoco con Lauren. Quería decírtelo primero a ti. Hace dos meses fui con Joaquin y con Grace a visitar a nuestra madre biológica.

El color desaparece del rostro de su madre mientras levanta la mano para cubrirse la boca.

Maya continúa de todos modos.

—Hace mucho tiempo encontré un sobre en tu caja fuerte, así que fuimos a la dirección que figuraba en él —explicó—. Y ella, Melissa..., murió hace mucho tiempo, en un accidente de coche.

—Ay, cariño. —Su madre le aprieta las manos con tanta fuerza que el anillo de casada se le clava en la piel—. Ay, cariño, no...

—No, no, no pasa nada —dice Maya rápidamente—. No estoy... Quiero decir, sí, estoy triste por eso, pero tenía una hermana, Jessica, y es un encanto. Y hay fotos. Y yo solo... —Maya se da cuenta de que le tiemblan los labios. Eso la incomoda. Le hace sentir que todo, incluso su cuerpo, está fuera de control—. Bueno, te lo quería contar a ti primero —dice, y ahora también le tiembla la voz—. Porque eres mi madre, ¿de acuerdo? Lo eres. Tú eres mi madre. Y quiero a Melissa porque me tuvo, pero a ti te quiero porque me

criaste, y quiero que sepas que, aunque todavía estoy superenfadada contigo, puedes equivocarte un millón de veces y de todos modos te querré, pase lo que pase. Tal como tú me quieres a mí, pase lo que pase. ¿Verdad?

Su madre llora en silencio y se le desbordan ríos de lágrimas por el rostro mientras asiente.

—Sí, cariño —dice.

—Así que... ¿cuándo volverás a casa? —pregunta Maya, apretándole la mano con fuerza, como si de pronto pudiera empezar a levitar e irse flotando.

—Pronto —responde ella con un susurro—. Volveré a casa pronto, te lo prometo.

—A casa con nosotros —murmura Maya, y luego sonrío un poco—. Adonde perteneces.

Joaquin

La fiesta de adopción termina por ser una mezcla de fiesta de adopción y fiesta de dieciocho años.

A Joaquin no le molesta en absoluto.

Esa mañana en el juzgado, solo estaban ellos tres más un fotógrafo al que Linda contrató para todo el día. Joaquin llevaba puesto un traje nuevo que lo hacía sentirse como un adulto y una corbata que combinaba con la de Mark. Linda llevaba un vestido de los mismos colores que las corbatas, y los tres se miraron en el espejo antes de salir de casa.

—Parecemos —afirmó Joaquin— unos perfectos bobos.

Mark soltó una carcajada.

—Lo siento por ti —dijo—, porque dentro de una hora vas a estar emparentado con nosotros. Y ya no hay vuelta atrás.

A Joaquin eso le pareció bastante bien.

Linda lloró durante la breve ceremonia, y a Mark se le saltaron las lágrimas, pero después juró que era la alergia. Joaquin estuvo todo el tiempo preguntándose si aquello ocurriría de verdad, si no caería un rayo sobre el juzgado; pero el cielo estaba azul y nada salió mal, y al cabo de un momento el juez acabó diciendo: «Felicidades, jovencito», y el fotógrafo les hizo fotos juntos, y a Joaquin le dolió la cara el resto del día porque no paraba de sonreír.

Al atardecer, el patio trasero está bastante lleno y la fiesta en su apogeo. Mark y Joaquin habían colgado luces en todos los árboles (y solo necesitaron dos tiritas en el proceso), así que el patio parecía casi mágico. Las buganvillas y las campanitas, ya florecidas, junto con el jazmín, hacían que todo oliese muy bien. Joaquin y Linda habían plantado todas esas flores hacía un mes. (Solo necesitaron una tirita después de ese trabajo.)

Mark y Linda están ahí, por supuesto, bailando al son de los mariachis que tocan en un rincón del jardín. Sus vecinos de al lado también han acudido, más que nada porque Mark y Linda temían que llamaran a la policía por todo el escándalo, pero parecen estar pasándolo de maravilla. Están hablando con los padres de Bryson-el-creador-de-portalápices-del-Centro-de-las-Artes, mientras este se queda de pie demasiado cerca de la sección de metales, mirándolos con fascinación. Joaquin espera que no le den sin querer un golpe con una trompeta.

En una esquina, Joaquin observa a Maya y a Claire, que no paran de hablar, con las cabezas juntas, mientras Lauren y su padre examinan con detenimiento el asado que acaba de sacar Linda. Parece que Claire y Maya están teniendo una conversación seria, pero entonces el rostro de Maya esboza una sonrisa, y se parece tanto a Melissa en ese momento que Joaquin siente una oleada de orgullo.

Jessica —conocida ahora como Jess— también ha acudido, acompañada de su novio. Joaquin no sabe bien a qué se dedica él, algo relacionado con números y matemáticas y el dinero de otra gente, pero parece agradable, así que Joaquin decide que da la talla para estar con Jess. Ella lleva el cabello recogido y está hablando con Linda mientras Mark sigue bailando ¿swing?, ¿salsa? —Joaquin no tiene la menor idea de qué está haciendo— junto a ellos.

Grace está cerca de la mesa de bebidas y sus padres hablan con los vecinos de la casa de al lado, y tiene la mano entrelazada con la de Rafe, que está de pie a su lado. Joaquin y Rafe han estado charlando un buen rato, y Joaquin le ha dado el visto bueno para estar con Grace. No mucha gente lo tiene, pero Rafe es uno de los que, según Joaquin, dan la talla para estar con ella. Van a salir a patinar los dos la próxima semana.

También está el doctor Álvarez, el profesor de Joaquin de la clase de Introducción a la sociología, que está cursando en el centro de estudios superiores de la zona. Cree que es posible que quiera ser terapeuta, como Ana, o quizá trabajador social, como Allison. Todavía no está seguro, pero le gusta tener opciones. Ya le interesa pensar en esas cosas. También piensa en la familia de su padre, en dónde podrían estar, si les gustaría conocerlo. Se imagina a sus abuelos y a su otra tía, a un padre que nunca tuvo la oportunidad de conocer. Piensa en que hace un año apenas tenía una familia, y ahora tiene

tres: Maya, Grace y Jess; Mark y Linda, y una familia al otro lado de la frontera, perdida pero no desaparecida. Tres ramas de su árbol familiar que no se romperán, ni se desplomarán, ni lo dejarán caer.

Ha hablado mucho con el doctor Álvarez después de las clases sobre dónde podría estar la familia de su padre, y Mark y Linda, por su parte, han estado tratando de organizarle la montaña de papeleo para ver si hay manera de rastrearla. «Es como buscar una aguja en un pajar», dijo Mark en algún momento mientras consultaban el ordenador, pero a Joaquin no le parecía un inconveniente insalvable. Ahora sabe que si buscas algo lo suficiente, con el tiempo, lo acabas encontrando.

También está siguiendo clases de español en el centro de estudios. Eso no le va tan bien como quisiera, pero lo está intentando. Ya es algo, al menos.

Ana está de pie bajo el árbol, hablando con su marido y con Gus, del Centro de las Artes, y Joaquin trata de pasar discretamente para ir a por más refrescos, pero logran envolverlo en una conversación sobre la universidad y su cumpleaños y el viaje de descenso en rápidos al que Mark y Linda lo llevaron el mes pasado. Joaquin todavía tiene fotos guardadas en el móvil de ese viaje, y se las muestra, en especial aquella en la que sale Linda gritando aterrorizada. Mark planea ampliarla e imprimirla en tela para el cumpleaños de Linda. Joaquin cree que ella podría convertirse en madre soltera si eso sucede.

Finalmente consigue ir por unas bebidas, pero oye voces en la escalera y se asoma por la esquina para ver a Grace y a Maya sentadas juntas. Maya ha pasado el brazo alrededor de los hombros de Grace, quien tiene los ojos llenos de lágrimas.

—No pasa nada—le dice Maya a Joaquin—. Solo está un poco sensible.

Grace asiente y señala la foto enmarcada de Joaquin y de Melissa que ahora cuelga en la escalera. Linda y Mark la hicieron enmarcar junto con otras varias de la caja de seguridad, y ahora Joaquin se ve en ellas cada vez que sube y baja la escalera, o pasa junto a la nevera o sale por la puerta de la calle.

—Es que es una foto maravillosa —dice Grace entre lágrimas, y Joaquin se apoya en la barandilla junto a ellas.

—Lo es —coincide.

—Está un poco alterada por lo de mañana —le explica Maya, mientras Grace se limpia los ojos con el borde de la manga.

—¡Anda, es verdad! —exclama Joaquin—. ¿Estás preparada? ¿Necesitas apoyo?

Grace se ríe y niega con la cabeza.

—No, estaré bien. Lo tengo que hacer sola. Y después he quedado con Rafe.

—¿Ya estáis saliendo juntos, o qué? —le pregunta Maya—. Claire y yo hemos hecho una apuesta.

—¿Apostáis dinero con mi vida amorosa? —refunfuña Grace.

—¿Vida amorosa? ¡Yuju! —Maya levanta los puños y los agita triunfalmente en el aire—. ¡Claire me debe veinte dólares!

Joaquin sonríe y trata de evitar llevarse un golpe por accidente de los puños victoriosos de Maya, mientras Grace protesta y se cubre el rostro con las manos.

—En eso estamos —dice.

Pero el baile triunfal de Maya termina tan pronto como comienza, y hasta Grace levanta la mirada, sorprendida y seria. Joaquin se da la vuelta para ver a Birdie ahí de pie, junto con su hermano pequeño y sus padres. Parece tan nerviosa como Joaquin.

—Hola —dice—. Nos han invitado a la fiesta. Espero que no haya problema.

Al principio Joaquin no puede decir nada.

—¿Q-quién...? —logra tartamudear.

—Hola —dice Grace, y se levanta—. Yo soy Grace, y ella es Maya.

—Hola —responde Birdie, pero todavía está mirando a Joaquin.

—¿Vosotras...? —empieza Joaquin dirigiéndose a sus hermanas, pero ellas ya están acompañando a los padres y al hermano de Birdie al patio.

—Por aquí, por favor —dice Maya—. ¿Habéis visto las luces de los árboles? Preciosas. ¡Parece un jardín de hadas!

La casa parece incluso más silenciosa con la fiesta a todo volumen, y Joaquin se levanta y mira a Birdie.

—Hola —dice finalmente.

—Hola —repite ella, y le da un regalo—. Esto es para ti. Feliz cumpleaños y feliz adopción.

—Gracias —dice Joaquin—. ¿Puedo...?

Está tan nervioso como el día que conoció a Birdie en la escuela. Es como si hubiera sucedido hace millones de años, en otra vida, y a otra persona.

—Sí, claro —asiente Birdie, y Joaquin retira con cuidado el lazo y el papel de envoltorio para revelar un póster enmarcado. En la parte de arriba dice «En este día» con letras enormes.

—Es algo que encontré en internet —dice Birdie—. Es una lista de todas las cosas que eran populares en tu cumpleaños, como los libros más vendidos, las canciones más escuchadas, las películas más importantes. Me hizo pensar en ti cuando lo vi, así que... —Se le apaga la voz. Tiene las manos entrelazadas frente a ella.

—Me encanta —dice, y realmente es así—. Gracias, Bird.

—De nada —responde ella, y luego titubea antes de decir—: Parece una fiesta fantástica.

—¡Joaquin! —grita alguien desde fuera—. Vamos a hacernos una foto de grupo. Te esperamos.

Joaquin mira a Birdie, y ella le devuelve la mirada.

—Lo siento —dice él.

—Me hiciste mucho daño, Joaquin —susurra ella—. En serio.

—Lo sé —dice Joaquin—. Lo lamento tanto, Bird.

—Cada vez que pienso que no estás en mi vida me siento fatal, ¿sabes? Es como si faltara una pieza fundamental. —Birdie se está estrujando las manos. Joaquin se pregunta si estarán frías como siempre; quiere cogérselas—. No sé dónde encajas de nuevo en mi vida, si eres mi amigo o mi novio o qué, pero lo que sí sé es que encajas en ella.

Joaquin asiente.

—De acuerdo —dice, porque está de acuerdo. Todo irá bien—. ¿Podemos hablar? ¿Mañana, quizá?

—¡Joaquin! —grita Mark desde fuera—. ¡Vamos, foto de grupo!

Los dos se vuelven hacia la puerta de atrás.

—Ve, ve —dice Birdie—. Es tu fiesta... Podemos hablar después.

Joaquin le tiende la mano.

—Vamos —le dice.

Ella sonríe cuando cogidos de la mano se encaminan hacia el jardín. El fotógrafo coloca a todo el grupo, incluyendo a los mariachis, y Joaquin ocupa su puesto entre Birdie, sus hermanas, su tía y sus padres, y piensa en Melissa.

Espera que ella pueda verlo, porque él ya la ve. La ve todos los días.

Espera poder llenarla de orgullo.

— Muy bien!  Contar  hasta tres! —grita el fotógrafo—. Uno, dos...

— Tres! —gritan todos.

Joaquin piensa que esta será una foto que merecerá la pena guardar.

Grace

Grace llega al aparcamiento dos minutos antes de la hora.
Su teléfono suena. Es Rafe.

¿¿¿Apostasteis veinte dólares?!?!?

Sí.

Quiero mi parte.

Se lo diré a Maya.

¿Ya has llegado?

Acabo de aparcar.

OK. Llámame después, si quieres.

OK. Te quiero.

Yo también te quiero.

Grace baja del coche y se guarda el teléfono en el bolsillo de atrás. No sabe si está asustada, o nerviosa, o simplemente aterrada, pero no hay vuelta atrás. Se reunió con su grupo de apoyo para madres biológicas unos días antes, y con voz firme les habló sobre la próxima reunión. Pensaba que nunca podría hablar de Peach con desconocidos, pero las chicas del grupo lo entendieron.

Al principio, sus padres se habían quedado sin palabras al saber que había ido en busca de Melissa sin habérselo contado.

—¡Dijimos que te ayudaríamos! —exclamaron al día siguiente, después de que Joaquin volviera a casa con Mark y Linda, y Maya desapareciera caminando por la calle, negándose a que alguien la llevara.

Pero luego hablaron, y Grace bajó la guardia a causa del agotamiento, el alivio y la gratitud. Había cogido una foto de Melissa de la colección de Joaquin, y cuando la colocó en la mesa entre ella y sus padres, su enfado se disipó y se quedaron mirando la foto en silencio.

Después de eso empezaron a hablar.

Los padres de Grace le contaron cómo había sido llevarla a casa de recién nacida y la preocupación de que Melissa se la pudiera llevar de nuevo.

—En aquella época había que esperar noventa días antes de que la adopción fuera oficial —dijo su madre, y Grace se dio cuenta de que la pajita de su té helado estaba completamente machacada—. No queríamos perderte, sobre todo después de haberte tenido con nosotros.

Grace lo entendió. Sabe cómo es eso de perder algo y ganar otra cosa totalmente distinta. Sabe con cuántas ganas se aferrará a las personas que tiene, al hermano y la hermana que llenan un vacío en su vida. El lugar que ocupaba Peach todavía sigue ahí, abierto y vacío, como esperándola, pero hay nuevas cosas en su corazón que la llenan, que la hacen sentir completa, como no se sentía antes.

Todas las noches le manda un pequeño agradecimiento a Melissa por elegir a esas dos personas para que fueran sus padres.

Grace no ha visto a Max desde hace meses, y tampoco ha sabido mucho de él. Todavía le pone de muy mal humor pensar en él, pero en general lo único que le inspira es tristeza. Ha pensado en lo que le diría. A veces se imagina soltándole discursos épicos sobre que «algún día ella podría venir a buscarte, y entonces tú se lo tendrás que explicar todo, así que ahórrate tus disculpas porque yo no las necesito, pero ¡es posible que tú sí vayas a necesitarlas!». A veces llora, y a veces se enfada, pero en general se siente cómoda de haberse librado de Max, de seguir adelante, de haber pasado a otra cosa.

Se sienta en el aparcamiento, mirando los árboles del parque que tiene delante. Su teléfono vuelve a sonar y baja la mirada al mensaje de texto de Maya, dice

¡Buena suerte!

Ha añadido dos emojis de un pulgar levantado.
El mensaje de Joaquin ha llegado inmediatamente después.

Sí, ¡buena suerte! Llámanos enseguida.

Grace les contesta a los dos

Lo haré.

Las manos le tiemblan un poco y hacen que sea difícil pulsar las teclas correctas. Les responde con tres corazones y luego se baja del coche. Tiene las palmas sudadas, y se las seca rápidamente en los tejanos antes de dirigirse con las rodillas temblorosas hacia el parque. Hace un día precioso. Grace no cree haber visto nunca un cielo tan azul.

El parque es enorme, pero en el extremo más alejado ve a Daniel y a Catalina. Esta la ve primero y la llama con la mano. Tan pronto como Grace se acerca lo suficiente, Catalina trota hacia ella y la envuelve en un abrazo enorme.

—¡Grace! —dice—. ¡Qué bien que hayas venido! —Grace la abraza también, y se siente agradecida de que Peach tenga a alguien que la abraze así todos los días—. Estás preciosa.

—Gracias. —Grace sonríe—. Lo siento, es que estoy muy nerviosa.

La sonrisa de Catalina es cálida y firme.

—Claro —dice—, pero no hay por qué estarlo.

Grace inhala profundamente y suelta el aire poco a poco mientras asiente. Daniel está agachado en el suelo a unos cuantos pasos, balbuceando alguna cosa; se da la vuelta y se levanta cuando la oye acercarse.

Le ve primero el cabello, los rizos de color castaño oscuro recogidos en la nuca, el sol que brilla entre los árboles y danza sobre sus pequeños hombros. Lleva puesto un vestido diminuto a cuadros azules y unas mallas, además de un pequeño jersey blanco. Desde ese ángulo, Grace ve en ella los ojos de Maya, la nariz y la mandíbula de Joaquin, el cabello de Melissa.

Se arma de valor y, por fin, encuentra su voz.

—¿Milly? —dice.

Peach levanta la mirada.

Ve a Grace.

Y sonríe.

Agradecimientos

Como siempre, dirijo mi inmensa gratitud a mi familia, que me animó durante el proceso de escribir este libro. Gracias por ser tan solidarios. Os debo un café.

Gracias a mi agente, Lisa Grubka, quien discutió cada capítulo del libro conmigo, incluyendo los que estaban mal. A veces, su fe en que yo terminaría esta historia algún día era la luz al final de un túnel muy oscuro, y le estaré eternamente agradecida por todas las veces que leyó mis páginas, me hizo correcciones y respondió mis correos electrónicos desesperados. Gracias por ser mi cómplice en los últimos diez años.

Se me ocurrieron las primeras ideas para esta novela mientras estaba sentada en el aparcamiento de un Costco, y de inmediato redacté un correo muy disperso para mi editora, Kristen Pettit. Ella me respondió: «Me está encantando la dirección que estás tomando. Me. Está. Encantando». Nunca imaginamos que tardaríamos otro año antes de que esa idea al azar se convirtiera en una historia coherente, pero Kristen estuvo ahí a cada paso, incluyendo cuando perdí el hilo por completo y tuve que volver a empezar de cero. Gracias por cubrirme la espalda, por dejarme tomar mi tiempo y por llamarme el fin de semana antes de Navidad solo para ver cómo estaba. Te debo mucho más que un café.

Gracias al equipo de Harper, incluyendo a Elizabeth Lynch, Jen Klonsky, Kate Jackson, Sarah Kaufman, Gina Rizzo, Renée Cafiero, Kristen Eckhardt, Bess Braswell y Claire Caterer, por coger mis palabras y transformarlas en un libro físico y verdadero. Gracias también a Philip Pascuzzo y Pepco Studio por la bonita portada.

Este libro no existiría de no ser por las personas que me dejaron hablar con ellas de mis personajes y de sus historias. Me incluyeron amablemente en sus vidas y discutieron sobre sus familias, trabajos y experiencias conmigo, y me siento honrada y agradecida por su generosidad: Noemi Aguirre; la doctora Linda Álvarez; David H. Baum; Marie Coolman; Roy, Trevor y Jacob Firestone; Jessica Hieger; Kate Lamb, y Kim Trujillo. Gracias también a las personas que prefirieron no ser mencionadas aquí: su gentileza no pasa desapercibida. Cualquier error o imprecisión en este libro es mío y solo mío.

Tengo la suerte de formar parte de un generoso, talentoso y divertidísimo grupo de escritores de literatura juvenil aquí, en Los Ángeles. Es posible que todavía estuviera trabajando en el primer borrador de no ser por nuestras charlas de escritura en grupo, así que gracias por eso. Gracias también a Brandy Colbert, Ally Condie, Jordanna Fraiberg, Gretchen McNeil y Amy Spalding por leer borradores, ofrecer ideas y ayudarme con la investigación, y a Morgan Matson por la ocurrencia de la tienda llamada Whisked Away. Todos vosotros sois encantadores.

Escribí aproximadamente dos terceras partes de este libro sentada en la barra del Dinosaur Coffee de Los Ángeles, así que gracias al personal por proveerme de excelentes cafés y de una oficina improvisada durante gran parte del año, y por no juzgarme por haberme puesto a llorar en la trastienda aquella vez.

Un agradecimiento extraespecial para mi madre, quien nunca perdió la fe en este libro y en mí, cuando yo ya no podía. Me apoyó durante cada una de las versiones de esta historia, me escuchó divagar sobre ellas durante horas (¡disculpa por echarle a perder el final!), y no dudó ni una sola vez de que la terminaría. Y, por último, gracias a Joaquin, Grace y Maya. Pasé más tiempo con ellos que con cualquiera de mis otros personajes, y aunque podrán ser ficticios, sus luchas y sus triunfos son muy reales para mí. Estoy infinitamente agradecida de que me eligieran para contar su historia, y espero que les esté yendo bien donde sea que estén.

El esplendor de las raíces

Robin Benway

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Far from the Tree

© del texto: Robin Benway, 2017

Traductor: Sonia Verjovsky Paul

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

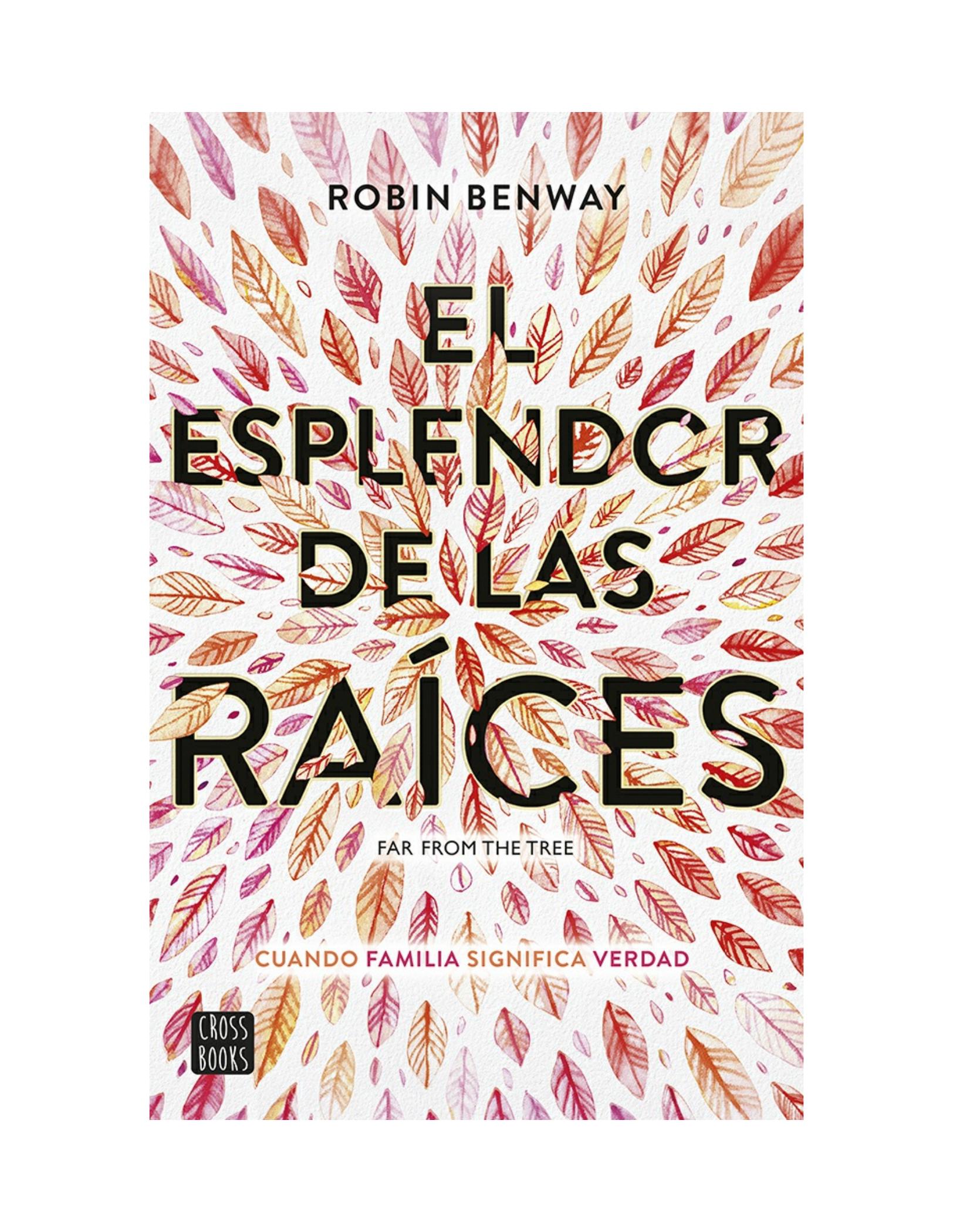
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19996-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com



ROBIN BENWAY

EL
ESPLENDOR
DE LAS
RAÍCES

FAR FROM THE TREE

CUANDO FAMILIA SIGNIFICA VERDAD

CROSS
BOOKS